PALABRALOGÍA

Virgilio Ortega

Un apasionante viaje por el origen de las palabras

CRÍTICA

Agradecimientos

Entre las numerosas ayudas recibidas quiero destacar las de dos profesores y tres editores. Este libro es mejor gracias a: Fernando Estrada, que no sólo me ha dado clases de jeroglíficos y de cultura egipcia durante años, sino que además me ha permitido usar aquí varias fotos de su ingente archivo; José Solana, catedrático emérito de Filosofía en la Universidad de Zaragoza, que ha hecho importantes aportaciones tanto en las etimologías griegas como en lo referente a la cultura clásica en general; María Dolores, que con gran generosidad y paciencia ha corregido el libro y ayudado a ilustrarlo; Joaquín Arias, editor de Crítica, que ha coordinado y dirigido todo el proceso de producción editorial; y, en último lugar pero no como última valoración, a Carmen Esteban, directora editorial de Crítica, que desde el principio creyó en este libro y confió en mí para escribirlo.

Prólogo

No importa, querido lector, que leas mis palabras; lo que realmente importa es que entiendas las tuyas. Y por eso me dirijo a ti en este libro: para que comprendas mejor las palabras que usas, y así puedas disfrutarlas aún más. Porque, si no sabes el origen de las palabras que utilizas, no las entenderás del todo. Y al revés: si entiendes de dónde vienen, las usarás aún mejor y gozarás todavía más de ellas.

Por supuesto, no tienes que abrir el libro cada vez que vayas a abrir la boca. Sin embargo, sí lo puedes hacer al contrario: primero, disfruta hablando; pero luego, de vez en cuando, disfruta también profundizando en el significado originario de algunas de tus palabras. En sus etimologías.

Si ya existe «el Corominas», ¿para qué se va a escribir «otro maldito libro» de etimologías? Pues, de entrada, porque «el Corominas» (y Pascual) ¡no lo llevarás en el autobús para ir leyéndolo! Y nosotros queremos hacer un libro de etimologías que se lea, no solo que se consulte, que para eso ya tenemos esa obra (casi) definitiva. Pero, además, hay otras razones. En general, los libros que se han escrito sobre etimologías han sido estudios palabra a palabra, formando un diccionario. Ventaja: fácil de localizar. Desventaja: no se ven las continuas relaciones que hay entre ellas, bien porque 1) vienen de la misma raíz, bien porque 2) proceden del mismo campo semántico, bien porque 3) nos llegan de la misma época. En cuanto al punto 1 ya hay algún libro que las estudia así; pero de 2 y 3, que nosotros sepamos, no hay ningún libro que se ocupe todavía. Y eso, precisamente, es lo que hemos pretendido hacer nosotros: estudiar las palabras por campos semánticos (el teatro, el deporte, los gladiadores, la Universidad, los libros, la Iglesia, los animales y las plantas...) y, además, por épocas y países (el Egipto de los faraones, la Grecia clásica, la Roma imperial, la España de Isabel la Católica, la Europa de los científicos...). ¿Cómo vivían nuestras palabras en esos campos semánticos, en esas épocas, en esos ambientes? No podemos entender nuestras palabras hoy si no las comprendemos cuando y donde ellas vivían ayer. Por eso las acompañaremos a su ambiente y las haremos re-vivir en su vida originaria, incluso de forma un tanto novelesca o periodística a veces. Espero que así captemos mejor su etimología.

¿Cuál es la **etimología** de la palabra 'etimología'? Pues, como tantas otras, esa palabra nos viene del griego, de la suma de otras dos: del adjetivo griego *étymos*, que significa 'verdadero', 'auténtico', y del sustantivo *logos*, 'palabra'. O sea, la etimología es la 'verdadera palabra', la 'palabra auténtica'. Porque conocer la etimología de una palabra es desentrañar su 'sentido verdadero'. Y al revés: desconocer su etimología equivale a desconocerla a ella.

Cuando Cicerón quiso traducir al latín esa expresión griega, *etymología*, no se le ocurrió nada mejor que... calcarla de esa lengua. Y así inventó esta otra forma de llamar a las etimologías, claramente paralela a la griega: *veri-loquium*, 'que dice la verdad'; o sea, que es **verí-dico** (en latín, *veridicus*). Por eso la etimología fundada de una palabra constituye su *veredictus*, su **vere-dicto**, término que en origen significa, precisamente, 'dicho verdadero'.

Haciendo un juego de palabras, los latinos decían: «*Nomen est omen*» («El nombre es un augurio»). Si conoces el nombre, ya puedes adivinar su significado más profundo. Es todo un presagio. ¡Por eso nos atrae tanto conocer de dónde vienen las palabras! Nuestro san Isidoro de Sevilla, en su enciclopédica obra *Etimologías*, escribía: «En cuanto ves de dónde procede un nombre, enseguida comprendes su fuerza».

Así pues, ¿de dónde nos vienen los nombres? ¿Por qué una mesa se llama 'mesa' y no, por ejemplo, 'abracadabra'? Esa pregunta ha intrigado a los filósofos desde hace ya veinticinco siglos. Uno de los primeros en analizar este tema fue Platón, que le dedicó toda una obra: *Cratilo*. En este diálogo, dos filósofos atenienses, Cratilo y Hermógenes, discuten sobre el origen de las palabras, con dos posturas enfrentadas: el primero sostiene que los nombres son exactos 'por naturaleza', porque 'se ajustan a la realidad', como vemos en las onomatopeyas; en cambio, Hermógenes defiende que sólo lo son 'por convención'. Para Cratilo, los nombres son así y no podrían ser de otra manera, y por eso pronuncia una frase que se haría famosa después: 'El que conoce los nombres conoce también las cosas'. Pero Hermógenes no está de acuerdo: los nombres son un simple 'pacto' o 'consenso' (*homología*), consagrado después por el uso o 'costumbre' (*ethos*).

Dos grandes escritores modernos parecen prolongar esa polémica. El poeta y dramaturgo catalán Salvador Espriu sigue la senda de Cratilo cuando hace decir a un personaje suyo una frase preciosa: «*Si m'anomenes, existeixo*» («Si me nombras, existo»); del nombre de la cosa se deduce la existencia de la cosa. Es el poder taumatúrgico de la palabra, que permite la creación del mundo en tantos y tan bellos mitos literarios antiguos. Los propios dioses tienen que ir nombrando las cosas a medida que las crean, de donde se deriva que las cosas tienen ese nombre y no pueden tener ningún otro.

En cambio, Borges, menos nominalista y más racionalista, pero no menos poético, escribe estos bellos versos al inicio de su poema *El Golem*:

> «Si (como afirma el griego en el *Cratilo*)
> el nombre es arquetipo de la cosa,
> en las letras de "rosa" está la rosa
> y todo el Nilo en la palabra "Nilo"».

Y, al final, ¿cómo resuelve Platón esa polémica en el *Cratilo*? ¡Pues no la resuelve! Hace que su *alter ego* Sócrates, que es quien dialoga con Cratilo y con Hermógenes, se escabulla y cambie de tema: el lenguaje —viene a decir Sócrates, o sea, Platón— es un camino inseguro; a mí, lo que me interesa no es el lenguaje, como a esos palabreros que son los sofistas, sino la realidad y el conocimiento de la realidad. ¡Como si lo segundo estuviese reñido con lo primero!

¿Y cómo lo resolvemos nosotros? Pues, para no escabullirnos como Sócrates y su discípulo Platón, daremos la razón a Hermógenes... pero con matices. Si un tal Alfred Nobel inventa un potente explosivo hace siglo y medio, y decide «bautizarlo» en griego como **dinamita** (¡era mucho más comercial usar el griego *dýnamis*, 'poder', 'fuerza', que emplear una desconocida palabra sueca!), pues ya tenemos otra palabra más... con tal de que el uso sancione luego su propuesta. Si alguien inventa el avión y un español genial propone llamar **azafata** a la persona que atiende a los pasajeros (desenterrando una palabra que hacía siglos significaba 'camarera de la reina'), pues perfecto... con tal de que el uso sancione luego su propuesta. Y si otro hispanohablante no menos genial inventa la palabra **mileurista** para lo que todos sabemos, pues también perfecto... con tal de que el uso sancione luego su propuesta. La clave está en el uso. Somos los dueños de nuestras palabras, así que somos nosotros quienes decidimos su futuro, rechazándolas o aceptándolas. Las palabras son convenciones, sí, pero sancionadas por el uso.

Por tanto, digamos claramente al Cratilo de Platón: tu famosa frase es preciosa... pero falsa. Si fuese cierta, todas y cada una de las cosas tendrían el mismo nombre en todos los idiomas, lo cual en este babélico mundo no es el caso. No por conocer el nombre de una cosa conocemos la cosa misma. Y sin embargo... ¡quizá tenga Cratilo algo de razón! Al menos en una posible formulación negativa de su frase. Dejemos esta vez que sea el gran Linneo (¡otro sueco!) quien nos lo diga, pues por mucho que lo intentásemos no le íbamos a superar: «*Nomina si nescis, perit et cognitio rerum*» («Si ignoras los nombres, perece también tu conocimiento de las cosas»). Lo que viene a decir: si desconoces el origen de las palabras, realmente no las conoces a fondo. Aún más, si no conoces el significado profundo de los nombres, no puedes decir que conoces de verdad las cosas nombradas por ellos.

Si ignoras la filiación y la familia de una persona, realmente no conocerás a fondo a esa persona. ¡Pues lo mismo sucede con la filiación y la familia de las palabras! Si no sabes su filiación, su etimología, ¿cómo vas a comprenderlas realmente? ¡Cómo vas a entender la palabra 'carácter' si no sabes su 'verdadero significado', su etimología! Y lo mismo sucede con las palabras 'orquídea', 'pirámide' o, por qué no, 'fornicar'. Y no sólo conviene conocer los «padres» y «abuelos» de las palabras actuales, sino también el resto de la familia. ¿Cómo vas a conocer la palabra 'Platón' si no conoces qué tiene que ver con los 'plátanos' que decoran nuestras calles o con los monos 'platirrinos' o con los gusanos 'platelmintos' o incluso con tus propios 'omoplatos'? Para conocer a 'Platón', ¡tendrás que conocer también a su «familia»! ¿Y qué tendrán que ver tus 'caderas' con las 'cátedras' de la Universidad o con la sede 'catedralicia' de nuestras 'catedrales'? Eso intentaremos en este libro: no sólo presentarte a los «padres» y «abuelos» de las palabras, sino también al resto de los «familiares» vivos. A la familia.

Y, para ello, no estudiaremos palabras muertas, sino palabras vivas. Me explico. Las etimologías son lápidas desde las cuales las palabras supuestamente muertas nos gritan que de alguna manera siguen vivas. Y eso es precisamente lo que nosotros queremos hacer: que las palabras vivan en su ambiente, estudiarlas cuando aún estaban vivas. Como dice un sabio consejo, «si quieres ser original vuelve a los orígenes». Por eso, tras un primer capítulo titulado «*Tempus fugit*» en el que meditamos sobre el tiempo y sobre las palabras que usamos para nombrarlo (¿de dónde nos vienen los nombres de las cuatro estaciones, de los doce meses del año, de los siete días de la semana, de alguna hora del día, los nombres relacionados con el calendario o el reloj?), nos dedicamos a realizar varios viajes en la nave del tiempo. Retrocederemos siglos e incluso milenios para reencontrarnos con las palabras en su ambiente y en su época. Para ver cómo vivían entonces nuestras mismas palabras y qué significaban exactamente.

En el segundo capítulo realizamos ya un primer viaje: al fascinante Egipto de los faraones. A pesar de nuestra lejanía en el tiempo, ¿no nos habrá llegado alguna palabra suya? ¡Pues claro! Si no, ¿por qué llamamos así al 'desierto' o al 'oasis'? Si hay alguien que sabía de oasis y desiertos... ¡eran los egipcios! ¿Y por qué algún amigo nuestro se llama 'Moisés' o 'Sara', 'Isidoro' o 'Isidro'? ¿Y por qué hablamos de la 'química' o la 'alquimia', o del 'alcohol', o del 'amoníaco' o de esos bellos fósiles que son los 'amonites'? Y al revés: ¿seguro que los egipcios llamaban 'pirámide' a esos impresionantes monumentos, o 'esfinge' al

fantástico animal que las guarda, ‘obelisco’ a esos enormes monolitos, ‘pilono’ a la entrada monumental de los templos o ‘sarcófago’ al sitio donde metían al faraón? Y, si no es así (que no lo es), ¿de dónde les vinieron —a ellos y a nosotros— esas palabras?

En los capítulos tercero y cuarto viajaremos en el tiempo a la antigua Grecia. Y visitaremos dos lugares privilegiados: iremos al teatro en Atenas y asistiremos en Olimpia a los Juegos del año –480. En Atenas aprenderemos, entre otras muchas cosas, qué es ser ‘hipócrita’ y qué ‘protagonista’, qué es el ‘proscenio’ y qué una ‘pinacoteca’, qué la ‘agonía’ y qué la ‘persona’, qué la ‘tragedia’ y qué el ‘entusiasmo’. Y mientras los 300 de Leónidas luchan contra los persas en las Termópilas, nosotros en Olimpia aprenderemos cómo se dice ‘inmortal’, qué es un ‘pedagogo’ o un ‘mentor’, qué es el bello ‘rododendro’ y qué la vinosa ‘enología’, por no hablar de palabras como ‘podio’, ‘discóbolo’, ‘hipódromo’, ‘halterofilia’ o ‘gimnasia’ (¡ponerse en pelotas!). Sin el idioma griego, no se entendería hoy nuestra cultura. ¡Hasta seríamos ‘analfabetos’!

Y si en Grecia asistimos al **teatro** (el ‘lugar donde se contempla’ un espectáculo), en Roma iremos al **anfiteatro** (un ‘teatro por ambos’ lados): al Coliseo. Precisamente en el año 107, cuando en el vasto territorio romano manda un emperador hispano. Y allí «estudiaremos» latín: en un largo capítulo, analizaremos las etimologías de varios centenares de palabras nuestras de origen latino. Y aprenderemos la relación entre el ‘ocio’ y el ‘negocio’, la diferencia entre las *feminae* y las *mulieres*, veremos por qué el *magister* (**maestro**) era más que el *minister* (**ministro**), ¡qué envidia!, cómo se decía ‘torero’ y qué significaba ser ‘editor’, todo ello muy ‘lúdico’. Y contaremos qué tiene que ver ‘Pulgarcito’ con el gesto de ‘yugular’, qué las ‘jaculatorias’ con la ‘eyaculación’, ‘lívido’ con la ‘libido’, las ‘hornacinas’ de las vírgenes y el ‘fornicar’ con las putas. Eso sí, entre tanto *panem et circenses*, nos tomaremos un ‘piscolabis’ con la ‘plebe’ enfebrecida por los chorros de sangre de los condenados ‘sin remisión’ y entre sonidos de huesos rotos de quienes luchan con un *gladius* (el **gladiador**) o con una *spatha* (otros usan **espada**). Y es que, si de Egipto nos han llegado algunas palabras y de Grecia muchas, de Roma nos vinieron muchísimas más, la mayoría, pues nuestra lengua no es sino un dialecto del latín... que ha seguido su propio camino.

¿Y con eso ya está? ¿Quedó formada ya nuestra lengua con esos tres ingredientes? ¡Ni mucho menos! El español es una lengua viva, que ha seguido evolucionando, incorporando nuevas palabras tanto de las antiguas fuentes como de fuentes nuevas, para responder a nuevas necesidades. Por eso, en el sexto capítulo hacemos un nuevo y largo viaje: esta vez a la Salamanca de 1492, año en el que se está publicando allí nuestra primera gramática (¡la más antigua gramática de una lengua romance!). Podremos rastrear entonces palabras que nos prestaron los antiguos musulmanes y los recién expulsados judíos, palabras que usaban el Cid y su obispo *Ieronimus* en documentos de varios siglos antes, palabras de uso en la Catedral Vieja y en la Universidad más antigua de España, los inicios de nuestro teatro y de nuestra gran literatura... todo ello teniendo por guía un estudiante más listo que el propio diablo.

Pero ni aun así habremos terminado de ver el origen de nuestras palabras en su propio ambiente, en su época correspondiente. Porque una lengua no se «termina» nunca. No del todo. Por eso dedicamos el séptimo y último capítulo a los neologismos: a las palabras nuevas, en su mayoría inspiradas aún por el griego o el latín pero también venidas del Nuevo Mundo, con las que hemos tenido que «bautizar» los posteriores descubrimientos de los científicos y los recientes inventos de los técnicos. Y para ello hemos viajado en el tiempo a la Universidad de Upsala en 1753, tras haber seleccionado el ejemplo más claro y fecundo en la creación de palabras en los últimos siglos: Linneo. Le llamaron metafóricamente «el segundo Adán», pues si el primero puso en el Paraíso un nombre común a todas las cosas según el bello relato de la Biblia, él puso un nombre científico a los seres vivos entonces conocidos y, sobre todo, inventó un eficaz sistema de llamar a los que se fuesen descubriendo en el futuro.

Hay tres formas de leer este libro: 1) si a usted le gusta «sólo» la cultura, y no eso de las etimologías, por favor sáltese los paréntesis, lea únicamente lo que va fuera de ellos; 2) si a usted le interesan «sólo» las etimologías, y no eso de la cultura, por favor sáltese el texto normal, lea únicamente lo que va entre paréntesis; 3) pero si a usted le interesan tanto las etimologías como la cultura, en ese caso —¡y sólo en ese caso!— lea el texto seguido, tanto el texto normal como el que va entre paréntesis.

Un consejo más: si usted es de los *happy few* que pertenecen al último grupo, entonces deberá resolver otra disyuntiva, pues aún tendrá dos formas de leer el libro: 1) no seguido —sería demasiado duro—, sino leyendo páginas sueltas, casi al azar, y dejarse llevar, hasta que uno se canse, incluso dividiendo en partes un capítulo según sus titulares y leer sólo una o varias partes el mismo día; y 2) como consulta: cuando le interese una palabra concreta, búsquela en el índice alfabético final, a ver si hay suerte y está incluida entre los varios miles de palabras que hemos explicado en este libro.

Será mejor leer a ratos cortos, pero disfrutando de la necesariamente concentrada información. Al final de su Proemio al *Asno de oro*, el escritor latino Apuleyo le decía a sus lectores: «*Lector*, *intende*: *laetaberis*» («Lector, atiende; te regocijarás»).

Si mi querido lector ha llegado leyendo hasta aquí, eso querrá decir una cosa: seguro que ni él ni yo

seremos tan buenos **filósofos** (‘amantes de la sabiduría’) como Sócrates, pero sin duda seremos tan buenos **filólogos** (‘amantes de las palabras’) como él presumía de ser.

Tempus fugit

«El **tiempo** huye», como rezan muchos relojes de sol, tanto en latín (*tempus fugit*) como en castellano. «Huye irreparablemente el tiempo», decía poéticamente el romano Virgilio. Y otro poeta romano, Ovidio, llamaba al tiempo «devorador de todas las cosas». ¡Patético! El tiempo se nos escapa, como se nos van las arenas de la playa entre los dedos de la mano o como se le van las aguas del mar al niño que las quiere atrapar con un cesto de mimbre. Habitamos la vida tan presurosos que apenas nos queda tiempo para vivirla.

El tiempo es unidireccional (el presente siempre va del pasado al futuro, nunca al revés) y además irreversible («Nunca nos bañamos dos veces en el mismo río», decía el filósofo griego Heráclito). El tiempo es un continuo que hemos querido hacer discontinuo, y por eso nos hemos empeñado en cortarlo: en años, estaciones, meses, días, horas, minutos, segundos. Y sin embargo... ¡se nos sigue yendo!

El calendario

Para intentar atrapar el tiempo, hagamos un poco de **cronología** (palabra que deriva de Cronos, el dios griego del tiempo), no siendo que éste nos devore como hace con sus propios hijos en el trágico cuadro de Goya *Saturno devorando a sus hijos* (Saturno es el *alter ego* romano del griego Cronos). Y, para situarnos, veamos la historia del **calendario** (en latín, las *calendae* eran el primer día de cada mes; y la terminación en '-ario' indica 'conjunto de', como en **abecedario**, 'conjunto de letras', en **noticiario**, 'conjunto de noticias', o en **herbolario**, 'conjunto de hierbas'). Y veámosla enseguida, sin dejarlo *ad calendas graecas*: los griegos no tenían *calendae*, por lo que dejar algo *ad calendas graecas* equivale a dejarlo 'para nunca', *sine die*. Esa expresión se atribuye al emperador Augusto (¡volverá a salir!), quien la imputaba a los malos pagadores: éstos dejaban sus pagos para las 'calendas' griegas y, como éstas no existían, pues ¡no pagaban nunca!

Nuestro calendario no es más que el calendario egipcio, adoptado luego por un emperador romano de nombre Julio (por lo que hablamos de 'calendario **juliano**') y modificado después ligeramente por un papa renacentista de nombre Gregorio (por lo que hablamos de 'calendario **gregoriano**'). Así de simple. Pero hemos de reconocer que no todos los cristianos aceptaron ese calendario católico, lo cual hizo que la llamada Revolución de Octubre rusa... ¡se produjese en noviembre!

Hace más de 5.000 años (¡qué antiguo es el tiempo!), los egipcios tenían ya un calendario de 12 meses de 30 días, lo cual les daba un total de 360 días al año. Pero esto no les acababa de cuadrar: la crecida anual del Nilo, de la que dependían sus cosechas, se les adelantaba unos días cada año. Y ese error, acumulado durante siglos, hacía que, al cabo de 1.460 años, ¡perdiesen un año entero! Para resolverlo y explicarlo, ellos tenían un mito precioso. El Tierra (para los egipcios, el dios de la tierra, Gueb, era masculino) quería copular con la Cielo (para los egipcios, el dios del cielo, Nut, era femenino). Pero entre ambos se interponía el Aire (el dios Shu, ¡qué cruel!) y no les dejaba copular ninguno de los 360 días del año. Entonces llegó el dios de la sabiduría Thot (¡qué sabio!) e inventó los 5 días llamados *heru renpet* (los cinco días que están 'por encima del año'), en los que el Tierra y la Cielo sí podían copular... y engendrar a los otros dioses. Y así se pasó del año de 360 días al año de 365. Bueno, dejándonos ya de mitos: la verdad es que los egipcios descubrieron ese año solar de 365 días antes incluso de la construcción de las pirámides. Por eso dice Heródoto que «los egipcios fueron los primeros hombres del mundo que descubrieron el ciclo del año... y afirmaban haberlo descubierto gracias a su observación de los astros». O sea, que además de buenos creadores de mitos, eran buenos **astrónomos** (del griego *astron*, 'astro', 'estrella', y *nomos*, 'regla', 'ley'): buenos «observadores de las horas», como se llamaban los astrónomos egipcios a sí mismos. (Véase Figura 1.1).

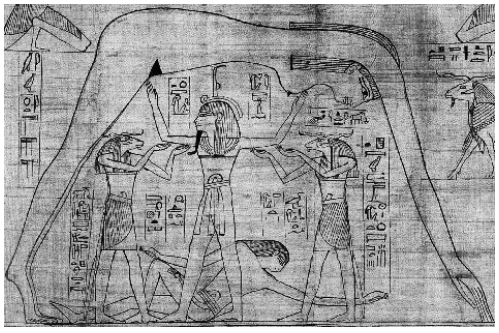


Figura 1.1. Entre el dios Tierra y la diosa Cielo se interpone el dios Aire durante 360 días. Pero al final les deja acoplarse durante los cinco días que están «por encima del año».

Pero ni aun así se acabó de resolver el problema. Y es que el año de los astrónomos no dura ni 365 ni 366 días, sino 365 más unas 6 horas: exactamente, la Tierra da una vuelta alrededor de nuestra estrella cada 365 días, 6 horas, 9 minutos y 9,76 segundos. ¿Cómo solucionar este embrollo en el calendario? Una cultura tan milenaria como la egipcia logró resolverlo: en el *Decreto de Canopo* (año –238) propusieron intercalar un día más cada cuatro años, creando así lo que los romanos llamarían luego los años **bisiestos**.

Y entonces salen a escena los romanos. Cuando los brutos de los romanos (¡qué sabría Julio César de calendarios!) entran en contacto con los egipcios y descubren su sofisticado calendario, se asombran; y César, con la ayuda de Sosígenes, un astrónomo de la ciudad egipcia de Alejandría, modifica el atrasado calendario romano introduciendo en el año –45 ese genial invento egipcio de añadir un día más cada cuatro años. ¿Y dónde introducen ese día? Pues justo después de su 24-F, que era el día sexto antes de las calendas de marzo, con lo cual contaban 'dos veces' ese 'día sexto' y así éste era *bis sextus*, o sea, **bisiesto**. Eso sí, en honor de Julio César el nuevo calendario no se llamaría 'egipcio', sino **juliano**. Y este calendario egipcio-juliano, ligeramente modificado en el año 1582 por el papa boloñés Gregorio XIII (en cuyo honor se llama ahora calendario **gregoriano**), es el que nosotros usamos hoy. Si algún día van a Bolonia, no dejen de ver la estatua de este papa en la plaza Mayor. (Véase Figura 1.2).



Figura 1.2. Estatua de Gregorio XIII, papa boloñés impulsor de la reforma del calendario juliano. En su honor hablamos del calendario **gregoriano.**

Por cierto, nuestro calendario aún no es perfecto: todavía hay un desajuste de unos tres días cada 10.000 años. Así que, si se animan a corregirlo, podrán añadir su nombre propio al de tan ilustres predecesores.

Los años

Todos sabemos que ni siquiera somos capaces de ponernos de acuerdo entre los distintos países para decir en qué **año** (del latín *annus*) vivimos. ¡Pues no costaría tanto! En definitiva, nos pusimos de acuerdo para el espacio (paralelos y meridianos) y también para una parte del tiempo (horas y husos horarios). ¿Por qué no para los años? Si ya hemos llegado a una norma ISO (la 8601) para regular la representación de fechas y horas, podríamos ser un poco más ambiciosos y unificar los años.

Los griegos contaban los años desde la primera **Olimpiada** (del griego *olympiás*, periodo de cuatro años entre dos Juegos **Olímpicos** seguidos), que se celebró en el –776; por tanto, en 2014 estarían en el año 776 + 2014 = 2790. Y los romanos los contaban *ab Urbe condita*, 'desde la fundación de la Urbe' (la suya, claro: Roma), que se produjo en el –753; por tanto, en 2014 estarían en el año 753 + 2014 = 2767.

¿Y qué sucede hoy? En 2014, los judíos van por el año 5774 (desde su Creación del mundo en el año –3760, por lo que 3760 + 2014 = 5774), los musulmanes van por el 1435 (a partir de la hégira de Mahoma desde Medina a La Meca en el año 622, pero no se molesten echando las cuentas, que no salen, porque sus años no duran lo mismo que los nuestros), los chinos van por el año del Caballo (cuentan los años desde la invención de su calendario en el –2637, pero organizan los años en ciclos de 60 años, ciclos que incluyen 12

animales, además con 5 elementos... olvídenlo, tampoco lo entenderán). Y así hasta el ridículo.

Pero es que tampoco los occidentales lo tenemos muy claro: contamos los años desde el nacimiento de Cristo (**A. D.**, *anno Domini*, 'el año del Señor', ponen los ingleses tras la cifra de los últimos 2014 años, para diferenciarlos de los años sucedidos **B. C.**, 'antes de Cristo' en inglés). Pero tampoco sabemos muy bien cuándo nació Cristo. Nos hemos fiado de un cierto Dionisio el Exiguo, que además de tal debía de ser un poco cortito, el pobre, quien, basándose en cálculos erróneos, fijó mal dicha fecha: hoy se piensa que Cristo debió de nacer en el año 4 **antes de Cristo**. O sea, que Cristo nació antes de Cristo. ¡Vaya cristo nos montó el Exiguo!

Las cuatro estaciones

¿Quién bautizó a las cuatro estaciones? No Vivaldi, por supuesto, sino ¡los romanos! Claro, ahora ya lo tenían fácil: tras haber corregido su calendario en función del egipcio, los romanos siguieron con sus propios nombres de meses y días, y nos los pasaron a nosotros. Y eso mismo sucedió con los de las cuatro **estaciones** (del latín *statio*, 'acto de estar' o 'permanecer', como en **estancia**) del año.

Muy al principio, **primavera** se decía en latín *ver*, a secas. Pero los romanos antiguos quisieron insistir en algo ya obvio, redundante: que la primavera era 'la primera estación' del año. ¡Claro, el año comenzaba en las calendas de marzo! Evidente. Y por eso empezaron a hablar del *primum vere*, que en latín vulgar daría *prima vera*, es decir, 'la primera primavera'. ¡Por Tutatis, que diría Astérix, qué brutos son estos romanos!

Lógicamente, la expresión latina *veranum tempus* quedó reservada para el **verano**. Aunque a esa estación también se la llamó *aestivum tempus*, de donde procede nuestro **estío**. Es el tiempo de la **canícula** (del latín *canicula*, la 'perrita', el 'can' pequeño), cuando el calor es más fuerte: tal era el nombre de Sirio (Sopdet en Egipto), la estrella más brillante del cielo, cuyo nacimiento **helíaco** (del griego *helios*, 'sol') era en Egipto el heraldo que anunciaba la vital crecida anual del Nilo. Era hacia el 18 de julio, pero les aseguro que Franco no tenía nada que ver con eso.

¿Y el **otoño**? Del latín *autumnus*. Esta voz derivaba d*e auctus*, *-a*, *-um*, que era el participio pasivo del verbo *augere*, 'aumentar', 'crecer' (de donde viene también nuestro **auge**). La vegetación estaba ya en el auge máximo de su ciclo vital, había llegado a su madurez.

Y, por fin, el **invierno**. También nos llegó del latín, por supuesto: de *hibernum tempus*, el 'tiempo invernal', la estación fría. Procede de una raíz indoeuropea que significaba 'invierno', con otra parecida que indicaba 'nieve'. Por eso, cuando llega el invierno, algunos animales **hibernan** reduciendo su metabolismo o bien **invernan** en zonas de buenos pastos.

¡Gracias, Vivaldi!

Los doce meses del año

Mes, en latín, se decía *mensis*, palabra de la misma raíz que el inglés '*moon*', 'Luna', pues inicialmente los meses romanos eran lunares.

Muy al principio, en Roma sólo había diez meses, y el año empezaba en marzo. Pero ya Numa Pompilio, el segundo rey de Roma, reorganizó el calendario sagrado e introdujo los dos primeros meses actuales.

Para designar al primero de los dos, no pudo elegir un nombre más adecuado: el de Jano, el dios **bifronte** (del latín *bifrons*, 'de dos frentes'), que con una cara (una 'frente') miraba hacia el pasado y con la otra al futuro, con una frente hacia el año que terminaba y con la otra hacia el que empezaba. Por eso era el dios de las puertas: podía mirar hacia dentro y hacia fuera, vigilando así tanto la entrada como la salida. En honor del dios Jano (*Ianus* en latín), el mes se llamaría *ianuarius*, de donde viene nuestro **enero**. La bahía de Río de Janeiro fue descubierta por los portugueses el 1 de enero de 1502 y por eso llamaron a la futura ciudad **Río de Janeiro**, 'río de enero', donde la etimología queda aún más clara.

¿Y **febrero**? Pues viene del mes latino *februarius*, que era el mes de las purificaciones o *februa*. Hacia el 15 de febrero se celebraban en Roma las fiestas **Lupercales**, cerca de la gruta donde la *lupa*, la 'loba', había alimentado a los fundadores Rómulo y Remo, situada en la colina Palatina (¡se puede subir!). En ese festival de las *februa*, los celebrantes azotaban a la gente (sobre todo a las mujeres) con unas *februa*, o tiras de piel de macho cabrío, para así purificarla. Nuestra **fiebre** (del latín *febris*) aún tiene que ver con esas purificaciones. Al igual que ocurre con otros nombres de meses, también aquí el nombre latino se ha conservado en las principales lenguas europeas modernas: *febbraio* en italiano, *february* en inglés, *février* en francés, *februar* en alemán, *fevereiro* en portugués...

Marzo procede del latín *martius*, el mes de Marte, dios de la guerra pero también de la fertilidad, tanto la del ganado como la de las plantas. No en vano era el mes en el que la vida, tras el paréntesis invernal, volvía a renacer. Era el inicio de la primavera, como había sido también el principio del año.

Abril parece claro: viene del latín *aprilis*, que era el nombre de este mes. Hasta ahí sí, claro. Pero ¿de

dónde venía *aprilis*? Según algunos, tendría que ver con el verbo *aperire*, 'abrir': es el mes en el que se abren las flores. Pero quizá sea una etimología demasiado fácil, por lo que hay muchos especialistas que la discuten. Otros lo relacionan con la palabra griega *afro*, 'espuma', de donde nació la diosa griega **Afrodita** (Venus para los romanos, a la que estaba dedicado este mes). O sea, que en esto de las etimologías no hay que fiarse de las apariencias, pues hay muchas «leyendas urbanas».

Mayo se llamaba *maius* en latín. Pero también aquí tenemos muchas dudas. Unos especialistas relacionan 'mayo' con la palabra latina *maiores*, los 'mayores', los 'antepasados', a quienes se veneraría en este mes. Pero otros lo vinculan a Maya, la diosa romana de la floración (todavía mayo es el «mes de las flores»), a quien llamaban la *Magna Mater*, la 'Gran Madre', y también la *Bona Dea*, la 'Buena Diosa'. Estaría vinculada a la fertilidad y a la maternidad, y su fiesta se celebraría en mayo. Pero sus ritos eran secretos, por lo que de ello sabemos poco y además inseguro. En este mes, en muchos pueblos de España, se ponía en la plaza del pueblo un **mayo** (un tronco de árbol alto y erguido), adornado con cintas y frutos, al que mozas y mozos acudían a divertirse, en ritos que no pueden menos de evocar los que antes favorecían la fertilidad de los campos.

Junio es (casi) evidente: *iunius* era el mes de la diosa Juno, la esposa de Júpiter, el supremo dios romano. En una sociedad como la romana, en cuyos mitos se habla de una presencia femenina fuerte, el papel de la mujer como esposa y madre era vital. Y eso era Juno, suprema divinidad femenina: diosa del matrimonio y de la maternidad, protectora de los embarazos y de los partos. Pero el propio poeta latino Ovidio, en su popular e inacabada obra *Fasti*, da una segunda etimología para *iunius*: si mayo es el mes de los *maiores* (los 'antepasados'), *iunius* lo será de los *iuniores*, el de los 'jóvenes', el mes de la juventud.



Figura 1.3. *Julio César y Cleopatra,* por Gérôme. El calendario **juliano** fue inspirado por Sosígenes, astrónomo egipcio de Alejandría.

Julio ya lo sabemos: viene de *iulius*, como no podía ser de otra manera tratándose del calendario 'juliano'. El antiguo mes romano *quinctilis*, que era el 'quinto' contando a partir del mes de marzo con el que se iniciaba el año, en el –44 pasó a llamarse *iulius* en honor del reformador del calendario Julio César. ¡Qué menos! (Véase Figura 1.3).

Otro que tenía un *ego* que se lo pisaba era Augusto, que para eso fue el primer emperador romano. ¡No iba a ser menos que su tío-abuelo Julio César! Si Julio había dado su nombre propio al antiguo mes *quinctilis*, el augusto Octavio daría el suyo, no sólo al adjetivo **augusto**, sino también al antiguo mes *sextilis*, que era el sexto del año. Y así, en el año –24, en honor a sí mismo, Augusto hizo que ese mes pasase a llamarse *augustus*, de donde viene nuestro **agosto**. ¡Él sí que hizo el agosto!

Y el resto de los meses los podemos decir ya «de carrerilla». **Septiembre** viene del latín *september*, de *septem*, 'siete' (era el mes 'séptimo' cuando el año lunar romano empezaba en marzo) y de *imber*, 'lluvia' (porque entonces comenzaba la estación de las lluvias). **Octubre** viene del latín *october*, de *octum*, 'ocho', e *imber*, pues seguían las lluvias. **Noviembre** viene de *november*, de *novem*, 'nueve', y el consabido *imber*, ¡qué lluvia más pertinaz! Y, por último, **diciembre** viene del latín *december*, por *decem*, 'diez', y las ya

insoportables lluvias designadas por *imber*. Aunque parezca mentira, y por una sola vez, estos cuatro últimos meses no son anglicismos, aunque se digan igual: también en inglés vienen del latín.

Los siete días de la semana

Nuestra palabra **semana** procede de la latina *septimana*, que, a su vez, viene del adjetivo *septimanus*, 'relativo al siete'. Es un espacio de siete días consecutivos. Y **siete**, en latín, se decía *septem*, como ya hemos visto también en 'septiembre', cuando éste era el séptimo mes con sus correspondientes lluvias.

Se cree que la semana de siete días surgió al observar los ciclos lunares: en efecto, las fases de la Luna (llena, menguante, nueva, creciente) duran siete días cada una. O sea, una semana. Y los nombres de esos siete días proceden de los nombres de los **planetas** (del griego *planetes*, 'errantes', astros que no están inmóviles sino que vemos que se desplazan contra el fondo de estrellas fijas), al menos de los más conspicuos: la Luna, Marte, Mercurio, Júpiter, Venus, Saturno y el Sol, aunque ni la Luna ni el Sol sean hoy planetas por mucho que se muevan respondiendo a la etimología de 'planeta' y, por supuesto, a las leyes de Newton.

¿Y los nombres de estos 'planetas' de dónde nos vienen? Pues de los nombres de sendos dioses. Romanos, por supuesto, que dioses era de lo que más les sobraba.

El **lunes** era en latín el *Lunae dies*, el 'día de la Luna'. De *lunae* conservamos el 'lun' al principio de nuestra palabra 'lunes' y de *dies* conservamos el 'es' al final: al contraerse ambas palabras latinas se originó nuestro 'lunes'. Algo parecido ocurre en inglés cuando dicen *monday* (por *moon day*, literalmente 'el día de la Luna'), y en alemán, *mondtag*, exactamente igual, y en holandés, *maandag*, y en francés, *lundi*, y en italiano, *lunedì*... Y también en catalán, sólo que poniéndolo al principio, *dilluns*, que en algo más nos teníamos que diferenciar.

¿Y **martes**? Pues lo mismo: del latín *Martis dies*, el 'día de Marte'. Marte, como dios de la guerra, es un verdadero conquistador: no se ha contentado sólo con tener un día de la semana (el martes) y también un mes del año (marzo), sino que además tiene adjetivos como **marcial** ('al estilo de Marte'), nombres propios como **Marte** (el planeta dedicado a ese dios) y, por tanto, sustantivos como **marciano** ('habitante de Marte'). ¡Y eso que todavía no han 'aterrizado' en la Tierra los «hombrecitos verdes» procedentes de nuestro planeta vecino! Aún más, si el planeta Marte lleva el nombre del dios de la guerra, sus dos satélites llevan el de sus dos hijos: **Fobos** (el 'miedo') y **Deimos** (el 'terror'). ¡Qué belicosos!



Figura 1.4. *Venus y Marte,* por Botticelli. La diosa romana Venus dio nombre a nuestro **viernes** y el dios Marte a nuestro **martes,** así como a nuestro mes de **marzo.**

Miércoles era el *Mercurii dies*, el 'día de Mercurio'. El nombre de este dios tiene que ver con el latín *merx*, 'mercancía', lo cual explica palabras como **mercado**, **mercadería**, **mercar**, **mercante**, **mercantil** y hasta **mercachifle**. No es de extrañar que Mercurio, además de ser el mensajero de los dioses, fuese el patrono de los **mercaderes**, de los comerciantes y también, curiosamente, de los ladrones (¿¡no será todo lo mismo!?): el dios griego Hermes, correspondiente al romano Mercurio, había robado los rebaños del dios Apolo nada más nacer, o sea, que le venía en la sangre. ¡Vaya fama! Menos mal que también dio nombre a un elemento químico que ha servido para 'medir la temperatura' con los **termómetros**: el **mercurio**.

Jueves era el *Jovis dies*, el 'día de Júpiter', dios supremo, el dios de los dioses. El atributo más llamativo de este dios era el trueno, por lo que no tiene nada de extraño que al jueves los ingleses lo llamen *thursday* (de Thor, dios nórdico del trueno), los alemanes *donnerstag* (literalmente, el 'día del trueno') y los holandeses *donderdag*, que hasta parece retumbar. De *jovis* procede también nuestra palabra **jovial**, pues Júpiter era un dios divertido y cachondo, al que le encantaban los amoríos con otras diosas (tuvo decenas de hijos) e incluso le atraía andarse disfrazando festivamente: se disfrazó de cisne para beneficiarse a Leda,

de lluvia de oro para arrojarse sobre Danae y de toro para embestir a Europa. Hasta se casó con su hermana Juno, la de junio, ¿recuerdan?, y con ella tuvo a Marte, otro viejo conocido. ¡Rayos y truenos! Estos dioses...

El **viernes** era el *Veneris dies*, el 'día de Venus'. Venus era la diosa de la hermosura y el amor, cuyo equivalente griego era Afrodita. Tan bella era que inspiró a los cinceles de los escultores (Venus de Milo), a los pinceles de los pintores (*La Venus del espejo*, de Velázquez) e incluso a los papeles de los compositores (el Tannhäuser de Wagner descubrirá Venusberg, el 'monte de Venus'). Como se ve en el famoso cuadro de Botticelli, Venus había nacido del mar en una concha de **vieira** (del latín *veneria*), que hoy, en su honor, se llama también 'concha venera' o 'concha de Venus' y que los peregrinos a Santiago conocen muy bien. En el Juicio de Paris, éste debía elegir a la diosa más bella: para sobornarlo, Hera le ofreció el poder, Atenea la inteligencia y Afrodita (Venus) el amor de Helena, la mujer más bella del mundo. Y, claro, ganó la tercera. Pero, ¡ojo!, el culto excesivo al **monte de Venus** puede acarrear desgracias: si entonces causó la guerra de Troya, hoy podemos contraer una 'enfermedad **venérea**', sobre todo si practicamos ese culto sin protección. ¿Será por esto por lo que los viernes-13 son días nefastos para los ingleses? Tal vez sea más prudente limitarnos a mirar las estrellas: Venus es el tercer astro más brillante del cielo (tras el Sol y la Luna), tanto al amanecer (el 'lucero del alba') como al anochecer (el 'lucero vespertino'). Los ingleses llaman al viernes *friday*, los alemanes *freitag* y los suecos, noruegos y daneses *fredag*: todos ellos están rindiendo culto a Freyja o Freja, la diosa nórdica del amor y la fertilidad. Lógicamente, en árabe el viernes se llama *al*-yˆ *um'a*, el día de 'la reunión': es el día en que los musulmanes se reúnen para orar juntos en la mezquita. También así se evita rendir culto a Venus. (Véase Figura 1.4).

El nombre del **sábado** procede del hebreo *sabbat*, que significa 'reposo', 'descanso'. Así pues, el sábado era el 'día del descanso'. En *Éxodo*, 20, 8, la Biblia dice: «Acuérdate de santificar el día del sábado». Y, según el *Diccionario* de la Academia, el hebreo *sabbat* procede, a su vez, del acadio *šabattum*, que también los mesopotamios aportaron a la astronomía tanto como los egipcios, si no más. Una tablilla cuneiforme mesopotámica cita el *šabattum* como «el día del descanso del corazón». Y del hebreo *sabbat* procede el nombre de este día en la mayoría de las lenguas actuales, incluido el árabe (*as-sabt*), pero con dos excepciones importantes: primera, en inglés es *saturday*, el 'día de Saturno' (conservando el antiguo nombre latino: *Saturni dies*), pues Saturno era el dios del tiempo (Cronos, ¿recuerdan?) y Saturno es también el astro más bello de nuestro Sistema Solar; y segunda, en los países escandinavos es el 'día de bañarse' (*lørdag*, *lördag*), de cuando la gente sólo se bañaba un día a la semana. ¡Guarros! Bueno, en realidad los guarros no eran únicamente los vikingos: también nosotros conservamos todavía la expresión 'hacer sábado' para indicar que en ese día se hace limpieza de la casa. ¿Y los otros días? Por otro lado, nuestra expresión 'año **sabático**' no indica que descansamos sólo un sábado... ¡sino todo un año! Y cuando se desata la «fiebre del sábado noche», nuestras modernas brujitas y machos cabríos parecen escaparse de las pinturas negras de Goya en las que celebraban sus aquelarres la noche del *sabbat* para encaminarse a sus sabáticos botellones.

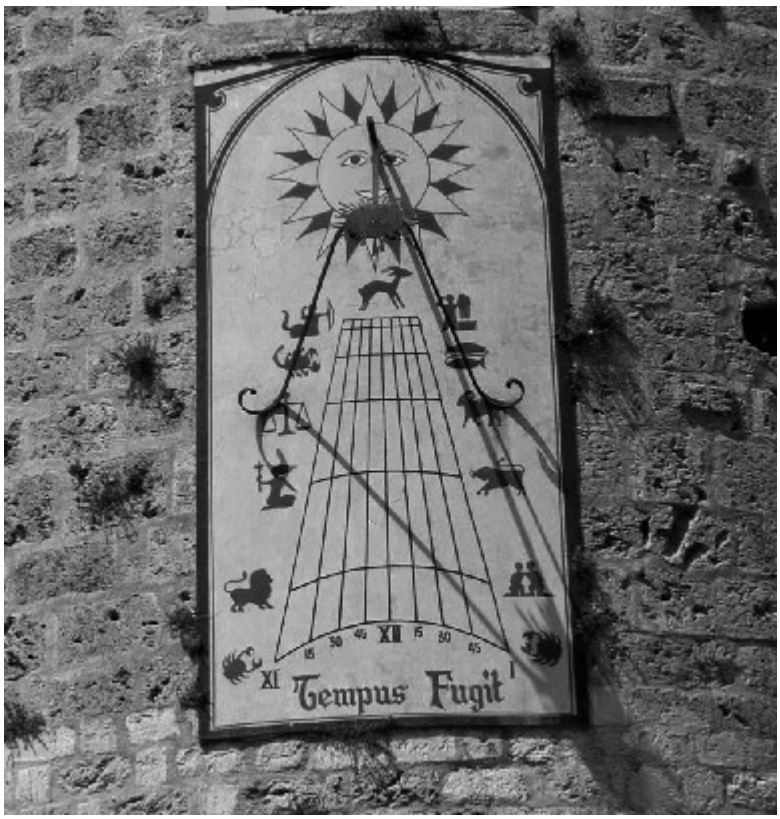


Figura 1.5. El **gnomon** ('guía') de este reloj de sol nos dice las horas. Y la leyenda *Tempus Fugit* («El tiempo huye») nos sugiere que las aprovechemos.

Por último, para los seguidores de la Biblia, Dios creó el mundo en una semana: o sea, en seis días de trabajo y, tras una tarea tan agotadora, uno de descanso. En *Génesis*, 2, 2, leemos: «El séptimo día Dios tuvo terminado su trabajo, y descansó en ese día de todo lo que había hecho». Para los judíos, como hemos visto, ese día era el *sabbat*, por lo que durante mucho tiempo se consideró que el sábado era el día de descanso y la semana empezaba el día siguiente; y así lo hacen todavía los judíos de Israel. Pero los musulmanes descansan el viernes e inician la semana el sábado. Y los cristianos descansan el domingo y empiezan la semana el lunes... excepto algunos cristianos, como los portugueses y los ingleses, que consideran que la semana empieza el domingo, no el lunes. Nada, que no nos ponemos de acuerdo ni para descansar.

Pero no siempre había sido así para los cristianos: durante más de tres siglos, el día de descanso de los cristianos había sido el sábado (María, Jesús y los Apóstoles eran judíos) y la semana empezaba el día siguiente. Pero, en el año 321, Constantino I el Grande, el emperador romano que ocho años antes había dejado ya de perseguir a los cristianos y los había legalizado en su *Edicto de Milán*, decretó que en adelante el día último y más importante de la semana no fuese el sábado, sino el día siguiente: el «venerable día del Sol», que sería el nuevo día de descanso semanal (los ingleses todavía dicen *sunday*, el 'día del Sol'). Y, con el correr de los siglos, todas las prohibiciones laborales del *sabbat* judío se transfirieron al día siguiente, que pasaría a designarse **domingo**, de *Dominicus*, el 'día del Señor' ('Señor' se dice *Dominus* en latín). Culminaba así la semana.

Las veinticuatro horas del día

De las veinticuatro horas del día, sólo hay una realmente importante: la *sexta*, de donde procede nuestra **siesta**. Las otras no son tan imprescindibles. Los romanos dividían el día en distintas horas, que empezaban a numerar hacia las siete o las ocho de la mañana, horas solares: la *prima*, la *secunda*, la *tertia*... Todavía hoy, si usted se aloja en la hospedería del Monasterio de Silos, tendrá ocasión, no sólo de admirar su glorioso claustro y de escuchar su excelso **gregoriano** (¡otro Papa de nombre Gregorio, pero esta vez el Magno, no el XIII!), sino también de seguir sus horas de rezo: además de los **maitines** (en el *tempus matutinus*, matinal, por la mañana), los monjes tienen la hora Tertia (la 3.ª), la Sexta (la 6.ª), la Nona (la 9.ª)...

¡Menos mal que los pobres romanos finalmente inventaron algo digno de mención, la siesta! Debieron de quedar tan exhaustos con tanto trabajo lexicográfico, que al final no tuvieron más remedio que echarse una siestecita a la hora sexta. Nuestro sarcástico Cela decía que había que hacer la siesta «con pijama, padrenuestro y orinal», aunque ya los jóvenes modernos no saben qué es el orinal, muchos no rezan ni un padrenuestro y el pijama... no es necesario. ¡Pero la siesta sí!

«Todas hieren, la última mata», dice un reloj de sol hablando de las horas. ¡Así que cambiemos rápidamente de tema!

Instrumentos de medir el tiempo

Se dice que, hace ya 3.500 años, en tiempos de Tutmosis III, llamado «el Napoleón egipcio», se usaba un pequeño reloj solar portátil llamado *shesat* (Shesat era la diosa egipcia del cómputo del tiempo). Constaba de dos piedras perpendiculares, una de las cuales tenía marcadas las horas y la otra servía de **gnomon** (del griego *gnomon*, 'guía', 'indicador'): la longitud de la sombra indicaba la hora. «Pero este sistema sólo servía en los días que hacía bueno», como decía Plinio el Viejo sobre los relojes de sol romanos. Y, como aseguraba un reloj de sol, «*Da mihi solem*, *dabo tibi horam*» («Tú dame sol, que yo te daré la hora»). (Véase Figura 1.5).



Figura 1.6. Clepsidra del siglo –V. La palabra **clepsidra** significa 'ladrón de agua': el recipiente inferior parece que 'roba el agua' que cae del superior a medida que pasan las horas.

Por eso precisamente se inventaron los relojes de agua, que funcionan con sol o sin él: las **clepsidras**. La etimología de esta palabra es toda una metáfora: viene del griego *klepsydra*, formada por las palabras *klepto*, 'robar' (¿no estaremos ahora en una **cleptocracia** con tanta **cleptomanía**?) e *hýdor*, 'agua' (como en **hidroavión**, **hidromasaje** o **hidrógeno**). Literalmente, ese reloj es un «ladrón de agua»: mide el tiempo que se tarda en trasvasar ('robar') una cantidad de agua desde un recipiente a otro. Las clepsidras datan del antiguo Egipto: eran unas vasijas de barro llenas de agua, con un orificio de salida en la base y con una escala de horas marcada en la pared del recipiente. El nivel del agua trasvasada ('robada') indicaba las horas transcurridas. Y algo parecido sucedía con los relojes de arena. (Véase Figura 1.6).

Esto permitió empezar a dividir el día en horas. Antes les bastaba con decir: 'día', 'noche', 'mediodía', 'medianoche', 'tarde'... Y, sobre todo, las horas más bellas: el **alba** (del latín *albus*, 'blanco') y el ocaso. Nadie ha llamado nunca jamás al alba de una forma tan bella como Homero: *rhododáctylos heos*, 'la Aurora de rosados dedos' (por tres palabras griegas: *heos*, la diosa Aurora, como en **Eoceno**, el periodo de la 'aurora reciente'; *rhodós*, 'rosado', como el nombre de la isla de **Rodas**; y *dáctylos*, 'dedo', como en **dactilografía**). Y al ocaso Homero lo llamaba por su impresionante color: *oinos*, 'vinoso' (del griego *oinos* nos viene la **enología**). Y, hablando de efluvios vinoso-poéticos, se ha de reconocer que nuestro *Cantar de Mío Cid* tampoco lo hacía tan mal al hablar del alba: «Apriesa cantan los gallos / e quieren quebrar albores». Ni tampoco García Lorca: «Las piquetas de los gallos / cavan buscando la aurora». Pero ¿y el **ocaso**? Pues esta palabra nos viene del latín *occasus*, que, a su vez, procede del verbo *occidere*, 'morir', 'caer muerto': a la puesta de sol, cae muerto el día. Y por eso decimos también **Occidente**, donde el Sol cae al suelo y muere, frente al **Oriente** (del latín *oriri*, 'nacer'), que es donde nace.

Así pues, llegados a este punto, en definitiva nos podemos preguntar: ¿y qué es el tiempo? El propio san Agustín declaraba en sus *Confesiones* su ignorancia: «Si nadie me lo pregunta, lo sé; pero si quiero explicárselo a quien me lo pregunte, entonces no lo sé». ¡Pues eso mismo! Con razón dice don Quijote que el tiempo es «descubridor de todas las cosas».

Moraleja sólo puede haber una, la del poeta latino Horacio: «¡*Carpe diem*!», «Coge este día». Aprovecha el día de hoy, goza del presente. El pasado ya no existe y, todavía, el futuro tampoco. Olvídate de la eternidad.

Y vinieron de Egipto

¿Cómo es posible que Egipto, con más de tres mil años de historia, no nos haya transmitido ninguna palabra suya? La explicación es muy sencilla. Por un lado, cuando el Egipto antiguo desapareció, el castellano aún no se había empezado a formar: entre el final de aquél y el principio de éste median casi mil años. Y, por otro lado, cuando los jeroglíficos egipcios fueron descifrados por Champollion en 1822, el castellano estaba ya completamente formado. O sea, que no había posibilidad alguna de coincidencia temporal, ni en un caso ni en otro. Por tanto, tampoco había posibilidad alguna de préstamos lingüísticos entre una lengua y otra.

Pero ¿realmente esto es así? ¿No tenemos ninguna palabra que nos venga de Egipto? ¡Qué extraño sería! ¿No nos llegaría alguna palabra egipcia a través de los griegos, que reinaron en Egipto durante trescientos años? ¿Y ninguna a través de los romanos, que lo conquistaron y lo convirtieron en su granero particular? ¿Y ninguna a través de los hebreos, que vivieron allí varios siglos, en varias ocasiones? ¿Y ninguna a través del árabe, que es el idioma que se ha hablado en Egipto en los últimos catorce siglos? Veamos.

A) Palabras egipcias ¡en castellano!

Empecemos por el principio: ¿de dónde viene **Egipto**? Los egipcios no llamaban así a su país. La palabra 'Egipto' es de origen griego: en este idioma se pronunciaba algo así como *Áiguiptos*. Sin embargo, algunos especialistas consideran que esta palabra griega vendría del nombre egipcio de Menfis: *Hut-ka-Ptah*, 'La mansión del *ka* de Ptah', 'el templo del espíritu del dios Ptah'. Simplemente, esta palabra habría pasado de designar a la principal ciudad de Egipto, la capital Menfis, a designar a todo el país. Hicieron una **sinécdoque** (del griego *sin*, 'con', y *ekdéjeszai*, 'recoger', 'recibir', o sea, 'recibir con', que es lo que se hace cuando se recibe el todo junto con la parte). Incluso consideran que ese mismo nombre habría dado origen a nuestra palabra **copto**, con la que se designa al cristiano de rito egipcio y también a su lengua, que constituye la última fase de la lengua egipcia, sustituida luego por el árabe. Y quizás Egipto dio incluso nombre a los 'egipcianos', de donde procederían nuestros **gitanos**.

1. Entre la geografía y la química

Pero entonces, si los propios egipcios no llamaban Egipto a su país, ¿cómo lo llamaban? Con un nombre metafórico: *Kemit*, la 'tierra negra', en alusión al color del limo vital y vitalizador que era depositado por la crecida anual del Nilo. A eso aludía justamente Heródoto cuando llamaba a Egipto «el don del Nilo». Pues bien, de esa *Kemit* nos vienen posiblemente dos palabras castellanas. Una es **química**, que nos llegaría a través del griego *khymeía*, 'mezcla de líquidos', 'fusión'. Y la otra sería **alquimia**, a través del árabe *al-kimiya*, 'la (técnica) egipcia', que sería aquel arte de transmutar los elementos químicos que tanto obsesionaba a los alquimistas medievales que buscaban desesperadamente cambiar los metales en oro. Esta actividad mistérica, que atrajo al propio Newton y que en definitiva dio origen a la ciencia química, era atribuida originariamente a los egipcios, bajo la invocación de ese dios sincrético egipcio-griego que fue Hermes **Trismegisto** (de *tri*, 'tres', y *megas*, 'grande', o sea, el 'tres veces grande'), quien daría origen a otra palabra castellana: **hermético**, 'de Hermes', oculto. ¡Qué herméticas pueden resultar a veces las etimologías!

Y, hablando de química, ¿de dónde puede venir la palabra **alcohol**, sino de Egipto? El *kohol* era esa bella pintura oscura que las mujeres ¡y los hombres! se ponían en los ojos como cosmético irresistible, pero sobre todo para protegerlos del inclemente sol egipcio. Era una pintura profiláctica, no sólo estética. Se hacía ya desde antes de la Dinastía I, triturando sulfuro de antimonio en las famosas paletas predinásticas, pero sobre todo nos ha llegado en los estuches de belleza encontrados en las tumbas de la Dinastía XVIII contenido en tubitos y junto a sus palillos de aplicación. ¡No les podía faltar ni en el Más Allá! Luego, cuando los árabes entraron en Egipto, antepusieron su artículo determinativo a dicha palabra y resultó *al-kohol*, de donde procede nuestro 'alcohol'. Y, como dicen los italianos, «*se non è vero, è ben trovato*». Por cierto, los egipcios ya consumían alcohol: bebían cerveza (*henqet*) y bebían vino (*irp*, ¿onomatopeya del hipo que esta bebida produce cuando se abusa de ella?), incluso con dos modernos conceptos: «denominación de origen» (en las vasijas especificaban de qué viña procedía) y «añada» (decían también en qué año de reinado del faraón se había cosechado). ¡Irp! Hasta es posible que otra bebida, la **sidra**, más

otras dos palabras del ámbito químico, **nitro** y **natrón** (recordemos el *wadi* Natrún), sean de origen egipcio... aunque resulte difícil de demostrar. ¿No vendrá la 'sidra' de Egipto a través del hebreo *shēkhār* y, luego, del latino *sicera*? ¿Y 'natrón' y 'nitro' no tendrán que ver con el egipcio *netcher*, 'divino', 'puro'?

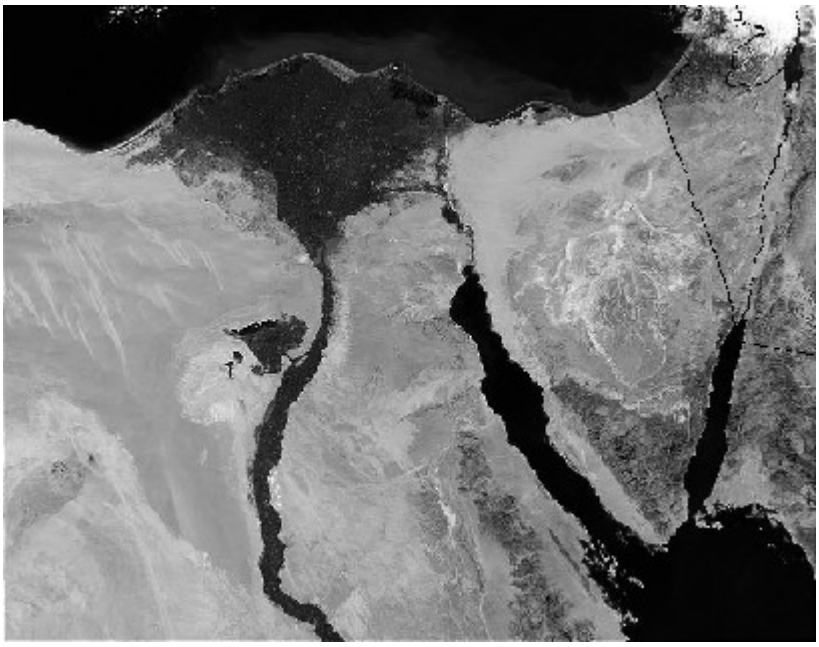


Figura 2.1. Foto del norte de Egipto. La desembocadura del Nilo se parece a la letra griega 'delta' mayúscula (Δ), de donde viene nuestra palabra **delta.** De la palabra egipcia *deseret* procede nuestro **desierto;** de su *wh't* procede nuestro **oasis;** y de su fértil 'tierra negra' *Kemit,* nuestra **química** y, por tanto, nuestra **al-quimia**.

Y si la fértil tierra negra de las riberas del Nilo era *Kemit*, ¿cómo se llamaba la ardiente tierra roja de los desiertos? ¡Cómo se iba a llamar! Pues *deseret*. Claro, de donde proceden no sólo nuestra palabra **desierto**, sino numerosas palabras equivalentes en muchos otros idiomas de todo el mundo. Porque ¿quién iba a saber de desiertos más que los egipcios, que tenían desierto tanto al este como al oeste, ocupando más del 80 % de su territorio? Menos mal que también tenían **oasis**, palabra que, a través del griego *óasis*, nos ha llegado del egipcio antiguo *wh't*, la 'región de los oasis'. Nada tiene, pues, de extrañar que hoy 'oasis' sea una palabra tan internacional como 'desierto'. Eso sí, hemos de reconocer dos cosas: primera, que el país estaba rematado en el norte por un elemento griego, el Delta, así llamado por su semejanza con la forma de la cuarta letra griega mayúscula (Δ), y de la cual derivan todos los **deltas** del mundo, incluido el nuestro; y segunda, que el nombre del **Nilo** nos viene del griego (*Neilos*), no del egipcio, donde se llamaba *iteru*, el 'gran río', o *hapy*, la 'inundación', el dios Hapy que protegía al río, controlada por los escribas del faraón en los **nilómetros** ('medidores del Nilo').

2. Dioses, faraones y santos

Por cierto, aún no hemos hablado de la palabra **faraón**, ¡qué falta de respeto! Esta palabra es un préstamo lingüístico del egipcio a través de la Biblia. El rey de Egipto era quien vivía en *per-aa*, la 'casa grande', el 'palacio'. Y la Biblia hizo aquí una **metonimia** (del griego *metá*, 'más allá', y *ónoma*, 'nombre', o sea, 'nombrar más allá', como al decir «beber un vaso» cuando en realidad queremos decir «beber el contenido de un vaso»): transformó ese *per-aa* en 'faraón' al sustituir el palacio por su habitante, es decir, al pasar del continente al contenido. Y así, del hebreo nos ha llegado a nosotros, y a todas las otras lenguas, a través del griego *pharaó* y, luego, del latín *pharao*. De los cinco faraones que menciona la Biblia, ninguno es anterior a la Dinastía XXII, cuando Egipto ya había pasado sus épocas de mayor esplendor y se encontraba ya en el III Período Intermedio. O sea, que la Biblia ¡no se debió de escribir tan pronto como piensan algunos!

Uno de los nombres más bonitos de mujer en la Biblia (¡y hay unos cuantos!) es **Sara**. Cuando vean un patito (en egipcio *sa*, 'hijo de') y un sol (ya saben: se pronuncia *Ra* y significa 'el sol', el dios 'Ra') delante de un cartucho en el que figura el nombre de un faraón, presuman ante sus amigos de saber jeroglíficos egipcios leyéndolo así: 'Sara'. Esos dos signos indican que el faraón es el 'hijo del Sol' en la tierra. ¿No tomarían los hebreos de Egipto, donde vivieron durante tantos siglos, ese nombre tan importante? (Véase Figura 2.2).

Cuando pensamos en el antiguo Egipto imaginamos fabulosos tesoros que nos deslumbran con el brillo del oro. Este atractivo metal en egipcio se llamaba *nbw* (poniendo vocales se pronunciaría *nebu*), por lo que

algunos autores sugieren que esa palabra dio nombre a la zona de la que se extraía ese metal: **Nubia**, donde el oro era tan abundante «como el polvo que cubre los caminos» (carta de un príncipe de Mitanni a Akhenatón). Y los egipcios lo necesitaban porque el oro era la carne de los dioses... y, por tanto, de su divino faraón. En verdad vemos que los textos jeroglíficos llamaban a esa zona *Ta-seti*, el 'país del arco', pues ésta era el arma típica de sus habitantes. Pero el geógrafo griego Estrabón llamaba ya 'Nubia' a esa región en el siglo –I, y si lo dice un geógrafo...



Figura 2.2. Entre los jeroglíficos de un faraón que es 'señor de las apariciones' (izquierda) y 'amado de Amón' (derecha) se ve un patito con un sol, indicando que además era *Sa-Ra*, 'hijo de Ra', de donde quizá viene nuestra **Sara.**

Pero no hay que irse tan lejos como Nubia para rastrear antiguas palabras egipcias, sino que nos podemos quedar en España. Pues ¿qué es **Ibiza** sino una palabra de origen egipcio? Ese nombre viene del popular dios Bes, protector de la familia; todo lo que tenía de feo lo tenía también de bonachón. Y los fenicios, que navegaban por todo el Mediterráneo comerciando con productos egipcios y de otros pueblos, trajeron estatuillas del dios y además su nombre a *Ebusus* ('la isla de Bes'), la actual Ibiza.

Y si los ibicencos tenían a Bes, los sevillanos tuvieron a san Isidoro, el primer creador de «Etimologías» (¡gracias por tu enciclopédica obra!), y los madrileños tienen al verbenero san Isidro (que se iba a rezar a la sombra mientras los ángeles le hacían el trabajo sucio al sol, así trabaja cualquiera). ¿Y no nos dicen nada esos dos nombres, **Isidoro** e **Isidro**? ¡Pues claro, los dos son lo mismo! Ambos son 'regalo de Isis', del griego *doron*, 'regalo', 'don', e Isis, el nombre de la diosa egipcia más querida en Egipto durante más de tres mil años. En su templo de la isla de Philae, un sacerdote de Isis grabó, el 24 de agosto del año 394 de nuestra era, la última inscripción jeroglífica que nos ha llegado del antiguo Egipto. Pues, por desgracia, el emperador cristiano Teodosio prohibió por entonces toda otra religión que no fuese la cristiana, incluida la egipcia. ¡Buahhh, qué pena!

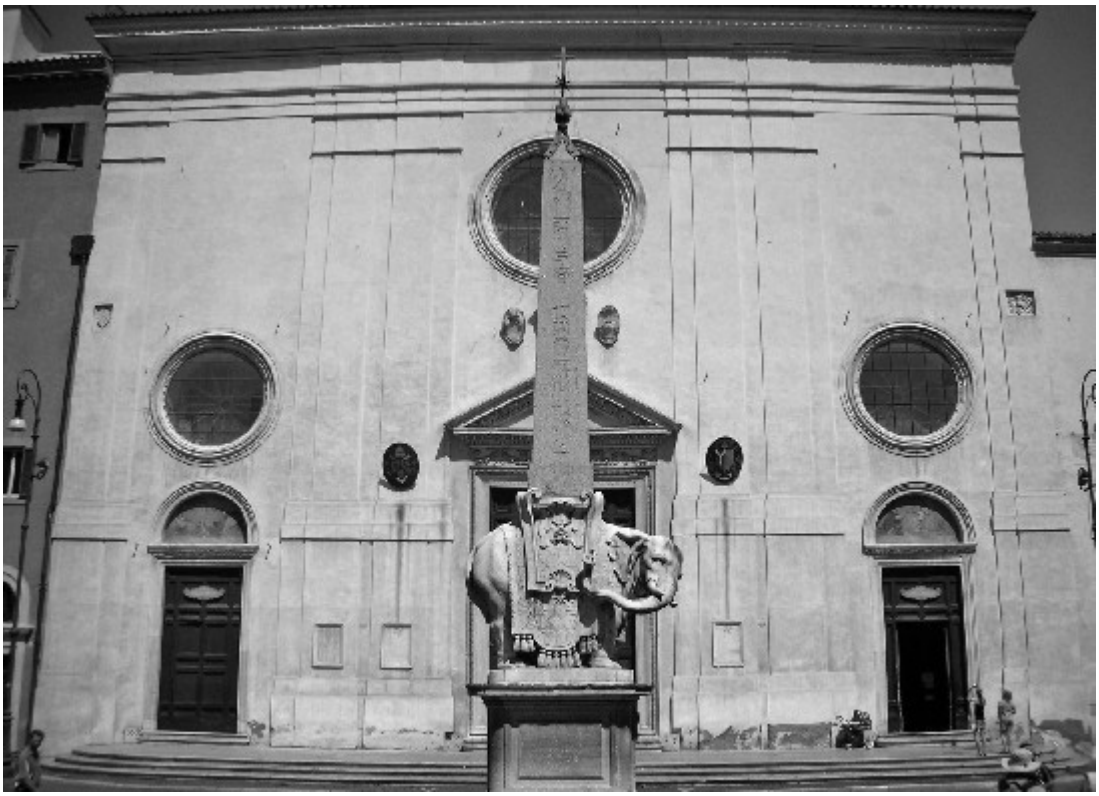


Figura 2.3. Fachada de la iglesia romana de Santa Maria sopra Minerva, erigida donde se había alzado un *iseum* o 'templo de Isis'. Nuestros nombres **Isidoro** e **Isidro** no son sino un 'regalo de Isis'.

De todas formas, el culto de Isis se extendió por todo el Mediterráneo, por lo que sus templos se pueden admirar todavía hoy en el Mare Nostrum (¡y más allá!): en la isla griega de Delos, en las ciudades romanas de Pompeya y Herculano... o en las ruinas gaditanas de Baelo Claudia. Pero nos fascina uno: si van ustedes a Roma, no dejen de visitar la iglesia de Santa Maria Sopra Minerva, no sólo para rendir culto científico a Galileo, que allí fue juzgado por la no tan santa Inquisición, y ni siquiera para venerar a la diosa romana Minerva, que allí había tenido su propio templo, luego marianizado, sino para estudiar etimologías: antes del templo de la diosa romana Minerva, allí se alzaba un **iseion**. Ya se lo pueden imaginar ustedes: un templo dedicado a la diosa egipcia Isis, que eso es lo que significan la palabra latina *iseum* y la griega *iseion*. O sea, sobre un templo de una diosa egipcia (Isis), un templo de una diosa romana (Minerva) y encima un templo de la cristiana María; eso sí, siempre en el mismo sitio y siempre vírgenes o diosas. (Véase Figura 2.3).

La diosa Isis (que era diosa, pero no virgen) y su hermano y esposo Osiris tuvieron un hijo: Horus (en egipcio, *Hor*), tan importante que se consideraba que el faraón era Horus en vida como luego sería Osiris tras la muerte. Pues bien, ¿de dónde creen que viene el nombre de **Ben-Hur** de la película de Charlton Heston? Sí, claro, de la novela *Ben-Hur* del escritor estadounidense Lewis Wallace, que se convirtió en un superventas desde el momento mismo de su publicación en 1880. Pero ¿y Wallace, de dónde sacó el nombre? Nada menos que del segundo libro de la Biblia: el *Éxodo*, que ya en 17:10 habla de un tal **Hur** (quien, junto con Aarón, sujeta los brazos de Moisés para que los hebreos puedan derrotar a sus enemigos) y que en 31:2 y en 35:30 nos habla de Ben-Hur, 'el hijo de Hur'. ¿Y no les suena demasiado parecido el hebreo 'Hur' y el egipcio 'Hor' para que sea una simple coincidencia?

¡Pero si hasta el nombre de **Moisés**, el gran legislador hebreo, era egipcio! En el mismo libro del *Éxodo*, aunque ahora en 2:10, la Biblia cuenta que una mujer **levita** (es decir, de la tribu hebrea de Leví, de donde procede el nombre de esta prenda, «por parecerse a la que llevaban los levitas en las representaciones teatrales», según Corominas) dejó a su bebé en el río en una cesta y una princesa egipcia lo salvó y «le puso por nombre Moisés, pues dijo: "De las aguas yo lo saqué"». Como si el verbo egipcio 'sacar' sonase igual que el nombre egipcio 'Moisés'. No sabemos si el autor del *Éxodo* sabía mucho de etimologías, pero lo que sí es cierto es que Moisés había muchos en Egipto, incluso faraones: Tut-Moses, Ra-Moses, Ah-Moses... ¿El monoteísmo hebreo les llevó a suprimir a los dioses Tut, Ra y Ah de esos nombres y dejaron sólo Moses? Hasta es posible que la propia idea del **monoteísmo** (del griego *monos*, 'solo', 'único', y *theós*, 'dios', o sea, el 'único dios') les haya venido a los hebreos de los egipcios: en concreto, de ese faraón visionario que fue Akhenatón, obsesionado por la idea monoteísta al final de la Dinastía XVIII, unos cien años antes de Moisés. Y no lo dice este humilde autor, sino el propio Freud, que era judío, en su libro *Moisés y la religión monoteísta* (1939). ¡Basta con comparar el «Salmo 104» de la Biblia con el bello «Himno al Sol» compuesto anteriormente por ese faraón hereje que fue Akhenatón! (Véase Figura 2.4).

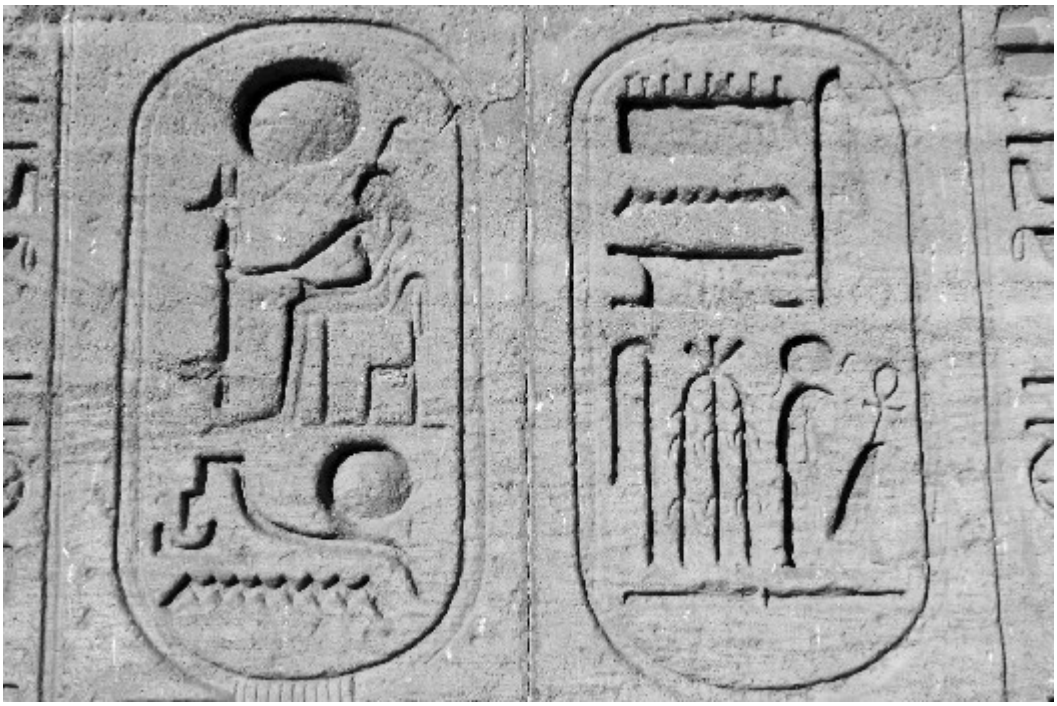


Figura 2.4: Estos cartuchos rodean nombres de **faraón,** palabra que, a través del hebreo, nos viene del egipcio *per-aa,* la 'casa grande', el 'palacio'. Y el penúltimo jeroglífico (que se lee *ms*) lo encontraremos helenizado/castellanizado en Tut**mosis,** Ah**mosis,** Ra**msés**... y **Moisés.**

Pero el Dios egipcio más importante, más incluso que Isis, Osiris y Horus, era, sin duda, Amón, a veces representado con cabeza de carnero. ¿Y no nos habrá venido ninguna palabra de ese dios al que los papiros llamaban «el rey de todos los dioses»? A ver, pensemos. En griego, Amón se escribía *Ámmon*, y 'el país de Amón' era *ammoniakós*. ¡Pues claro, de ahí viene nuestro **amoníaco**! Y, según Corominas, eso es así porque la goma amoníaca «se traía de Libia, donde había un célebre templo de Ammón». Y lo mismo ocurre en química con el **amonio** y el nitrato de **amonio**. ¿Y qué decir de nuestros bellos **amonites**, de hace cientos de millones de años? Pues como nadie estaba allí entonces para bautizarlos, cuando se puso este nombre a esos fósiles hace sólo un par de siglos se les llamó así «por los cuernos con que se representaba a Ammón», como decía el *Diccionario* de la Academia cuando recogió esta palabra en su edición de 1884. Hace unas décadas se vendía en España un *foie-gras* llamado **Apis** en honor a este otro dios egipcio, que no era un pato ni un ganso, sino un toro... ¡Pero mejor no entremos en marcas comerciales, que ya tenemos bastante con los nombres comunes de origen egipcio!

3. Sobre plantas y animales

Bueno, bajemos del cielo a la tierra, y busquemos etimologías egipcias entre plantas y animales. **Nenúfar**, la bella flor egipcia, ¿no tendrá que ver con *nefer*, que era como se decía 'bello' en egipcio? ¡Cuánto nos gustaría poder preguntárselo personalmente a las 'bellas' Nefertiti y Nefertari! Y a Neferneferuatón y Neferneferure, dos de las seis hijas de Nefertiti. E incluso a Nefernefernefer, la malvada 'bella' de *Sinuhé, el egipcio*. Del egipcio *šn* ('nenúfar') podrían derivar nuestra bella flor **azucena** e incluso, a través del hebreo, el bello nombre de **Susana**. En definitiva, según Corominas, nuestra 'azucena' procede del hispanoárabe *sussâna*, precisamente. También **iris**, **lirio** y **loto** podrían derivar remotamente del egipcio (¡no sería de extrañar, con la milenaria pasión de los egipcios por esas flores!), pero los filólogos discuten demasiado sobre esto como para meternos nosotros en ese tema. (Véase Figura 2.5).



Figura 2.5. La reina Nefertari jugando al *senet*. En egipcio, *nefer* significaba 'bella', por lo que originó muchos nombres propios egipcios (**Nefer**tari, **Nefer**titi...) y quizá un nombre común nuestro: **nenúfar.** Y de su nombre egipcio *šn* algunos hacen derivar nuestros nombres propios **Susana** y **Azucena.**

Así que pasemos del reino vegetal al animal, pues también ahí encontramos nombres procedentes de Egipto. Entre las diversas especies actuales de babuinos o papiones hay dos particularmente interesantes: los llamados «papión sagrado de Egipto» (de nombre científico *Papio hamadryas*) y el «papión de Anubis» (*Papio anubis*). Pues bien, la palabra **babuino** deriva del egipcio *babi*, nombre de una de las formas adoptadas por Thot, el dios egipcio de la sabiduría y la escritura, que en este caso se representaba mediante un babuino con el sol sobre la cabeza. Y, a su vez, el nombre de la especie *P. anubis* no tiene más secreto: la palabra científica ***anubis*** es un homenaje de los taxonomistas al dios egipcio Anubis, el «señor de la necrópolis», que «preside el Occidente». Nada menos que Narmer, el primer faraón (hace más de 5.000 años), nos ha dejado una estatua de babuino con su propio nombre inscrito en ella. Poco tiene, pues, de extraño que los egipcios acabasen domesticando a los papiones: los amaestraron para subir a los árboles a coger sus frutos. Por cierto, la «policía» de Tebas usaba papiones para mantener el orden en la ciudad. ¡Qué horror! Y, para compensar, una bella ave: el **ibis**, típicamente egipcio y que además es otro símbolo de Thot. La palabra 'ibis' es otro «internacionalismo» (en muchas lenguas se dice igual), que, a través del latín *ibis*, nos llega del griego *ibis*, que, a su vez, ¿procede del egipcio *hby*? ¡Sólo el dios Thot, con toda su sabiduría, nos lo podría explicar!

¿Quién dijo que no teníamos palabras egipcias en castellano?

B) Palabras griegas para cosas egipcias

Si en el apartado A) veíamos palabras que Egipto ha dado a Occidente, y en concreto a nosotros, en éste veremos lo contrario: palabras que Occidente, y en concreto Grecia, ha dado a Egipto. Muchas palabras que usamos con toda naturalidad como si fuesen egipcias los propios egipcios no las habrían entendido: son, en realidad, palabras con las que los griegos de hace más de dos mil años «bautizaron» a cosas o personas egipcias. Entre ellas figuran, precisamente, las cosas más representativas de lo que hoy consideramos Egipto. O sea, que ahora resulta que las cosas más egipcias... ¡son griegas! Veamos.

1. Tumbas y nombres

Si de la casa o palacio del faraón no nos ha quedado nada más que el nombre (recordemos: en la palabra 'faraón'), es porque esa casa no era importante para ellos. Era **efímera** (del griego *epí*, 'sobre', y *hemera*, 'día', 'que dura sobre un día'). Lo que les importaba de verdad eran otras dos casas: su tumba, que constituía su «casa de eternidad», y sus templos, la casa de los dioses. Y cuando pensamos en tumbas egipcias, lo primero que se nos viene a la cabeza son aquellas faraónicas tumbas que eran las pirámides. Sin embargo, la palabra **pirámide** no era egipcia, sino griega. El edificio será egipcio, el nombre no. (Véase

Figura 2.6).

En egipcio, ‘pirámide’ se decía *mer*, y además cada una tenía su nombre propio: por ejemplo, las tres pirámides de Guiza se llaman, respectivamente, «El horizonte de Jufu», que era como se decía Keops en egipcio; «Jafra es grande», por el faraón Kefrén, y «Menkaure es divino», por Micerino (los tres faraones nos han llegado con sus nombres griegos). En la antigua Grecia, *pyramís* era un tipo de pastel de harina de trigo (esta harina era *pyrós*, en griego) que tenía forma piramidal, por lo que los griegos, cuando vieron aquellos gigantescos pasteles, no tuvieron otra ocurrencia que, por su analogía formal, llamarlos ‘pirámides’. En definitiva, así llamarían también a esas figuras geométricas de forma **piramidal** cuando las inventaron sus **geómetras** (del griego *ge*, ‘tierra’, y *metron*, ‘medida’, ciencia que nació en Egipto al tener que estar midiendo las tierras de cultivo cada año tras la crecida). Al menos ‘pirámide’ era un nombre evocador y dulce. Y perdurable: pues, como se dice en Egipto, «El hombre teme al tiempo, pero el tiempo teme a las pirámides». Cuando Napoleón arengó a sus soldados ante las pirámides diciendo aquello de «¡Soldados, cuarenta siglos os contemplan!», en realidad se quedó corto: les contemplaban 44. Pero, claro, eso no era un número redondo.

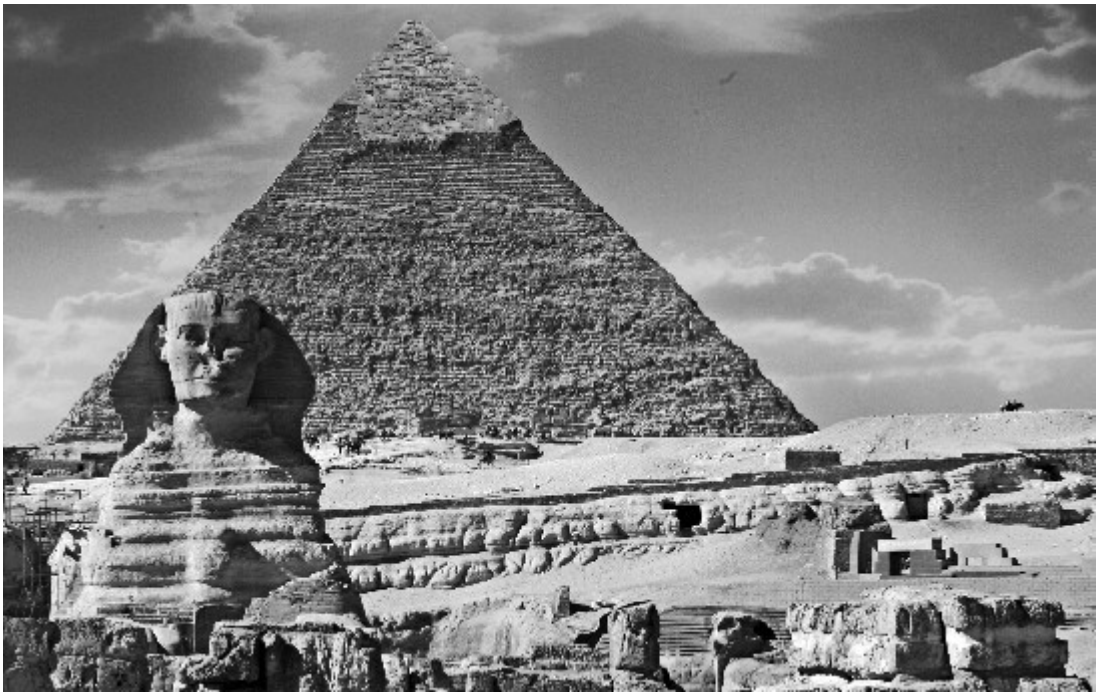


Figura 2.6. Tanto **esfinge** como **pirámide** son palabras de origen griego, no egipcio. La *sphinx* griega era un animal fabuloso. Y la *pyramís* era un pastel de harina de trigo (*pyrós*) con forma piramidal.

Frente a las pirámides de Guiza se alza la estatua egipcia más grande: la **Esfinge**, de nombre también griego. En Grecia, la *sphinx* era un animal fabuloso con cuerpo de león y cabeza de hombre, aunque además había otras composiciones, según los mitos. Sin embargo, no faltan egiptomaníacos que quieren que estos dos nombres sean de origen egipcio: según ellos, ‘pirámide’ vendría del egipcio *pr-m-wsh*, ‘casa de altura’, y ‘esfinge’ vendría de *shsp-ankh*, ‘estatua viviente’, o de *pa-sekhem-ankh*, ‘imagen poderosa de la vida’. Como ven, si esto de las etimologías es difícil en general, en el caso de las etimologías egipcias es aún mucho más complicado.

En las pirámides se enterraba el **sarcófago** del faraón, y aquí tenemos otra palabra griega para un objeto egipcio. En griego, *sarkós* era el genitivo de la palabra ‘carne’ y *phagon* era el pasado del verbo ‘comer’, ‘consumir’. Muy apropiado, pues ¿qué otra cosa hace el sarcófago sino ‘consumir carne’? ¡Menos mal que no le pusieron **antropófago**, que ‘come hombres’, que también servía! De todos modos, dentro del sarcófago, entre las vendas de la momia a la altura del corazón, le ponían **escarabeos**, amuletos con forma de escarabajo pelotero (*Scarabaeus sacer* en latín), de los que ya hablaba el historiador griego Plutarco. Lo que no se entiende es cómo el *Diccionario* de la Academia no recoge aún esta palabra, pues ¡han tenido siglos para hacerlo! En egipcio, el escarabeo se llamaba *jepri*, por ‘transformación’, y con él deseaban al muerto que renaciese, como el sol renace cada día. E igual que parecían renacer sus propias crías a partir de las larvas que los escarabajos habían depositado en las pelotas de excrementos que arrastraban constantemente.

¡Ah, se me olvidaba! Si quieren buscar tesoros en alguna pirámide, recuerden que varias cámaras están vacías, para despistar a posibles ladrones. En realidad son **cenotafios**, del griego *kenós*, ‘vacío’, y *taphos*, ‘tumba’ (como en **epitafio**, lo que se escribe *epí*, ‘sobre’, la tumba). Puro monumento vacío.

Con el transcurrir de las dinastías, los faraones comprobaron una cosa: que, a pesar de construir esas gigantescas pirámides, los ladrones seguían entrando en ellas para saquear sus tesoros. Y, al comprender que el enorme esfuerzo realizado no merecía la pena, empezaron a excavar sus tumbas bajo tierra en el

Valle de los Reyes. Ya pondrían vigilantes para vigilarlas (pero ¿quién vigilará a los vigilantes?). Y así fue como sustituyeron las pirámides por **hipogeos**, aunque el nombre se lo pondrían los griegos siglos después: de *hypó*, 'bajo', y *ge*, 'tierra', o sea, 'bajo tierra'. Tan ineficaz fue también este sistema, que sólo nos ha llegado una tumba inviolada: la de un faraón tan poco importante que lo habían olvidado y, por eso, ni siquiera los ladrones/vigilantes llegaron a robar su tumba. Pero esto nos permitirá explicar al menos una etimología egipcia: su nombre de Sa-Ra ('Sara', ¿recuerdan?, el 'hijo de Ra') era **Tutankhamón** (de *tut*, 'imagen', *ankh*, 'vida', 'viviente', *Amón*, ya lo saben, el dios del carnero, o sea, la 'imagen viviente de Amón') **Hekaiunushut** (de *heka*, 'soberano', *Iunu*, 'Heliópolis', *swt*, 'del sur', o sea, el 'soberano de la Heliópolis del sur', es decir, el rey de Tebas, la ciudad que era en el sur tan importante como lo era Heliópolis en el norte). ¡No me digan que no han aprendido jeroglíficos egipcios! ¡Sus amigos se quedarán pasmados! (Véase Figura 2.7).



Figura 2.7. Los tres primeros signos son el nombre de Amón, el cuarto es el *ankh* y luego *t* + *u* + *t* (= *tut*). ¡Facilísimo: **Tutankhamón**!

2. ¿Templos griegos en Egipto?

Los templos egipcios son egipcios, ¡faltaría más! Pero, si usted sabe griego, al visitar un templo egipcio le parecerá estar como en casa, al menos en lo que a los nombres se refiere. (Véase Figura 2.8).

De entrada, al acercarse al templo caminará por el «camino del dios», o sea, por un **dromos** o avenida procesional (del griego *dromos*, 'carrera', 'lugar de carreras', como en **hipódromo**, 'carrera de caballos', o **canódromo**, 'carrera de canes'). Y al final, flanqueando la entrada principal, se encontrará con dos **pilonos**, por supuesto también de nombre griego: en griego, *pyle* era 'puerta' y *pylonos* (genitivo de *pylón*) 'puerta grande'. Veamos tres ejemplos para entenderlo mejor. En Atenas había un barrio famoso por su cerámica (el Cerámico) y porque en los jardines de Academo tenía Platón su **Academia**, y a él se accedía por el famoso **Dípilon**, la 'puerta doble' (de *dyo*, 'dos', y *pylón*, 'puerta grande'). En el año –480, los 300 espartanos de Leónidas se enfrentaron a los miles y miles de persas de Jerjes en la célebre batalla de las **Termópilas** (de *thermós*, 'caliente', y el plural de *pyle*, 'puerta', o sea, en las 'puertas calientes' o desfiladero de las fuentes termales). Y Homero llamaba a la Tebas egipcia la *hekatómpylon*, «la de las **cien** (de *hekatón*, 'cien') puertas», es decir, la de los cien pilonos. No era de extrañar, con tantos templos y cada uno con tantas puertas... o pilonos. Por cierto, los 300 espartanos perdieron la batalla de las Termópilas, «y mayor honor les corresponde cuando prevén... que finalmente los medos pasarán» (Cavafis).



Figura 2.8. Un **dromos** o avenida, flanqueada por **esfinges**, conduce a un **pilono** ante el que se alzan varias estatuas **colosales** y un **obelisco** y que da a un patio **peristilo**. Las seis palabras son griegas.

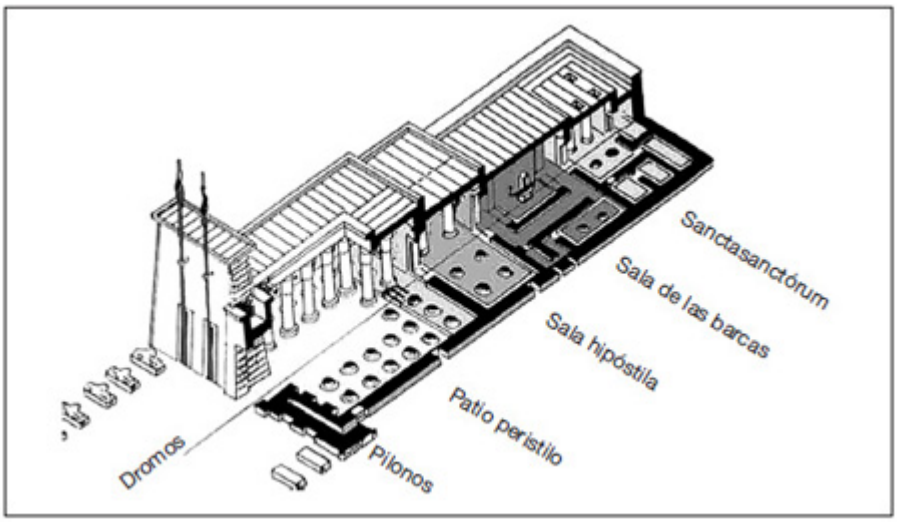


Figura 2.9. Tras el patio peristilo se encuentra la sala **hipóstila** (‘sostenida por columnas’) y, al final, el **sanctasanctórum** (el ‘santo de los santos’). La primera palabra es de origen griego; la segunda, latino.

Antes de traspasar el umbral de los pilonos no deje de admirar los **obeliscos** (del griego *obeliskos*, ‘venablo’, ‘jabalina’) que se alzan ante ellos señalando el cielo. ¿Se acuerda de Obélix, siempre con un menhir a la espalda como si fuese un obelisco que quisiese lanzar al cielo... o contra los romanos? Por cierto, si quieren ver obeliscos egipcios, viajen a Roma, no a Egipto: en aquella ciudad hay más obeliscos (¡doce!) que en todo este país. Y ese «rayo de sol petrificado» (Plinio el Viejo) que era el obelisco egipcio estaba siempre coronado por un **piramidón** (¡recuerde los pasteles de las pirámides!), que, a pesar del aumentativo, siempre eran más pequeños que aquéllas, obviamente. A ambos lados de los obeliscos, junto a los pilonos, podrá admirar sendas estatuas **colosales** (del griego *kolossós*, ‘coloso’, ‘estatua de grandes dimensiones’, como la del **Coloso** de Rodas o la que había delante del **Coliseo** de Roma y que dio nombre a éste), que en Egipto podían ser de un dios o de un faraón, lo cual venía a ser lo mismo. Precisamente, los famosos **Colosos** de Memnón estaban ante el «templo de millones de años» de Amenhotep III: el tiempo se llevó el templo (¡no hizo honor a su nombre!), pero los Colosos permanecen. A propósito, otro perdedor al que recordar: Memnón fue un rey de Etiopía que acudió a defender Troya pero resultó derrotado y muerto por Aquiles. Su madre Eos, la aurora, le lloró toda la noche y, al alba, sus lágrimas cubrieron de rocío toda la tierra. Conmovido, Zeus le concedió la inmortalidad y, en su memoria, los griegos dieron su nombre a los Colosos de Amenhotep (Pausanias).

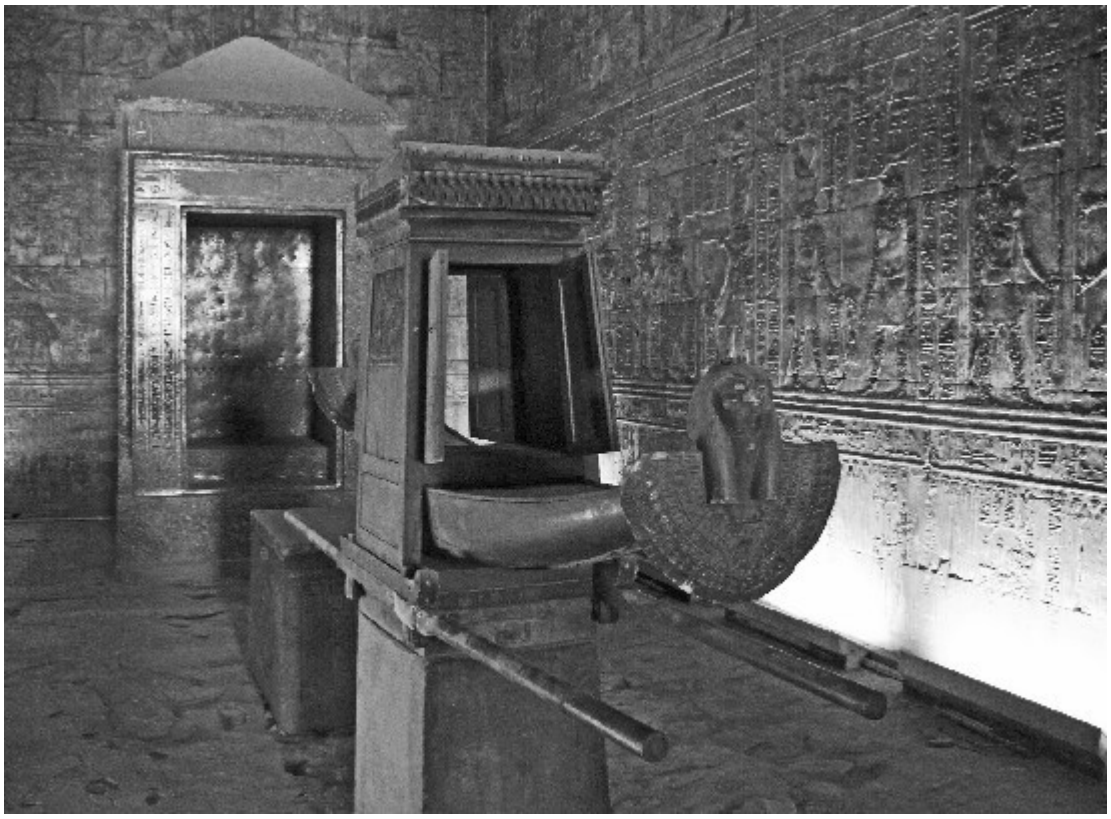


Figura 2.10. La palabra **naos**, de origen griego, designa tanto un 'altar' portátil donde se procesionaba al dios como la 'capilla' donde se alojaban ese altar y el propio dios. Y ambos sentidos se ven en esta foto del templo egipcio de Karnak.

Bueno, ahora ya puede franquear los pilonos y entrar en el templo. Lo primero que verá será un patio **peristilo** o porticado (del griego *perí*, 'alrededor', y *stylos*, 'columna', 'pilar', o sea, con 'columnas alrededor'). Si avanza más, entrará en una impresionante «sala **hipóstila**» (de *hypó*, 'debajo', que no se debe confundir con *hippos*, 'caballo', más el ya conocido *stylos*, 'columna', o sea, una sala con 'columnas debajo', sostenida por columnas). Para calcular su grandeza, piense que sobre el capitel de algunas de estas columnas papiriformes caben veinte personas de pie. (Véase Figura 2.9).

En las paredes de algunas salas podrá contemplar ciertos bajorrelieves con escenas especialmente interesantes. Cuando la transmisión de poder de un faraón a otro no estaba muy clara, el faraón (o la faraón) podía recurrir a la **teogamia** (del griego *theós*, 'dios', y *gamos*, 'apareamiento', 'coito', 'matrimonio') para legitimarla. «¡Ah! Yo no soy hija del faraón», parece decir la faraón Hatshepsut en los relieves de su bello templo funerario de Deir el-Bahari, «pero es que mi madre Ahmose me tuvo de un apareamiento con el propio dios Amón en el interior del templo» (¿con qué sacerdote de Amón la tendría?). Y esto sí es literal, no ficticio como lo anterior: «El dios hizo todo lo que ella deseaba; ella le dio alegría con su persona, y lo abrazó» (*Papiro Westcar*). Procure no reírse, que pasa también en otras religiones.

Finalmente se llega al **sanctasanctórum** (del latín 'santo de los santos', pues también los romanos aportaron algo, que no se diga), el santuario donde se alojaba la estatua del dios. Aún más, era donde realmente vivía el dios, pues su estatua no era una simple representación suya, sino el soporte físico de su *ka*. También se llama **naos**, del griego *naós*. En Grecia, esta palabra era ambigua: podía significar tanto un 'altar' portátil (mueble), como el 'santuario' (inmueble) o parte de templo donde se depositaba ese altar. Y en Egipto esa palabra tenía también esa misma ambigüedad: designaba una capilla o tabernáculo que alojaba la estatua del dios, pero también la recóndita sala donde se cobijaba dicha capilla. En resumen, el *ka* del dios vivía en una estatua, que se alojaba en una capilla (*naos*) que se guardaba en una sala (también *naos*)... que se escribía con dos jeroglíficos: el O18 y el O21 de Gardiner. No, si ya les decía yo que eso de los jeroglíficos era complicado. (Véase Figura 2.10).

Bueno, salgamos ahora mismo del templo, no siendo que el *ka* del dios nos persiga por nuestras irreverencias. Pero, eso sí, al salir no deje usted de ver un par de detalles etimológicos más, uno griego y uno latino. Uno: el recinto total del templo está cercado por un **témenos**, palabra griega de al menos el milenio –II que indicaba el 'espacio del rey' o el 'territorio sagrado del dios'. Y dos: las paredes de los pilonos están rematadas por la llamada **gola** egipcia (del latín *gula*, 'garganta'), esa moldura en forma de S (o de C con un rabito debajo) que está en lo alto de la pared.

No sé si habremos aprendido egipcio. Pero, por lo menos, griego sí. ¿Y qué diremos de la lengua y la escritura egipcias?

3. Escrituras egipcias... ¡de nombre griego!

La lengua egipcia pertenece al tronco camito-semita y se hablaba ya al menos mil años antes de que se inventase la escritura egipcia. Pero, lógicamente, no la conocemos hasta que hay documentación escrita, desde hace algo más de cinco mil años. El egipcio clásico alcanzó su plenitud literaria en el Imperio Medio, aunque desde Akhenatón (que revolucionó no sólo la religión, sino también la lengua escrita) se fue imponiendo el neoegipcio, que acabaría evolucionando hacia el **demótico** (así llamado luego mediante la palabra griega *demos*, 'pueblo', 'población', porque la lengua del pueblo había evolucionado ya hacia otras formas lingüísticas) y, finalmente, hacia el copto. El egipcio clásico era ya una lengua muerta al final de la Dinastía XVIII, pero se siguió escribiendo aún en monumentos y documentos, igual que en nuestra Edad Media ya el pueblo no hablaba latín pero éste se seguía escribiendo en textos oficiales y administrativos importantes.

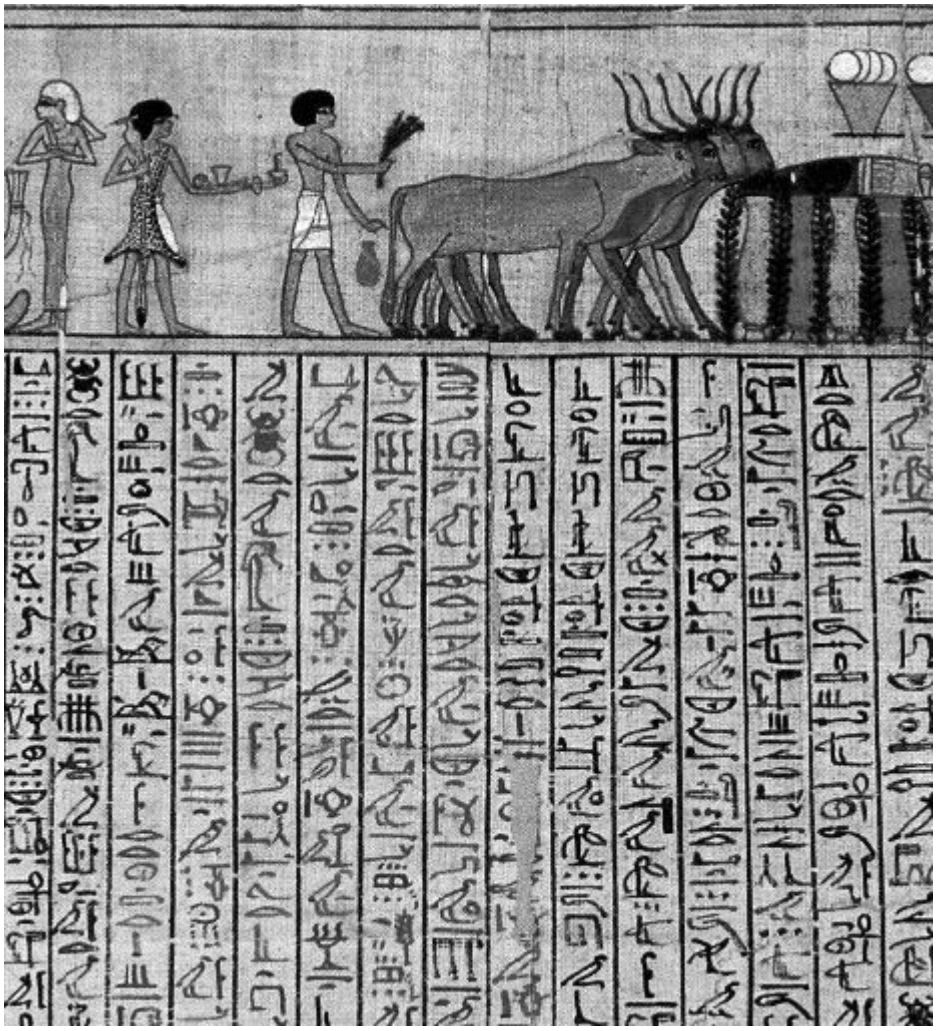


Figura 2.11. La escritura **hierática** no es sino una cursiva de la **jeroglífica.** La primera palabra y la primera mitad de la segunda proceden del griego *hierós,* 'sagrado'. Y del griego vendrán el nombre del **papiro** egipcio y el de nuestro **papel.**

Los egipcios no inventaron un sistema de escritura, sino cuatro. Pero todos ellos tienen hoy nombres griegos: jeroglífico, hierático, demótico y copto. El más conocido es el sistema **jeroglífico** (del griego *hierós*, 'sagrado', y del verbo *glyphein*, 'esculpir', 'grabar', o sea, se esculpían 'grabados divinos'). Incluía **pictogramas** (del latín *pictus*, 'pintado', y del griego *gramma*, 'signo', 'letra': por ejemplo, el dibujo de una vaca representaba una vaca) y **fonogramas** (del griego *phoné*, 'sonido': un signo representaba una o más letras), pero además añadía determinativos que te explicaban lo anterior por si no lo habías entendido. Que era lo lógico. En realidad era un sistema tan difícil que el saber escribirlo constituía toda una profesión: la de **escriba**, el que sabía escribir.

Ese sistema estaba bien para esculpir sobre piedra en el pilono del templo. Pero no resultaba muy práctico para escribir rápido en un papiro, por lo que pronto se inventó la escritura **hierática**, que era una especie de cursiva derivada de los jeroglíficos y que permitía escribir más deprisa. También la escritura 'hierática' se llama así por *hierós*, 'sagrado', pues la escribían sobre todo los sacerdotes, pero ese adjetivo griego significaba también 'rápido', 'veloz' y se aplicaba, por ejemplo, a las aves mensajeras. Escribir en jeroglíficos o en hierático podrá ser una escritura sagrada, pero les puedo asegurar que no tiene nada de veloz. Comparándolas con la escritura actual, es como si la escritura jeroglífica fuese en letras de imprenta

y la hierática a mano. (Véase Figura 2.11).

Los otros dos sistemas egipcios de escritura aparecen ya tarde, en el milenio –I. El **demótico** (de *demos*, 'pueblo') se escribe desde el siglo –VII hasta el V de nuestra era y es una especie de cursiva del hierático, que ya era una cursiva. Y cuando reinan los Ptolomeos se empieza a escribir el egipcio con letras griegas: eso es el **copto** (el término griego *aigyptios*, 'egipcio', está atestiguado ya en el griego micénico del milenio –II y será luego sincopado en *kuptios* por los propios coptos, de donde procede esa palabra nuestra). Aunque ese idioma dejó de hablarse hacia el siglo XV, sobrevive todavía en los ritos cristianos coptos.

Los egipcios no inventaron el **alfabeto** (de *alpha* y *beta*, las dos primeras letras del alfabeto griego, del que viene el nuestro a través del latín). Pero este sistema se inventó probablemente a partir de sus jeroglíficos. En el milenio –II, un semita que trabajaba en las minas de los egipcios en el Sinaí tuvo una idea genial (hoy la llamamos **acrofonía**, de *akrós*, 'alto', 'extremo', y *phoné*, 'sonido', el 'sonido del extremo'): usar el primer signo de algunas palabras egipcias para representar sólo el sonido de esa letra inicial, la del extremo. Es como si 'sociedad' y 'anónima' se escribiesen en español de una forma muy complicada y un marciano que quisiese aprender a escribir cogiese sólo la S y la A para representar esos dos sonidos, nada más. Y el genial semita se dio cuenta de que no necesitaba los más de mil signos que usaban los escribas egipcios: ¡le bastaba con 22 consonantes! (Ya vendría luego otro genio que añadiera las vocales.)

¿Sobre qué soportes escribían los egipcios? Al visitar el templo, ya hemos visto el más importante: la piedra. Los aprendices también podían escribir sobre un fragmento de caliza hoy llamado **óstracon** (del griego *óstrakon*, plural *óstraka*, 'pedazo de vasija', con el que los griegos votaban para condenarte o no al **ostracismo**). Pero era más común el **papiro** (del griego *pápyros*, 'papiro', aunque algunos quieren remontar esta palabra al egipcio *pa-per-aa*, 'que pertenece al faraón', pues su cultivo era monopolio de éste). Se trata de la planta más típica de Egipto: hasta un ciego puede «ver» esta planta con sus dedos al identificar el tallo por su sección triangular redondeada. Se cortaban longitudinalmente sus tallos y con ellos se formaban hojas que se unían formando rollos de 5-10 metros de largo, que se enrollaban en torno a lo que en griego se llamaba *omphalós*, 'ombligo', y en latín *umbilicus*, de donde viene nuestro **ombligo**. Del papiro proceden dos palabras castellanas, una evidente y otra no tanto: papel y despabilar. **Papel** nos llega del catalán *paper*, que procede del latín *papyrus*, que, a su vez, deriva del griego *pápyros*. En egipcio se decía *mehyt*. Y **despabilar** es quitar la parte ya quemada del **pábilo** o mecha de las velas (que inicialmente estaría hecho de papiro) para así avivar la llama, de donde luego vendría lo de 'despabilar' o avivar la mente. La famosa Biblioteca de Alejandría llegó a tener más de 500.000 papiros. Pues bien, tanto la palabra **biblioteca** como el nombre de la ciudad proceden de Grecia: la primera, de *biblíon*, 'libro', y *theke*, 'caja', 'colección', y **Alejandría**, del nombre del gran Alejandro, que fue quien la fundó. Y de allí nos viene la palabra **faro**, por el torreón avisador de barcos que se alzaba en la isla de este nombre, *Pharos*, emplazada frente a la ciudad. ¡Los científicos de la Biblioteca de Alejandría sí que eran despabilados! (Véase Figura 2.12).

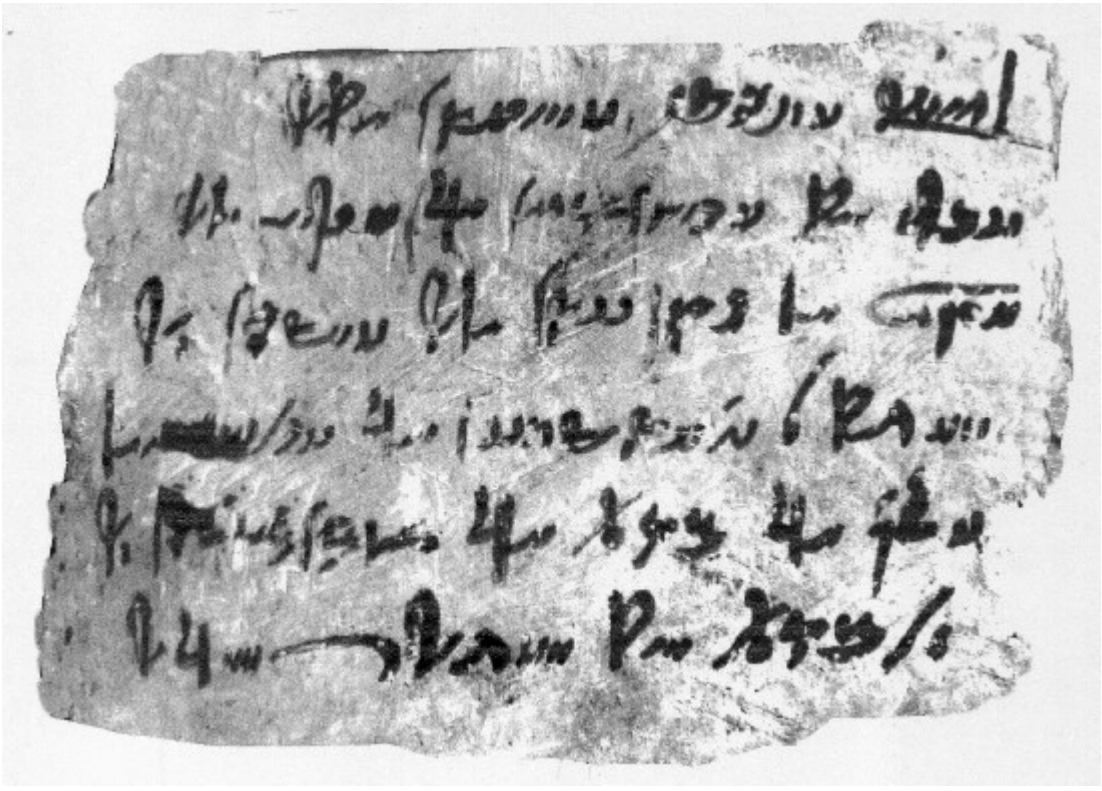


Figura 2.12. En griego, *óstrakon* era un fragmento de vasija. Los egipcios podían escribir en él (o en un **óstracon** de caliza) en escritura hierática o **demótica** ('del pueblo'). Los griegos podían condenar con él al **ostracismo**.

Y para terminar este apartado, un pequeño homenaje a los egiptólogos españoles que excavan allí. Evidentemente, hay muchas ciudades egipcias de nombre griego: **Hermópolis**, la ciudad (del griego *polis*) de Hermes, **Heracleópolis**, la ciudad de Heracles (el Hércules romano), **Heliópolis** (la ciudad de *Helios*, el 'Sol', donde vivía el clero más importante desde el punto de vista del dogma: de allí procedía nada menos que el culto solar, de secular importancia en el culto a Ra y de profunda huella en el culto monoteísta al Atón o 'disco solar' amarniense). Pero la ciudad de nombre más curioso es **Oxirrinco**, famosa por los numerosos papiros descubiertos en ella y donde excava un equipo español de la Universidad de Barcelona desde hace más de dos décadas. Según la **cosmogonía** (del griego *kosmos*, 'orden', 'mundo', y *goné*, 'generación', 'origen', o sea, la concepción del 'origen del mundo') de Heliópolis, Oxirrinco es la ciudad del pez 'de nariz puntiaguda'. Ese extraño nombre viene de dos palabras griegas: *rhis*, 'nariz' (como en **rinoceronte**, que tiene un 'cuerno' en la 'nariz', y en **ornitorrinco**, ese extraño mamífero con 'nariz' de 'ave') y *oxýs*, 'agudo', 'puntiagudo' (como en **oxímoron**, palabra que, a su vez, es un oxímoron, pues significa 'puntiagudo-chato', lo cual es tan imposible como «música militar»: o es una cosa o es otra, lo mismo que ocurrirá al «hielo abrasador» de Quevedo y al «piadoso crimen» de Sófocles). Oxirrinco estaba emplazada en el **nomo** (del griego *nomos*, 'nomo', 'provincia') XIX del Alto Egipto. Era la ciudad del pez que se comió el **falo** (del griego *phallós*, 'pene') del dios Osiris, tras haber sido despedazado por su malvado hermano Set. Por respeto a Osiris, este pez no se comía.



Figura 2.13. En el patio del *heb sed*, como ocurría en Sakkara, el faraón celebraba su 'fiesta del jubileo'. De ese *heb,* a través del hebreo, tal vez provengan nuestros **jubileo, júbilo** y **jubilación.**

C) Y palabras hebreas, latinas, árabes

¡Ya hemos visto suficientes palabras «egipcias» de origen griego! ¿Y las de otros idiomas? Pues veamos.

En cuanto al hebreo, además de las palabras ya mencionadas ('Moisés' y 'Sara', 'faraón', 'levita', 'sidra' y hasta 'Ben-Hur', ¿recuerdan?), nos aventuramos a emitir una hipótesis sobre otras tres emparentadas entre sí. La fiesta más importante de un faraón era su *heb sed*: el *heb* ('festival', 'jubileo') con el que celebraba sus primeros treinta años de reinado y mediante el cual esperaba renovar sus energías para reinar otros tantos. Pocos lo consiguieron. ¿No vendría de *heb* la fiesta del año jubilar de los israelitas tras salir de Egipto? En hebreo se decía *yôbēl*, la fiesta pública que celebraban «tras siete semanas de años» ($7 \times 7 = 49$), o sea, en el año quincuagésimo: los pobres que habían empeñado sus tierras por deudas y que debían trabajar como esclavos para un señor recobraban entonces su libertad y recuperaban sus tierras. Era la gran remisión del **jubileo**, anunciada con mucho **júbilo** mediante el cuerno de un morueco usado a modo de trompeta. Ese año no se sembraban las tierras, pues el dueño había alcanzado la **jubilación**. Todo eso, pasando por el latín, claro: *iubilaeus*, *iubilum* y *iubilatio*. O sea, tómese usted con júbilo la jubilación, ¡pero sin esperar a cumplir un jubileo de cincuenta años! (Véase Figura 2.13).

Por cierto, entre las primeras menciones históricas de los hebreos y de Israel destacan dos documentos egipcios, donde este pueblo ya está sufriendo. El faraón Amenhotep II, de la Dinastía XVIII, se ufana de que, en una campaña en Palestina (palabra emparentada con nuestros **filisteos**), apresó a más de 3.000 *hapiru*, o sea **hebreos**. Y su nieto Amenhotep III, en la hoy llamada *Estela de Israel*, presume de que, tras su victoriosa campaña contra **Israel** y otros pueblos, «Israel está derribado y yermo, no tiene semilla». Son dos textos históricos importantes figuran entre las primeras menciones claras a ellos, aparte de la Biblia. (Véase Figura 2.14).



Figura 2.14. En una estela del faraón Amenhotep II se habla de los *habiru,* o sea, de los **hebreos.** Y en una erigida por Amenhotep III se menciona a *ysyriar*, es decir, a **Israel**.

A propósito, la entrada en forma de torre del templo funerario de Ramsés III en Medinet Habu es llamada por los egiptólogos **Migdol** tomando ese nombre del hebreo *migdal*, 'torre'. Pues ¿qué significaba en hebreo *Migdal Babel* sino la celebérrima Torre de Babel (que, en definitiva, sería el gran zigurat de Babilonia)? ¿Y qué otra cosa era etimológicamente **Magdala**, la ciudad de donde procedía la **Magdalena**, sino una 'torre'? Así entendemos por qué en la Carta de Amarna 783 la fortaleza egipcia de Migdol aparece como «Magdali en Egipto».

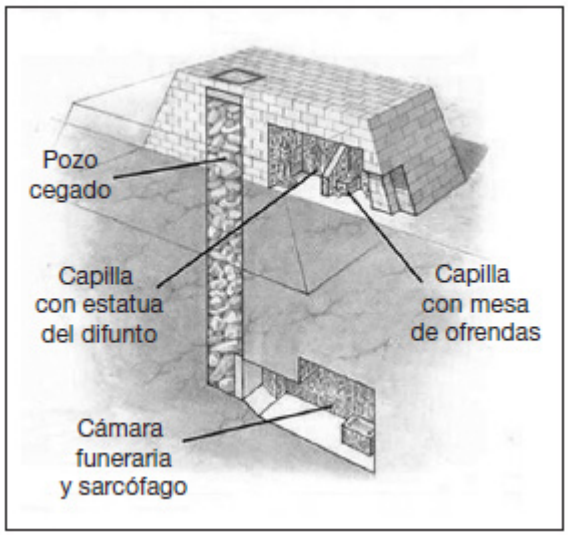


Figura 2.15. Tampoco la palabra **mastaba** es egipcia, sino que viene del árabe y significa 'banco' o 'mesa', nombre que se asignó a estas tumbas por su parecido formal.

En cuanto al latín, creemos que ya hemos explicado suficientes palabras: además del 'júbilo', el 'jubileo' y la 'jubilación', también 'papel', 'sidra', 'gola', 'sanctasanctórum' y hasta medio 'pictograma'. Así que pasemos sin más al árabe, que, además de 'alquimia', 'alcohol', 'azucena' y 'Susana', nos ha proporcionado otras dos, muy importantes en ese rico campo semántico que es Egipto: 'mastaba' y 'momia'.

Antes de enterrarse en pirámides, los faraones egipcios lo hacían en **mastabas**, una especie de pirámide truncada que protegía una tumba hipogea. Y los árabes les dieron ese nombre, que en su idioma significa 'banco', 'mesa', por su similitud con la forma de éstos. La primera pirámide, la pirámide escalonada de Sakkara, no sería más que una serie de seis mastabas superpuestas, cada una algo menor que la anterior. Así la momia estaría más tranquila, sin que la molestasen los ladrones. (Véase Figura 2.15).

La palabra **momia** es otro internacionalismo, pero esta vez no viene del egipcio, sino del árabe. Según la Academia (y también según Corominas, con alguna variante en cuanto a los signos diacríticos), esta palabra procede «del árabe clásico *mū miyā* », bitumen de embalsamar cadáveres, y a su vez este término árabe vendría del persa *mum*, 'cera', 'betún'. Por metonimia, esa palabra pasó de designar a la «sustancia bituminosa que empleaban los antiguos para embalsamar» muertos a designar al propio muerto. Y, para finalizar, un derivado castellano (bastante lógico, por cierto): la palabra **momio** aún se usa como

equivalente a ‘magro’, ‘sin gordura’. ¡Normal, las momias tienen la carne sin gordura alguna! En egipcio antiguo, la momia era *shah* o *sah*. (Véase Figura 2.16).



Figura 2.16. También **momia** es una palabra árabe (*mūmiyā’*), que, a su vez, vendría del persa *mum* (‘cera’, ‘betún’).

¡Uf! Hemos quedado muertos. Ha sido un trabajo faraónico. ¡Hemos explicado la etimología de más de cien palabras!

EN UN TEATRO GRIEGO

(Atenas, siglo –V)

El teatro nació hace más de 2.500 años en la antigua Grecia. Y por eso nos han llegado del griego clásico tantas palabras relacionadas con el mundo teatral, más o menos modificadas al correr de los siglos.

Las fiestas dionisíacas, origen del teatro

El espectáculo teatral tuvo un origen religioso, pero no precisamente santo: surgió de las fiestas en honor del dios griego del vino, Dioniso (Baco para los romanos). Tras la vendimia se celebraba una procesión hacia el santuario del dios en la que los participantes, coronados con hojas de vid y abusando sin duda del divino vino, bailaban y cantaban en un culto orgiástico hasta alcanzar el paroxismo, con ciertas dosis de sexualidad exacerbada. Eurípides, en *Las bacantes*, lo dice más fino: habla de «danzar en comitiva, reír con la flauta y quitar los cuidados».

Los cantos de esas fiestas dionisíacas se llamaban **ditirambos** (según el *Diccionario* de la Academia, *Dithýrambos* era el sobrenombre de Dioniso), aunque luego esa palabra derivaría hasta designar una loa exagerada. Se cuenta que un buen día, hacia el año –534, un tal Tespis, cantante y compositor de ditirambos según Aristóteles, revolucionó el ditirambo: creó un personaje que empezó a dialogar con el coro dionisíaco, convirtiéndose así en el primer actor. Ese diálogo era ya puro teatro. Y esos diálogos, primero del actor con el coro y luego de varios actores entre sí además de con el coro, tuvieron tanto éxito que devinieron en el teatro clásico tal como todos lo conocemos hoy. (Véase Figura 3.1).



Figura 3.1. El teatro nació de los ditirambos que se cantaban y danzaban al son de la lira en honor a Dioniso, dios griego del vino: el director del coro empezó a dialogar con los cantantes, y así se convirtió en el primer actor.

Nada tiene, pues, de extrañar que Tespis, habiendo creado la tragedia como forma teatral, ganase el primer concurso teatral de la historia, organizado en aquellas fechas por el **tirano** Pisístrato (*týrannos*, en griego, no tenía al principio un sentido tan peyorativo como tendría luego en español), concurso que se

celebraba durante esas fiestas de Dioniso. Ese concurso era un *agón* ('certamen', 'competición') y, en plural, era *agones* (todavía hoy, en griego moderno, los Juegos Olímpicos son *Olympiakói Agones*). Como es ya de prever, ese término deriva de la palabra griega *agonía*, que significa 'contienda', 'lucha'. Lógicamente, el competidor en ese concurso era un *agonistés* ('competidor', 'litigante') y el primer actor de Tespis sería el **protagonista** (de *protos*, 'primero', y *agonistés*), el 'primer competidor'. El gran dramaturgo Esquilo introduciría el *deuteragonistés* o 'segundo actor' (de *déuteros*, 'segundo'), es decir, el **antagonista** (de *antí*, 'frente a', 'contra', el que habla 'frente a' el protagonista) y Sófocles introduciría el *tritagonistés* o 'tercer actor' (de *tritos*, 'tercero'). De todos modos, en griego 'actor' se decía *hypocrités* ('el que finge', 'el que aparenta', derivado del verbo *hypokrínesthai*, 'responder', 'contestar'), de donde viene nuestro **hipócrita**. En algunas obras, el mismo actor podía representar diferentes papeles. ¡Qué grandes actores son los hipócritas y qué grandes hipócritas son los actores!

Las partes del teatro

En la antigua Grecia, la palabra **teatro** (en griego, *théatron*) no designaba el espectáculo en sí mismo, sino 'el lugar desde el que se contemplaba' ese espectáculo, lo que hoy llamaríamos las gradas. Muchas palabras que en castellano terminan en -tro (como **claustro**) o en -torio (como **escritorio**) o en -terio (como **cementerio**) indican 'lugar en el que' (lugar en el que se está encerrado, o lugar en el que se escribe, o lugar en el que se duerme, respectivamente; el sueño de los muertos en el último caso): todas ellas vienen del sufijo griego *-tron*, que significa 'lugar'. Por su parte, la palabra griega *thea* indicaba 'visión': el verbo *théasthai* significaba 'mirar', 'observar', 'contemplar' (por lo que **teoría** sería 'el resultado de lo que hemos visto'). Así pues, el teatro era 'el lugar para mirar', 'el lugar desde el que se miraba'.

¿Y qué sería un **anfiteatro**? Pues, simplemente, un 'teatro por ambos lados': del prefijo griego *amphí-*, que significa 'ambos' o 'los dos' (como se ve en las palabras **anfibio**, que tiene 'dos vidas'; **anfibología**, que tiene 'dos sentidos'; o **ánfora**, que tiene 'dos asas'). Por supuesto, ni el teatro ni el anfiteatro estaban cubiertos: los espectáculos se celebraban al aire libre, disfrutando de la primavera mediterránea.

El teatro se solía edificar en la ladera de una colina, aprovechando la pendiente (llamada *koilon*, 'cóncavo', 'hundido') para construir las gradas. Eso era realmente el *théatron*, el lugar para mirar, que luego pasó a designar todo el edificio y finalmente las obras en él representadas. Cabían hasta 15.000 espectadores sentados. Entonces sí que iba la gente al teatro, cuando aún no se había inventado la telebasura. Si algún día van al llamado Teatro Griego de Barcelona, que sepan que no es tal: lo construyó, para la Expo de 1929, alguien que no tenía ni idea de cómo eran los teatros griegos, pues no se excavó aprovechando la pendiente sino al revés. Al menos le podrían haber puesto otro nombre. Si quieren saber cómo eran realmente los teatros griegos, vayan a Epidauro, en Grecia, donde además podrán comprobar su excelente **acústica** (del griego *akoustikós*, 'relativo a la audición', que procede del verbo *akouein*, 'oír', 'escuchar'): si un amigo le susurra algo o le bate palmas desde abajo, usted le escuchará perfectamente desde la última grada. (Véase Figura 3.2).

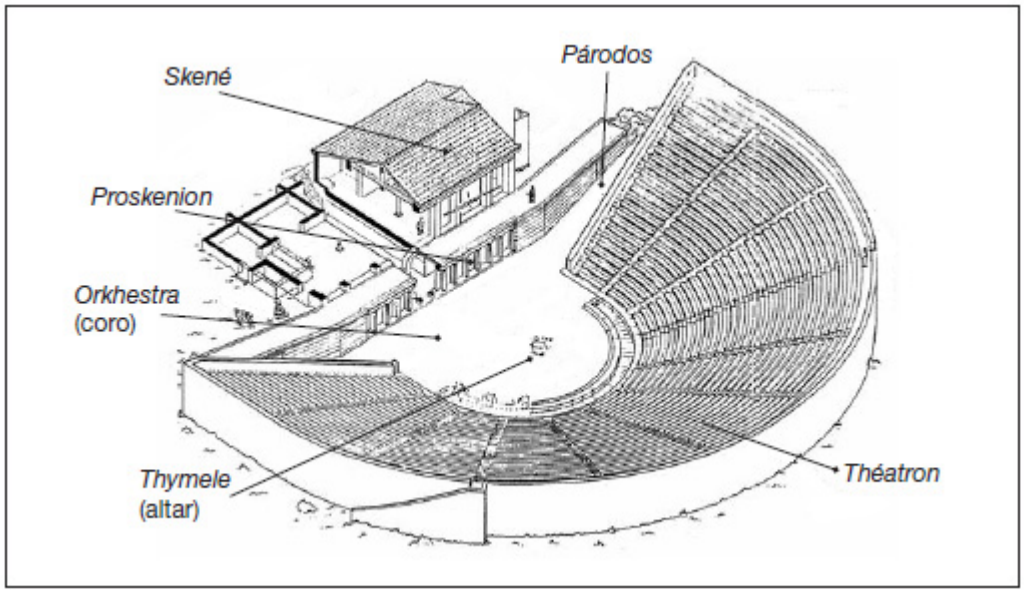


Figura 3.2. Partes de un teatro griego. Los griegos nos legaron también muchos nombres del mundo teatral: **escena** y **proscenio**, **coro** y **orquesta**, **teatro** y **acústica**, **tragedia** y **comedia**...

Los actores griegos actuaban en la *skené*, en la **escena**. Inicialmente, la *skené* era una especie de barraca (como la de García Lorca) en la que el actor o actores se vestían con ropas que facilitaban su identificación

y donde se calzaban los **coturnos** (de *kóthornoi*) que realzaban su estatura. Sobre la pared de la *skené* podían ponerse unos decorados (*pínakes*, 'imágenes', 'cuadros', de donde procede **pinacoteca**, 'colección de cuadros') para mejor ambientar la acción. Y justo 'delante de la escena' estaba el *pro-skenion*, el **proscenio**, un estrado elevado en el que actuaban los actores. En las tragedias griegas podía «morir hasta el apuntador», pero los personajes nunca morían en la escena: la muerte era **ob-scena**, se producía 'fuera de la escena'; simplemente llegaba un mensajero y la anunciaba, entre desgarradores ayes de dolor. ¡Qué elegancia! Eso sí, posteriormente 'obsceno' empezó a incluir otros significados varios, que tampoco eran representables en la escena, claro.

Entre el **escenario** de los actores y el teatro de los espectadores había un espacio circular llamado *orkhestra*, palabra que daría origen a nuestra **orquesta**. Y en ella actuaba el *khorós*, el **coro** de danza: la 'orquesta' era el espacio al que los actores habían relegado al 'coro', a los restos de aquellas antiguas procesiones dionisíacas, para que allí siguieran danzando, cantando, tocando varios instrumentos musicales... y dialogando con los actores principales. Aunque, en realidad, quien dialogaba con el protagonista era el **corifeo**, el 'director del coro'. ¡Ya entonces los actores principales, los protagonistas, estaban **entusiasmados**, 'endiosados' (o sea, en éxtasis, 'fuera de sí'), y sólo ellos aparecían en escena! El **corego** o 'jefe del coro' era un ciudadano rico que financiaba las **coreografías**, o sea, los bailes creados por un **coreógrafo**, y que reclutaba los **coristas** (¡ojo, en masculino, pues todos ellos eran hombres! Incluso los papeles de mujer eran interpretados también por hombres). Los coros actuales siguen cantando en nuestros escenarios, acompañados por orquestas; e incluso, en algunas óperas, dialogan democráticamente con los divos y las divas... pero ya no bailan, ¡ay!, aquellas danzas obscenas. Y menos aún los coristas.

A ambos lados de la escena llegaban (o salían) sendos *hodós*, 'caminos' (todavía hoy en las calles de Atenas vemos carteles que dicen: *Hodós Hermou*, 'calle de Hermes'; *Hodós Eolou*, 'calle de Eolo'). Cada uno de ellos recibía el nombre de ***párodos*** (*par* + *hodós*), un camino lateral, el 'camino de al lado' (la preposición griega *par* o *pará* significa 'al lado de', 'lo que está junto a'). Y por él los actores entraban o salían, produciéndose la salida o **éxodo** al final de cada acto (*éxodos*: *ex* + *hodós*, el 'camino hacia fuera').

Visto el escenario, veamos qué ocurría en él, cuál era la acción que se desarrollaba en la escena.

Tragedia y comedia

¿Qué serían la 'tragedia' y la 'comedia'? Pues empecemos por la primera. En griego, *tragos* era el 'macho cabrío' (vamos, hablando en plata, el 'cabrón') y *oidé* era una **oda** o 'canto'. O sea, blanco y en botella: la **tragedia** (*tragoidía*) era *tragos* + *oidé*, el 'canto del cabrón', ante el cual se bailaban las danzas dionisíacas antes de sacrificar ritualmente en honor al dios ese gran cabrito. Aristóteles define la tragedia excelsamente: «la tragedia es la representación mimética de un hecho importante, perfecto, grandioso, mediante un lenguaje rico... que, a través del miedo y la compasión, libera catárticamente las emociones».

¿Y la comedia? Si tragedia viene de *tragoidía*, **comedia** viene de *komoidía*. En griego, *komós* significaba 'procesión festiva': era el desfile dionisíaco más degenerado, con cantos lascivos y fálicos de tono subido. Y *oidé*, como ya sabemos, era 'canto'. Por tanto, 'comedia' sería el 'canto de la procesión', el 'canto del desfile'. (Véase Figura 3.3).

Y si ya conocemos las palabras 'tragedia' y 'comedia', no nos costará mucho adivinar el significado de **tragicomedia**, que en el teatro español culminará con la *Tragicomedia de Calisto y Melibea*, una 'comedia trágica' desencadenada por las malas artes de la vieja puta Celestina, quien no tenía nada de 'celestial' sino que buscaba emparejar a Calisto, el 'más bello', con la 'melosa' Melibea. (*Véase* «En el huerto de Calisto y Melibea», en el capítulo «Entre el arte, la religión, la cultura... y la magia (Salamanca, 1492)".) »

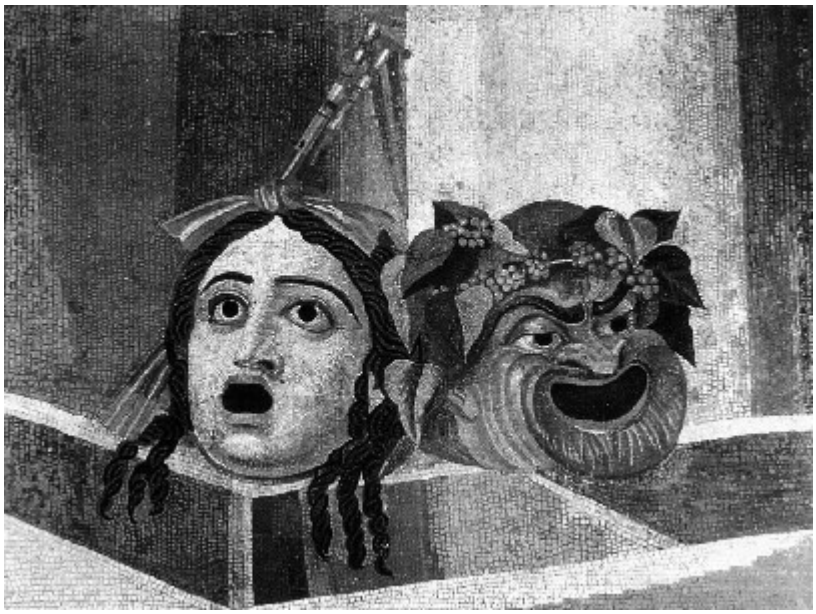


Figura 3.3. Máscaras de la **tragedia** y la **comedia** en un mosaico antiguo. Ambas palabras terminan en **-edia** (del griego *oidé*, 'canto'); pero la primera alude al *tragos*, o 'macho cabrío', y la segunda al *komós* o 'procesión festiva'.

Relacionada con ese *oidé* está también nuestra **parodia** (del griego *paroidía*), que sería un 'canto' o 'canción' (*oidé*) burlesca, que se desarrolla 'al lado de' o 'paralela a' (*par* o *pará*) la acción principal. Una *par* + *oidé*. Una imitación burlona, con comentarios sarcásticos sobre lo que sucedía en escena.

Por supuesto, también la palabra **drama** viene del mundillo teatral griego, ¡faltaría más!: *drama*, en griego, indicaba el resultado de 'hacer', 'actuar', 'representar', o sea, una actuación o representación. Aunque también hay **melodramas**, que son 'dramas musicales' tan dulces como la miel (de *meli*, 'miel'), a veces llenos de **melodías** (de *melos* y *odé*, 'parte cantada'). Finalmente, hoy se representa también **mimo** (de *mímesis*, 'imitación', como en **mimetismo**) e incluso **pantomima** (anteponiendo *pan*, pues lo 'imita todo' con casi nada, ni siquiera con voz ni palabras).

Las tragedias solían estrenarse formando **trilogías** (de *tri*, 'tres', y *logos*, 'palabra', 'argumentación', 'argumento'); y junto con las tres tragedias, para calmar tanta angustia, a veces se representaba un 'drama' satírico, con lo cual se formaba una **tetralogía** (de *tetra*, 'cuatro'). A las comedias se les podía reservar un día especial, de risa. Los griegos llegaban a aguantar en el teatro desde la salida hasta la puesta de sol: de ocho o nueve de la mañana a seis o siete de la tarde, con un descanso para comer; diez horas al día. Si el concurso duraba tres días seguidos, con una tetralogía por autor, podían presenciar doce obras en total y llegaban a escuchar más de veinte mil versos en todo el certamen. Como dirían luego los romanos Cicerón y Séneca, «*O tempora*, *O mores*!» («¡Qué tiempos, qué costumbres!»).

En Atenas, ciudad por excelencia del teatro, solían celebrarse certámenes teatrales dos veces al año, en sendas festividades: las Leneas y las Dionisias. Las Leneas se celebraban a finales de enero (¡incluso en la mediterránea Atenas podía hacer bastante frío en pleno invierno, con el teatro al aire libre!) y las Dionisias a finales de marzo, con el inicio de la primavera.

El **dramaturgo** ('hacedor de dramas') que presentaba la mejor tetralogía del certamen recibía como premio una corona de dionisíacas hojas de parra, símbolo de Dioniso, o de hojas de laurel. Por su parte, el corego que lo financiaba recibía un **trípode** (de *tri*, 'tres', y *podós*, 'pie', 'pata') en señal de su victoria, trípode que solía poner en un lugar destacado. Si usted va a Atenas, no deje de visitar la llamada Linterna de Lisícrates, situada cerca del Teatro de Dioniso que mandó construir Pericles en la falda misma de la Acrópolis: es el monumento que sostenía el trípode que había ganado el 'corego' Lisícrates hacia el año –334.

Por supuesto, el poeta podía recibir callados silbidos o estruendosos silencios, pero también acendrados **elogios** (una fusión entre el *elogium* latino, 'alabanza', y las griegas *eu*, 'bien', 'bueno', y *logos*, 'palabra', o sea, 'buenas palabras'), incluso de sus colegas, y hasta le dedicaban encarecidos **encomios** (del griego *enkomion*, 'discurso o canto laudatorio', derivado de aquella 'procesión festiva' que era el *komós*).

Éxodo, nos vamos

Por último, cuatro o cinco palabras más, relacionadas con todo esto. En la tragedia solía haber cuatro o cinco **episodios** ('entradas' de actores, es decir, cuatro o cinco actos): después de representarse todos los episodios, tras la **catarsis** o 'purificación' (los **cátaros** serían luego 'los puros' y **Catalina** es 'la pura', al

memos de nombre) de la que hablaba Aristóteles, se producía el **éxodo** o 'salida' final, con sus correspondientes cantos.

En algunas tragedias, la escenografía griega hacía intervenir una especie de grúas que salían por encima de la *skené* y permitían «entrar en escena», volando, a algún dios para resolver la acción. Esa escena final era el *theologeion* (de *theós*, 'dios', y *logion*, 'revelación', 'sentencia', o sea, era la comunicación divina, la sentencia divina final). Así ocurre, por ejemplo, en la *Medea* de Eurípides, donde Medea, tras haber matado a sus propios hijos, es raptada por una de esas espectaculares grúas que la llevan por los aires hacia Atenas, donde podrá ser juzgada por unas leyes menos severas que las de Corinto. De esas espectaculares máquinas que facilitaban la intervención divina procede la expresión *deus ex machina*.



Figura 3.4. Sátiros recolectando uva en honor al dios del vino (de ellos procede la palabra **sátira**). Llevan orejas y cola de macho cabrío y el típico pene **itifálico** (por *ithýs*, 'recto', y *phallós*, 'falo').

Finalmente, en la comedia ateniense solían participar actores **itifálicos** (el *itífalo* era la representación de un gran pene erecto al que paseaban durante las fiestas dionisíacas). Iban disfrazados de sátiros: con orejas, patas y cola de macho cabrío, más unos enormes falos postizos, colgando o erguidos. Ellos darían origen a nuestra palabra **sátira**. (Véase Figura 3.4).

En definitiva, todo esto forma parte de «el gran teatro del mundo», como muy bien sabía Calderón. Y el gran Quevedo nos insistía:

> «No olvides que es comedia nuestra vida
> y teatro de farsa el mundo todo».

Pues, en realidad, hasta lo que pensamos que es lo más íntimo de nosotros mismos, nuestra **persona**, no es más que una máscara teatral: ¡'persona' viene de la palabra griega que significaba 'máscara'! Aunque los teatros griegos tenían una acústica magnífica, los actores, 'para sonar' su voz con más fuerza, se ponían delante de la cara una máscara que realzaba y modulaba su voz, con sendos agujeros para los ojos y para la boca: era el *prósopon* (de *pro*, 'delante de', y *opon*, 'la cara'; lo cual, a través del etrusco *phersu*, daría el latín *persona*). ¡Si es que, en el fondo, todos usamos una máscara para proteger nuestra persona! A veces cómica y a veces trágica, como la vida misma.



Figura 3.5. Sátiro tocando la flauta doble en honor a Dioniso.

Con el correr de los siglos, el filósofo alemán Nietzsche escribiría unos *Ditirambos de Dioniso* (1892); pero sobre todo, en su ensayo sobre *El nacimiento de la tragedia* (1872), analizaría la duplicidad de lo apolíneo y lo dionisíaco y comprobaría cómo «el desarrollo del arte está ligado a esa duplicidad». Cada persona deberá elegir, pues, entre lo **apolíneo** (vinculado con Apolo, el dios griego de la razón) y lo **dionisíaco** (Véase Figura 3.5), en donde el culto orgiástico a Dioniso, el dios del vino y la sexualidad, le arrebatará, en medio de una bacanal de bacantes y sátiros, hasta un catártico frenesí extático del que podrá quedar 'entusiasmado'.

En los Juegos Olímpicos

(Olimpia, –480)

La máquina del tiempo nos deja en otro lugar y en otra época. ¿Lugar? En Olimpia, a orillas del río Alfeo, en la península griega del Peloponeso. ¿Época? Hace casi 2.500 años: en el año –480. Va a empezar la Olimpiada 75.ª de la **cronología** griega (del griego *khronos*, 'tiempo', y *logos*, 'palabra', 'expresión'). Esta 'expresión del tiempo' en el calendario griego se inició hace ya 296 años, cuando en el –776 se celebraron los primeros **Juegos Olímpicos** y se inauguró así la primera **Olimpiada**, ese 'espacio de cuatro años entre unos Juegos y los siguientes'. Así como los romanos cuentan sus años «desde la Fundación de la Ciudad», que ocurrió pocos años después (Roma se fundó en el –753), los griegos cuentan los suyos por Olimpiadas: por ejemplo, ahora, en el –480, estamos en el año 4.º de la Olimpiada 74.ª, pero dentro de muy pocos días, tras finalizar los nuevos Juegos, empezará la Olimpiada 75.ª, y en cuatro años más, cuando en el –476 se cumpla el trescientos aniversario del inicio de los Juegos Olímpicos, empezará la 76.ª.

Este año 4.º de la Olimpiada 74.ª que está acabando es un año muy especial. Ya hace diez que el «Gran Rey» persa Darío fue derrotado por los griegos en Maratón, pero su orgulloso hijo Jerjes quiere vengarse y ha vuelto a invadir Grecia, este pequeño territorio europeo. El inmenso ejército persa acaba de vencer a los 300 del rey espartano Leónidas y a unos pocos griegos más en la batalla de las **Termópilas** (recordemos: las 'puertas calientes') y sigue avanzando en este momento por Grecia Central. (Véase Figura 4.1). Capturan a unos prisioneros y los llevan ante Jerjes, quien, extrañado por los pocos griegos combatientes, les interroga:



Figura 4.1. Monumento al espartano Leónidas y a sus famosos 300, que se enfrentaron al rey persa Jerjes en la batalla de las 'puertas calientes': las **Termópilas**.

—¿Qué están haciendo los griegos?

—Están celebrando los Juegos Olímpicos —responden los prisioneros griegos—, unos certámenes atléticos y ecuestres.

—¿Y cuál es el premio?

—Al vencedor se le concede una corona de olivo.

El rey no pudo guardar silencio y, dirigiéndose a su comandante Mardonio, exclamó delante de todos:

—¡Ay, Mardonio, contra qué clase de gente nos has traído a combatir! ¡No compiten por dinero, sino por amor propio!*

Esos extraños griegos derrotarán al «Gran Rey» Jerjes, con sus cientos de miles de soldados, en la decisiva batalla de Salamina... dentro de tan sólo un par de meses. Pero ya serán «meses» de la Olimpiada 75.ª, pues por entonces ya habrán terminado los 75.º Juegos Olímpicos.

La tierra sagrada de Olimpia

Olimpia está en «un valle risueño y acogedor, a los pies de suaves colinas que lo protegen contra los

furiosos vientos del norte y los ardientes vientos del sur, abierto sólo al oeste, desde donde sopla una brisa fresca entre las gargantas del Alfeo» (Nikos Kazantzakis). Entre el monte Cronion al norte y las orillas del río Alfeo al sur se alza el recinto sagrado de Altis, el corazón de Olimpia, donde se van a celebrar los próximos **Juegos Olímpicos**: en griego, *Olympiakói* ('de Olimpia') *Agones* (recordemos: de *agón*, 'lucha', 'competición'; ¿qué es nuestra **agonía**, sino una 'lucha' contra la muerte?). Se celebran en honor a Zeus y a otros dioses del **Olimpo**. (Véase Figura 4.2).

Los responsables de estos próximos Juegos llevan ya tiempo preparándolos. Hace diez meses que los ***helanodices*** (los 'jueces' de los 'helenos'), elegidos por sorteo entre la población, están instruyéndose para ser unos jueces imparciales y competentes, pues su juicio es irrevocable; por primera vez, este año serán nueve: tres para las competiciones con caballos, tres para las del pentatlón y tres para el resto. Y hace ya unos pocos meses que se han enviado emisarios (*spondophoroi*, que 'llevan la *spondé'*, la 'tregua' sagrada) a todas las ciudades griegas anunciando los Juegos: la hostilidad da paso a la rivalidad; la confrontación, a la competición. Desde esa proclamación, cada *polis* se ha comprometido a un armisticio entre todas ellas durante tres meses, para que atletas y peregrinos puedan ir a Olimpia y regresar sin peligros, incluso si viajan por territorio griego enemigo. Reina la 'paz olímpica', la *ekekheiría*.

Los atletas participantes han llegado ya hace un mes, para entrenarse y demostrar su valía, pues sólo los mejores son aceptados. Cada ciudad ha enviado ya su ***theoría*** ('embajada'), y estas misiones oficiales han ido llegando estos últimos días, compitiendo entre ellas en sus valiosos regalos a Zeus, pues está en juego también el prestigio de su *polis*. Y, además de atletas y embajadores, han venido por mar o por tierra, a pie o a caballo, peregrinos-espectadores de toda Grecia: desde el Bósforo en el norte hasta la Cirenaica en el sur, desde la Magna Grecia en el oeste hasta las ciudades griegas del Asia Menor. Y, por supuesto, también vendedores de todo tipo, que quieren hacer negocio en esta gran feria. Duermen a cielo raso (los embajadores, en tiendas) junto a ríos y pozos, bajo los árboles o bajo las estrellas, comiendo lo que han podido llevar consigo. Pero la noche es agradablemente fresca: se acerca ya la primera luna llena tras el solsticio de verano. Como cantaba Píndaro en una de sus *Odas olímpicas*, «la Luna, que divide los meses, había hecho brillar, sobre su carro de oro, el ojo entero de la tarde».

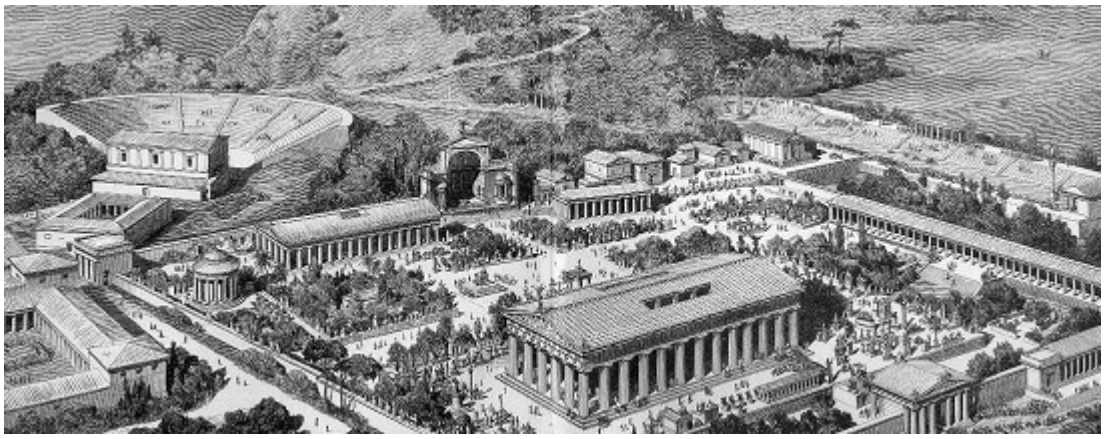


Figura 4.2. Reconstrucción ideal del recinto sagrado de **Olimpia**. Dará su nombre a los Juegos **Olímpicos**, que allí se celebran, y a las **Olimpiadas**.

Olimpia rebosa de gente, desde **poetas** (de *poietés*, 'creador') y **filósofos** ('que aman la sabiduría') hasta **políticos** (que se ocupan de los asuntos de la *polis*) y **tiranos** (de *týrannos*, 'señor absoluto', aunque no siempre esa palabra tiene un sentido tan negativo). Todos los ciudadanos **helenos** (*héllenos*, 'de la Hélade', 'de Grecia') pueden asistir, por lo que quedan excluidos los esclavos y los **bárbaros** (*bárbaros*, que, en vez de hablar griego, sólo dicen 'bar-bar', por **onomatopeya**, 'nombre creado' imitando sonidos); también se excluye a los asesinos, ladrones y a los violadores de la tregua sagrada. Y hay otra restricción particular: tampoco pueden asistir las mujeres casadas, aunque sí las vírgenes (Pausanias: «Las doncellas no son excluidas de los Juegos»), además de una sacerdotisa para atender en el estadio el altar de **Deméter** ('diosa madre'). O sea, madres y esposas... mejor abstenerse, pues les esperaría un duro castigo: según Pausanias, ser despeñadas desde un acantilado. Sólo Calipatira, que se había disfrazado de entrenador, fue descubierta... y perdonada: era hija, hermana y madre de seis vencedores. Su padre era el gran Diágoras de Rodas, que luego saldrá. Y añade Pausanias: «Por esto se hizo una ley para que en adelante los entrenadores entrasen desnudos a los juegos».

En Grecia se celebran cuatro tipos de juegos sagrados (*agones hierói*: de *hierós*, 'sagrado', como en **jero**glíficos, la escritura 'sagrada'): los olímpicos, en Olimpia, que son los más antiguos; los **píticos**, en Delfos, donde recibieron su nombre de la serpiente 'Pitón', que se lo dio también a la 'pitonisa'; los **ístmicos**, en el 'istmo' de Corinto; y los **nemeos** en la ciudad 'de Nemea', en cuyos bosques Heracles hizo uno de sus doce trabajos, matar al famoso león de Nemea. Los olímpicos y los nemeos se celebran en honor

de Zeus (véase Figura 4.3), que gobierna a todos los dioses desde el monte Olimpo; los píticos en honor de Apolo, que mató a la serpiente Pitón; y los ístmicos en honor a Poseidón, el dios del mar, pues Corinto es la ciudad «entre dos mares». Los vencedores en los juegos reciben una 'bella corona' (*kallistéphanos*, de *kalós*, 'bello', y *stéphanos*, 'corona'; como en **Esteban**, el 'coronado'): en Olimpia, una corona de olivo silvestre o acebuche; en Delfos, una de laurel; en Corinto, de pino; y en Nemea, de hojas de apio. Todos los juegos han sido fundados por dioses, héroes o semidioses; pero los más brillantes son los olímpicos, que «refulgen como el sol en un cielo vacío» (Píndaro).

Los cuatro juegos son **panhelénicos** (por *pan*, 'todo'): sólo de los griegos, pero 'de todos los griegos'. Evidentemente, sería **anacrónico** (de *aná*, 'por encima de', y *khronos*, 'tiempo', es decir, estaría 'por encima del tiempo' que le corresponde) el aplicar criterios nacionalistas actuales a la situación de Grecia en la 75.ª Olimpiada. Cada ciudad importante forma un Estado, a menudo enfrentado a los demás; pero aunque no tienen cohesión interna, sí ejercen la defensa externa: todas ellas se unen frente al enemigo común, como ante esos orgullosos persas que, hace pocos meses, «han caminado la mar y navegado la tierra»: por un puente de barcas «caminaron» el **Helesponto** (el 'mar de Hele', hoy estrecho de los Dardanelos) y «navegaron» la península del monte Athos cruzándola por un canal artificial. Comparten el mismo origen, pero sobre todo adoran los mismos dioses, hablan la misma lengua, escuchan la misma literatura... y participan en los mismos Juegos. Nadie sabe aún dibujar un mapa de lo que hoy llamamos Grecia, pero todos saben que les une la misma cultura y pertenecen a un mismo país: *Hellás*, la **Hélade**, Grecia. Es la unión a pesar de la fragmentación. En el famoso ***Panegírico*** (de *pan*, 'todo', y *agorá*, 'plaza pública', o sea, «discurso solemne en una reunión pública», según Corominas) que pronunciará en la Olimpiada 100.ª, el creador del concepto de «panhelenismo», Isócrates, dirá estas palabras, que aún son válidas veinticuatro siglos después: «Nuestra ciudad aventajó tanto a los demás hombres en el pensamiento y oratoria que sus discípulos han llegado a ser maestros de otros, y ha conseguido que el nombre de griego se aplique no a la raza, sino a la inteligencia, y que se llame griegos más a los partícipes de nuestra educación que a los de nuestra propia sangre».

Ha llegado, pues, el momento de que los mortales alcancen la inmortalidad. Y sólo la gloria hará 'inmortal' (*athánatos*, **Atanasio**) al hombre. Así lo cantará Píndaro: «¡Sueño de una sombra es el hombre! Pero si llega la gloria, regalo de los dioses, hay luz brillante entre los hombres y una amable existencia». Y tanta será la fama proporcionada por la victoria que el atleta se habrá de contener: «Si alguien alimenta su felicidad en salud, abastado de bienes y a ellos añadiendo la fama, que no pretenda llegar a ser dios».



Figura 4.3. El dios supremo Zeus, en cuyo honor se celebran los Juegos, lanza sus rayos y truenos desde el **Olimpo**. Este monte sagrado prestará su nombre a **Olimpia**.

Primera jornada: el día de los dioses

Hoy empiezan los Juegos Sagrados. Y son exactamente eso: juegos y sagrados, no sólo espectáculos deportivos, sino también ritual religioso. Porque en Olimpia se venera a los dioses como héroes y a los héroes como dioses. La tensión deportiva y la emoción religiosa se sienten hoy a flor de piel. Es **inefable** ('in-expresable'), pues sólo quien lo ha vivido lo puede comprender. El día tan esperado, durante cuatro impacientes años, por fin ha amanecido. Se va elevando un conmovido **eco** (del griego *ekhó*, 'eco') de voces, risas, canciones; y Eco, ninfa de la resonancia, será la encargada de propagar el mensaje triunfal. Una atmósfera festiva embarga a la multitud **entusiasmada** (de *en-theós einai*, 'estar en dios', como poseído o inspirado por los dioses), que se va congregando ya en el sagrado recinto olímpico de **Altis** (nombre que deriva de *alsos*, 'bosque sagrado', 'recinto sagrado'). (Véase Figura 4.4). Tras cruzar el *peribolos* o 'muro protector' de su **perímetro** ('medida alrededor') por sus tres entradas principales, lo primero que visitan es el **Pelopion**, el 'santuario de Pélope', su supuesta tumba. Es como un jardín cercado, con un muro **pentagonal** (de 'cinco ángulos') propio y con sus propios **propileos** ('puertas delante'). De hecho, todo el lugar, poblado desde hace más de dos mil años, está vinculado al legendario primer rey, Pélope, que dio su nombre también al **Peloponeso** (la 'isla de Pélope', aunque realmente no sea una isla sino una **península** o 'casi isla', unida al resto de Grecia por el istmo de Corinto). A él y a su amada **Hippodamia** (la 'domadora de caballos') se les venera aquí en un culto ancestral, milenario, al que siglos después se añadirá el culto a los dioses olímpicos: junto al mismo Pelopion se erigió un altar de Zeus, con lo que el santuario local se transformó en nacional, panhelénico.

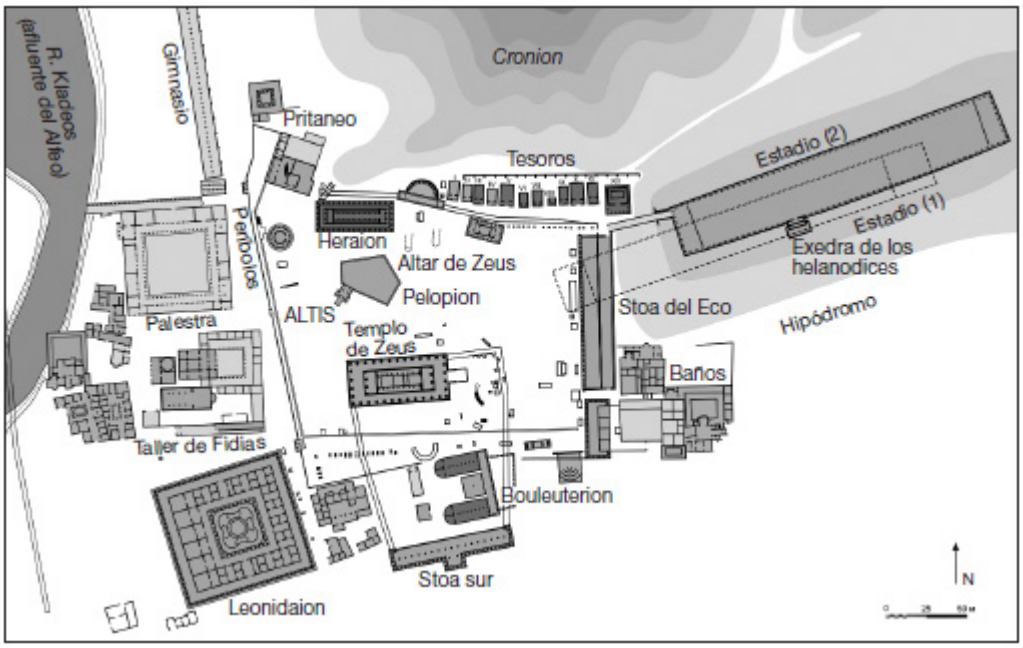


Figura 4.4. Plano final de Olimpia, a orillas de un afluente del río Alfeo y a los pies del monte Cronion. Se muestran dos fases del estadio y algunos edificios de siglos posteriores.

A continuación, las embajadas (*theoríai*) de cada ciudad (*polis*) y sus respectivos conciudadanos visitan sus **tesoros** (de *thesaurós*, 'depósito', 'tesoro'), una serie de templitos de las **metrópolis** ('ciudad madre') o de sus colonias, adonde llevan valiosas ofrendas, traídas desde sus ciudades y dedicadas a los dioses patrios. Algunos de estos tesoros tienen ya cien o doscientos años y todavía quedarán en pie diez cuando los visite Pausanias dentro de varios siglos. Están en fila, unos al lado de otros, cerrando el recinto de Altis por el norte, en las estribaciones del monte Cronion. Hay altares de dioses y estatuas de héroes y de atletas por doquier, obra de los mejores escultores de toda Grecia y con versos de los mejores poetas, inscritos en sus bases.

Por encima de los tesoros sobresale la silueta de este monte sagrado, el **Cronion**, dedicado al dios Cronos, el 'tiempo', el único que podía ser padre de Zeus, el rey de todos los dioses olímpicos. «¡Oh Zeus, hijo de Cronos y de Rea, que el asiento del Olimpo dominas, la cima de los Juegos y el curso del Alfeo», le rezará Píndaro en una oda de la siguiente Olimpiada. La tecnología no permite aún **crono-metrar** los tiempos de los atletas, pero no importa: no luchan contra el tiempo, sino contra los demás. No hay récords, sólo buscan «ser el primero entre los mejores». En el texto literario más antiguo de toda Europa, la *Ilíada*, Peleo se lo dice así a su hijo Aquiles: «Ser siempre el mejor, y destacar sobre los demás». Por eso en Olimpia nunca ha habido deporte de grupo, sólo deporte personal; pues así es la gloria en Grecia: de cada uno. Cada ganador se la pasará a su linaje y a su ciudad, pero está claro que primero es suya.

Enseguida les llamarán la atención dos bellos templos, uno a cada lado del Pelopion: al norte el **Heraion** (o 'templo de Hera'), dedicado a la esposa y hermana de Zeus, y al sur el de Zeus Olímpico, cuya construcción apenas se está iniciando. Ambos son **perípteros** (con 'alas alrededor', sostenidas por columnas) y ambos de estilo **dórico** (el 'de los dorios', con columnas sin basa y de capitel sencillo), a cuál más bello. ¡Y eso que faltan cincuenta años para que Fidias esculpa para este último templo una de las Siete Maravillas de la antigüedad! Será la estatua **criselefantina** ('de oro y marfil') de Zeus, con más de 30 codos de alto, que sostendrá en su mano derecha a la venerada diosa **Niké** ('Victoria'; sí, de donde luego derivarán el nombre de la ciudad de **Niza** y el «impío» nombre de una marca de calzado deportivo). En la bella cerámica de esta época aparece a menudo la diosa Niké coronando al vencedor, pues triunfar en los Juegos es ganar la gloria divina. También la victoria es *hierá*, 'sagrada': si el triunfo queda indeciso, la corona de la victoria se ofrece al dios. Tras vencer a los bárbaros persas este mismo año, los atenienses erigirán en su **Acrópolis** ('ciudad alta') un templo a la Niké, pero a la Niké **áptera** ('sin alas'), para que así la victoria no pueda volar y se quede con ellos para siempre. (Véase Figura 4.5).

Junto a una esquina del templo de Zeus está plantado el acebuche *Kalistéfanos*, de cuyas ramas se obtienen todas las 'bellas coronas' de Olimpia, el «verdiplateado ornato del olivo». Las coronas no tienen precio económico, pero sí valor moral, pues las han ofrecido siempre a sus antepasados, a su ciudad, a sus dioses.

De repente, se oye un rumor de música. En el ruidoso ambiente se hace un respetuoso silencio, pero enseguida estalla de nuevo la alegría: son las trompetas de los heraldos anunciando el inicio de la fiesta. ¡Está llegando la procesión oficial! Salió hace dos días de Elis, la capital de la región, una fértil zona agrícola del noroeste del Peloponeso, que incluye otras dieciséis ciudades y a la que Olimpia le ha dado una gran prosperidad, llegando a acuñar su propia moneda. Han hecho noche por el camino, a mitad de la Vía

Sacra que une Elis con Olimpia, y llegan ahora tras haber caminado más de cincuenta kilómetros. Allí vienen todos los de Elis, gobernantes, sacerdotes, invitados especiales, y allí van todos los de Olimpia, jueces, atletas, peregrinos. Y todos los demás responsables del funcionamiento: desde sacerdotes y policías hasta *manteis* (encargados de los oráculos, como en nuestra **quiromancia**, 'adivinación por las manos'); desde los *exegetés* (que 'interpretan' los ritos a los no entendidos, como los actuales **exégetas**) y *grammatéis* (que anuncian qué atletas participan, pues saben **gramática**: leer y escribir) hasta los *xyleus* (encargados de la 'madera' para los sacrificios, como en nuestra palabra **xiló**fono) y los *auletés* (que 'tocaban la flauta' durante los sacrificios, como en nuestra palabra **flautista**). No es una ***lampadedromía*** (por *lampás*, 'antorcha', de donde procede nuestra **lámpara**, y *dromos*, 'carrera', como en nuestro canó**dromo** o aeró**dromo**) como las 'carreras de relevos con antorchas' que se celebran en Atenas durante las fiestas Panateneas, pues esas carreras no formarán parte de los Juegos hasta los de Berlín en 1936. Pero sí hay un fuego sagrado (la «llama olímpica», diríamos hoy): se mantiene perpetuamente encendido para los sacrificios en el hogar de una sala especial del **Pritaneo**, el edificio donde residen los *prytaneis* u oficiales del santuario de Olimpia.



Figura 4.5. Niké, la diosa de la Victoria, en una cerámica de la época. Dará nombre a una ciudad y a una marca de calzado. La inscripción dice: «*Kalós Artinos*» («Bello Artino»).

Tras pasar frente al Pritaneo, en la esquina noroeste del recinto, la procesión oficial se dirige a la esquina opuesta, donde se alza el **Bouleuterion** (de *Boulé*, 'Consejo', y *terion*, 'lugar', 'sede', la sede del Consejo Olímpico; aún hoy, en Atenas, el Parlamento se llama **Boulé**). Es un edificio rectangular, rematado en ábside, y pronto se le añadirá otro igual al lado, dejando en medio la estatua de Zeus Horquios (de *orkhis*, 'testículo', como en **orquídea**, por la forma de los tubérculos de esta bella planta). Allí se registran los atletas, indicando las especialidades en las que participarán, así como su ciudad de origen o de patrocinio. En los deportes en que se enfrentan parejas, éstas se forman por sorteo; y, si hay un número impar de contendientes, quien se queda sin pareja (el *éphedros*, 'el que espera') compite con el último vencedor que quede. Por la tarde se cuelga en las paredes del Bouleuterion una especie de encerado blanco con los nombres y las competiciones de cada uno.

Y allí, junto al Bouleuterion, se produce otro momento importante: el juramento oficial, tanto de los participantes como de sus entrenadores. Se sacrifica a Zeus Horquios un verraco o jabalí y, sobre sus testículos, prestan juramento: no infringirán las reglas, que son «leyes de Zeus» (Píndaro), y no perpetrarán ningún acto malvado; y también los *helanodices*, que juran decidir en justicia y mantener su voto en secreto. O sea, como harán los **testigos** posteriores, que siglos después jurarán poniendo las manos sobre sus partes pudendas: «por mis *testes*» (el *testiculum* sería el diminutivo). Con el juramento oficial, los Juegos están ya prácticamente listos para ser inaugurados al empezar la segunda jornada.

Las misiones oficiales de cada *polis* hacen luego sacrificios a sus respectivos dioses, pidiéndoles la victoria para los suyos. Y así ha terminado el primero de los cinco días que ahora duran los Juegos, un día sin deporte aún, pero lleno de color y emoción. Un día que ha tenido poco de «juegos», pero mucho de «olímpicos». Es hora ya de intentar dormir, pues mañana nos espera el inicio de las competiciones.

Segunda jornada: el día de los niños

El segundo día de los Juegos en Olimpia está dedicado a los niños. Desde la Olimpiada 37.ª, hace ya más de

ciento cincuenta años, los niños pueden competir en Olimpia en dos especialidades: el estadio y la lucha; y desde la 41.ª, también en pugilato (boxeo). Los *helanodices* son muy escrupulosos en esto de la edad de los deportistas: si los niños tienen menos de 12 años, aún no se les permite participar; y, si ya tienen más de 18, entonces pasan a competir en la categoría de los adultos. Niños (*paides*, como en **ped**iatra, 'médico de niños') son sólo quienes tienen entre 12 y 18 años; después ya son *andres* ('varones adultos', como en **andro**logía, la 'ciencia de los varones adultos') y ya pueden competir como tales en las otras pruebas.

¿Cómo es que participan niños? ¡Importantísimo! Porque en Grecia la 'educación' de los niños (*paideia*) no es sólo aprender a leer y a escribir, sino mucho más: una educación integral, total; del espíritu, sí, pero también del cuerpo. Se busca la armonía de cuerpo y mente, y la educación de ésta sin la de aquél no es completa. De hecho, **escuela** (*skholé*) significa en griego 'tiempo libre'. Y para eso el **pedagogo** (el esclavo que 'lleva al niño' a educarse) lo acompaña a la escuela: para que el **gramático** (quien le familiariza con las primeras 'letras') le enseñe a leer y escribir, a expresarse correctamente, pero también para que el **citarista** (el 'maestro de cítara') le enseñe a tocar la cítara y la flauta y a cantar, o sea, para que aprenda **música** (el 'arte de las musas') y además para que el **pedotriba** (el 'entrenador del niño') le enseñe a hacer ejercicio físico. (Véase Figura 4.6). Y si éste se realiza a buen **ritmo** (*rhithmós*), entonces se alcanza la **armonía** (en griego, *harmonía* significa eso: 'combinación' de distintos elementos). Que es, curiosamente, lo que diferencia al hombre de los animales, como expondrá muy bien Platón: «Los otros animales no tienen sentido del desorden y el orden en el movimiento, lo que nosotros llamamos ritmo y armonía». Por eso, en la cerámica griega de esta época se representa a menudo a los niños haciendo ejercicio de forma equilibrada: bajo la dirección del pedotriba, acompañado por el pedagogo... y moviéndose al ritmo marcado por la cítara del citarista o la flauta del **aulista** (que toca el *aulós*, la 'flauta doble'); y, por supuesto, acompañado por el pedagogo, que así se convertirá en un **mentor** del niño tan bueno como el Méntor que el astuto Ulises de la *Odisea* eligió para instruir y educar a su hijo Telémaco. Por cierto, la *Odisea* y la *Ilíada* se pusieron por escrito en cuanto se introdujeron en Grecia las dos 'primeras letras', *alpha* y *beta*, del **alfabeto** (y todas las demás, por supuesto)... que fue, más o menos, cuando se inauguraron los primeros Juegos Olímpicos, allá por el siglo –VIII. ¡Eso sí que fue «armonía»: el inicio de las Olimpiadas, del alfabeto y de la gran literatura europea, todo ello al mismo tiempo!



Figura 4.6. La educación del niño griego busca su armonía: el **citarista** le enseña a tocar la flauta, el **gramático** la escritura y el **pedagogo** le acompaña.

Pero en la educación griega hay otro elemento más, de radical importancia. Así como los persas están dominados por un señor todopoderoso que se proclama gobernador absoluto y adopta el título de Gran Rey, los griegos han inventado ya la **democracia** (el 'gobierno de/por el pueblo'), regida por la **isonomía** (todos los ciudadanos son 'iguales ante la ley'). Todos son *hómoios* ('igual', del mismo rango; como en **homónimo**, 'del mismo nombre', o en **homosexual**, que se inclina por personas 'del mismo sexo'). Por eso la auténtica educación busca crear buenos ciudadanos; como decía Aristóteles, «el niño debe ser educado adecuadamente para el Estado». Será una educación **política** ('para la *polis*'), en el más noble sentido de esta palabra. Y por eso el **efebo** (*éphebos*), de 18 a 20 años, recibirá una instrucción militar (*ephebeía*) para defender la *polis* contra los bárbaros, como esos orgullosos persas que nos acaban de invadir por segunda vez. Mediante esta educación integral, el niño alcanzará el ideal supremo: la *kalokagathía*, el ser al mismo tiempo guapo y virtuoso, o sea, *kalós* ('bello', como en **cali**grafía, 'escritura bella') y *agathós* ('bueno'; por cierto, los griegos de hoy día no te saludan por la mañana deseándote «buenos días», sino *kalemera*, 'bellos días', ¡qué bonito!). Y los Juegos, que no son sino una prolongación de la 'escuela', hacen destacar en el niño participante todo eso: ser instruido, tener ritmo y armonía, ser bello y ser bueno, y alcanzar la gloria personal pero también la de tu *polis*. Ningún otro pueblo —ni antes ni después— se propuso nunca esa

meta: ser completos en ejercicio, música, literatura, arte y política. En su célebre *Oración fúnebre*, que es uno de los cinco discursos más bellos de toda la historia, el demócrata Pericles dirá en este mismo siglo: «Somos admirados por nuestros contemporáneos y seremos admirados por las generaciones futuras». Porque «amamos la belleza con sencillez y amamos el saber sin descanso».

¡Por eso participan los niños en los Juegos! ¡Por eso es tan importante que lo hagan!

Para asistir a las competiciones (*agones*) de los niños, el público se ha ido congregando en el **estadio** (*stadion*) desde que despuntó «la aurora de rosados dedos» (recordemos: *rhododáctylos heos*, Homero): por *heos*, 'aurora' (como en **Eo**ceno, 'la aurora reciente'); *rhodon*, 'rosa' (como en **rodo**dendro, 'el árbol rosa'), y *dáctylos*, 'dedo' (como en **dactilo**grafía, 'escritura con los dedos'). Padres, hermanos y amigos desean ver el triunfo de sus atletas favoritos, los suyos, y esperan impacientes. El estadio es una instalación sencilla, de más de doscientos metros de longitud y menos de cincuenta de anchura, con una pista donde corren los atletas y unos terraplenes donde se sientan los espectadores, ambos de tierra, lisa la pista y en talud los terraplenes. Podrían caber más de cuarenta mil personas. Con el sol del verano, hace un calor abrasador.

Sonidos de trompeta cortan todos los rumores de la gente. ¡Llega la comitiva oficial! El desfile lo abren los *helanodices*, que llevan en sus manos unas palmas y unas cintas rojas para dárselas a los vencedores tras cada competición, en prenda por las coronas de olivo que les entregarán luego oficialmente. Les siguen otros miembros de la organización, entre ellos la sacerdotisa de Deméter Camine. Y, por último, los niños participantes en las pruebas de hoy. Los *helanodices* ocupan los asientos de la **exedra** (de *ex*, 'fuera', y *edra*, 'asiento', como en cát**edra**, el asiento donde se asientan las cad**eras**), una tribuna situada a un lado del estadio, y la sacerdotisa enfrente, al otro lado de la pista, junto al altar de la diosa-madre Deméter. Son los únicos asientos de piedra, y ella es la única mujer adulta asistente. El jefe de los *helanodices* realiza unos gestos solemnes con las manos, el trompetista hace sonar de nuevo su instrumento para dar más solemnidad al acto y el heraldo proclama inaugurados los Juegos. El espectáculo deportivo puede empezar.

La primera prueba es el **estadio de niños**. La palabra «estadio» al principio indicaba una distancia: 600 pies (en Olimpia equivale a 192,28 m); luego, una carrera (la carrera en la que se recorría esa distancia, parecida a la actual carrera de velocidad de 200 m); y, finalmente, un recinto (el recinto donde se celebraban esas carreras, y otras). En la 1.ª Olimpiada, la inaugural, la del año –776, sólo hubo una prueba: la del estadio, por lo que los Juegos sólo duraron un día. Luego se fueron añadiendo más pruebas, y así duraron cada vez más días, hasta llegar a las catorce pruebas en cinco días de esta Olimpiada 75.ª. Como hay demasiados participantes, se celebran series eliminatorias, clasificándose para la final sólo los mejores. Sortean las posiciones con trozos de cerámica (*óstraka*, como en **ostracismo**) que llevan escritas las iniciales de los participantes. La salida (*áphesis*) está en la parte de la pista más alejada del Altis, así la llegada a la meta (*terma*) se produce lo más cerca posible del altar de Zeus en el recinto sagrado. (Véase Figura 4.7). Lo primero que llama la atención —a nosotros, no a los griegos— es que todos corren desnudos (*gimnós*, de donde viene **gimnasia**, que sería algo así como 'ponerse tan en pelotas' como cuando Arquímedes salió por las calles de Siracusa gritando aquello de ***héureka***, '¡lo encontré!'). (Véase Figura 4.8). Pausanias cuenta que «Orsipo fue el primero que venció corriendo desnudo». La gente decía que, al ir corriendo, se le cayó el taparrabos y así ganó la carrera. Por eso le imitaron todos después. Pero Pausanias lo explica más racionalmente: «Yo creo que rompió a propósito el ceñidor, sabiendo que un hombre desnudo corre más deprisa que uno ceñido». Luego, se han hecho pruebas, y no está tan claro que correr desnudo sea muy eficaz: hoy se piensa que llevaban el pene **infibulado**, atado con cintas sujetas mediante 'fíbulas' ('hebillas' en latín), y así se ve en varias piezas de cerámica de la época. En cualquier caso, ver tanta belleza en aquellos niños (¡eran *kalós*!) les encantaba a los espectadores, y aun los dioses se embelesaban con su presencia. Hoy el vencedor ha sido un adolescente llamado Xenópithes de Keos, que, lógicamente, aún no ha tenido tiempo de ser cantado por ningún poeta. Pero hace tan sólo dos olimpiadas ganó Asópico de Orcómeno, y Píndaro le dedicó una hermosa **oda** ('canción') en la que una de las tres Gracias, por ser «sabio o de hermosa figura o famoso», ... «coronole con alas de nobles victorias su joven cabello».



Figura 4.7. Línea de salida en el estadio de Olimpia, para las carreras de velocidad.

La siguiente competición es la **lucha de niños**, esa lucha «de dolor causadora», que decía Homero. Tras haberse enfrentado las distintas parejas en las series clasificatorias y haber ido luego compitiendo entre ellos los ganadores para llegar a la final, el vencedor último de la lucha es un chico de Argos. Ese «inventapalabras» que quería ser Píndaro inventaría poco después estas bellas palabras para otro vencedor en la lucha: al adversario «con ágil astucia, y sin caer, superó»; «¡entre qué aclamaciones, lleno de encanto y belleza!, acabando hermosísima hazaña», pues el joven «ha llegado a ser fuerte de brazos, diestro en músculos, de valiente mirada». Y por eso «resuena en Olimpia el triple ritornelo, ¡Vencedor glorioso!, con ardor entonado».

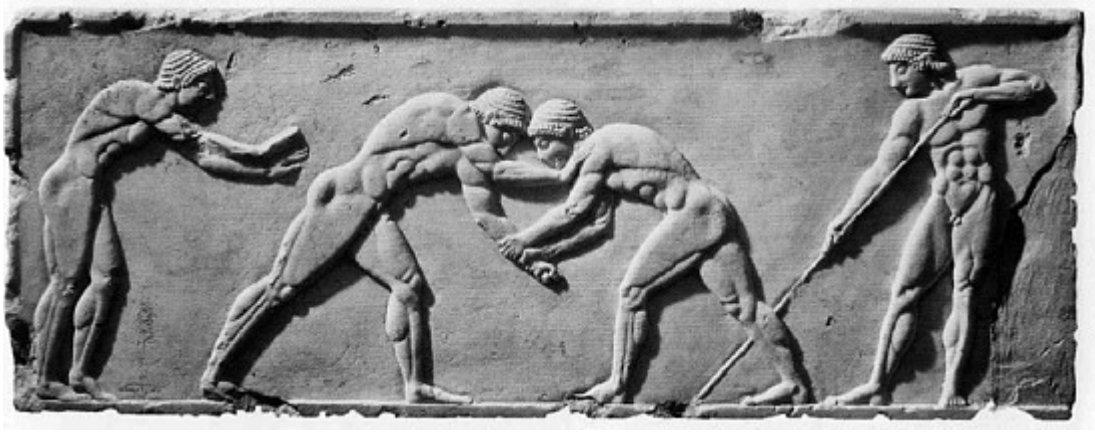


Figura 4.8. Escena de lucha en la antigua Grecia. Los dos combatientes aparecen entre el *pedotriba* (o entrenador) y uno de los *helanodices* (o jueces), todos ellos desnudos (*gymnói*, de donde viene **gimnasia**).

Y el segundo día se cierra con la última y más dura prueba para niños: el **pugilato** (o boxeo). Este «deporte» se remonta ya a mil años antes, en tiempos de la **talasocracia** cretense, cuando Creta detentaba el 'dominio del mar' y de sus islas: en los bellos frescos de Thera, la isla que inspiró al *Timeo* de Platón el mito de la **Atlántida** (una fabulosa civilización en medio del mar, forjada por los **atlantes**, descendientes del **Atlas** que sostenía la bóveda celeste y que dio origen a nuestros **atlas**), se ven ya dos jóvenes pugilistas boxeando con los puños protegidos, como ahora mismo los niños que están combatiendo en Olimpia. Por cierto, hoy ganará un joven púgil de Heraia. Pero cedamos la voz a Homero, pues jamás nadie le superó nunca en describir la muerte, ni los golpes que la preceden causándola. Así describe Homero el «combate de puños» en la gloriosa versión rítmica de García Calvo:

> «y, uno engallándose al otro, los recios brazos enhiestos,
> vinieron al choque; y los puños volaron cruzándose recios;

y horrendo crujir de quijadas se oyó [...]
y en la mejilla le dio en un descuido; y ya poco tiempo
túvose en pie: pues allí flaquearon sus límpidos miembros [...]
que lo llevaban, los pies a la rastra, por medio del ruedo,
echando a un lado la testa y espesa sangre escupiendo,
y con el sentido perdido, a sentar lo llevaron con ellos».

Con tantos golpes se nos ha hecho casi de noche. Y, hablando de Homero, si la aurora había mostrado sus «rosados dedos», con el ocaso el cielo se arrebola de un color «vinoso» (recordemos: en griego *oinos*, 'vino', de donde procede nuestra **eno**logía), que incluso tiñe al *óinopa ponton* (al 'vinoso piélago'). Los niños, y también los mayores, necesitamos descansar... para la gran jornada que nos espera mañana.



Figura 4.9. Las carreras de caballos (*hippoi*) se celebran en el **hipódromo** de Olimpia el tercer día de los Juegos, que está dedicado a los señores o caballeros.

Tercera jornada: el día de los señores

Hoy es un día plenamente olímpico, el más espectacular de los Juegos. Tiene diversos escenarios: por la mañana, carreras de caballos en el hipódromo; por la tarde, el pentatlón en el estadio; y al anochecer, ceremonias religiosas en Altis, el recinto sagrado de Olimpia. Tendremos que apresurarnos de un lado al otro para presenciar todo.

Las pruebas más prestigiosas de todos los Juegos son las de **hípica** (derivado de *hippos*, 'caballo', como en **hipo**pótamo, 'caballo de río'). Son las pruebas donde los caballeros, que pueden mantener una cuadra de caballos, muestran su poder económico y donde los aristócratas, que detentan el poder político, demuestran su poder social. Por eso, unos y otros invierten en los mejores aurigas y en las mejores **cuadrigas** (en griego, *téthrippon*, 'cuatro caballos'). (Véase Figura 4.9). El mantener esas cuadras y cuadrigas resulta tan caro que incluso existe una palabra específica para designarlo: *tethrippotropheo* (por ese *téthrippon*, 'cuadriga', y *trophé*, 'alimentación', como en «cadena **trófica**»). Y al invertir tanto, las pruebas son tan reñidas que, por primera vez, este año hay tres *helanodices* ('jueces') especializados en ellas. Pero es tan grande el prestigio que proporcionan que, con el tiempo, los tiranos de Siracusa participarán y triunfarán en ellas y hasta los faraones ptolemaicos enviarán a Olimpia sus mejores carros y sus más hábiles jinetes. Y el historiador Jenofonte llegará a escribir dos obras de hípica, una de ellas titulada precisamente *Perí hippikés* (*Sobre la hípica*), donde explicará cómo elegir y cuidar un caballo y, sobre todo, cómo montarlo. Y, como el premio no lo gana el jinete, que sólo recibirá una banda de lana en reconocimiento, sino quien financia el carro y al auriga, llegará a haber ciudades que patrocinen a sus propios representantes. Pausanias nos habla incluso de una mujer, quien, aun no pudiendo asistir a los Juegos, recibió así la corona de olivo, convirtiéndose en la única mujer vencedora en Olimpia hasta entonces: «Cynisca, entusiasta de los Juegos Olímpicos y la primera mujer que crió caballos y consiguió una victoria olímpica».

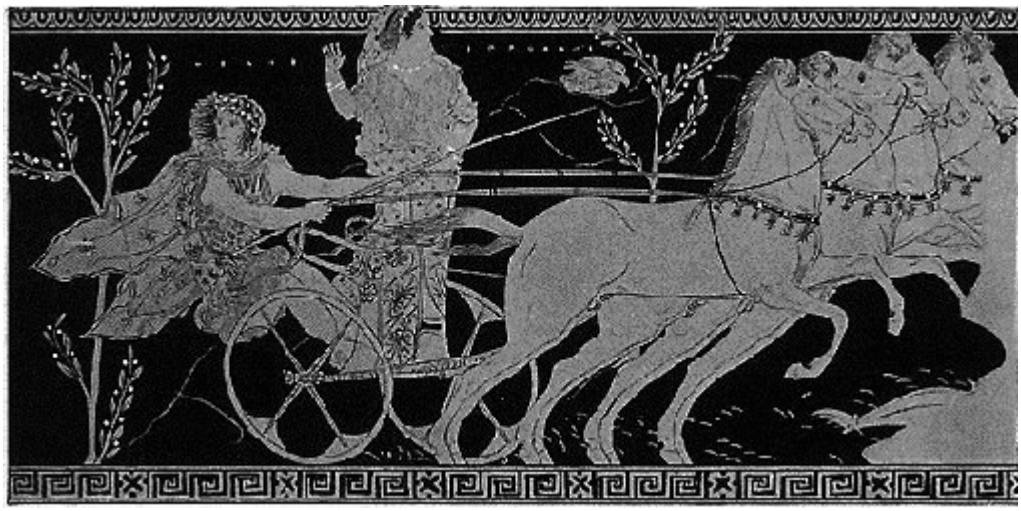


Figura 4.10. Hippodamia, la 'domadora de *hippoi*' ('caballos'). En su honor se desarrollan las competiciones de **hípica** en Olimpia en el día más espectacular de los Juegos.



Figura 4.11. El famoso *Auriga* de Delfos, con dibujo explicativo al fondo. También en Delfos, donde viven la serpiente Pitón y la pitonisa, se celebran unos juegos famosos: los **Píticos**.

El **hipódromo** (de *hippos*, 'caballo', y *dromos*, 'pista', la 'pista de los caballos') está situado junto al estadio, paralelo a él y un poco más al sur. Aunque es uno de los mejores del mundo griego según Pausanias, parece bastante sencillo: una pista de tierra alargada, redondeada en sus extremos y separada en dos mitades mediante un **émbolo** (de *émbolos*, 'cuña' o 'pieza introducida entre dos'), que es una valla de madera con un poste en cada extremo para el giro de los caballos. Junto al poste más cercano al Altis se levanta una estatua de Hippodamia, la 'domadora de caballos' y mujer de Pélope. (Véase Figura 4.10). La 'salida' (*áphesis*) tiene un dispositivo complejo, inventado para Olimpia, que permite que todos los caballos y carros salgan en igualdad de condiciones; la 'llegada' (*áphixis*) es perpendicular al poste con la estatua de Hippodamia. Los jueces tienen un lugar especial, pero los espectadores están de pie (o sentados en tierra) en los terraplenes que hay alrededor. Y, cuando se da la salida, aquello parece un verdadero **pandemónium**, como si 'todos los demonios' (de *pan*, 'todo', y *daimonion*, 'genio', 'demonio') de los reinos infernales se hubiesen desatado por allí. Los postes del émbolo están separados entre sí dos estadios, por lo que la pista medirá en total cuatro estadios más las dos curvas; y Píndaro llama a la competición de cuadrigas «la carrera de las doce vueltas», lo que nos da una idea de la distancia total. Estos giros alrededor de los dos postes de los extremos son el momento más peligroso de la carrera. Y así precisamente se narra la fingida muerte de Orestes en la tragedia *Electra* de Sófocles: «tropieza con el extremo de la meta sin advertirlo. Rompió por la mitad el extremo del eje y cayó desde la baranda del carro. [...] Se enrosca en las riendas y [...] arrastrado unas veces por el suelo y otras apareciendo las piernas por el aire, hasta que los otros conductores, reteniendo con esfuerzo la carrera de los caballos, lo soltaron cubierto de sangre, de modo que ninguno de sus amigos hubiera podido reconocerle».

En esta Olimpiada, la carrera de cuadrigas fue ganada por Daitondas y Arsilochos de Tebas. Pero además hubo carrera de *apene* (carro tirado por dos mulas, no tan popular como la prueba reina), que fue ganada por Anaxilas de Region, y hubo también carrera de caballos, donde el ganador fue el equipo patrocinado

por la ciudad de Argos. Los caballos, «de pies infatigables», han venido de todo el mundo griego, la mayoría en barco, en viajes por mar que duran un par de semanas. Los carros son de madera ligera, con dos ruedas, y van tan embalados como un moderno **bólido** (del griego *bolís*, *-idos*, 'proyectil', 'arma arrojadiza'), alguno de los cuales hoy tiene incluso el **emblema** (del griego *émblema*, adorno insertado) de un *cavallino rampante*. El auriga (en griego *hippeus*, 'caballero', 'jinete'), con los brazos doblados, lleva las riendas en una mano y el látigo en la otra, como el que se fundirá pronto en Delfos. (Véase Figura 4.11). Pero también participa en la *keles* (la carrera de caballos montados), a pelo y desnudo, igual que el caballo, que va sin silla ni estribos, sólo unas leves riendas uniéndoles a ambos cual si fuesen **centauros** (*kéntauroi*, aquel mítico animal mitad caballo mitad hombre). Píndaro, que vendrá a Olimpia la próxima Olimpiada, dice que el auriga «junto al Alfeo corrió, su cuerpo entregado a la carrera sin ayuda de espuelas, y con la victoria maridó a su dueño».

Por la tarde, tras comer un tentempié, cuando el sol griego agosta las mieses y a las mentes **aplatana** (el *pláthanos* es ese árbol de hoja 'ancha' que decora las calles), nos desplazamos al vecino estadio, para presenciar la prueba más completa pero más difícil: el **pentatlón** (de *pente*, 'cinco', y *athlos*, 'contienda', 'lucha', como en **triatlón** serán 'tres luchas' y en **decatlón** 'diez'). El pentatlón está formado por el salto, los lanzamientos de disco y de jabalina, la carrera de un estadio y la lucha. Las dos últimas son además pruebas independientes; las tres primeras, no: sólo se disputan formando parte del pentatlón. El **pentatleta** (el 'atleta de pentatlón') debe ser un atleta equilibrado y completo, tanto por su **físico** (de *physis*, 'naturaleza') como por su **psicología** (de *psykhé*, 'mente', 'espíritu'): debe poseer fuerza y velocidad, pero también resistencia mental y habilidad técnica. Por eso escribirá Aristóteles: «Los pentatletas son los mejores, pues la naturaleza les dotó tanto con fuerza como con velocidad». Las tres primeras pruebas, salto, disco y jabalina, forman una **tríada** (de *triás*, *triados*, 'grupo de tres') eliminatoria: los vencedores compiten luego entre sí corriendo un estadio y, por último, los dos mejores supervivientes dirimen la victoria final en una lucha entre ellos.

El **salto** sólo es de longitud, nunca de altura. El saltador se impulsa balanceándose con unas **halteras** (piedras o pesas de casi dos kilos que sujeta con las manos para *halésthai*, 'saltar', 'lanzarse', de donde derivarán haltera y **halterofilia**, 'afición a las halteras'). Así toma ímpetu y «vuela» sobre un foso rectangular que previamente se ha excavado y se ha cubierto de arena, en la cual se marca su salto mediante un *sema* (una 'señal', como en **semáforo**, 'que lleva señales'). (Véase Figura 4.12).



Figura 4.12. En Grecia, el salto de longitud se ejecuta tomando impulso mediante dos 'halteras' o pesas (de donde procede **halterofilia**) que el saltador lleva en las manos.

El **disco** (*diskos*) mide aproximadamente un palmo de **diámetro** ('medido a través'), es de bronce (*khalkós*, como en **calco**grafía) y pesa 3-4 **kilos** (3-4 'mil' gramos). Quien lo lanza es el **discóbolo** (de *diskos* y *bolos*, 'acción de lanzar'), como el famoso *Discóbolo* en bronce de Mirón, que nos da idea de cómo se lanzaba el disco, más o menos como hoy. (Véase Figura 4.13). Es ya un deporte puro, concepto genial que inventan los griegos: no deriva de la guerra, ni se practica para la guerra, sino por el puro placer del ejercicio. Eso sí, si el lanzador te golpea con el disco, puedes sucumbir; por eso se lanza desde la *balbis*

(‘barrera’, zona delimitada por seguridad).

Si el disco mide un palmo, la **jabalina** tiene la altura de un hombre. (Más tarde, **Protágoras**, que será «el primero en la plaza», por *protos* y *agorá*, dirá: «De todas las cosas, medida es el hombre».) Tiene una punta de metal y va equipada con un *ankyle* (‘lazo’) de cuero atado en una punta y asido con dos dedos, que le permite impulsarla con fuerza. Este lanzamiento sí deriva de la guerra y de la caza, por eso se practica en dos modalidades: de longitud, como aquí, y de precisión. También en esta prueba cabe cierto riesgo para los espectadores, como cuenta Plutarco: «Como quiera que un participante en el pentatlón hiriera a Epitimo de Farsalia involuntariamente con la jabalina y le causara la muerte, Pericles pasó un día entero en compañía de Protágoras discutiendo la duda de si, según el razonamiento más correcto, deben ser considerados culpables del suceso la jabalina o más bien el que la lanzó o los jueces de los juegos». (Véase Figura 4.14).

Los clasificados en esas tres pruebas pasan entonces a la cuarta: la carrera del **estadio**. Y, finalmente, tras ir eliminando a los menos buenos, los dos últimos vencedores combaten entre sí mediante el «deporte» más antiguo del mundo: la **lucha**. Estas dos últimas pruebas sirven hoy para decidir el vencedor del pentatlón, pero mañana tendrán valor por sí mismas, como combates independientes. Y hoy el vencedor es… Theopompo de Herea, el mejor en esa ansiada prueba de las ‘cinco luchas’. Es un gran especialista: ya ha ganado en los Juegos anteriores, los del año –484.

La intensa jornada deportiva toca ya a su fin; sólo falta el rito. El día, bajo un sol inclemente, ha tenido carreras tan ligeras como las de cuadrigas y combates tan fuertes como el de la lucha del pentatlón. La noche que ya se acerca se dedica a la ceremonia ritual que cierra la jornada. No en vano las pruebas hípicas de esta mañana fueron fundadas por el legendario Pélope y su amada Hippodamia. Ante su tumba, el Pelopion, que se alza en el centro del sagrado recinto de Altis, se sacrifica un carnero negro, mientras el sacerdote oficiante recuerda la leyenda:

> De joven, Pélope era tan bello que el dios Poseidón se enamoró de él y le hizo su amante en el Olimpo; en agradecimiento, le enseñó a conducir su divino carro. Luego, de adulto y ya en la Élide, Pélope se enamoró de la princesa Hippodamia (recuerden, la ‘domadora de caballos’), pero había un problema: el celoso padre de ésta retaba a todos los pretendientes a una carrera de carros… y ya había matado a decenas de perdedores. Pero, claro, entonces el divino Poseidón le dio a Pélope un carro tirado por alados caballos. Y esto, más alguna trampilla que le hizo a su eventual suegro alterando los pernos de su carro, le permitió ganar y casarse con la muchacha. No podemos decir que vivieran felices, pues se sucedió una larga serie de maldiciones —que pueden encontrar fácilmente en cualquier futura **enciclopedia**, de *en kyklos paideia*, ‘educación en círculo’, ‘completa’, aunque sea digital—, pero…

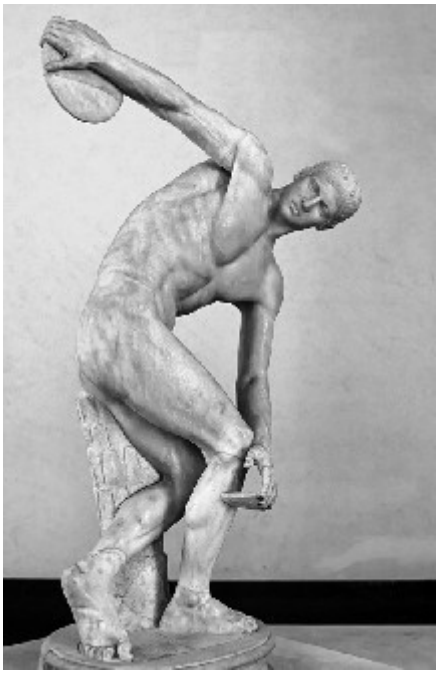


Figura 4.13. El célebre ***Discóbolo*** (‘lanzador de disco’) de Mirón muestra la postura del cuerpo en ese lanzamiento.

Lo que sí podemos decir es que también esto, el paso del **mito** (*mythos*, ‘mito’, ‘fábula’, ‘cuento’) al ***logos*** (‘pensamiento racional’), se consolida aquí y por esta misma época. Grecia, por primera vez en la historia de la humanidad, empieza a abandonar el pensamiento irracional de los mitos y comienza a someter todo a la criba de la razón. Mientras Jerjes la invadía y los griegos jugaban en Olimpia.



Figura 4.14. Lanzador de jabalina en una cerámica griega antigua. El lanzador aumenta su fuerza propulsora mediante un lazo de cuero atado a la parte posterior de la jabalina.

Cuarta jornada: el día del pueblo

Finalmente, hoy es luna llena: «el ojo entero de la Luna» se ha llenado completamente. Para festejar este día sagrado, esta mañana se va a celebrar una **hecatombe** (de *hekatón*, 'cien', y *bous*, 'buey', una 'cienbueyada', que traduce García Calvo). Ya sale el sagrado cortejo, desde la esquina noroeste del recinto, y se dirige hacia el altar de Zeus, en el centro. Ante el altar se van sacrificando decenas de bueyes, uno a uno, en un rito de sangre y bramidos, y queman sus huesos y su grasa en honor al dios —aunque la carne se la zampan luego los «esclavos del vientre»—. Constituye casi un auténtico **holocausto** (de *holos*, 'todo', y *kausis*, la 'acción de quemar', o sea, 'quemar del todo', por completo: el holocausto es un sacrificio purificatorio, pues el animal es quemado en su integridad y no hay propiamente banquete). Es un sacrificio que le hacen a su dios los habitantes de la ciudad de Elis y de toda la región a la que aquélla da nombre, la **Élide**, que incluye a Olimpia. Pero también hacen sus propios sacrificios las embajadas (recuerden, las *theoríai*) de otras ciudades-Estado de toda Grecia, así como 'individuos particulares' (*idiotes*, de donde procede la palabra **idiota**, que es quien no se ocupa de los asuntos de la *polis*, sino sólo de lo *idion*, de 'lo privado').

Pero dejemos a Zeus y vayamos corriendo a coger sitio en el estadio; pues, como nos dice Píndaro, si Zeus es el «hijo de Cronos» (el Tiempo), también es el «padre de las **Horas**», ¡y hay que aprovecharlas! (En griego, *hora* es 'división del tiempo', sea del día, del mes o del año.) En esta jornada puede participar todo ciudadano griego adulto, aunque no tenga dinero para sufragar una cuadriga o unos caballos. Es el día de las carreras a pie... y de los combates a puñetazos (limpios, o no tan limpios).

Ha llegado el momento de que los atletas recojan los frutos de tantas horas en el gimnasio, y los luchadores, de tantas horas en la palestra. Ambas instalaciones están en el noroeste del Altis, por donde entró la procesión el primer día y el cortejo de esta mañana. El **gimnasio** (*gymnasion*) es el lugar en el que los atletas hacen **gimnasia** (*gymnasía*, 'ejercicio'), dirigidos por un **gimnasta** (*gymnastés*, el 'maestro de gimnasia'); o sea, donde se ponen en plan 'desnudo' (*gymnós*) para hacer ejercicios **gimnásticos** (*gymnastikós*). Como se ve, parece que aún hablamos griego. También se entrenan allí jugando con una especie de pelota (*sphaira*, de donde viene nuestra **esfera**). Al hacer ejercicio desnudos, necesitan protegerse contra el inclemente sol del verano y el intenso frío del invierno, por lo que se untan el cuerpo con **óleos** (*élaion*), que guardan en frascos llamados *aryballos* (**aríbalo**, vaso panzudo de boca ancha pero cuello estrecho) y *alábastron* (**alabastro**, 'vaso de ungüentos'). Y sobre el aceite esparcen arena, buscando el mismo efecto protector. Por lo que al final, entre tanto aceite, arena y sudor, deberán limpiarse el cuerpo con una **estrígil** (en griego *xystra*, un raspador curvado), como hace el magnífico *Apoxiomeno* (de *apoxeo*, 'raspar', 'raer') de Lisipo, y usando una **esponja** (*spongos*). (Véase Figura 4.15). Por eso las cerámicas con escenas de gimnasio de esta época representan a menudo esos tres atributos del atleta: el aríbalo, la esponja y la estrígil; suelen mostrar también el *hypopodion*, hoy diríamos el 'banquillo', símbolo del vestuario (¿o deberíamos crear el neologismo «desnudario»?), recordando quizá que hay que hacer mucho gimnasio para algún día poder poner los 'pies' sobre el **podio**; y además en la cerámica se ve alguna **herma**, pilar del dios Hermes con el falo enhiesto (¿de ver tanta belleza?), pero no se preocupen pues sólo sería **amor platónico**

(por las teorías ‘de Platón’ en el ***Simposio*** o *Banquete*). El gimnasio se convertirá luego en un centro social, donde hasta te dan masajes con óleos y ungüentos; pero para ello aún faltan **eones** (de *aión*, ‘siglo’, ‘época’; una eternidad).

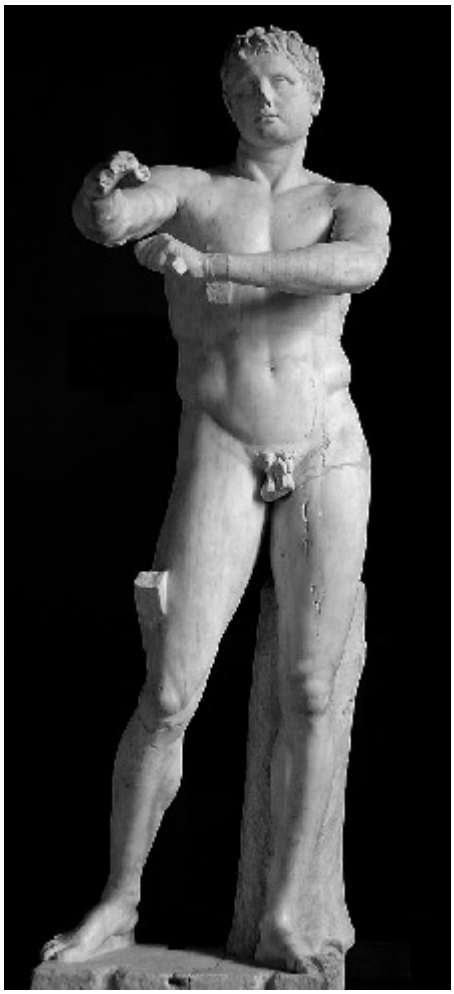


Figura 4.15. El magnífico ***Apoxiomeno*** (‘raspador’) de Lisipo se está quitando, mediante una estrígil, los aceites y arena con los que ha embadurnado su cuerpo para ejercitarse en el gimnasio.

Una hija de Hermes llamada Palaistra, que «si se la comparaba con un muchacho parecía una chica y si se la comparaba con una chica parecía un muchacho» (Filóstrato), fue la inventora de la lucha, y por eso la escuela de lucha y pugilato recibió su nombre: **palestra** (*palaistra*, el ‘lugar donde se lucha’). Podía ser un edificio independiente o bien formar parte del gimnasio; y, aunque la palestra definitiva de Olimpia junto al gimnasio aún no se ha construido, todas siguen un mismo esquema básico: un patio abierto donde se practica la lucha y el boxeo, con un pórtico de columnas en sus cuatro lados (**peristilo**, ‘con columnas alrededor’) al que dan las salas de baño y ducha, los vestuarios, los almacenes de aceites y arena para embadurnarse y, sobre todo, las salas de estar. Pues, con el tiempo, las palestras se están convirtiendo en centro social y cultural, como se ve en dos diálogos de juventud de Platón: *Lisis* y *Cármides* (h. –430).

Unos jóvenes —cuenta Platón— invitan a Sócrates a entrar en una palestra:

—Aquí pasamos nosotros el tiempo, en compañía de otros jóvenes excelentes.

Y, claro, ante una invitación tan tentadora, Sócrates entra. Y nos lo reconoce:

—Casi todos, en esta edad, me parecen hermosos. Ahora bien, realmente éste me pareció maravilloso, por su estatura y su prestancia. Y tuve la impresión de que todos los otros estaban enamorados de él.

Es Cármides, el más bello entre los más hermosos. Y Sócrates describe perfectamente el ambiente de la palestra:

—Ninguno de ellos miraba a otra parte que a él, como si fuera la imagen de un dios.

Y su interlocutor, turbado, incita aún más a Sócrates:

—Si quisiera desnudarse, ya no te parecería hermoso de rostro. ¡Tan perfecta y bella es su figura!*

La primera carrera que se va a celebrar es, sin duda, la más ansiada: la carrera del **estadio**, la de 1 estadio (600 pies, 192,28 m). El vencedor en ella dará su nombre a toda la Olimpiada. Así como la primera Olimpiada (la del –776) fue la Olimpiada de Corebo de Elis, así la Olimpiada 75.ª que está empezando será la Olimpiada de... Los participantes que quedan tras las series eliminatorias se dirigen a la salida, en el poste que hay al final del estadio por la derecha de los jueces, en el este. Una fila de losas alineadas, con dos ranuras (Véase Figura 4.7), marca la línea de salida, y la meta está señalada a la izquierda, al final de los 600 pies de la carrera, en el lado cercano al Altis. El heraldo proclama sus nombres y sus ciudades,

toman posiciones, suena la señal y salen disparados, entre los gritos de ánimo de las más de 40.000 voces que pueblan ambos taludes. Ni el mismo Aquiles, «el de los pies alados», parecería ir más aprisa. Y el vencedor es... ¡el gran favorito, Ástilo de Siracusa! Ya la había ganado en los dos Juegos anteriores, pero corriendo en nombre de la ciudad de Crotona; y esta vez, «convencido» por el tirano Hierón de Siracusa, lo ha hecho por esta ciudad siciliana. ¡Ha ganado la carrera de velocidad tres veces seguidas! Esta Olimpiada llevará su nombre: será la tercera «Olimpiada de Ástilo». Pero los de Crotona se vengarán de él, como nos cuenta Pausanias: «Los crotoniatas convirtieron su casa en cárcel e hicieron desaparecer su estatua del templo de Hera».

Y, si el estadio eran 600 pies, el ***díaulos*** o 'carrera doble', de ida y vuelta, será dos veces esa distancia, un «doble estadio», más los metros de la vuelta. Por eso la pista mide un estadio más unos 30 pies en cada lado para girar o frenar. Esta vez salen de lo que antes fue la meta, a la izquierda de los jueces, para así, tras dar la vuelta al final del primer estadio, volver al mismo sitio cerca del Altis, por el otro lado del foso o la valla. Ástilo quiere participar de nuevo y, tras las series clasificatorias, se dirige otra vez a la salida. Y el vencedor es... ¡otra vez él! Realmente es el mejor: ha ganado las dos pruebas de velocidad, con sólo un breve lapso de tiempo entre ambas para recuperarse. Y también ahora lo ha hecho por tercera vez, tras haber ganado el *díaulos* ya en los Juegos de –488 y –484. Y eso que no sólo corren desnudos, sino también descalzos: no calza ninguna zapatilla deportiva moderna y, sin embargo, ha obtenido la *nike*, la «victoria».

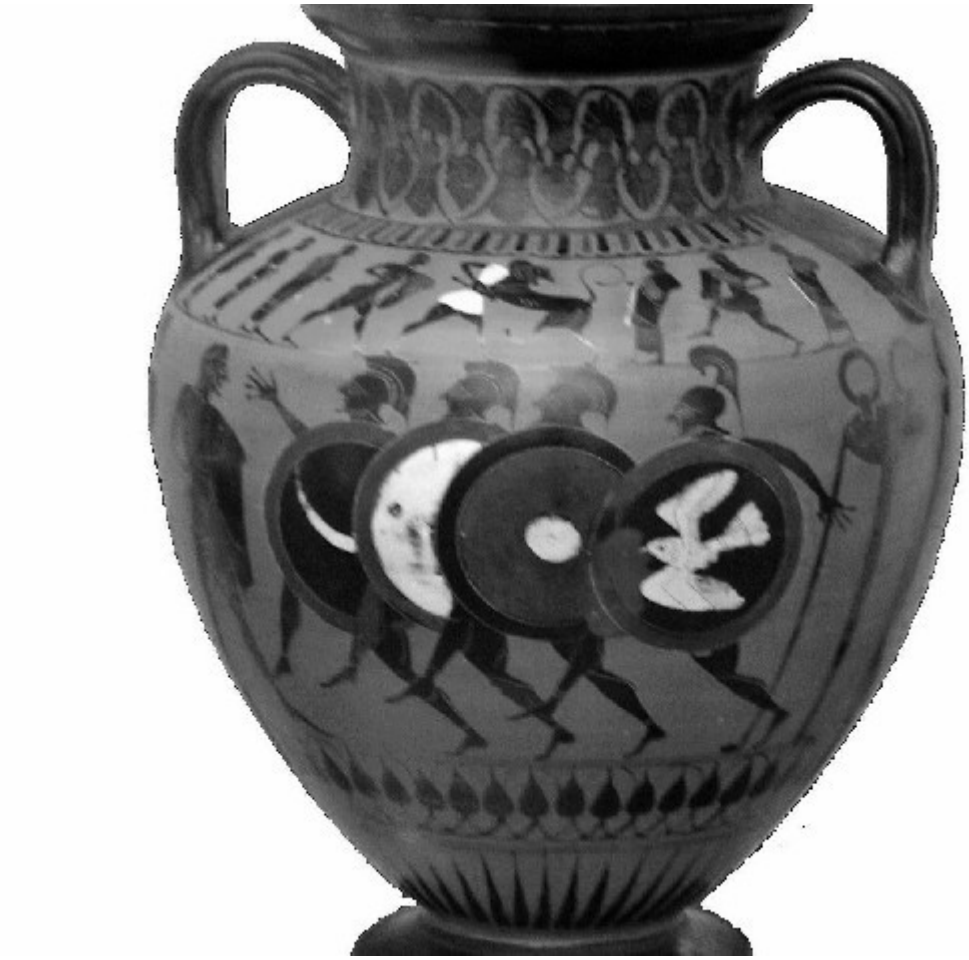


Figura 4.16. Una de las carreras más duras en los Juegos Olímpicos es el ***hoplitodromos*** (la 'carrera del hoplita'). Los corredores compiten desnudos, pero llevando las pesadas armas de los hoplitas: escudo, yelmo y grebas.

Pero Ástilo parece no contentarse y, al final del día, se presenta también a la carrera más dura, la del ***hoplitodromos***, pues nunca antes la ha ganado y quiere probar. Es una 'carrera' (*dromos*) en la que el atleta, que va desnudo, lleva las armas defensivas 'del hoplita': yelmo, escudo y grebas. (Véase Figura 4.16). Y el ganador es... ¡Ástilo! Es un fuera de serie: tres carreras en una sola Olimpiada, en un mismo día, y dos de ellas por tercera vez. O sea, con ésta, siete victorias en tres Olimpiadas. Además, en ésta ha ido cargado con unos veinticinco kilos de sobrepeso en armas y ha tenido que recorrer, con ellas encima, un *diaulós*, casi 400 metros. Aunque, bien mirado, más peso llevaba hace diez años Filípides, y durante una distancia cien veces mayor, para ir desde Maratón a anunciar a los atenienses que «¡Hemos vencido!», incluso a costa de su vida. No me digan que no se merecería que, dentro de veinticinco siglos, aún se corra en honor a él una carrera que se llame **maratón**. Así, lo que correrá el riesgo de ser una **paradoja** (de *pará*, 'al lado', y *doxa*, 'opinión', la opinión marginal), pues la maratón nunca se corrió en Olimpia, se convertirá en un **paradigma**

(de *pará* y *deigma*, 'modelo', 'ejemplo', el patrón que seguir).

Aún falta por correr una última carrera: el ***dólikhos***, o 'carrera larga', la carrera de resistencia; se parece a (casi) nuestros «cinco mil», pues llega a durar hasta veinticuatro estadios. Y esta vez el vencedor... no es Ástilo: la gana Dromeo (claro, llamándose así, cualquiera: *dromos* es 'carrera', 'pista', incluso 'corredor') de Estinfelo. También la ganó en la Olimpiada anterior, por lo que ya era el favorito. Con ese nombre sería un buen candidato a trabajar de *hemerodromos* ('mensajero', 'correo', que se pasa el 'día' o *hemera* 'correteando').

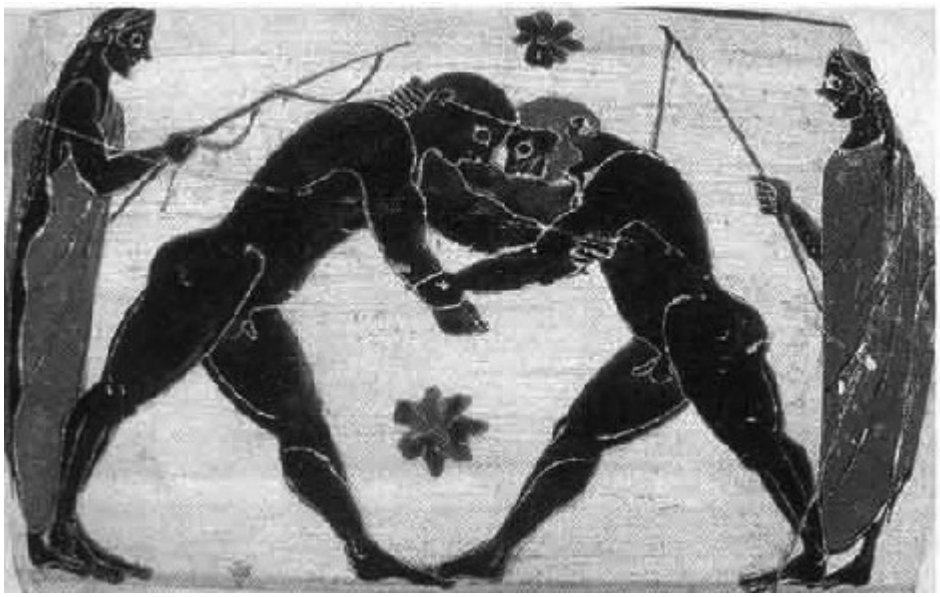


Figura 4.17. Dos luchadores se enfrentan entre sí bajo la atenta mirada de los jueces.

El ambiente se ha ido caldeando, pero se calentará aún más, y no sólo por el sol, sino porque ha llegado el plato fuerte del día: las tres competiciones de lucha. La primera es la **lucha** propiamente dicha. En los juegos funerarios organizados por Aquiles en honor de Patroclo, que era su **hetairo** (digamos... su amigo íntimo), la lucha entre el enorme Áyax y el astuto Ulises fue narrada así por Homero: «Sus espaldas crujían, estrechadas fuertemente por los vigorosos brazos; copioso sudor les brotaba de todo el cuerpo; muchos cruentos cardenales iban apareciendo en los costados y en las espaldas; y ambos contendientes anhelaban siempre alcanzar la victoria». La lucha estuvo tan igualada que Aquiles proclamó vencedores a los dos, «tomando iguales los premios»: un **trípode** (de 'tres pies') de bronce, tasado en doce bueyes, y una mujer «de bella cintura» y «adiestrada en toda labor», tasada en tres bueyes. Se ve que, para los héroes de Homero, los trípodes valían cuatro veces más que las mujeres... a pesar de todas sus prendas. Pero ahora no estamos ya en Troya, sino en Olimpia, varios siglos después, y en un combate no de **héroes** (de *heros*, 'semidiós', nacido de dios y mujer o de diosa y hombre), sino de hombres, aunque éstos sean heroicos. (Véase Figura 4.17).

Aunque hemos de reconocer que en este caso no hemos conseguido enterarnos de quién ha sido el vencedor, sí recordamos un famoso luchador de hace unas diez olimpiadas: Milón de Crotona, toda una leyenda. Ganó la lucha en Olimpia siendo niño y luego, ya de adulto, ¡cinco veces más! Un **epigrama** (de *epí*, 'sobre', y *gramma*, 'letra', 'texto escrito') inscrito sobre el pedestal de su estatua le atribuía, exageradamente, una victoria más. Y también ganó la lucha en los otros tres Juegos Panhelénicos más de veinte veces. Entre las muchas leyendas sobre su fuerza se cuenta que una vez cargó un toro de cuatro años sobre sus hombros y lo paseó por todo el estadio, entre los vítores del respetable, o que la estatua que le erigieron en Olimpia se la cargó él mismo a cuestas y la llevó hasta su emplazamiento. (Véase Figura 4.18). Dirigió una guerra contra los **sibaritas** (los habitantes de la vecina ciudad 'de Síbaris') y, vestido de Hércules, les derrotó. Y se dice que, asistiendo en Crotona a las clases de Pitágoras, el techo estaba a punto de derrumbarse pero que él lo sujetó hasta que saliese el gran filósofo y matemático. ¡A punto estuvimos de quedarnos sin el famoso **teorema** (de *theórema*, 'lo que se ve', 'investigación')!



Figura 4.18. Uno de los deportistas más famosos de todos los Juegos Olímpicos antiguos fue Milón de Crotona, cuya fuerza llegaría a ser legendaria: cuando le erigieron una estatua, él mismo se encargó de llevarla a cuestas hasta el lugar de emplazamiento.

La prueba siguiente es el **pugilato** (en griego *pygmé*, 'puño', 'lucha a puñetazos'; de donde, curiosamente, a través de *pygmaios*, procede **pigmeo**, 'de un puño de alto'). El púgil se protege los puños con sendos *himantes*, una especie de «guantes» formados por 'correas de cuero' de buey que se atan alrededor y con los cuales hace «ver las estrellas» al adversario (literal: se ven estrellas en escenas de pugilato en vasijas de la época). La multitud ruge enardecida cuando le rompe las narices y brota la sangre a borbotones (también literal: ver cerámica de la época). Son igual de bravucones que los boxeadores de hoy: «A quien se me oponga —amenaza en la *Ilíada* un púgil desafiando a sus posibles contrincantes— le rasgaré la piel y le aplastaré los huesos; los que de él hayan de cuidar quédense aquí reunidos, para llevárselo cuando sucumba a mis manos». No hay «ring», no hay «rounds»: luchan a ambos lados del estadio, junto al foso central; y la lucha, sin límite de tiempo, sigue hasta que uno de los **antagonistas** (de *antí*, 'en frente', y *agón*, 'lucha') pierde el sentido... o, con mucho sentido, levanta el dedo índice para indicar al *helanodices* que se rinde. Gana quien más dura; por supuesto, llega a haber muertos, que intentaban durar. Combaten mediante el sistema del **clímax** (de *klímax*, 'escalera', 'escala'): van luchando por parejas, según sorteo; el perdedor se va, el ganador se queda... para boxear contra otro ganador formando con él nueva pareja; al final, los dos últimos ganadores se enfrentan entre ellos, y el vencedor es... el que ha llegado al 'clímax' final.



Figura 4.19. El **pancracio** (‘todo poder’) es la lucha más dura: todo está permitido. Para no morir en el combate, un luchador puede elevar su dedo índice al cielo indicando rendición.

El vencedor ha sido otra leyenda viva de Olimpia: Teágenes de Tasos, cuya historia nos cuenta Pausanias. En esta Olimpiada 75.ª quiso obtener dos victorias, en pugilato y en pancracio, pero «sólo» ganó el pugilato. Quedó tan agotado en la primera prueba, que no pudo combatir en la segunda, por lo que los *helanodices* le impusieron la «multa sagrada»: un **talento** (de *tálanton*, inicialmente ‘balanza’, luego una ‘moneda de oro’ de mucho valor, finalmente ‘inteligencia’) para el dios y otro para el púgil rival. Los pagó y así en la Olimpiada 76.ª se pudo presentar al pancracio, que, por supuesto, ganó. Nunca nadie había ganado esas dos pruebas en Olimpia, y sólo otro lo igualará en doce siglos de Juegos Olímpicos antiguos. Teágenes se dedicó luego a hacer el **período** (de *períodos*, por *perí*, ‘en derredor’, y *hodós*, ‘camino’, el ‘camino en derredor’, el circuito) de los cuatro Juegos Panhelénicos. ¿Resultado? Obtuvo tres victorias en los Píticos, nueve en los Nemeos y diez en los Ístmicos, con más de mil victorias en total entre todos los otros pueblos y *polis*. Otro púgil famoso, Diágoras de Rodas, que triunfará dentro de cuatro Olimpiadas, tuvo la gloria de ver, ya anciano, cómo dos de sus hijos triunfaban en Olimpia y, tras ser coronados, lo alzaban en hombros y lo paseaban por todo el estadio, ante una enfervorizada multitud. (Véase Figura 4.20). Y cuenta Cicerón que uno de los espectadores le gritó: «¡Muérete ya, Diágoras, que al Olimpo no puedes subir!». Murió allí mismo, pues ya era el más feliz de los mortales. A propósito, el aeropuerto internacional de Rodas se llama Diágoras; ¡qué menos!

Y ya sólo falta la última de las tres pruebas de lucha, el acabose: o sea, el **pancracio** (de *pan*, ‘todo’, y *kratos*, ‘fuerza’, ‘poder’). Es el todo vale, la lucha total. (Véase Figura 4.19). Todo está permitido, desde los golpes del pugilato hasta las llaves de la lucha, desde la patada al estómago (*gaster*, ¡como para coger una **gastritis**!) hasta retorcerte los *orkhis* (¡y coger una **orquitis**!). Un comediógrafo gracioso diría que lo único que estaba prohibido era... meter el dedo en el ojo ¡y no remover! El pancratista ha de ser valiente, pero también astuto: según Píndaro, «en arrojo se parece al ímpetu de los leones, en ardid a un zorro». Y, sobre todo, fuerte, para resistir combatiendo en esta peligrosa lucha sin caer al suelo y sin levantar el dedo índice de la rendición. Este año ha ganado Dromeo de Mantinea, pero nos parece que aquí ha debido de haber tongo, como pasará a veces en la «lucha libre» posterior: al no poder presentarse Teágenes por agotamiento, los *helanodices* declaran vencedor a Dromeo, pero vencedor *akonití* (de *a-*, ‘sin’, y *konis*, ‘polvo’, vencedor ‘sin luchar’, sin haber hecho «morder el polvo» al adversario). Así gana cualquiera, ¡hasta yo!



Figura 4.20. El ya anciano Diágoras de Rodas, mítico vencedor del **pugilato** (‘a puños’), es llevado a hombros por sus dos hijos cuando éstos triunfaron en Olimpia: morirá en ese momento triunfal.

Quien sí debió de ser buen pancratista fue Arraquión de Figalia, que ganó el pancracio en las Olimpiadas 52.ª, 53.ª y 54.ª. En esa última, que aún se recuerda hoy en Olimpia, Arraquión estaba siendo estrangulado por su oponente, pero, en un supremo esfuerzo, antes de morir, le rompió un dedo del pie a su adversario... ¡y éste alzó el índice en señal de rendición! Así lo cuenta Pausanias (traducción de Antonio Tovar): «Luchando ya por la corona de acebuche con el último de sus adversarios, éste cogió entre sus piernas a Arraquión y al mismo tiempo le apretó el cuello con las manos. Arraquión rompió un dedo del pie a su contrario, pero expiró ahogado; sin embargo, el contrario, por el dolor del dedo, se había dado ya por vencido. Los eleos coronaron y proclamaron vencedor al cadáver de Arraquión». Fue una victoria póstuma, tras haber muerto.

Termina el día. Han acabado ya las competiciones. Pero no la gloria, que vendrá mañana.

Jornada quinta: el día de la gloria

Los Juegos ya no habitan en el silencioso estadio, ni en el hipódromo solitario; hoy se congregan de nuevo en Altis, el recinto sagrado, que rebosa de gente. A los vencedores se les corona en el sitio más sagrado de Olimpia: ¡ante Zeus! Los atletas victoriosos llevan palmas en las manos y cintas rojas en la frente. El heraldo va proclamando el nombre y ciudad de cada vencedor y el jefe de los *helanodices* les va coronando con la verdiplateada corona de acebuche. Los vítores se suceden por todo el recinto y la fiesta seguirá durante todo el día, entre banquetes de homenaje y cantos patrios. Han sido cinco días inolvidables, tanto para los atletas como para los espectadores. Y el eco de la **fama** (que tiene que ver con *phemí*, ‘hablar’, que hablen de ti) se expandirá por doquier. Los poetas ya pueden componer sus odas y **epinicios** (de *epí*, ‘sobre’, y *nike*, ‘victoria’, cantos de victoria) y los escultores ya pueden esculpir sus estatuas (en griego, *ágalma*, palabra que significa ‘estatua’ pero también ‘honor’, ‘gloria’).

Y nosotros hemos tenido el privilegio de vivirlos en vivo y observarlos en directo. En cierta ocasión, Pitágoras comparó la vida de los hombres a un festival celebrado con los mejores juegos de toda Grecia, «para el cual algunos ejercitan sus cuerpos por aspirar a la gloria y a la distinción de una corona, y otros son atraídos por el provecho y lucro en comprar y vender, mientras otros, que son del mejor talento, no buscan el aplauso ni el lucro, sino que acuden para ver y observar cuidadosamente qué se hace y de qué modo». Por supuesto, Pitágoras defendía la posición vital de esos últimos: «venimos a esta vida desde otra vida y naturaleza; algunos para servir a la gloria, otros a las riquezas; pocos son los que, teniendo a todas las demás cosas en nada, examinan cuidadosamente la naturaleza de las cosas. Y éstos se llamaron ‘amantes de la sabiduría’, o sea, **filósofos**».

Prometeo robó a los dioses del Olimpo el fuego civilizador y se lo entregó a los hombres, y en estos cinco días el fuego ha iluminado Olimpia y sus sagrados Juegos. Han comenzado ya los cuatro años de la Olimpiada 75.ª: nos vemos, pues, en Olimpia dentro de cuatro años. En la 76.ª, en el –476. Amigos para siempre... al menos hasta que se acabe la tregua y hayamos podido regresar a casa en paz.

Y ahora sí, a luchar contra ese bárbaro de Jerjes que no comprendía por qué los griegos no salíamos a

luchar contra él: le esperamos en Salamina dentro de sólo un par de meses.

Epílogo (¡Claro, de *epí* y *logos*, palabras añadidas ‘sobre las palabras’ ya dichas!): Y en Salamina, por supuesto, les ganamos. Para siempre.

Cuenta Pausanias que, en un concurso de citaredos, el más famoso de ellos había cantado así: «El que dio a Grecia la grande y gloriosa belleza de la libertad». Y todos los griegos allí presentes se alzaron en pie y se pusieron a mirar a un **estratego** (de *strategós*, quien ‘dirige el ejército’) que acababa de ganar una batalla, y con sus aplausos significaron que a él se refería aquel canto.

En el año –480, apenas dos meses después del inicio de esta 75.ª Olimpiada que hemos presenciado, el estratego ateniense **Temístocles** (‘la gloria de la ley’, como **Patroclo** y **Cleopatra** son ‘la gloria del padre’) derrotó a Jerjes en la gran batalla naval de Salamina. Y, cuatro años después, asistió en persona a los Juegos Olímpicos siguientes. Y añade Pausanias esto a la frase anterior: «Cosa parecida he oído que le sucedió a Temístocles en Olimpia, pues en su honor todo el público se puso en pie».

¡Vamos al Coliseo!

(Roma, año 107)

Hoy vamos al Coliseo, a estudiar latín. La máquina del tiempo nos deja en Roma, en el año 107. Bueno, la verdad es que, nada más empezar, ya hemos incurrido en dos imprecisiones: ni vamos a estudiar latín, ni estamos en el 107. Lo que vamos a estudiar no es el latín, sino las palabras españolas de origen latino, que son la mayoría. En concreto, aquí estudiaremos más de cuatrocientas de esas palabras. Y, por otro lado, no estamos en el 107, sino en...

Si en capítulos anteriores hemos dicho que hablamos griego al hablar español, del latín no hace falta ni decirlo. El español es un dialecto del latín, que luego se aventuró a vivir su propia vida. En un texto español normal podemos destacar qué palabras SON griegas; en ese mismo texto no haría falta destacar eso, sino todo lo contrario: cuáles NO son de origen latino. Una vez descartadas las palabras de origen especial —sobre todo griegas, pero también de otras lenguas—, todas las demás son latín. Latín modificado, pero latín; a veces incluso sin modificar.

Y, en cuanto al año, estamos en el 860 AUC, o sea, *Ab Urbe Condita* ('Desde la Fundación de la Ciudad'). La Ciudad —Roma, por supuesto— fue fundada en lo que hoy contamos como el año –753, el año 0 de la cronología romana, tan sólo 23 años después de que los griegos iniciasen su primera Olimpiada, en el año 0 de la cronología griega. Es decir, estamos en el año 107 de la era cristiana, y «desde la fundación de Roma» han pasado 753 + 107 = 860 años. Nos encontramos, pues, en el año 860 AUC.



Figura 5.1. Inscripción del Arco de Tito (inicio): «El SPQR al divino Tito, hijo del divino Vespasiano». El Anfiteatro Flavio lo inició el emperador Vespasiano (en el año 70) y lo inauguró Tito (en 80).

Es la **culminación** del Imperio romano (*culmen* en latín es 'cumbre', 'cima', el 'caballete del tejado'). Nunca hasta el 860 AUC ha alcanzado Roma una expansión mayor. El **límite** (*limes*, 'frontera') de Roma por el norte lo marcan dos ríos: el Rin y el Danubio, que casi se juntan al norte de los Alpes y que la separan de los pueblos bárbaros (que no sólo no saben hablar griego, sino que tampoco hablan latín). Y el gran **emperador** actual (*imperator*, 'el que manda' en el Imperio) ha asegurado la frontera del Rin, fortificando Colonia y Maguncia, pero sobre todo ha traspasado el curso final del Danubio, conquistando la Dacia (que, conquistada por Roma, pasará a llamarse **Romania**, **Rumanía**). Aún más, en Oriente el emperador acaba de anexionarse el reino de los nabateos, que terminará llamándose Arabia Pétrea, «Arabia» por ser paso obligado para las caravanas de esa península y «Pétrea» por Petra, su ciudad más espectacular. Así el **Mediterráneo** ('en el medio de las tierras') queda ya cerrado completamente bajo el poder de Roma y pasa a ser un lago privado: es el ***Mare Nostrum*** (el 'Mar Nuestro'). Roma es ya *Caput mundi* (de *caput* proceden **cabeza** y **capital**, que es lo que es Roma: cabeza y capital del mundo).

Roma, que primero fue aniquiladora de civilizaciones, ha sometido ya a todas las culturas mediterráneas anteriores a ella. No sólo ha conquistado a los etruscos y otros pueblos en la propia Italia más allá de Roma. Además, ha salido fuera de Italia. Por ejemplo, en Hispania (de donde procede **España**, aunque la etimología de Hispania no esté segura) ha conquistado también a los lusitanos de Viriato, a los celtíberos de Numancia y a los íberos parientes de la Dama de Elche. Y, también en el oeste, a los galos, a pesar de la resistencia de los amigos de Astérix. En el sureste de Europa, a nuestros queridos griegos, y en Levante, a los pobres judíos. En el noroeste de África, a los valientes cartagineses de Aníbal, y en el noreste, a los admirados egipcios de Cleopatra. Toda cultura ha caído ante el empuje avasallador de las legiones romanas. Luego, Roma les aportará sus cosas: sus **vías** (*via*, 'camino') y **acueductos** (*aquaeductus*, 'conducto de agua'), sus **anfiteatros** (*amphitheatrum*, un 'teatro por ambos lados'; a propósito, de los casi cuatrocientos conocidos, casi treinta están en Hispania), su **justicia** (*ius*, 'derecho') y, en especial para nosotros, su **lengua** (*lingua*, 'lengua', 'lenguaje'). Pero lo primero ha sido destruir todo. Como todo ya es Roma, ya vendrá luego

la *Pax romana* (**paz**, otro concepto romano importante, que no todo iba a ser malo). Pues bien, ahora es el momento de celebrarlo.

Y el emperador que ha culminado toda esa **labor** (*labor*, 'trabajo', 'esfuerzo') es, precisamente, un **provinciano** (*provincia*, 'provincia', división administrativa): Trajano, el primer emperador que no es itálico, sino «de provincias». (Véase Figura 5.2). Hispania ha sido dividida por los romanos en tres provincias: la Lusitania en el oeste, con capital en Emérita Augusta (luego, **Mérida**); la **Bética** en el sur, por donde corre el río *Baetis*, y la Tarraconense en el resto, con capital en Tarraco (luego, **Tarragona**). Y Trajano ha nacido en la Bética: concretamente en **Itálica**, la primera ciudad romana fundada fuera de Italia, cerca de Hispalis (si Itálica recibió ese nombre por la patria de sus fundadores, la futura Sevilla recibió el sobrenombre de *Romula*, 'la pequeña Roma'). Tras ir ascendiendo por la cadena de mando, cuenta con el apoyo del ejército y la aprobación del Senado, más su popularidad ante el pueblo (el famoso SPQR, ***S**enatus **P**opulus**q**ue **R**omanus*, «el **S**enado **y** el **P**ueblo **R**omano»; véase Figura 5.1); y por eso Trajano ha sido nombrado emperador hace 9 años. Pero no sólo es un emperador bueno; es el mejor. Lo ha dicho el propio Senado, que lo ha nombrado *Optimus Princeps*, 'el mejor de los príncipes' (*bonus* es el adjetivo en grado positivo: '**bueno**'; *melior*, en grado comparativo: '**mejor**'; y *optimus*, en grado superlativo: 'el mejor', 'el **óptimo**').

Pero no basta con ser bueno. Además se debe hacer **propaganda** de ello (el verbo *propago* significa 'propagar' en el espacio y 'transmitir' en el tiempo, más la desinencia *-anda* del gerundivo, que indica 'obligación de'; igual que **agenda** son 'las cosas que se deben hacer' y **memorándum** es 'lo que se debe recordar'). Y por eso Trajano acaba de hacer dos cosas: ha entrado en Roma en *triumphus* («triunfo», como César en la película *Cleopatra*, más o menos) y ha inaugurado los mayores espectáculos gladiatorios de la historia (*magnus* > *maior* > *maximus*), o sea, los **máximos**. Mayores incluso que aquellos grandiosos espectáculos con los que se inauguró el Anfiteatro Flavio hace tan sólo 27 años. Algo grandioso, a la altura del «mejor de los príncipes» y a la altura de esa estatua **colosal** de Nerón que han erigido cerca, superando incluso al Coloso de Rodas, y que algún día dará al anfiteatro el sobrenombre de **Coliseo**: si no es otra etimología popular, la expresión latina «*Ad Colossum eo*» («Al Coloso voy») se contraería en *Coloss'eo*. Y de ahí vendrían luego el italiano Colosseo y el español Coliseo.



Figura 5.2. El emperador Trajano celebró en el 107 los mayores juegos gladiatorios.

Un emperador hispano

Estamos en el mes de **julio** del nuevo calendario **juliano** que hace poco más de un siglo y medio instituyera Julio César (si de «Julio» vienen esos dos nombres, de «César» proceden desde el **káiser** alemán hasta el **zar** ruso, pasando por la ciudad de **Zar**agoza y hasta por las operaciones de **cesárea**, pues César —o un familiar próximo— recibió ese nombre porque nació así: *a caeso utero*, 'del útero cortado' de su madre). Con el

tesoro del rey de la Dacia que Trajano ha traído **consigo** (*cum se* > *cum secum* > ‘consigo’), que son cientos de toneladas de oro y plata, el emperador ha emprendido una vasta campaña **urbanística** (*urbs*, ‘ciudad’, **urbe**; *sub urbe*, **suburbio**, ‘al pie de la urbe’, y **suburbano**, que va ‘por debajo de la urbe’): está construyendo el grandioso **Foro** Trajano (el mayor de Roma), al que se accede por el **Arco** Trajano y al que da el **Mercado** Trajano (¡el primer centro comercial de la historia!), al fondo la **Basílica** Ulpia («Ulpia» es su nombre de familia), tras la cual se alzará la **Columna** Trajana (que «pone en relieve» sus dos campañas en Dacia y en cuyo fondo depositarán un día sus cenizas), con una Biblioteca latina a un lado y una Biblioteca griega al otro, rematado todo ello al final por un **templo** a sí mismo: *Templum Divi Traiani* (‘templo del divino Trajano’, ¡faltaría más!). (Véase Figura 5.3). Por supuesto, todas estas palabras en negritas son latín: *forum*, ‘plaza pública’; *arcus*, ‘arco’, siendo el *arcus pluvius* el ‘arco iris’; *mercatus*, donde los **mercaderes mercan** sus **mercancías**; *basilica*, que en Roma no tiene aún nada que ver con una iglesia, sino que es un edificio civil a medio camino entre mercado financiero y palacio de justicia; *columna*, de donde procede desde la **columnata** de un edificio hasta el **columnista** de un periódico, y *templum*, que nos prestará los **templetes** de un jardín y los **templarios** de la Edad Media.

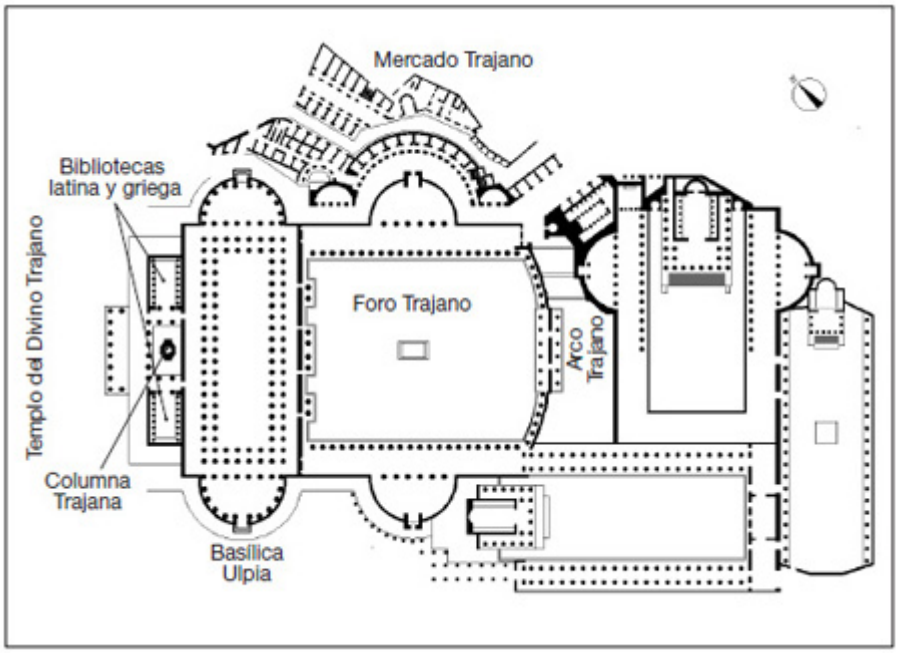


Figura 5.3. Con el botín conquistado en Dacia, el hispano Trajano construyó el mayor Foro de Roma: centros comerciales, bibliotecas, monumentos, basílica, templo...

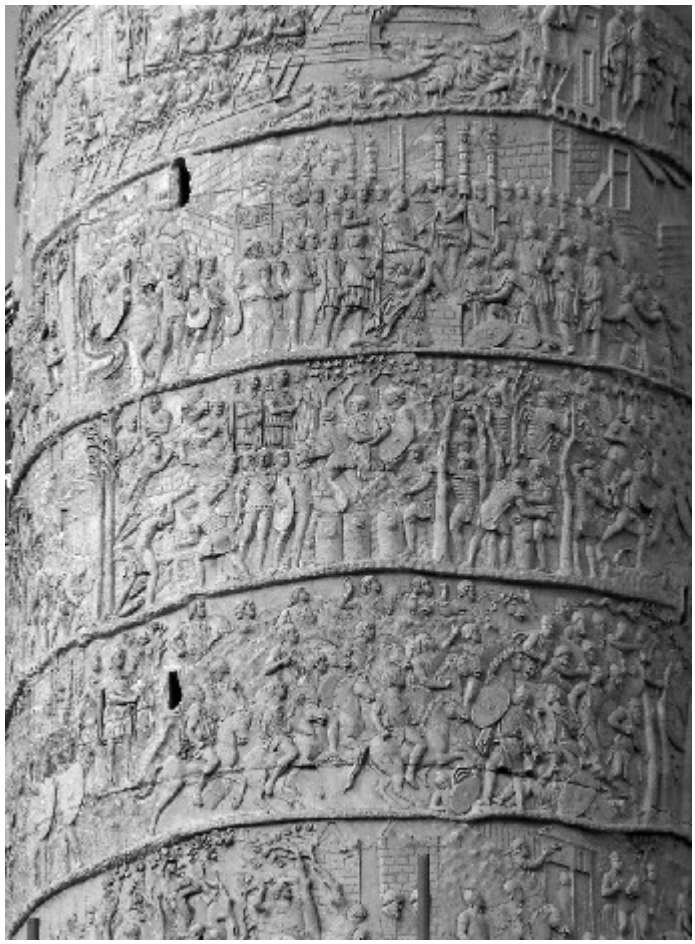


Figura 5.4. Detalle de los relieves de la Columna Trajana, con escenas de las campañas del emperador Trajano en su conquista de la Dacia (llamada después **Rumanía**, por 'Roma'). El tesoro allí obtenido le permitió financiar en el año 107 los más largos y grandiosos espectáculos gladiatorios de la historia: duraron más de cuatro meses y asistieron más de cinco millones de espectadores en total.

Pero, además, Trajano sabe la etimología de «propaganda» y se está ganando al pueblo de Roma con la celebración de unos grandiosos 'espectáculos públicos' (*munus*, en plural *munera*, de donde proceden desde **municipio** hasta **remuneración**, ¿por qué ya entonces irían juntos estos dos significados?): si la inauguración del Anfiteatro **Flavio** por Tito duró cien días (lo había iniciado Vespasiano —que pertenecía a la Dinastía Flavia, al igual que Tito— con el botín robado a los judíos tras la conquista de Jerusalén), los *munera* de Trajano durarán 123, financiados con el tesoro que ha arrebatado a los dacios. (Véase Figura 5.4). Llevamos más de tres meses de espectáculos, y aún no se han acabado. Se dice que han asistido más de cinco millones de personas (Roma tiene un millón), a razón de más de 50.000 personas por día durante más de cien días seguidos: ¡la gente repite, claro, no tiene nada mejor que hacer! (Ahora comprendo un *graffiti* romano cerca de Sant'Eustachio: «*Essere l'ultimo cittadino di Roma è essere il primo cittadino del mondo*».) La gente (Dion Casio) asegura que en estos espectáculos han combatido ya más de 10.000 personas —por supuesto, han muerto varios miles, pues el que gana sigue luchando contra el siguiente— y se han abatido más de 11.000 fieras. Hoy, además, es un día especial: ha llegado a Roma un exótico embajador de la India y se espera que asista junto al emperador. Por lo de la «propaganda».

¡Al Coliseo!

Hemos **madrugado** (de *maturare*, 'darse prisa') para intentar coger un buen sitio... y para ver el **edificio** (de *aedes*, 'casa', y *facio*, 'hago') antes de que la multitud se **aglomere** (*agglomerare*, 'juntar estrechamente'). El **Coloso** (*colossus*, 'estatua colosal') no ha sido trasladado aún junto al anfiteatro, sino que se encuentra en su emplazamiento original, a unos 300 metros: en el vestíbulo de la *Domus Aurea*, la 'Casa de oro' que Nerón se hizo construir tras incendiar Roma. La casa es **inmensa** (*immensus*, 'sin medida', 'inconmensurable'), pues no se saben sus medidas: entre 50 y 100 hectáreas. Pero lo que sí sabemos es que el Coloso, que representa al dios Sol con la cara del propio Nerón, es **enorme** (que 'se sale de la norma', desmedido): mide 30-35 metros. Es la estatua de bronce más grande jamás fundida (la Estatua de la Libertad es mayor, pero con trampa: no es de bronce, sino de cobre, y no fue fundida en una sola pieza, sino que es un armazón de hierro recubierto con «pequeñas» placas de cobre). Tras la caída del Imperio romano, el Coloso se fue (desapareció), pero su nombre quedó: por metonimia, pasó a designar al anfiteatro.

Éste se encuentra situado en la prolongación de los Foros Imperiales, sobre el antiguo *Stagnum Neronis*, un gran **estanque** (*stagnum*) artificial rodeado de jardines en la *Domus Aurea* de Nerón. Está bordeado por tres de las siete colinas de Roma: el **Palatino** (donde se halla el *Palatium* o **palacio** del emperador), el Esquilino y el Celio. Por cierto, muy poco antes de llegar al Coliseo hemos pasado frente al Circo Máximo y recuerdo que no hay que confundir el **circo** con el anfiteatro: el circo es donde se celebran las carreras de cuadrigas; el anfiteatro, donde combaten los gladiadores, o sea, el Coliseo no es un circo, sino un anfiteatro. El Circo Máximo es aún mayor que el Coliseo, cuatro veces mayor: en él caben más de 250.000 personas, uno de cuatro romanos. La palabra 'circo' viene del latín *circus*, y el diminutivo de ésta es *circulus*, de donde procede nuestro **círculo**. A pesar de su nombre, el circo no es **circular**, sino un rectángulo alargado y con uno de sus extremos redondeado. La palabra 'anfiteatro' nos viene del griego, a través del latín. Si 'teatro' es el lugar desde el que se contempla un espectáculo, 'anfiteatro' es un teatro (*théatron*) por ambos lados (*amphí*). Un teatro que no está abierto al escenario, sino cuyas gradas se cierran hasta completar una elipse en torno a un espacio central en el que se desarrolla la acción.



Figura 5.5. Maqueta del **Coliseo**, con la 'colosal' estatua que le dio nombre (abajo, a la derecha) y con sus cuatro grandes edificios complementarios.

Enseguida vemos que el Coliseo no es sólo el edificio principal, sino todo un complejo (Figura 5.5), con cuatro edificios complementarios: 1) el *Ludus Magnus* (*ludus* es el 'juego' al que «juegan» los gladiadores, ¡qué **ludo**patías más poco **lúdicas** tienen algunos!) sirve de residencia a cientos de gladiadores y dispone de anfiteatro propio para entrenarse, estando conectado con el anfiteatro por un túnel; 2) al lado, el *Armamentarium*, donde se guardan las **armas** y **armaduras** de los gladiadores, todo su **armamento**; 3) enfrente, el *Sanitarium*, una enfermería donde intentan **sanar** a los **sanos**, que han escapado a la muerte y están salvos (¡no hay anestesia para las frecuentes amputaciones e intervenciones quirúrgicas de los heridos!); y, al lado, 4) el *Spoliarium*, donde se hacen cargo de los **despojos**: se degüella a los moribundos y se les quita la armadura para reciclarla, entregando luego el cadáver a la familia... (¡aunque la sangre y el hígado son tan preciados por algunos romanos, que...!).

El edificio principal es **espectacular** (de *spectare*, 'mirar', de donde deriva **espectáculo**, del latín *spectaculum*, 'lo que se mira', lo que se ofrece a la vista, y el plural *spectacula*, 'las graderías', el lugar desde donde se mira). Es el anfiteatro más grande de todas las épocas y de todos los rincones del Imperio, y eso que se conocen casi cuatrocientos. En él caben unos 60.000 **espectadores**, frente a los 25.000 del anfiteatro de Itálica y los 20.000 de Pompeya y de Emérita Augusta. Su elipse exterior mide 188 metros de largo por 156 de ancho, y la fachada alcanza casi 50 metros de altura. Pero, además de grande, es bello. Por eso Lord Byron exclamará, aunque lo vea ya en ruinas: «*A noble wreck in ruinous perfection!*» («¡Qué noble naufragio en una perfección ruinosa!»). La fachada está dividida en cuatro niveles: los tres inferiores tienen sendas arcadas, con 80 arcos en cada nivel, estando cada arco separado del siguiente por una columna, que en el nivel inferior son de orden **toscano** (este orden es una simplificación del orden dórico griego, hecha por los etruscos en la Toscana), en el segundo de orden jónico y en el tercero corintio; y el cuarto nivel está decorado por 40 escudos y 40 ventanas alternándose. Todo está lleno de estatuas de dioses y águilas. (Véase

Figura 5.6).



Figura 5.6. Vista exterior del Coliseo, el mayor anfiteatro de la historia. Se ven los tres niveles de arcadas, debajo, y los anclajes para los mástiles del ***velamen*** (el 'velo' que cubría el interior para proteger del sol) en el piso de arriba.

En este cuarto nivel es donde está el anclaje superior del ***velamen*** o 'cubierta', que casi es lo primero que llama la atención al divisar el Coliseo a lo lejos y acercarnos a él. Para combatir el ardiente sol romano, o la lluvia en algunos casos, el público asistente está protegido por un *velum* ('**velo**', 'toldo'), formado por bandas de tela independientes y decorado con estrellas para imitar el color del cielo. En el cuarto nivel de la fachada, el cordaje del velamen está sujeto por 240 postes, que se introducen en sendas **ménsulas** (diminutivo de *mensa*, 'mesita', moldura adosada), tres por cada una de las 80 pilastras del piso superior. Y en el suelo exterior, el cordaje se sujeta a 160 **cipos** (*cippus*, 'estaca', 'columna') y se tensa mediante **tornos** (*tornus*, 'torno', máquina giratoria). Los marineros de la flota, acostumbrados a izar y arriar las velas, son los encargados de accionar todo el complejo **aparato** (*apparatus*, maquinaria 'preparada'), que pesa más de 30 toneladas.

Pero ya estamos nerviosos por entrar. El espectáculo es **gratis** (*gratis datum*, 'dado de balde', graciosamente): ¡no va a pagar un *civis*, un **ciudadano** romano, con derecho de **ciudadanía**! No sólo eso: además hay distribuciones **gratuitas** de comida. Por eso se habla (Juvenal) de «*panem et circenses*»; no sólo de *circenses* (espectáculos de circo y de gladiadores), sino también de *panem* (de **pan**), comida y diversión. Aún más: aparte de distribuir pan entre el pueblo bajo, se mencionan *visceratione*s (reparto público de **vísceras** y carne) y *epulae* ('alimentos'), de donde procede **epulón**, el 'que come mucho', o sea, un tragaldabas. Pero, aunque es gratis, hay que recoger la **tésera** (*tessera*), una pieza de hueso equivalente a la entrada actual y que nos indica en qué fila y asiento debemos sentarnos.



Figura 5.7. Maqueta del Coliseo (Museo della Civiltà Romana). En ella se aprecia la estructura interna del anfiteatro, con los *vomitoria*, así como los mástiles del piso superior y las estatuas que decoraban los dos pisos principales.

Buscando un sitio

Lo primero que nos indica la tésera es nuestra puerta de entrada. Vemos muchas *fornices* (‘puerta abovedada’, de donde viene **fornicar**, pues por las noches el lugar no está frecuentado por gente de buen vivir, pero también viene de ahí la **hornacina** donde ponemos a nuestras vírgenes; ¡qué trayectoria tan distinta siguen algunas palabras!), y a nosotros nos han dado la *fornix* XXXXIIII, también escrito XLIV (los árabes lo dirán más fácil: 44). Es una buena señal; está poco más allá de la entrada del emperador, la cual es muy fácil de localizar: sobre un arco triunfal se ve una cuadriga, más varias estatuas, de Hércules con su maza, Apolo sobre un trípode délfico y el dios de la medicina Asclepio. Tras franquear nuestra entrada, una galería nos lleva a una escalera que desemboca en un *vomitorium*, el lugar desde el cual se nos **vomita** hacia las gradas para entrar, y desde el que se nos vomitará hacia fuera para salir. (Véanse Figuras 5.7 y 5.8).

El interior del anfiteatro es **impresionante**: «imprime» en nosotros una marca inolvidable, con toda la *cavea* (**cavidad**) recubierta de mármol blanco que refulge al sol de la mañana. Para encontrar nuestro *locus* (‘lugar’, nuestra **localidad**) sólo nos falta **localizar** nuestro *gradus* (**grado**, nuestro escalón en la **gradería**) y en él nuestro *numerus* (**número**), que está grabado en el asiento de piedra. Nos guían y... ¡Estamos de suerte! Nuestra localidad queda bastante cerca del palco *pulvinar* del emperador, con su familia e invitados, y puede que con las **vestales** (‘sacerdotisas de Vesta’); así que podremos **curiosear** (*curiosus*, ‘ávido de saber’, tan ‘indiscreto’ como los *paparazzi*) lo que hace toda su **corte** (de *cohors*, *cohortis*, primero ‘corral’ y luego ‘séquito del rey’; ¡cómo ascienden algunas palabras!).

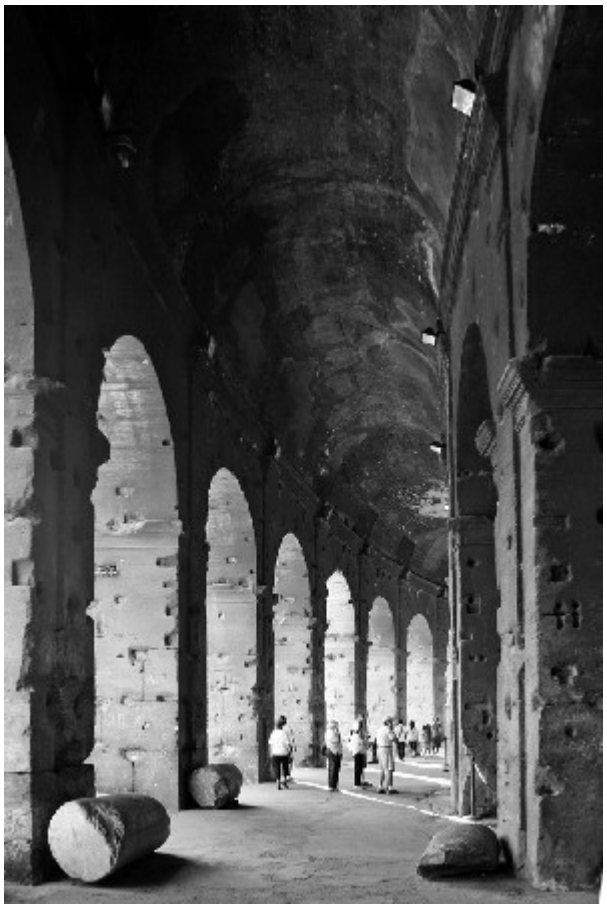


Figura 5.8. Vista interior de las *fornices*, que por su forma darían la palabra **hornacina** y por su actividad nocturna **fornicar**.

Hablando de ascensos, vemos que el ascenso en las gradas se corresponde con un descenso en la escala social: cuanto más se sube en la gradería, más se baja en clase social. Y es que esto depende de nuestra **dignidad** (de nuestra *dignitas* o 'rango social'). Cuanto más rango tengamos, más abajo nos quedamos. Claramente, es una sociedad **estratificada** (*stratum* era cada uno de los distintos cobertores que se tendían sobre el lecho), una sociedad segregada en clases. Por supuesto, los mejores asientos son para los **senadores** (*senatores*, los 'miembros del **Senado**', la primera letra de la sigla SPQR) y para los **caballeros** (*equites*, que pertenecen al orden **ecuestre** pues pueden financiarse un *equus*, '**caballo**', aunque ya no practiquen la **equitación**). El pueblo bajo... cuanto más alto, mejor; ¡y eso que a él le corresponde la segunda letra de la **sigla** SPQR (del latín tardío *sigla*, 'cifras', 'abreviaturas')!

Los senadores ocupan el **podio** (*podium*), que inicialmente era el muro protector que bordeaba la arena, pero que luego ha pasado a designar la plataforma de la primera fila, con espacio para que cada senador coloque en él su **silla** (*sella*). Y los caballeros ocupan las trece filas siguientes. Todos ellos van vestidos con **togas**, que pueden ser de varias clases: la *toga virilis* se viste desde que uno es *vir*, 'varón', 'hombre'; la *toga praetexta* va guarnecida con una tira púrpura en el borde y la llevan los magistrados en oficio; y la *toga candida* es la 'toga blanca' de los **candidatos**, ¡qué **cándidos**! Las mujeres están separadas de los hombres, en lo más alto, con los pobres y el populacho: cuán bajo han caído subiendo tan alto. Eso sí, tenemos que diferenciar a las *mulieres* (**mujeres**) y *matronae* (**matrona**, madre de familia) de las *feminae* (**féminas**), entre las que están la esposa del emperador y las de los senadores y caballeros, por lo que sí tienen derecho a sentarse en las primeras filas. ¡Menos mal que las **feministas** eligieron llamarse así, y no «**mulieristas**»!

A nosotros nos ha tocado en la zona del medio, en la *media cavea*. O sea, estamos entre la **multitud** (*multitudo*, de *multus*, **mucho**), entre el **vulgo** (*in vulgus*, 'entre la gente', aunque alguno sea **vulgar**). ¡Viva la *Aurea mediocritas* de Horacio, la 'dorada medianía' entre los dos extremos!

La curiosidad me lleva a asomarme al podio un momento para contemplar la arena desde la primera fila, antes de que lleguen los senadores. ¡Qué sensación! Es impactante. Al regresar a mi sitio, voy leyendo los números de las filas para localizarlo: los romanos no usan aún cifras árabes, lógicamente, sino siete letras mayúsculas (I, V, X, L, C, D, M) y combinaciones de esas letras. Y entonces, de repente, me doy cuenta de una cosa muy curiosa: hoy día, en nuestro siglo, por suerte usamos ya cifras árabes; y, sin embargo, les damos nombres latinos: **uno** (*unus*), **dos** (*duo*; claro, por eso se canta «a **dúo**»), **tres** (*tres*), **cuatro** (*quattuor*), **cinco** (*quinque*, ahora entiendo lo de **quinquenal**), **seis** (*sex*, ¡nada que ver aún con *sexus*!), **siete** (*septem*, claro: el ordinal es **séptimo**), **ocho** (*octo*, claro: **octogonal**), **nueve** (*novem*, claro: el **novenario** de las iglesias), **diez** (*decem*, por supuesto las **decenas**), **once** (*undecim*, ahora entiendo por qué decimos **undécimo**), **doce** (*duodecim*, lo mismo con **duodécimo**), **trece** (*tredecim*, en latín 'tres diez'), **catorce**

(*quattordecim*, cuatro diez), **quince** (*quindecim*, cinco diez)... Y siguen: **veinte** (*viginti*, claro: **vigésimo**), **treinta** (*triginta*), **cuarenta** (*quadraginta*), **cincuenta** (*quincuaginta*, claro: **quincuagésimo**)... En medio, números como **veintiuno** (*unus et viginti*, *vigintiunus*), **veintidós** (*duo et viginti*, *vigintiduo*)... Y terminan: **cien** (*centum*, claro: **centenario**) y **mil** (*mille*, claro: la **milla**). Sí, los primeros números son fáciles, por lo que sé encontrar mi localidad; pero ¿cómo se escribirá el año en que estamos *Ab Urbe Condita*? A ver, pensemos: D (quinientos), CCC (trescientos), L (cincuenta) y X (diez). ¡Vale, estamos en el año DCCCLX, por supuesto AUC! Y que conste que ese **vale** que acabo de usar es totalmente correcto, muy clásico: *vale* lo usa hasta Cicerón en todas sus cartas, para desear al principio a su familia 'que estés bien de salud' y para despedirse con un 'que sigas bien'. Bueno, nuestra curiosidad por la arena nos ha llevado a descubrir otra curiosidad: que, aunque hemos aprendido las cifras de los árabes (lo cual nos facilita el cálculo), sin embargo no las llamamos en árabe, sino en latín. ¡Ah! Se me olvidaba: la fila 0 no existe; los romanos no saben aún lo que es el cero... ¡y eso que el gigantesco «ojo» del Coliseo contra el cielo se lo está gritando a voces!

En la arena y bajo la arena

Desde nuestra localidad se ve claramente que el anfiteatro no es circular, sino elíptico. La elipse mide, en el podio, 75 metros en el eje mayor por 44 en el menor. Hay cuatro grandes **puertas** (de *porta*, 'portón', 'portalón'): en el eje menor de la elipse, junto a nosotros, está la puerta de entrada del emperador, que da a la colina del Palatino, y enfrente una que da al Celio, junto a la tribuna del **pretor** (*praetor*, magistrado encargado de administrar justicia, que sustituye al emperador cuando éste no puede asistir). Y en el eje mayor de la elipse se abren otras dos, una a nuestra derecha y la otra a la izquierda: la primera es la *Porta **Triumphalis***, por la que los gladiadores salen a luchar y por donde se van si han 'triunfado'; pero si han perdido salen por la segunda, que es la *Porta **Libitinensis*** ('Libitina' es la diosa de los muertos), que da directamente al *Spoliarium*. También sacan por aquí los muchos animales muertos y los otros hombres muertos, pues no sólo mueren gladiadores; todos los muertos salen ya por esta puerta como «despojos». (Véase Figura 5.9).

El anfiteatro parece un gran cíclope cuyo único ojo es la **arena** (en latín, *arena* o, mejor, *harena*). Es un **ojo** (*oculus*, que dará **oculista** y otras muchas palabras) falso, pues realmente no hay un suelo natural de tierra, sino un entarimado recubierto de arena amarillenta (que prestará su nombre al ruedo de las plazas de toros, donde, en definitiva, se celebran espectáculos que recuerdan el de los anfiteatros). Con la arena se absorbe mejor la sangre. El entarimado está abombado, por lo que el agua de lluvia se **escurre** (según el DRAE, de *excurrere*, 'salir corriendo de' un sitio) hacia los sumideros que lo rodean, los cuales conectan con el gran sistema de **cloacas** («voz puramente latina», como dice el *Diccionario de autoridades*) tan necesario en una ciudad como Roma. Y la arena está muy baja, así que la **visibilidad** (procede de *videre*, 'ver', como dos o tres docenas de palabras españolas) es muy alta, pues se calcula que la cávea tiene una pendiente de más de un 35%. Una red metálica alrededor, sujeta con postes y separada del podio, protege al «respetable» contra posibles ataques de fieras... o de eventuales gladiadores agresivos. Además, el podio mide 3-4 metros de alto, por lo que es difícil de franquear, y tiene unos nichos en los que están apostados arqueros dispuestos a defender al público.



Figura 5.9. El vencedor salía por la *Porta Triumphalis*, que se ve al fondo; el vencido por la *Porta Libitinensis*, donde recogían sus despojos. Debajo, toda una ciudad.

Pero lo más interesante de la arena no es la arena, sino lo que tiene debajo: el *hypogeum* (en este caso, la etimología es griega: 'bajo tierra', 'subsuelo'). «¡Ah! ¡Cuántas veces —ha escrito hace poco el poeta Calpurnio Sículo—, temblorosos, hemos visto cómo se abrían los suelos de la arena separándose y, del antro voraginoso de la tierra, salían las fieras!» Porque a los romanos les encanta la espectacularidad, la sorpresa. Y el **hipogeo**, que es todo un mundo, una ciudad dentro de la ciudad, está preparado para ello. Los tablones de la arena se apoyan en los muros del hipogeo, de seis metros de alto y en dos niveles, que forman todo un entramado de pasillos paralelos y **ambulatorios** elípticos (*ambulatorium*, el 'lugar donde se ambula', como en los actuales, de un lado al otro). (Véase Figura 5.10). Entre lucernas temblorosas, olores orgánicos, rugidos animales y gritos autoconfortantes de seres humanos que pueblan esa oscura humedad, esperan su turno armas preparadas, animales enjaulados, condenados a muerte, gladiadores expectantes... **etc.**, *et cetera* ('y todo lo demás'). Una serie de rampas y un sistema de montacargas permiten a las fieras salir de repente por las trampillas de la arena, en momentos que tanto asombran al poeta y tanto sorprenden a la multitud ansiosa de espectáculos espectaculares. Pero este eficaz sistema, tan apto para los «efectos especiales», tiene un inconveniente: desde que el emperador flavio Domiciano lo construyó hace pocos años, ya no se pueden representar **naumaquías** (*naumachia*, 'combate de naves'), aunque él mismo ya había celebrado antes alguna.

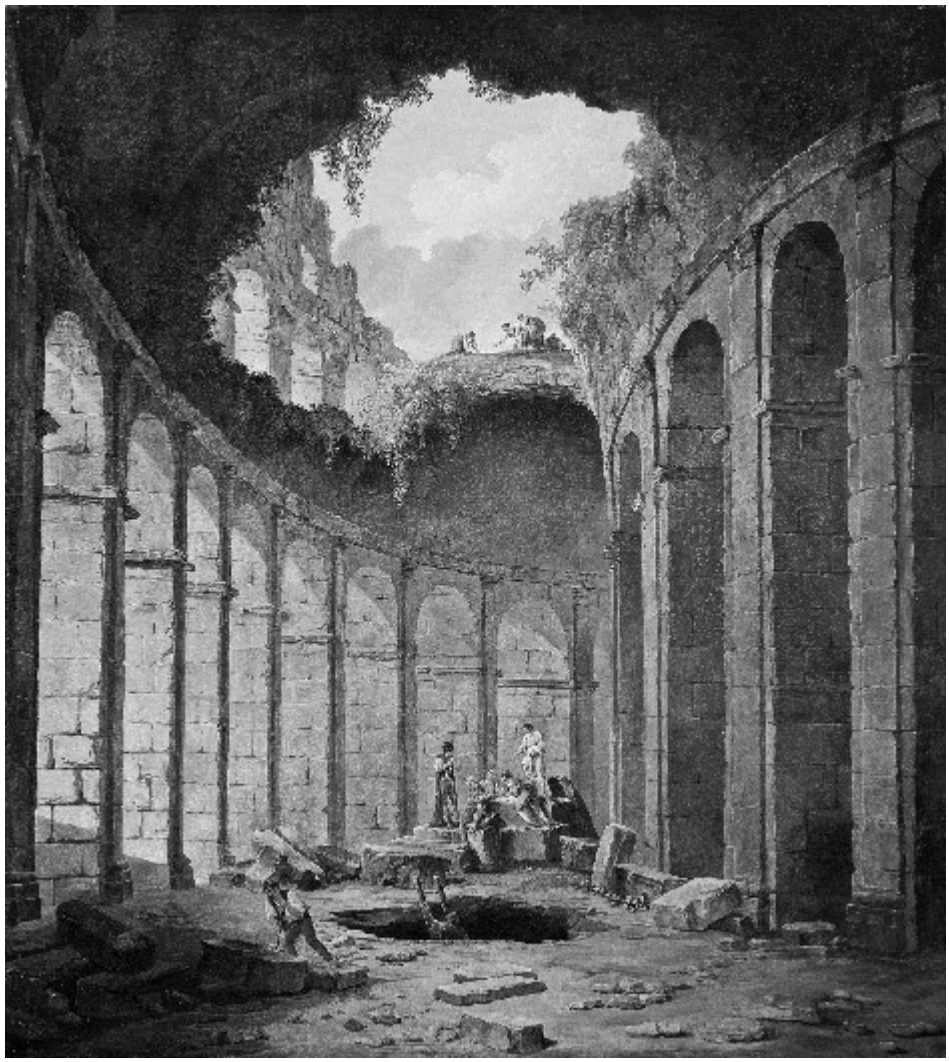


Figura 5.10. Bajo la arena había toda una ciudad: el **hipogeo** (‘bajo tierra’). Alojaba a los condenados a muerte y las fieras de las *venationes*, pero en especial a los gladiadores cuyas luchas iban a servir de espectáculo a una multitud enfebrecida.

El 11 de noviembre de 1786 Goethe visitará el Coliseo y escribirá, impresionado: «A la tarde fuimos al Coliseo, era ya anochecido. Viendo aquello, todo lo demás parece chico; es tan grande, que su imagen no se puede retener en el alma». (En latín, **alma** se dice *anima* y es el ‘aliento vital’, lo que nos **anima**, lo que nos hace **animales**, con perdón para los animales en algunos casos.) Pues bien, nosotros estamos seguros de que retendremos la imagen del Coliseo en nuestra «alma» para siempre.

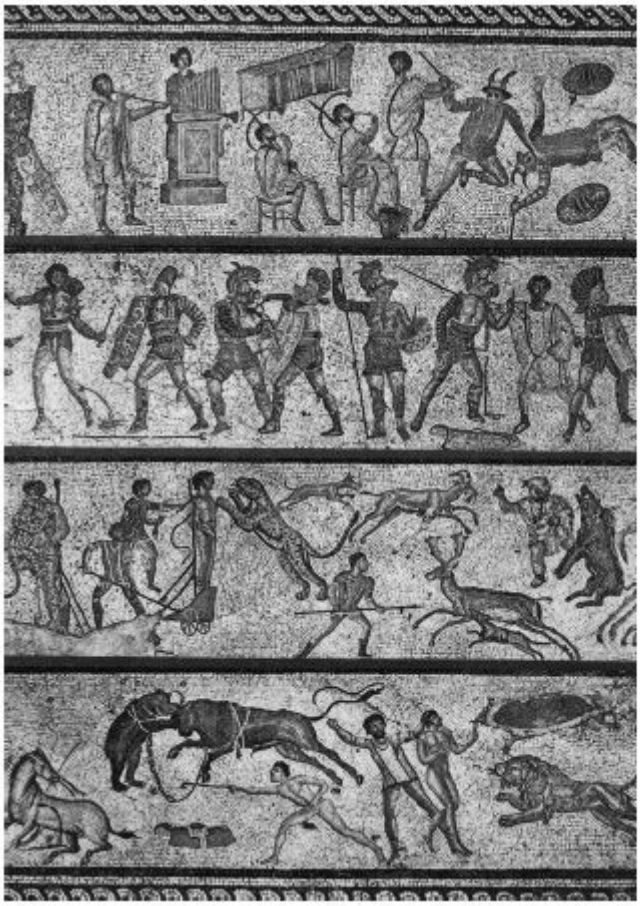
¡Que empiece el espectáculo!

El espectáculo dura todo el día; empieza muy pronto y termina muy tarde. Hay espectáculos de cuatro tipos, en una gradación progresiva que va enalteciendo los ánimos y culmina en el arrebato final: animales contra animales, hombres contra animales, animales contra hombres, y hombres contra hombres. (Véase Figura 5.11). Los dos primeros se celebran por la mañana, para ir abriendo el **apetito** (si *petere* es ‘pedir’, *appetitus* será ‘lo pedido’ porque se desea con avidez, ‘lo que **apetece**’); el tercero al mediodía, como **aperitivo** (si *aperire* es ‘abrir’, *aperitivus* será ‘lo que abre’ el apetito); y el cuarto por la tarde, como **cena** (la *cena* era el plato fuerte del día, la comida principal, desde primera hora de la tarde hasta…).

1. Animal contra animal

Lo primero es animales ***versus*** animales (todavía decimos en latín esa palabra, *versus* o, abreviado, *vs.*, que procede del verbo *vertere*, ‘verter’, ‘volver’, que es lo que hace el arado al final del *versus* o ‘surco’, lo cual nos dará desde los **versos** del poeta hasta la **animadversión** o ‘**aversión** del ánima’ y, aquí, de unos animales contra otros). Es el *ludus matutinus*, el ‘juego de la mañana’, como luego serán los **maitines**. Al controlar ya Roma tantas tierras extrañas, puede organizar una **exhibición** (*exhibo*, muestro ‘fuera’ lo que ‘tengo’) de animales exóticos, antes nunca vistos y llegados de todo el Imperio: desde el **toro** (*taurus*) de Hispania o de la **Provenza** (*provincia*) hasta el **león** (*leo*) que aún se caza en el Próximo Oriente, desde el

oso (*ursus*) de los bosques de Europa hasta ese extraño «jabalí con cuernos» que han traído de las sabanas africanas (dado que en Roma no hay rinocerontes, el latín no tiene palabra propia para designarlos y han llamado así a ese que han visto). Según Marcial, para ese rinoceronte «un toro era un muñeco de paja». Pero los que más les atraen son el **hipopótamo** (*hippopotamus*) y el **cocodrilo** (*crocodilus*) cazados en el río Nilo; como los griegos han llegado al país del Nilo antes que los romanos, el latín ha tomado prestados del griego ambos términos. La gente dice que el gran César exhibió ya en Roma una jirafa (también sin nombre en latín clásico), y se comenta que un **elefante** (*elephantus*, que les trae mal recuerdo de tiempos de Aníbal) dobló la rodilla ante el emperador en la inauguración del Coliseo.



4. Las cruentas luchas entre gladiadores se libraban al son de varios instrumentos musicales.

3. La lucha de hombre contra hombre era el espectáculo principal de toda la jornada.

2. En esta franja se ven dos espectáculos: hombre contra animal (*venatio*) y animal contra hombre (*damnatio ad bestias*).

1. Animal contra animal, así empezaba el espectáculo del anfiteatro: unas fieras luchando contra otras.

Figura 5.11. Mosaico romano que muestra varias de las fases principales del espectáculo que a lo largo del día se celebraba en el anfiteatro. (Las escenas deben «leerse» de abajo arriba.)

Las luchas de fieras que más atraen hoy en el anfiteatro son: elefante *vs*. toro, rinoceronte *vs*. oso y, enfrentando Asia con África, tigre *vs*. león. Para que las **fieras** (*ferae*) sean aún más **feroces** (*ferox*, 'salvaje', 'silvestre'), las han mantenido en ayunas varios días; y, si aun así, la **fiereza** no aparece, siempre queda el recurso de atemorizarlas con antorchas encendidas o de azuzar contra ellas perros asilvestrados. Por supuesto, luchan decenas de animales entre sí al mismo tiempo, para que todo el público pueda verlos de cerca. El historiador Dion Casio dirá un día que es «un espectáculo más grande que agradable». Y, para no terminar tan salvajemente, diremos que la arena está decorada con plantas exóticas y estanques de agua; posiblemente, plantas y estanques no harán que los animales recuerden su medio ambiente, pero permiten soñar a los romanos con escenarios y paisajes que nunca han visto y que nunca visitarán. ¡Qué bonito!

2. Hombre contra animal

Pero esa sangre vertida en las luchas entre animales no parece suficientemente espectacular, por lo que enseguida se pasa al segundo tipo de espectáculos, que tiene mucho más **morbo** (*morbus*, 'enfermedad', de donde viene lo del 'interés malsano'): la *venatio* o cacería de animales. (Véase Figura 5.12). Es el hombre *versus* animales. Si *venatio* es 'caza', el supuesto «arte» **venatorio** es lo 'relativo a la caza', a la montería, y el **venado** (en latín *venatus*) era inicialmente el 'resultado de la caza'. Los romanos ya no salen tanto de caza como cuando la necesitaban para comer, pues ahora se dedican más al **ocio** (*otium*, 'descanso', actividad más placentera que provechosa) que al **negocio** (de *nec otium*, lo que 'no es ocio', o sea, 'ocupación', 'trabajo', de connotación un tanto negativa). Por eso les gusta tanto esta parte del espectáculo matinal, que es un **sucedáneo** (*succedaneus*, 'sustituto', 'que reemplaza') de la caza pero que se la **recuerda** (*recordari*, 'recordar', deriva de *cor*, 'corazón', por lo que sería volver a pasar por el corazón aquello que se recuerda).

Sueltan en la arena animales locales tan «pacíficos» como los jabalíes o los osos o bien animales exóticos como leones, panteras y tigres, y salen de cacería tras ellos los cazadores (*venatores*) que intentan matarlos a caballo o bien a pie con perros y armados con lanzas. Claro que también puede suceder lo contrario: lo del cazador cazado. El cazador sería su **merienda** (*merenda* es la comida extra 'que se ha merecido', por lo que se puede hacer entre horas). A veces se ve un espectáculo particular, que hace pensar en la **tauromaquia** ('combate de toros'): un cretense sujeta por los cuernos a un **uro** (*urus*, 'toro salvaje') o un **torero** (*taurarius*) lusitano salta con pértiga sobre un **toro** (*taurus*) que le embiste. «Un toro estimulado con fuego iba por toda la arena lanzando los peleles hasta las estrellas», según cuenta Marcial en su *Libro de los espectáculos*. Pero lo que más les gusta a los romanos es cuando luchan todos contra todos, formándose en la arena un ***totum revolutum***, un revoltijo de animales y fieras en el que 'todo está revuelto' y luchan todos juntos, con los consabidos muertos por ambas partes.



Figura 5.12. Mosaico que muestra la segunda fase de los espectáculos gladiatorios del Coliseo: la *venatio* o cacería de animales. Aquí, alanceando un leopardo.

La *Historia augusta* cuenta que el emperador Probo dio una magnífica *venatio* «en la cual todo fue despojos para el pueblo. [...] Se permitió entonces al pueblo entrar, y cada hombre cogió lo que quiso». ¿Entienden ahora lo del «*panem*»? Un muslo de león para ti, un solomillo de pantera para mí. Y Tertuliano asegura que, tras haber llevado a los animales muertos al *destrictorium* donde los destripaban, la **plebe** (la *plebs*, los que no eran patricios sino **plebeyos**, aunque luego su voto contase en un **plebiscito**) reclamaba las tripas de los osos «donde se encuentra todavía, mal digerida, la carne humana».

3. Animal contra hombre

Ese segundo tipo de «juegos» dura hasta el mediodía, momento en el cual empiezan ya los terceros: los *ludi meridiani*, los 'juegos del mediodía'. Si, para los romanos, **septentrional** es el punto cardinal Norte, indicado por los *septem triones* (los 'siete bueyes' o estrellas que parecen arrastrar lentamente el cielo nocturno alrededor de la Estrella Polar), **meridional** es el punto cardinal Sur y también la 'mitad del día', el mediodía (*meridies*, por disimilación de *medius dies*, 'medio día'). Son los espectáculos de animales *versus* hombres. Digámoslo enseguida: los «juegos» en los que los animales se comen a los hombres. Antes de que se nos revuelvan las tripas, nos tomamos un tentempié, un **piscolabis**, latinajo que ha debido de crear un bromista barriobajero en latín macarrónico formando el futuro de un supuesto verbo *piscolare* para decir 'comer muy poco', 'comer una **pizca**', que, a su vez vendría de **pellizcar**, 'coger entre el pulgar y el índice', como cuando pellizcas a un infante para hacerle cosquillas o cuando pellizcas las cuerdas de un instrumento en un ***pizzicato*** musical. Es, pues, la hora de las ejecuciones públicas de los **condenados** (*damnati*) a muerte, con las que el emperador «mata dos pájaros de un tiro»: mata a los malos y divierte a los buenos. La *damnatio* (**condenar** viene de *condemnare*, cuando se condena a alguien *cum damno*, 'con daño') puede ser de dos tipos, a cuál peor: *ad gladium* y *ad bestias*.

La «más humana» es la *damnatio ad gladium* (sí, finalmente salió la palabra: *gladius* es la 'espada corta' de los romanos, que ha dado nombre a una mítica profesión, la de los **gladiadores**): un golpe certero del

gladius y, ¡zas!, te mueres. Se le da una espada a un condenado y se le echa a luchar contra otro; y, como ninguno de los dos tiene escudo ni armadura sino sólo un vulgar *subligaculum* (lo que me *subligo* o 'ato por debajo', o sea el taparrabos que permitirá al gladiador Espartaco lucir muslamen en una futura película), no tardas mucho en morir. Pero el combate es *sine missione* ('sin **remisión**', o mueres o mueres; *remissio poenae* es la 'remisión de la pena' y aquí no la hay): quien gana se enfrenta luego a otro, y después a otro... y al último lo «caza» un *venator* o lo mata un soldado. Pero lo más divertido —para el vulgo— no es cuando luchan por parejas, sino *gregatim* ('en rebaño', **agregados** en grupo, con **gregarios**, como la **grey**). Eso es trabajar en equipo.



Figura 5.13. San Ignacio de Antioquía fue uno de los cristianos echados a los leones (*damnatio ad bestias*) en los juegos de Trajano del año 107. San Pablo, al ser ciudadano romano, había tenido el «privilegio» de sufrir *damnatio ad gladium*.

En sus *Antigüedades judías*, Flavio Josefo dice que el rey Agripa «queriendo ganarse a los espectadores mediante combates en masa, enfrentó a dos tropas de setecientos hombres. Para ello eligió a todos los criminales de los que disponía, a fin de castigarlos haciendo que un espectáculo bélico sirviese de disfrute pacífico. E hizo matar a todos, hasta el último hombre». Se ve que también «en provincias» saben organizar combates *gregatim*.

La *damnatio ad bestias* nos causa un poco de **pavor** (*inicere pavorem*, 'infundir pavor', 'espanto'), aunque hay gente que se queda **impávida**. Hombres devorados por fieras, como espectáculo público. ¡A los leones! El del asiento de al lado me dice que ese al que se acaban de comer los leones es un tal Ignacio de Antioquía, que debe de ser un personaje importante de una secta religiosa que ahora se está extendiendo; como también ellos hacen «propaganda», se multiplican. (Véase Figura 5.13). También aquí vemos dos tipos de condenados. El *bestiarius* es el condenado *ad bestias* «normal»: te dan una espada o una lanza y, ¡hala!, a luchar con las bestias; si pierdes, pues ya pasó, y si ganas, pues a esperar a otra bestia: lo que está claro es que, antes o después, no ganas. Y el otro tipo es el *noxius*, el culpable que ha sido muy '**nocivo**', dañoso (*nocere* es 'dañar', por lo que **inocuo** es lo que 'no daña' e **inocente** quien 'no ha dañado'). Le atan las manos a la espalda, o a un poste, y así la bestia no tiene ni que trabajar; pero ya se buscará algún «refinamiento» para hacer todo esto más emotivo. Los anteriores tenían dos alternativas, morir o morir; éste sólo tiene una. Marcial lo describe sin ahorrarse detalles: «Un ajusticiado, colgado realmente en una cruz, presentó sus entrañas desnudas al oso de Caledonia. Sus músculos desgarrados palpitaban en sus miembros sangrantes, y en todo su cuerpo no había cuerpo por ninguna parte». Es cierto que los romanos nos enseñaron el Derecho (en los libros), pero me temo que no los derechos (de las personas).

Lo que nos sorprende es que los supuestos intelectuales de la época no critiquen con más dureza estos espectáculos. Cicerón considera incluso que tienen cierto valor **educativo**, pues «ninguna otra disciplina podía ser más eficaz para soportar el dolor y la muerte» (el verbo español **educar** viene de dos verbos latinos, uno de la primera conjugación, *educare*, 'criar', 'instruir', y otro de la tercera, *educere*, 'sacar de', y quizá sea el resultado de un cruce entre ambos, pues ¿acaso educar no es 'sacar del' niño que 'criamos' lo mejor de sí mismo?). En cambio, el hispano Séneca sí los critica. En una de sus *Cartas morales* (si la palabra «ética» es de origen griego, la palabra «**moral**» es latín: viene de *mores*, 'las costumbres', 'la tradición'; pero, por esta regla de tres, aún tendríamos estos espectáculos tan **inmorales**, pues eran 'la tradición') escribe estas frases: «Nada existe tan perjudicial a las buenas costumbres como la asistencia a espectáculos... Vino a acontecer que me hallase por azar en un espectáculo de mediodía, en el cual esperaba expansiones que

descansasen los ojos del hombre de la vista de la sangre humana. Y todo fue al contrario... No son juegos, antes verdaderos homicidios... Todo ello no son más que dilaciones para la muerte. Por la mañana, los hombres son colocados ante osos y leones; al mediodía, ante los espectadores. Y éstos mandan que los que han matado luchen con los que ahora los tienen que matar, reservándose el ganador para otra matanza; el fin de estos luchadores es la muerte». Y no es que en el año 860 AUC haya otra ética, distinta de la actual. En esa misma época, los atenienses se han planteado tener también ellos juegos gladiatorios, y un filósofo estoico les ha dicho: «Atenienses, antes de aprobar esa medida, ¡no olvidéis destruir el altar de la Piedad!».



Figura 5.14. El momento más importante del día, el de las luchas de hombre contra hombre, se abría con un gran desfile, en el que la multitud enfebrecida vitoreaba a sus héroes: los gladiadores.

Pero estamos en Roma, no en Grecia, y en Roma faltan aún tres siglos para que alguien le sugiera a un emperador que, así como se han abolido ya las corridas de toros, se ponga fin también a los terribles espectáculos gladiatorios: «Tu padre ha prohibido ya que Roma se tiñese con la sangre de los toros; prohíbe ahora tú que nadie en Roma disfrute con el dolor de una persona» (Honorio, otro hispano).

4. Hombre contra hombre

Pero el estruendo de las trompetas nos saca de nuestro sueño filosófico, entre la ética y la moral. ¡Llega Trajano, el gran emperador! La multitud le saluda **enfebrecida** (de *febris*, 'fiebre', 'calentura'), por dos razones: porque le adora (es *Pater Patriae*, '**Padre** de la **Patria**') y porque es quien paga estos espléndidos espectáculos. No le haremos un *Panegírico* tan **adulador** (*adulari*, decir a uno lo que se cree que le gustará, tal que un perro cuando te acaricia con la cola) como el que le ha dirigido Plinio el Joven, pero sí hemos de reconocer que lo ha hecho bien: fuera le temen, dentro le respetan; se ha ganado al pueblo, a los senadores, al ejército... Tras el incendio que destruyó la Urbe (hace sólo 43 años) y la gran catástrofe de Pompeya y Herculano (hace sólo 28), Roma necesitaba unos años de **prosperidad** (*prosperitas*, 'prosperidad económica', 'felicidad general') y Trajano se los ha dado. Dicen que bebe un poco y que le gustan los muchachos, pero nosotros no nos metemos en su vida privada. ¡Allá él con su moral! Entra en el palco *pulvinar* con su mujer (perdón, con su fémina), Pompeya Plotina; con su sobrino Adriano, que es el único varón joven de la familia, por lo que se dice que puede ser su sucesor; también vemos a la jefa de las vestales, a los dos cónsules de este año y a muchos otros personajes de la corte... ¡Y aquel de traje tan colorista, con ese moño tan raro en la cabeza, debe de ser el embajador de la India! Con razón decía Cicerón lo del valor pedagógico de estos espectáculos, con mensajes para tres destinatarios: para los pueblos que ya están dentro del Imperio (¡No tenéis fuerza para sublevaros contra nosotros!) y también para los que aún están fuera (¿Dónde vais a estar mejor que con nosotros?), pero sobre todo para el propio pueblo romano («Cuando caiga el Coliseo, caerá también Roma. ¡Cuando caiga Roma, caerá también el mundo!»). Los de mercadotecnia llevan dos milenios intentando superar la calidad y eficacia de esta propaganda. Y no lo han conseguido.

¡Ya se oyen los **claros clarines**! (Gracias, Rubén Darío; ambas palabras vienen del latín, claro: de *clarus*, 'claro y brillante', tan 'sonoro' como con la voz clara). O sea, ¡ya viene el cortejo! Con toda la **pompa** (*pompa*, 'desfile', 'cortejo') y **circunstancia** (todo lo que 'está alrededor'). Muy pomposamente, se abre la *Porta Triumphalis* y por ella hace su **ingreso** (*in gradere*, 'marchar adentro') todo el desfile. (Véase Figura 5.14). Lo abren los *lictores*, funcionarios públicos que llevan los *fasces* o 'haces' de ramas que simbolizan el *imperium* (y con los que un tal Mussolini simbolizará el **fascismo**). Les siguen los *tubicines*, que tocan la *tuba* ('trompeta'), y otros músicos: los que tocan el *lituus* ('clarín'), el *cornu* ('**cuerno**' de caza, como **cornucopia**

es el 'cuerno de la abundancia'), la *tibia* ('flauta', que al principio se hacía con la **tibia** de un animal) e incluso veo que entre varios llevan un *hydraulus*, un órgano **hidráulico**. (Véase Figura 5.11). Los **herreros** que han hecho las armas de **hierro** (*ferrum*) cargan sobre sus hombros unas andas (*ferculum*) con los símbolos de su trabajo, seguidos por los porteadores de dichas armas. Luego, un operario lleva la **palma** que simboliza la victoria (*palma* ya significa tanto la de la mano como la de la palmera) y otro el **título** de los juegos (*titulus*, cartel con las hazañas del general o con el programa del espectáculo, como si fuese el título de un libro). Después suele ir el jefe del espectáculo: el **editor**, que aún no hace libros pero que ya es quien más manda; el *editor* es quien organiza y/o paga los espectáculos, de cuya buena o mala gestión depende el éxito de éstos; y, como éstos los ha financiado el propio emperador, el editor se ha esmerado especialmente en que todo salga a la **perfección** (*perfectus*, lo que está 'totalmente acabado', 'hecho del todo'). (Véase Figura 5.21). Y, por último, entran caballos y carros para algunos combates y... grito ensordecedor: ¡los gladiadores! Los grandes ídolos de las multitudes. Los modelos de los hombres («*Quod gladiatores nobiles faciunt... faciamus nos*», dirá Cicerón, «Lo que hacen los nobles gladiadores... hagámoslo nosotros») y el sueño de las mujeres (un gladiador *thraex* presume, en un *graffiti* que pinta en las paredes de Pompeya, de ser «*suspirium puellarum*», «el **suspiro** de las muchachas»). No sé si de Messi y/o Ronaldo se hablará dentro de dos mil años; lo que sí sé es que aún conservamos decenas de nombres de gladiadores famosos... de hace dos mil años. Por ejemplo, ese rompecorazones que era «el suspiro de las muchachas» se llamaba Celadus. El prestigio es tan alto que varios emperadores no se han podido resistir: han bajado a la arena... ¡y han combatido como gladiadores!

Va a empezar ya el último de los cuatro tipos de espectáculos: el de hombre *versus* hombre. Es el *munus* propiamente dicho, los *munera gladiatoria*. La palabra latina *ludus* significa 'juego' y 'escuela', en **lúdico** paralelo con la *skholé* griega, que, además de 'escuela', también era 'tiempo libre'; pero su campo semántico se ha ido extendiendo luego hasta designar además las 'escuelas de gladiadores' (propiedad de un *lanista*, de quien los gladiadores son como esclavos) y a veces designa también los 'juegos públicos'. Pero realmente los combates de gladiadores no son los *ludi*, sino los *munera*, regulados en su *munus legitimum* por Augusto, quien además ha creado los *ludi imperiali*, para que el emperador tenga su propia 'escuela de gladiadores', como puede tener su propia «cuadra de caballos». Por ejemplo, en Barcelona (perdón, en *Barcino*; pronúnciese /Bárkino/) hay unos *ludi* imperiales. En resumen, *ludus* es a 'escuela de gladiadores' como *munus* es a 'combate entre éstos'. Pues bien, van a empezar los *munera gladiatoria*. Ha llegado «la hora de la verdad».

Hablando de **hora** (*hora*, 'doceava parte del día', la noche se cuenta de otra manera). Son las 3 de la tarde, al menos para nosotros; para los romanos, que han iniciado la jornada a las 7 u 8 de la mañana (hora solar), la *hora sexta* es la 1 o 2 horas solares, o sea, las 3 o 4 de la tarde nuestras. Y a esta hora, en Roma y en verano, sólo se puede estar en dos sitios: en el anfiteatro o durmiendo la **siesta** (que viene de esa *hora sexta*). Sobre todo ahora, que estamos en plena **canícula** (diminutivo de *canis*, la 'perrita', como la estrella Sirio, que sale sobre el horizonte en la época más calurosa del año). Y los *munera gladiatoria* durarán hasta la puesta de sol, dentro de cinco o seis horas más. ¡Menos mal que, además de extender el toldo estrellado, los **ministros** (*ministri*, 'criados', 'servidores'; ¡cómo ha cambiado la cosa!) y otros **operarios** (*operarii*, 'trabajadores', que realizan una *opera*, un 'trabajo') hacen **aspersiones** (*sparsiones*), rociando al público con gotitas de agua ligeramente perfumada!

Hemos visto que los gladiadores saludaban al emperador inclinando levemente la cabeza, pero no les hemos oído decir nada. Un vecino de localidad me dice que él oyó una vez, cuando era muy joven, cómo al emperador Claudio lo saludaban diciendo: «*Ave, imperator, morituri te salutant!*». Pero eso fue hace muchos años, y tampoco él lo ha vuelto a oír. (Véase Figura 5.15). Los **pregoneros** (*praecones*) pregonan el programa del espectáculo que nos espera, pero como su alta voz no llega a todos los sitios, los operarios pasean por la cávea grandes **tablas** de anuncios (*tabula*, 'tabla', 'cartelón') que repiten esa información, y reparten entre quienes sepan leer unos **libelos** (*libelli*, 'libritos', 'programas de mano') con lo mismo. Pedimos uno y vemos que en él se indican los emparejamientos: por ejemplo, *retiarius vs. secutor*, *thraex vs. murmillo*, *iaculator vs. sagittarius*, *et cetera*; además, pone el nombre de cada gladiador, el *ludus* o escuela de la que procede y el número de victorias que lleva en su *cursus* ('**curso**', 'carrera profesional').

A lo largo de la tarde vemos que nuestro vecino de asiento, que parece un entendido, va poniendo en su libelo letras al lado de cada nombre y, al preguntarle, nos explica:

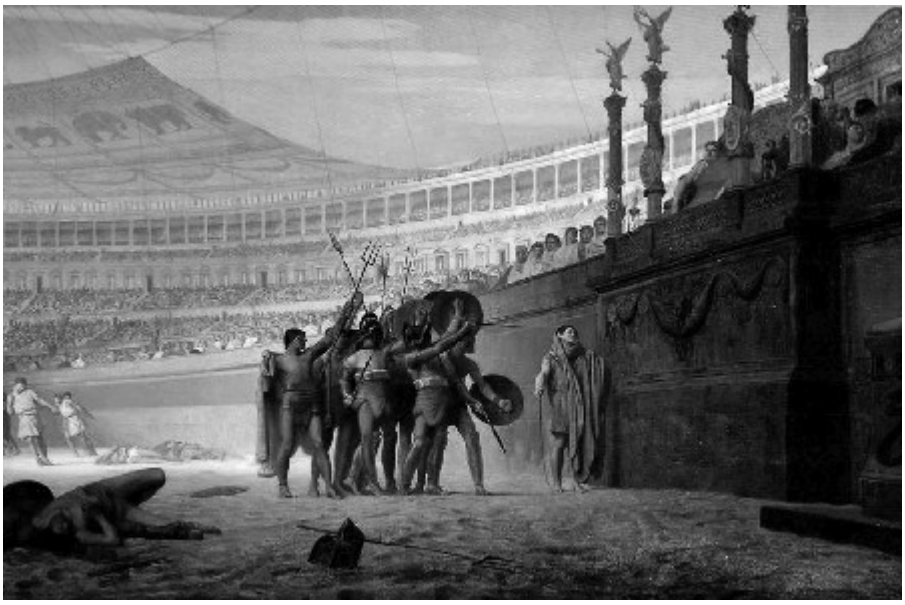


Figura 5.15. Lo de «*Ave*, *Caesar*» no deja de ser un mero invento de Hollywood. Sólo consta que se dijese una vez, y no exactamente eso sino: «*Ave*, *imperator*».

—La *V* es de *Victor* (**vencedor**); la *M*, de *Missus* (por **remisión** de la pena, 'indultado').

—De acuerdo, entendido —le agradezco—. Pero en otros pone una *P* o la letra griega Θ.

—Está claro, la *P* es de *Peruit* (**pereció**) y la Θ de *Thánatos* ('muerte') —nos dice, presumiendo de saber griego además de latín, como tanta gente culta en Roma.

¡Como si esto fuese un **tanatorio**!

Los gladiadores se retiran por la *Porta Triumphalis* (¿volverán a salir por ella?) y bajan al hipogeo a esperar su turno. El gran cortejo ha terminado, empieza el drama.

Combates homéricos

Hace un sol **inclemente**, tan 'sin clemencia' (*clementia*, 'piedad', 'bondad') como la que se tiene hoy con los gladiadores. Lo que gusta es que haya carnaza y corra la **sangre** (*sanguis*, 'sangre' pero también 'vigor', 'fuerza'), esa sangre que luego se comercializará en frasquitos para que los hombres curen su impotencia o su esterilidad (la palabra *sanguis* en latín es masculina, no femenina) y para que las mujeres disfruten de su vida sexual y sean fecundas. ¡Qué **sangui**juelas, aprovechar un cuerpo **exangüe** para un comercio tan **sangriento**! Pero la gente se lo pasa bien; además de repartos de alimentos, hay sorteos y *sparsio missilium*: se 'esparcen **misiles**' de regalos con los que se premia a los espectadores. Y, encima, haces apuestas, por tu gladiador favorito... o por aquel con quien esperas ganar más **dinero** (de *denarius*, la moneda '**denario**'; por el distributivo *deni*, 'cada diez', 'de diez en diez'). Tertuliano verá a los espectadores «fuera de sí, ya agitados, ya ciegos, ya excitados por sus apuestas».

Hoy los combates no son *gregatim*, de todos contra todos, sino del tipo **monomaquia** (*monomachia*, 'combate singular'). No luchan gladiadores baratos, sino los buenos, los mejores, por lo que han de combatir en duelos bipersonales como los míticos héroes homéricos. Desde hace unos días la suerte está echada («*Alea iacta est*», «Se han arrojado los dados»), por lo que ya se conocen los emparejamientos. Pero no todo es tan **aleatorio**, pues siempre se intenta emparejar a un gladiador ligero contra uno pesado y que entre ellos sean **parejos** (*pariculus*, diminutivo de *par*, *paris*, de una categoría 'igual', 'semejante') para que el combate esté más reñido y resulte más emocionante. 'Antes del juego' los gladiadores hacen el **preludio** (*prolusio*, 'preludio', 'precalentamiento') con las *arma lusoria* (armas fingidas, con punta roma, **ilusorias**) y, una vez calentados, se procede a la **prueba** o **comprobación** de las armas (*probatio armorum*): se comprueba que han empuñado ya el *gladius* de verdad, con **punta** (*puncta*, participio de *pungere*, 'punzar', 'picar', 'pinchar') **punzante** y filos cortantes.

De repente, saliendo del hipogeo por una trampilla, aparecen sobre la arena dos gladiadores. La plebe ruge. Salen también, cada uno con su vara, el *summa rudis*, o árbitro principal, y el *secunda rudis*, o árbitro **secundario** (la *rudis*, aparte del adjetivo **rudo**, era la espada de madera con la que se ejercitaban los gladiadores en sus **rudimentos** o 'comienzos' y, si eran esclavos pero hacían un gran combate, la podían recibir algún día en señal de libertad, pasando a ser *rudiarius*, 'gladiador licenciado'). Son tan valientes que no necesitan **incitadores** (*incitatores*), quienes, para incitarles, llevan un látigo o *lorum*, por lo que también se llaman *lorarii*.

1. Reciario contra seguidor

Los gladiadores que han salido a la arena son un **reciario** (*retiarius*, 'el que lleva la red') y un **seguidor** (*secutor*, 'el que lo persigue'), uno de los emparejamientos más populares. El reciario tiene armas que, claramente, no derivan del ejército, sino de un oficio, el de pescador: la **red** con la que «pesca» al seguidor (*rete*, 'red') y el **tridente** (*tridens*, arpón de 'tres dientes' o puntas) del dios romano del mar, Neptuno. Además oculta un **puñal** (*pugio*, que apenas cabe en el *pugnus* o '**puño**'). Pero, como buen «pescador», casi no utiliza armas defensivas: tiene la cabeza desprotegida, sin yelmo (*galea*), y tampoco usa grebas (*ocreae*) ni **escudo** (*scutum*). Sólo se protege con una **manga** (*manica*) de placas metálicas, que se prolonga hasta el hombro formando una hombrera (*galerus* o *spogia*) que le cubre también el cuello. No tendrá nada que hacer en una lucha cuerpo a cuerpo con el seguidor, que es un auténtico gladiador «pesado»: un fortachón con un potente *gladius* en la mano derecha y un pesado escudo en la izquierda, que tiene grebas en las piernas, todo el cuerpo protegido... y un yelmo especial, sin cresta (para que no se le enganche en la red) y apenas sin aberturas en los ojos (para que no le claven por ahí el tridente). ¿Quién de los dos ganará? (Véase Figuras 5.16 y 5.22).

El seguidor —que es corpulento, para poder llevar todo ese peso, pero veloz, para poder perseguir al *retiarius*— va **circundando** (*circumdare*, 'dar vueltas') a éste buscando acercarse para un ventajoso cuerpo a cuerpo, pero el reciario lo aleja blandiendo su tridente. El reciario voltea la red, aprovechando los plomos que tiene en los bordes como la de los pescadores, esperando el momento oportuno para lanzarla y atrapar al *secutor*. El público «odia» al reciario, que parece rehuir el combate frente a su grandullón perseguidor, que lo busca y le rodea incansable. En un descuido de éste, aquél lanza la red, pero no acierta y el seguidor queda libre, momento que aprovecha para lanzar un ataque. Pero el reciario, que es más ágil, se escabulle y aprovecha para recuperar la red tirando de una cuerda con la que la sujeta a su muñeca.



Figura 5.16. El reciario Kalendio (con tridente, abajo) acaba de lanzar su red contra el seguidor Astianacte (con yelmo y grebas, con *scutum* y *gladius*). ¿Resultado? Este seguidor venció (*vicit*) al «malvado» reciario (con Θ de *thánatos*, 'muerte').

El combate no tiene descansos, termina cuando termina. Más circunvoluciones del seguidor, nuevo lanzamiento de la red. Esta vez lo «pesca», pero el forzudo seguidor, en un intento de salvarse, tira de la red para atraer al reciario hacia sí y poder matarlo. Éste enseguida comprende la estratagema y corta la cuerda con su puñal. El *secutor* queda atrapado y, cuanto más se agita, más se enreda, cayendo al suelo entre los gritos de la plebe, que ama al seguidor pero ama aún más el espectáculo: «*Occide! Verbera! Ure!*» (Séneca), o sea, «¡Mátalo, azótalo, quémalo vivo!». (De *occidere* nos viene **occiso**, 'muerto violentamente'; de *verberare*

procede **verberar**, 'azotar', como cuando la luz **reverbera** en la superficie del agua; y de *urere* nos llega **ustión**, 'acción de quemar', y **combustión**, 'quemar completamente'.) Y, con el tridente presionando su cuello, el seguidor tira el escudo a tierra y levanta el índice al cielo, pidiendo indulto (*missio*). El populacho grita con más fuerza: «*Iugula*!». Y el pueblo siempre tiene razón, por lo que el emperador hace un gesto, condenándolo a *iugula*. Es su **veredicto** (*dictus*, 'dicho', *vere*, 'con verdad', con su verdad). **Conclusión** (*conclusio*, 'fin'; *cum claudere*, 'terminar con'): con un certero corte del puñal, el reciario lo **degüella** (*iugulum*, 'garganta', 'cuello'; *iugulare*, 'degollar', 'cortar la **yugular**').

Por cierto, el emperador no ha hecho el típico gesto del **pulgar** (*pollex*, *pollicis*, 'pulgar'; *pollicaris*, 'de la longitud de un pulgar', como la **pulgada** o incluso **Pulgarcito**): el famoso *pollice verso* ('pulgar vuelto' hacia abajo, invertido). Me temo que eso se lo han inventado mucho después en un lugar de otro continente de cuyo nombre no quiero acordarme. Lo que el emperador ha hecho, lógicamente, es el gesto de degollar: con el puño cerrado y el pulgar dirigido hacia la garganta, no hacia abajo, ha desplazado rápidamente la mano de izquierda a derecha. O sea, «*Iugula*!», como le grita el pueblo. Así lo constata Juvenal: «Cuando el vulgo lo manda *verso pollice* [con el pulgar vuelto hacia sí mismo], matan **popularmente**» (Juvenal usa aquí la palabra *populariter*, que se podría traducir por 'demagógicamente', 'de modo que se obtenga el favor **popular**'). (Véase Figura 5.17).

O sea, el muerto al **antro** (*antrum*, «gruta», «cueva») de los despojos por la Puerta Libitinense —tras darle un martillazo en la cabeza o aplicarle un hierro candente, no sea que esté fingiendo y no se haya muerto de verdad— y el vencedor a la **gloria** (*gloria*, 'fama') por la Puerta Triunfal, tras dar la «vuelta al ruedo» con el *gladius* en una mano y la palma de la victoria en la otra. El vecino de asiento, tan entendido como pedagógico, me explica que no siempre se condena al degüello, pues el indulto (*missio*) se concede en la mitad de los casos, sobre todo si el vencido ha luchado valientemente. Y a veces se produce el «empate»: los dos gladiadores, tras luchar con bravura durante un cuarto de hora, quedan *stans missus* (de *stans*, que siguen 'en pie' sin caer al suelo, como los **estantes** de una **estantería**, y por ello ambos son indultados, *missi*).



Figura 5.17. Otro mito del Coliseo era el supuesto *pollice verso*. El emperador no dirigía el pulgar hacia el suelo sino hacia la garganta, indicando «*Iugula!*» («¡Degüella!»).

Alguna vez el indultado puede morir luego, por las heridas recibidas (*missus obiit*, hay un '**óbito** de un indultado'), o incluso puede morir un vencedor, por la misma razón. Uno de éstos, el seguidor Decorato, tiene el siguiente epitafio:

> «A Decorato, quien mató al reciario Cerúleo, pero muerto sucumbió. A ambos los extinguió el *rudis*; a cada uno lo protege su pira».

(El verbo **extinguir** viene de *exstinguere*, 'hacer que cese del todo lo que se está apagando'; o sea, que el árbitro los remató a los dos.)

Pero también puede ocurrir un caso especial, mucho más positivo, como el que cuenta otro hispano, el **bilbilitano** (de *Bilbilis*) Marcial, en un epigrama que publicó hace un par de décadas: dos gladiadores lucharon tanto y durante tanto tiempo que el emperador no tuvo más remedio que dar la palma de la victoria a ambos... y a ambos la espada de la libertad:

«Alargando el combate Prisco, alargándolo Vero,
y estando igualado el valor de los dos mucho rato,
se pidió repetidamente la *missio* para ambos con gran clamor.
Pero el césar se atuvo a su propia ley:
la ley era luchar hasta que, tras tirar el escudo, uno alzase el dedo.
Hizo lo permitido: les dio varias veces alimentos y regalos.
Sin embargo, se halló un final para el igualado combate:
como lucharon parejos, se rindieron parejos.
El césar envió *rudes* a ambos, palmas a ambos:
tal fue el premio que su ingeniosa virtud les concedió.
Nunca sino en tu reinado, ¡oh, césar!, había sucedido esto:
que, luchando dos, ambos resultasen vencedores».

2. Desde yaculadores hasta afeminados

A lo largo de la tarde se producen muchos otros combates **singulares** (*singularis*, que significa 'uno a uno', pero también 'excepcional'). Así, hemos visto un combate de *iaculator* contra *sagittarius*. El *iaculator* (de *iaculari*, 'lanzar', de donde procede todo un abanico —un **flabelo** deberíamos decir, del latín *flabellum*, como el que usarán los papas— de palabras tan abierto que abarca desde las **jaculatorias** hasta la **eyaculación**) va lanzando las **jabalinas** (*iaculum*, 'lo que se lanza', 'dardo') que le proporciona un «ministro» que lleva al lado. Y el *sagittarius* (sí, como el **sagitario** del zodíaco) le responde cada vez lanzándole con su **arco** (*arcus*) una *sagitta* ('flecha', '**saeta**') que va sacando de su carcaj. El primero se protege con un escudo; el *sagittarius*, con una *loriga squamata* ('**loriga**', 'coraza con **escamas**', 'cota de malla'). Gana el *iaculator y* no le sirven de nada las jaculatorias del sagitario: *iugula*! (Véase Figura 5.18).

Hemos tenido la suerte de ver un combate no muy frecuente: dos *equites*, compitiendo a caballo (*equus*) en un combate **ecuestre** uno contra otro. (Véanse Figuras 5.19 y 5.20). Los *equites* visten de forma un tanto especial: van calzados, mientras que los demás van descalzos; visten **túnica** (*tunica*), los demás a pecho descubierto; llevan un escudo redondo pequeño (*parma*, 'rodela'), no el *scutum* grande; su yelmo va emplumado... Parecen casi tan **afeminados** (*effeminati*, 'al estilo de las féminas') como los *tunicati*, que son gladiadores **homo**sexuales (aquí, 'homo' no viene del latín *homo*, 'hombre', sino del griego *hómoios*, 'semejante', 'igual', pues también las mujeres tienen el derecho a dirigir su sexualidad no a los hombres, sino a sus semejantes). Un *eques* embiste con su lanza al otro para intentar derribarlo y, ya en el suelo, acometerle con la **espada** (la *spatha*, más larga que el *gladius* del gladiador normal). En este caso sí ha habido *missio*, pues ambos han luchado valientemente. Incluso hay **manumisión**: se les aleja de la *manus* o 'poder' del dueño: quedan libres.

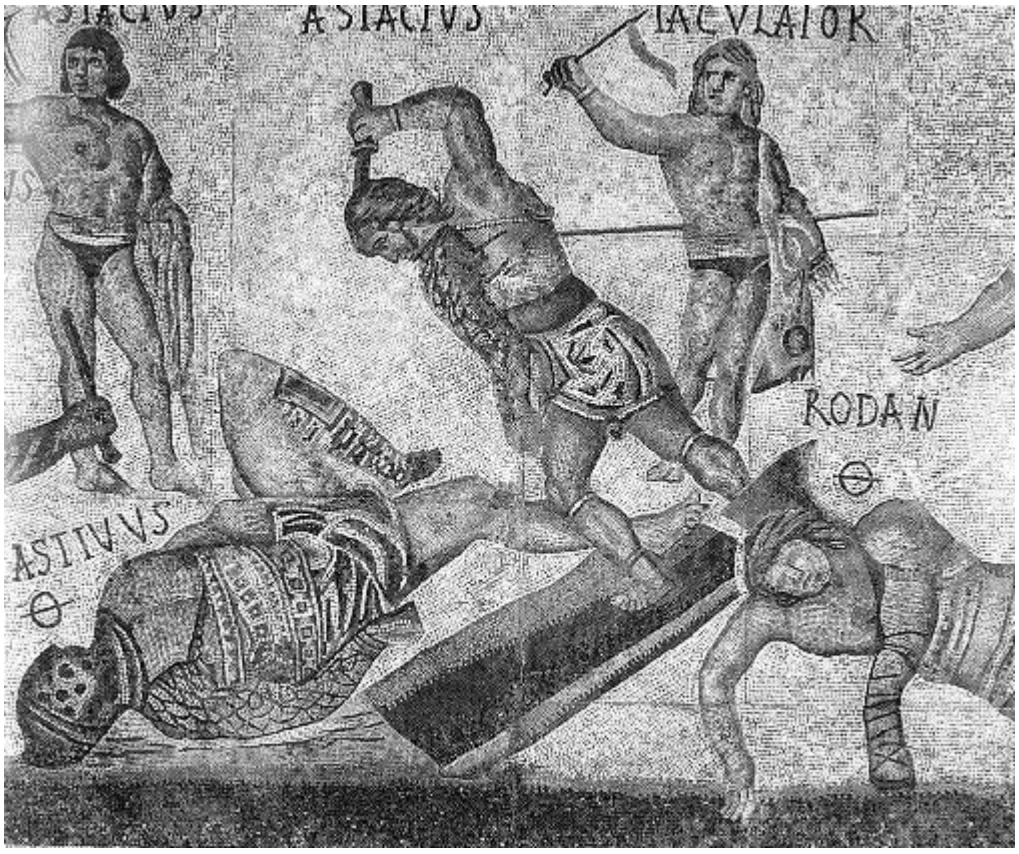


Figura 5.18. Como se ve en el texto latino, el gladiador que aparece arriba a la derecha es un *iaculator*. Dos personajes tienen al lado la mortal theta de *thánatos* (‘muerte’).

También presenciamos otros cuantos combates de otras tantas parejas de gladiadores. Vemos luchando entre sí a dos *dimachaeri*, cada uno de los cuales lleva *di-* (dos) *machaerae*, palabra de la que Covarrubias (aunque no Corominas, ¡no nos ponemos de acuerdo en esto de las etimologías!) hace derivar nuestros **machetes**: el que lleva ‘dos machetes’ es un *dimachaerus*. Al final, uno de ellos sale por una puerta y al otro lo sacan por la otra. También vemos el triunfo de un *hoplomachus*, que parece como si un **hoplita** griego ‘luchase’ (en griego, *makhe* es ‘lucha’) utilizando su ‘escudo’ (en griego, *hoplon* es ‘arma’, ‘escudo’, por lo que el *hoplomachus* latino es quien ‘lucha con el escudo’) y además con su larga lanza o asta (en latín, *hasta*, de donde proceden nuestra **asta** sin hache y nuestra **subasta**: el botín de una batalla se ponía *sub hasta*, ‘al pie de la lanza’, y allí se repartía entre los soldados o se subastaba entre el público, por lo que todavía hoy, en ese latín moderno que se habla en Italia, «subasta» se dice *asta*). Por último, vemos un reciario combatiendo contra un ‘cortador’ o *scissor* (en latín, el verbo *scindere* significa ‘cortar’, ‘romper’, por lo que, cuando la relación de pareja está **escindida**, lo mejor es **rescindir** el contrato matrimonial; a ello se debe que esos «bárbaros» semilatinizados que son los ingleses llamen todavía *scissors* a las tijeras). Llevan el antebrazo izquierdo metido en un cono, que termina con la cortante hoja de un hacha, y un puñal en la derecha. En el momento **decisivo** (el verbo *caedere* significa ‘cortar’, por lo que **circuncisión** es un ‘corte alrededor’ y **decisión** es un corte que hacemos en el proceso de evaluación de un problema para adoptar la ‘resolución’ que nos parece más adecuada), el reciario le lanza la red y el *scissor* se la corta con la izquierda… mientras le clava el puñal con la derecha. *Obiit*, al **obituario**.



Figura 5.19. Mosaico procedente del *ludus* (‘escuela de gladiadores’) de Kourion, en Chipre. Posiblemente sean dos ***essedarii*** (gladiadores que combatían en el *essedum* o carro celta de dos ruedas), que están entrenándose: usan espadas romas y se defienden con un casco y un escudo ovalado mediano (no el *scutum* grande). Lo que sí sabemos seguro son sus nombres: **Margarites** (‘perla’) y **Hellenikós** (‘griego’).



Figura 5.20. Como un cómic de hace siglos, este mosaico nos cuenta una historia (de abajo arriba): dos *equites,* ***Maternus*** (‘materno’) y ***Habilis*** (‘hábil’), han bajado de sus caballos y luchan ya en tierra, entre dos árbitros. Texto: «A quienes luchaban el hierro clavó». Resultado (arriba): el ‘hábil’ ha matado al ‘materno’, que yace en un charco de sangre. Textos: «Yo mato. Hombre feliz». El sujeto de esas tres frases es siempre el mismo: el ***editor*** *Symmachius* que es el dueño de los gladiadores. La audiencia de Roma es testigo: «Ya lo vemos», dice.

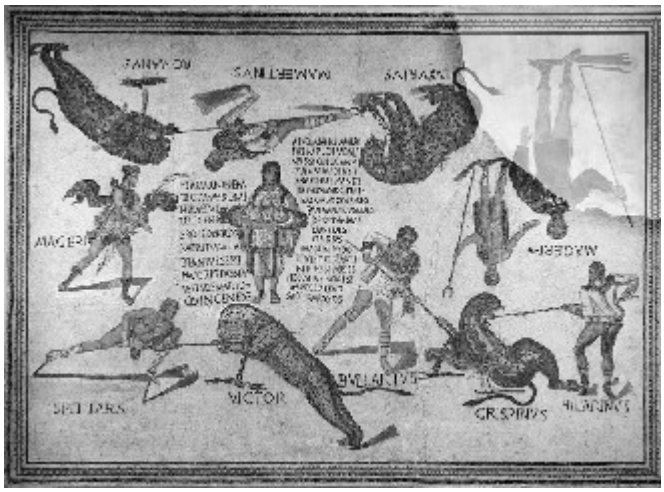


Figura 5.21. El mosaico no alaba tanto a los *venatores* de las tres escenas de caza como al ***editor*** *Magerius*, que ha pagado los juegos de su bolsillo. Un dios le corona (arriba, derecha) y una diosa le lleva la palma de la victoria; en el centro, un hombre porta cuatro bolsas de mil denarios, con un texto que dice: «Dales 500 por cada leopardo». Y alaba al ***editor****:* «¿Cuándo y dónde se dieron tales juegos?».

3. Tracio contra mirmilón

La gente disfruta mucho también contemplando la lucha del **tracio** (*thraex*), de armas ligeras, contra el **mirmilón** (*mirmillo*), de armamento pesado. Ambos les recuerdan tiempos antiguos, cuando se enfrentaban entre sí prisioneros de dos pueblos conquistados por Roma, cada uno con sus armas y técnicas de combate: el primero era del norte de Grecia; el segundo, de la Galia. El tracio se protege mediante un yelmo con **cresta** (*crista*) y emplumado, escudo pequeño (*parma*), grebas altas (*ocreae*) y manga (*manica*) en el brazo derecho, con el que empuña su arma más característica: la *sica*, un puñal de hoja curva... que dará nombre a los **sicarios** (que asesinan con la *sica*). Y el mirmilón parece todo un legionario romano acorazado de aspecto **formidable** (*formidabilis*, que provoca *formido*, ‘terror’, ‘miedo’, ‘espanto’): **armadura** completa (*armatura*), con *ocrea* o espinillera en la pierna izquierda y *manica* o guardabrazo en el brazo derecho, yelmo (*galea*) apenachado con forma de pez y escudo grande (*scutum*) en forma de teja, pero sobre todo con una terrible espada larga (*spatha*). La forma de pez de su yelmo indica cómo lucha, como la **morena** o **murena** (*muraena*): así como ese gran pez con aspecto de anguila y con dientes horribles se esconde entre las rocas acechando a su presa, así también el mirmilón se esconde tras su enorme escudo protector... y sólo ataca con su gran espada cuando tiene el golpe asegurado. Como era de prever (¡no confundir **prever**, de *praevidere*, ‘ver antes’, con **proveer**, de *providere*, ‘procurar algo de antemano’!), ha ganado el mirmilón. Por eso se llama Polinices, que en griego significa ‘el de múltiples victorias’. Sin remisión. *Vae victis!* (¡Ay de los vencidos!).



Figura 5.22. El combate favorito del público era el del «malvado» reciario (con tridente) y el ***secutor*** (con yelmo y un gran *scutum* en forma de teja) que lo perseguía incansable.

Por cierto, un gladiador tan bueno como Polinices puede ganar en un solo combate en la arena más **sestercios** (hasta 15.000 *sestertii* por combate, unos 30.000€) que un legionario del montón durante más de diez años de lucha seguidos. Y las probabilidades de muerte... A lo mejor compensa. ¿Qué será mejor, morir en la arena en la cima de la gloria o caer olvidado y pobre en cualquier campo de batalla del Imperio, lejos de la familia y de la bella y querida Roma?

4. Mujer contra mujer

Apresurémonos a decir una cosa, no siendo que se nos malinterprete ese título: también hemos visto hoy gladiadoras que luchan entre sí. Su aparición en la escena ha provocado un aullido generalizado de la multitud, más bien subido de tono. La temperatura de la tarde, ya alta, se ha elevado aún más con el sofoco del espectáculo. Como cualquier otro gladiador que se precie, las dos van semidesnudas, con un taparrabos (¿tapaqué?) a modo de **braga** (*braca*), dejando ver sus partes **pudendas** (*pudere*, 'avergonzarse'; *pudendus*, 'que debería dar vergüenza'): piernas desnudas (*crura videnda*, 'piernas dignas de ver', según Ovidio; del latín *crura* viene el español **crural**, 'lo relativo al muslo') y, por supuesto, pechos al aire (*nudatis mammis*, Propercio; del latín *mamma* viene **mama**, 'teta'; y también **mamífero**, 'que lleva mamas'; y esa bella función de **amamantar** que tienen las **mamás**, pues todo mamífero mama de las mamas de la mamá). Pero, claro, en la vida cotidiana los romanos apenas ven nada de la anatomía de la mujer, por lo que el espectáculo es el *summum* ('lo **sumo**', 'el colmo') del morbo. ¡**Lívidos** (*lividus*, 'amoratado', 'cárdeno') nos hemos quedado de ver tanta **libido** (*libido*, 'ansia', 'lujuria', 'deseo **libidinoso**')!

Por eso este espectáculo recibe críticas: «¿Qué pudor puede mostrar una mujer que, renegando de su sexo, lucha con yelmo?» (Juvenal). Además, no sólo luchan *mulieres*, por dinero, porque reciben un **sueldo** (de *solidus*, que al principio era el adjetivo '**sólido**' y luego una cierta moneda de oro llamada '**sueldo**'); lo grave es que, como nos cuenta Tácito, también combaten *feminae*, por puro placer: «Muchas esposas de senadores y personajes ilustres **se afearon** saliendo a la arena» (en latín, **feo** se dice *foedus*, que a su vez viene del verbo *foedare*, 'mancillar', 'profanar', 'envilecer', 'degradar'). Son el **oprobio** (*opprobrium*, 'deshonor', 'vergüenza'; derivado de *probrum*, 'ignominia', 'infamia') de su clase, de su alta clase social. Transgreden los límites que la moral —las costumbres— impone a su sexo y a su clase. ¡Todo sea por dar más atractivo al espectáculo! Nuestro vecino de al lado, ya amigo, no está muy conforme: «La mujer romana, en casa; a las tareas del hogar y a las labores de su sexo —no sabemos muy bien a qué se refiere con esta última expresión, pero nos lo imaginamos—. Para eso están las mujeres de fuera, no las romanas, que además lo hacen todo más **exótico**» (del latín *exoticus*, y éste, a su vez, del griego *exotikós*, 'de fuera', 'de pueblos lejanos'). O sea, que al erotismo le añaden el exotismo.

Las dos mujeres que vemos hoy son tracias, y luchan como tales, incluida la *sica*. Ha costado mucho traerlas de tan lejos, pero ese lujo caro hace que el espectáculo sea aún más **suntuoso** (*sumptuosus*,

‘costoso’, ‘fastuoso’) y **magnífico** (*magnificus*, ‘que hace grande’ a quien lo paga, ‘espléndido’). Una de ellas se llama Amazona y la otra Aquilea; parece que «representan» la lucha de Aquiles contra la reina de las Amazonas, pero realmente combaten entre sí. Para eso se han entrenado en su *ludus* y para eso les pagan; además, a la gente «les pone» ver luchar a dos mujeres de verdad. El veredicto final es leve, incluso se lo dicen en griego: *apelythesan*, perdonadas las dos.

Hermes, entre dios y gladiador

Pero si los gladiadores son considerados los dioses del Coliseo, uno de ellos tiene hasta nombre de dios: Hermes, el bello mensajero de los dioses olímpicos, a quien en los gimnasios griegos se le esculpían eróticas **hermas**. El poeta bilbilitano Marcial —que acaba de morir hace sólo tres años y que, según Plinio el Joven, «escribiendo tenía a raudales tanto sal como hiel, y no menos candor»— le escribió al gladiador Hermes un epigrama en el que ensalza la admiración que éste causaba en las gradas y el temor que provocaba en la arena, por lo que terminaremos con él este viaje nuestro en el tiempo. (Véase Figura 5.23). El epigrama XXIV del libro V de Marcial le canta así:

> Hermes, delicia marcial de este siglo; (1)
> Hermes, erudito en todas las armas;
> Hermes, gladiador y maestro de gladiadores;
> Hermes, tormenta y tremor de su propio *ludus*;
> Hermes, el único al que teme *Helius*; (5)
> Hermes, el único ante quien cae *Advolans*;
> Hermes, docto en vencer sin herir;
> Hermes, el sustituto de sí mismo;
> Hermes, la riqueza de los revendedores;
> Hermes, el favorito y el tormento de la mujer del gladiador; (10)
> Hermes, soberbio con su belígera asta;
> Hermes, amenazador con el tridente marino;
> Hermes, temible bajo su lánguido casco;
> Hermes, gloria de Marte universal;
> Hermes, solo en todas [las armas] y único en tres. (15)

COMENTARIOS, verso a verso:
(1) *Saeculum*, en latín, es ‘**siglo**’, ‘época’, ‘generación’ (32 años, más 4 meses). En el latín eclesiástico, equivale a ‘vida terrenal’, de donde derivan **seglar** y **secular**, por lo que **secularizar** será ‘hacer secular lo que era eclesiástico’.
(2) *Eruditus* es ‘**erudito**’, ‘instruido’, ‘diestro’, ‘docto’. Si el adjetivo *rudis* es lo ‘**rudo**’, ‘tosco’ y ‘sin trabajar’, entonces *erudire* es ‘quitar la rudeza’, aprendiendo al menos los **rudimentos** mediante la **erudición**.
(3) *Magister* es el ‘**maestro**’, y también el ‘jefe’. De ahí derivan, por ejemplo, **amaestrar** (¿no será eso lo que hacen los maestros con algunos niños asilvestrados?), pero también **magisterio** (‘jefatura’) y **magistrado** (‘cargo público’).
(4) *Turbo* es ‘**turbión**’, ‘tormenta’, ‘torbellino’, de donde deriva todo lo **turbulento** y **turbador** y hasta los **estorbos**. Y *tremor* es eso, ‘**tremor**’, ‘temblor’, ‘terror’, de donde nos viene el **trémolo** musical y esa sensación de carne **trémula** que sentimos a veces.
(5) *Timere* es ‘**temer**’. No hay que ser **temerario**, pero tampoco **timorato** ni **tímido**; sólo hay que temer al **temor**.
(6) *Helius* y *Advolans* eran dos gladiadores famosos: el primero se comparaba al Sol, como los **heliotropos** se orientan a él, y el segundo presumía de ser tan valiente que ‘volaba hacia’ (*volare ad*) el combate. ¡A ver si te tienen que sacar «en **volandas**» mientras te cantan con su **vuelo** todos los **volátiles** que **revolotean** sobre el Coliseo!

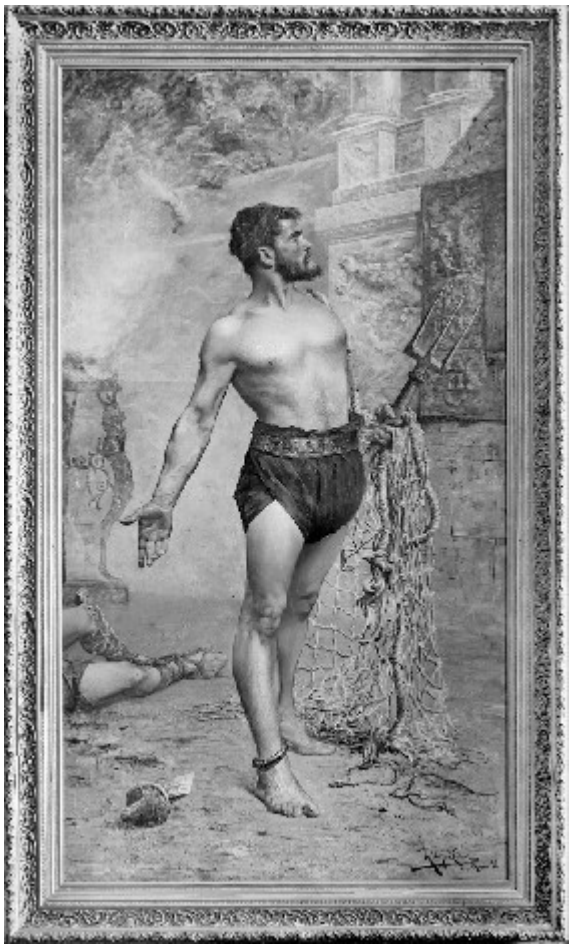


Figura 5.23. El gladiador era un personaje tan mítico entonces como hoy pueda serlo el mayor ídolo del fútbol, el más aclamado cantante de moda… o el torero más popular. Era un auténtico Hermes, entre dios y gladiador, tal como decía el poeta hispano Marcial.

(7) *Docere* es 'enseñar', por lo que **docto** es 'quien ha aprendido' y **doctor** 'quien enseña' lo que ha aprendido (por ejemplo, la **doctrina**, o sea, la 'materia que se enseña'). *Vincere* es '**vencer**', por lo que *victor* es '**vencedor**' y un gladiador **invicto** es un 'no vencido'. Por último, *ferire* es 'golpear', '**herir**'; y un gladiador te puede causar **heridas** e incluso **zaherir**, 'herir en la faz', en la cara.
(8) *Ponere* es '**poner**', por lo que *subponere* es 'poner debajo', 'poner en sustitución de'. Y Hermes es tan bueno que sólo él puede ser sustituto de sí mismo.
(9) En latín *locus* es '**lugar**', por lo que, en español, **local** es 'lo relativo al lugar' y **localidad** es el 'lugar que te corresponde'. Pues bien, en el Coliseo había un *locarius* que te **colocaba** en tu localidad, pero que a veces se hacía rico revendiendo las localidades, como sugiere este verso de Marcial. La corrupción no es de hoy. [Por cierto, la primera **errata** documentada en piedra en España («*Errare humanum est!*») es de un texto del siglo VII: en un capitel de la magnífica iglesia visigótica de San Pedro de la Nave, en Zamora, el escultor confundió *locus* con *lacus*… y puso al profeta Daniel, no en el 'lugar' o foso de los leones, que era su «localidad» natural, sino ¡en el 'lago' de los leones! Incluso por eso, la iglesia merece una visita.]
(10) En este verso, Marcial nos habla de la *ludia*, la 'mujer del gladiador', esclava vinculada a un *ludus* y que vivía allí. Marcial nos dice que Hermes era la *cura* de la *ludia* (su 'cuidado'; aquí, su 'favorito', su 'objeto de deseo') pero también su *labor* (su 'trabajo', de donde vienen **labor** y **laborioso**; aquí tiene el sentido de 'preocupación', 'desgracia', 'infortunio', pues Hermes la puede dejar viuda).
(11) *Superbus*, '**soberbio**', 'altanero', el que se **ensoberbece** porque es superior y está orgulloso de serlo. Ya sabemos que, en latín, *hasta* significa '**asta**', 'lanza'. Y *belligera* indica 'que lleva' (*gerere*, 'llevar') 'la guerra' (*bellum*), o sea, que es **beligerante**.
(12) *Minare* es '**amenazar**', por lo que *minax* es '**amenazador**'. Y *aequor* es la 'superficie del mar', por lo que *aequoreus* sería 'marino', 'marítimo', de donde procede nuestro poético pero moribundo **ecuóreo**.
(13) *Timere*, '**temer**'; *timendus* (gerundio), 'que se debe temer'. *Cassis*, *cassidis*, es el 'casco', cuyo penacho cae **lánguido**, en latín *languida* (pues *cassis* es femenino).
(14) Hermes es la gloria de Marte, el dios romano de la guerra, en todo tipo de combates.
(15) *Omnia solus*: **sólo** Hermes es bueno en **todas** las armas; *et ter unus*: y en **tres** de ellas es **único**. También puede que aquí Marcial esté refiriéndose a que el gladiador Hermes, al igual que el dios Hermes, sea **trismegisto**: en griego (por sincretismo con el dios egipcio Dyehuty, o sea, Tot) se le llamaba *Tris Mégistos*, 'tres veces el mayor'; en latín, *Ter Maximus*, 'tres veces máximo'. ¡Se necesitaba un dios griego, más uno egipcio, para igualar a tal gladiador!

Se está poniendo el sol. Nos hemos pasado aquí todo un día, desde el **alba** (femenino del adjetivo *albus*, 'blanco', porque el día clarea «e quieren quebrar **albores**») hasta el **ocaso** (*cadere* es '**caer**', por lo que *occasus* es cuando el sol 'cae' en el horizonte). El sol ya no hiere, las fieras ya no rugen, los muertos ya no gimen. Los vivos celebran haber sobrevivido, al menos hasta el próximo combate. Se da un banquete público en honor a los gladiadores que han triunfado, haciendo las delicias de la plebe... y hasta las delicias del embajador indio.

La cavea y las *fornices* se convierten entonces en un lupanar. Pero nosotros estamos **fatigados** (de *fatigare*, 'extenuar', 'agotar') y no queremos tampoco fatigar al lector. Así que... ¡lo dejamos para otro viaje!

ENTRE EL ARTE, LA RELIGIÓN, LA CULTURA… Y LA MAGIA

(Salamanca, 1492)

Hemos visto que muchas palabras nuestras proceden del griego, y no sólo palabras del mundo del teatro y de los deportes olímpicos, sino también de otros muchos campos semánticos. Hemos visto también que muchísimas otras palabras nos vienen del latín, como nos enseñó nuestra visita al Coliseo romano, hasta el punto de que nuestra lengua pareciera que no es sino un simple dialecto evolucionado del latín.

Pero eso ocurrió hace mucho tiempo: en el teatro de Atenas y en el estadio de Olimpia estuvimos hace dos milenios y medio, y en el anfiteatro de Roma hace casi dos mil años. ¡Por no hablar de las posibles palabras de origen egipcio, aún más antiguas! Hay que ver cómo huye el tiempo.

¿Y qué ha pasado después? ¿No hay ninguna otra época a la que merezca la pena viajar para ver cómo vivían entonces nuestras palabras? Por supuesto que sí, muchas. Pero hay una que nos atrae especialmente.

Salamanca, octubre de 1492

Después de nuestras cuatro visitas al mundo pagano (una a Egipto, dos a Grecia y una a Roma), nos tenemos que confesar en el mundo cristiano. Y, para eso, nada mejor que viajar a una ciudad que no tiene una catedral, sino dos, una Vieja y una Nueva: Salamanca.

La nave del tiempo se nos detiene hoy en medio de la Catedral Vieja. Bueno, en realidad, en este momento sólo hay una catedral, pues aterrizamos en 1492 y en ese año la Nueva no es más que un proyecto. Pero es que 1492 es un año especial, y no sólo para nuestra historia, sino también para nuestra lengua.

Esta vez la nave del tiempo nos deja en la nave central de la **catedral** (en griego, *hedra* significaba ‘asiento’, ‘acción de sentarse’, y *katá*, ‘abajo’, ‘sobre’, por lo que *kathedra* era el ‘asiento sobre’ el que uno se sentaba y también, por metonimia, lo que uno ponía sobre el asiento: las ‘posaderas’, las **caderas**, pasando posteriormente del griego al latín *cathedra* con ambos significados, ‘asiento’ y ‘posaderas’; luego, a través del latín vulgar *kathegra* se formó nuestra **cátedra**, que era el ‘asiento’ o ‘silla’ desde la que enseñaban —algunos incluso **ex cátedra**— tanto los **catedráticos** de la Universidad como los obispos de la «iglesia **catedral**», expresión que después se simplificó elidiéndose la ‘iglesia’ y pasando la ‘catedral’ de adjetivo a sustantivo). Por eso la catedral es la **sede** del obispo (del latín *sedes*, ‘silla’, ‘asiento’). ¡Qué obsesión con **sentarse** (del latín *sedentare*, ‘ponerse en la sede’, ‘en la silla’)!

Es una **iglesia** armoniosa (el verbo griego *kalein* significaba ‘llamar’, por lo que *ekkalein* era ‘llamar fuera’, ‘invitar a salir’, ‘convocar’, y así *ekklesía* era la ‘asamblea’, la ‘reunión’ a la que el pueblo era convocado, pasando luego tal palabra —que nos llegará a través del latín *ecclesia*— a designar el edificio en el que esa asamblea se reunía, la ‘iglesia’). El ambiente invita a la concentración en sí mismo, al ensimismamiento. Casi se palpa la **penumbra** (compuesto del latín: *paene*, ‘casi’, como en **pen**ínsula, ‘casi isla’, y *umbra*, **sombra**, como en **umbrá**culo, instalación que está ‘en sombra’), sólo rota por la luz de las velas y perfumada por el penetrante olor de éstas.

Estamos en octubre, y ya hace frío y amanece tarde en Salamanca. La **nave** central está flanqueada por dos naves laterales, algo más estrechas y no tan elevadas (‘nave’ viene del latín *navis*, **navío**, **nao**, ‘embarcación’, pues su techumbre nos recuerda un barco invertido, boca abajo, como una cóncava nave que surcase ese mar azul que es el cielo; esperemos que, al **navegar** por los procelosos mares digitales, nuestro **navegador** no **naufrague** por ignorar el latín *navis frangere*, ‘romperse la nave’).

Las naves laterales están separadas de la central por sendos arcos **formeros** (que les dan ‘forma’), mientras que las laterales están divididas en cinco tramos mediante cuatro arcos **fajones** (que, como las costillas del cuerpo humano, sujetan su contenido y lo ‘fajan’ y refuerzan). El **arco** es, como la ‘nave’, otra metáfora: viene del latín *arcus*, que es el arma con la que se disparan flechas, en este caso flechas que se dirigen hacia el cielo, hacia donde ese arco de piedra parece apuntar.

1. El péndulo de la historia

Primera sorpresa: si miro la parte inferior de las columnas, es arte románico; pero si miro hacia arriba, ya es

gótico, pues los arcos son apuntados, y las bóvedas, de crucería. Al ver nuestra extrañeza se nos acerca un joven con aspecto de clérigo, y nos explica:

—Es que en Salamanca hemos llegado tarde al gótico. Cuando empezamos la catedral, hacia 1150, apenas hacía diez años que el abad Suger había inventado el gótico al construir su abadía de Saint-Denis al norte de París.

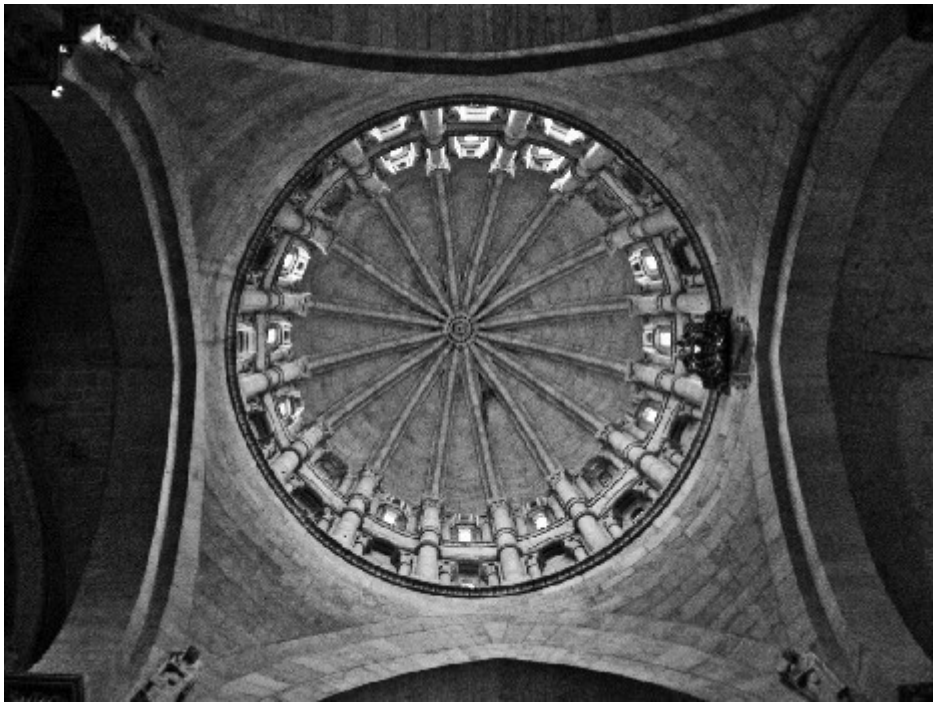


Figura 6.1. Interior de la Catedral Vieja de Salamanca. Cuatro **arcos** forman cuatro **pechinas** que soportan un **cimborrio** doble que sostiene una **cúpula**.

—Claro —le comento—, las noticias entonces tardaban mucho en llegar de un país a otro.

—Y por eso la empezamos a construir en estilo **románico** (que imita la forma de edificar 'de la antigua Roma', con arcos de **medio punto**, o sea, 'de medio círculo', y bóvedas de **medio cañón**, como 'la mitad del ánima de un cañón').

—Es una vuelta a lo clásico, a lo de Roma.

—Sí, pero años después, cuando ya teníamos construidos los muros, nos llegó la noticia de la moda europea del **gótico** y cerramos las naves con el nuevo estilo, el 'de los godos' (aunque los romanos consideraban a los bárbaros eso, unos bárbaros, los **godos** se consideraban a sí mismos 'nobles' y 'ricos', que es lo que significaba esa palabra, dividiéndose geográficamente entre **ostrogodos**, o 'godos orientales', y **visigodos**, o 'godos occidentales').

—En esto de los estilos, vais dando bandazos de un lado al otro, ¿no?

—¡Exacto! Es un movimiento **pendular** ('que pende', derivado del verbo *pendere*, **pender**, 'colgar'), nos movemos entre lo clásico, en un extremo del péndulo, y lo bárbaro, en el extremo contrario: primero romano, en el extremo de lo clásico; luego visigótico, en el contrario; después románico, volviendo a lo clásico; y ahora gótico, otra vez bárbaro, en el punto opuesto.

—¿Y qué vendrá luego?

—Luego no, ahora: los italianos ya han iniciado el **renacimiento** (porque está 'volviendo a nacer' el estilo artístico de la antigua Roma), pero me temo que volveremos a llegar tarde.

—¿Cómo?

—Sí, hace año y medio que el Cabildo, con el apoyo de la Reina, ha enviado una carta al Papa de Roma solicitando permiso para construir una nueva catedral, pues ésta se nos ha quedado pequeña. Y me imagino que, ahora sí, la harán gótica, como la podíamos haber hecho hace más de tres siglos. Por tanto, también ahora llegaremos tarde: en vez de hacerla en el nuevo estilo **renacentista**, nos quedaremos una vez más en el pasado.

—¡Qué pesimista! Lo importante es que sea bella —defiendo yo ahora a los **arquitectos**, aunque sólo sea porque tienen las cinco vocales—. Y ésta lo es ('arquitecto' es una palabra compuesta de dos griegas: del prefijo 'arqui-' o 'archi-', que viene del verbo *arkhein*, 'ser el primero', 'el que manda', como en **archi**duque, 'el primer duque', **arz**obispo, 'el obispo principal', o **arc**ángel, 'el jefe de los ángeles'; y del nombre *tekton*, 'obrero'; o sea, que arquitecto es 'el jefe de los obreros').

—Sí, ésta lo es. Eso sí es verdad. Muy bella. ¡Y eso que sólo has visto las naves longitudinales, no el **crucero**! (La iglesia tiene planta de **cruz latina**, con un brazo más largo que el otro, como sucede en las

iglesias ‘de rito latino’, no de **cruz griega**, con los brazos igual de largos, como en las ‘de rito griego’, y donde los dos brazos ‘se cruzan’ es el crucero.)

Al llegar al crucero, el efecto de luz nos impresiona. Un cimborrio permite que la claridad de la mañana entre ya a raudales, a través de sus ventanas. (Véase Figura 6.1).

2. Metáforas en la catedral

—¡Qué curioso, cómo se ha pasado de un espacio cuadrado abajo, en el suelo, a un espacio circular arriba, en el techo!

—Sí, por el sistema de pechinas: al final de los cuatro pilares que sostienen la techumbre, el arquitecto ha construido cuatro **pechinas** (claro, como las conchas de esos bivalvos tan ricos, las ‘pechinas’, otra metáfora más). Así ha pasado del espacio cuadrangular al circular, sobre el que ya ha podido construir un doble **tambor** (¡otra metáfora, qué poético es el lenguaje de la arquitectura: naves, arcos, cañones, pechinas, tambores, como si todo cupiese en una iglesia!) o **cimborrio** (del griego *kiborion* —a través del latín *ciborium*—, que era el fruto del nenúfar, ¡más metáforas!). Y, sobre el cimborrio, sostenida por dieciséis nervios semicirculares (¡‘nervios’, otra metáfora!), la **cúpula** (diminutivo del latín *cupa*, ‘cuba’, por la similitud de su forma, octava metáfora).

(**Metáfora** viene del griego: *metá*, ‘más allá’, y *pherein*, ‘llevar’, por lo que una metáfora nos ‘traslada más allá’, que es como se llaman aún en Grecia los medios de ‘transporte’: *metaphorés*.)

—¡Es geometría pura! —le comento yo, que también quiero aportar alguna explicación.

—¿Cómo?

—Sí, el «arco» románico es un semicírculo; si prolongas ese arco a lo largo de un eje longitudinal, tienes una «nave» románica... y ese mismo arco girando sobre sí mismo te da una «cúpula».

—¡Cierto, muy curioso! No lo había pensado —parece que me lo he ganado, pues cada vez me habla con más confianza.

—¿Y cómo es por fuera?

—Ya lo verás luego. El cimborrio está protegido por cuatro torrecillas circulares que se alternan con cuatro pináculos, y la cúpula está cubierta por escamas de piedra imbricadas entre sí como si fuesen la loriga de un guerrero (la loriga, toda una metáfora visual; y ahora viene la décima: las velas). El remate es una **veleta** en forma de gallo, por lo que la gente llama a la cúpula la Torre del Gallo (en latín, *vela* eran ‘las velas’ de un navío, por lo que veleta sería una ‘vela pequeña’, aunque Corominas sugiere un posible origen árabe).

De tanto mirar el cimborrio, casi cogemos **tortícolis** (¡perdón, aún faltan cuarenta años para que Rabelais acuñe esta palabra a partir del latín *collum*, **cuello**, y *tortum*, **torcido**!). Por ello, para evitarlo, bajamos la vista y descubrimos...

Detrás de la tabla: el retablo

Las tres naves terminan en sendos ábsides semicirculares, cubiertos por bóveda de cuarto de esfera o de **horno** (del latín *furnus*, por la forma de los antiguos ‘hornos de leña’, ¡otra metáfora: un horno en una catedral!). El ábside del centro, como corresponde a la mayor amplitud de la nave central, es mayor que los dos laterales, y en él se aloja un impresionante **retablo** (del latín *retro*, ‘detrás’, y *tabula*, **tabla**, ‘mesa’, pues está formado por *tabula picta*, ‘tablas pintadas’, que están ‘detrás’ de la ‘mesa’ del altar; quizás a través del catalán *reataula* > *retaule*). Situado ‘detrás de la mesa’ del altar, el retablo tiene 53 tablas pintadas **al temple** (la **témpera** o ‘pintura al temple’ deriva su nombre del latín *temperare*, **templar**, ‘entibiar’, ‘combinar en la debida proporción’, y es la técnica en la que los colores se diluyen en agua con una cola fuerte). En las tablas del retablo se cuenta la vida de Jesús y María. (Véase Figura 6.2).

1. El arte que vino de Italia

—El retablo parece más alto que ancho —le comento a mi ya amigo—, pero realmente es al revés; es un **trampantojo** (‘trampa ante el ojo’, una ilusión óptica, como ocurre en el francés *trompe-l'oeil*).

—Sí, pero observa también las pinturas de la bóveda de arriba y de los muros que hay a los lados del gran retablo. Están pintadas ya **al fresco** (técnica que ha vuelto a poner de moda Italia, en la que los pigmentos se aplican cuando la capa de cal que recubre el muro está aún ‘fresca’, ‘húmeda’, lo contrario de *al secco*) y representan el Juicio Final.

—¡Qué buenas! ¡Y qué nuevas!

—Mira, sí, aquí no llegamos tarde. Es arte de nuestra época, arte de esta segunda mitad del siglo XV.

—¿Y cómo es que en arquitectura vais atrasados, pero en pintura no?

—Por el gran obispo Sancho de Castilla, que ocupaba la sede episcopal hace unos cincuenta años y que también fue rector de la Universidad. Viajó a Nápoles como embajador del rey castellano para entrevistarse con el rey Alfonso V el Magnánimo y allí se empapó del **Humanismo** que rezumaba aquella corte (la palabra *umanista* se crea por estos años en Italia para designar un movimiento cultural que, así como el Renacimiento propugnaba el regreso del arte de Grecia y Roma, defendía la vuelta de la lengua y la literatura clásicas). Por eso encargó entonces el retablo a los dos hermanos Delli y las pinturas de la bóveda y de los muros a su otro hermano, Nicolás Florentino, quienes importaron de Italia el arte renacentista que allí florecía.

—Ya veo que conocían mejor que nosotros las leyes de la **perspectiva** (compuesto del prefijo intensivo *per-*, 'a través de', y *spicere*, 'ver', 'mirar', o sea, 'mirar a través' de algo, atentamente).

—Le contrataron a Nicolás las pinturas por «setenta e çinco mill **maravedís**» (palabra de origen hispano árabe relacionada con los **almorávides**: del artículo *al-* y *moravití*, por el nombre del dinar almorávide) y le dieron de plazo para terminarlas «fasta año e medio complido». Eso sí, debería atenerse a las «muestras e estorias que vos mostrades debuzadas en un **pergamino**» (para que le aprobasen el proyecto, el italiano les había dibujado previamente varios bocetos en una vitela de ternera joven, técnica de soporte de escritura que había sido inventada siglos antes en la ciudad 'de Pérgamo'). Y él se comprometió a hacerlo todo «de buena obra e bien asentada lo mejor que yo sopiere e me Dios diere a entender». Firmando todos cumplir «todo lo **suso dicho**» (entonces esas dos palabras todavía se escribían separadas, por lo que su significado estaba más claro: del latín *sursum*, 'arriba', y 'dicho', o sea, 'lo arriba dicho', como **sursuncorda** significa 'arriba los corazones').

—Pero vosotros ¿en qué idioma habláis y escribís?

—En la catedral y en la Universidad, en latín. Pero en la vida ordinaria, en castellano. Ya te enseñaré luego —si te gustan mis explicaciones— un libro muy interesante.

—Vuestro latín no me suena muy clásico, pero vuestro castellano me parece precioso.

—Bueno, realmente hay mucha gente que todavía no sabe leer y escribir. Por eso, al entrar en una catedral, miran las vidrieras o ven los retablos y eso es para ellos como «leer» el **catecismo** (en griego, *ekhó* es **eco**, por lo que *katekhéin* es 'resonar', 'hacer sonar en los oídos', 'instruir', de donde deriva *katekhizein*, **catequizar**, y *katekhoúmenos*, **catecúmeno**, 'el que se instruye').

—Muy instructivo. Del eco al **catequista**.

2. Ni clérigo ni inquisidor

—Para «leer» el retablo hay que ir de izquierda a derecha; o sea, se empieza por el lado del **evangelio** (el prefijo griego *eu-* o *ev-* significa 'bien', 'bueno', como en **eu**genesia, 'bien nacer', y **eu**tanasia, 'bien morir', o como en **Eu**lalia, 'la bien hablada', y **Eu**sebio, 'el de buen sentimiento'; y *angellein* significa 'anunciar', por lo que un **ángel** es un mensajero que anuncia y, en conclusión, 'evangelio' es la 'buena nueva' que se anuncia) y luego se sigue hacia el lado de la **epístola** (el griego *stellein* es 'enviar', *epistellein* 'enviar un mensaje' y *epistolé* la 'carta' o 'mensaje escrito' que se envía). ¡Pero ten en cuenta que las filas de tablas se deben leer de abajo arriba!

—¡Un poco raros sí sois! El hombre ha inventado la escritura unas siete veces... pero nunca de abajo arriba: de izquierda a derecha sí, de derecha a izquierda también, de arriba abajo sí, incluso en espiral y hasta en **bustrófedon** (del griego *bous*, 'buey', y *strophé*, 'vuelta', la 'vuelta que dan los bueyes al arar', una línea a la derecha, la siguiente a la izquierda, y así sucesivamente), pero ¡jamás de abajo arriba!



Figura 6.2. **Retablo** de la Catedral Vieja, con las 53 **tablas** pintadas **al temple**. Arriba, en la bóveda, las escenas del Juicio Final pintadas ya **al fresco**.

—Oye, ¿tú no serás de la **Inquisición**, verdad? (en latín, *quaerere* es **querer**, 'buscar', e *inquirere* es **inquirir**, 'buscar con cuidado', por lo que *inquisitio* es **inquisición**, 'búsqueda cuidadosa', e *inquisitor* es **inquisidor**, el 'investigador'... aunque algunos inquisidores buscaron demasiado y con demasiado poco cuidado). Es que la reina Isabel ha establecido la Inquisición en Castilla hace catorce años y ese horrible tribunal se va extendiendo cada vez por más ciudades. ¡Queman gente viva!

—¿Yo, inquisidor? ¡No, gracias a Dios! ¿Por qué me lo dices?

—Pues porque, si te digo la verdad, a mí eso que cuentan las tablas del retablo sobre la vida de María y Jesús no me acaba de convencer. No me creo ese «catecismo».

—Pero ¿tú no eres clérigo? (Si consultamos un diccionario griego, veremos que *kleros* significaba 'lo que se obtiene por sorteo', 'lote', 'parte de una herencia', pero —no se sabe cómo— pasó a significar **clero**, 'conjunto de los sacerdotes', y *klerikós*, **clérigo**, 'miembro del clero', que eso mismo significa también **clerecía**, palabra que en Salamanca puede designar además el 'edificio donde se forma el clero'; pero no necesitamos consultar ningún diccionario para averiguar qué significa **anticlerical**.)

—¿Yo? ¡Por todos los **demonios**! ¡Claro que no! (En griego, *daimon* era una 'divinidad inferior' neutra, ni buena ni mala, un 'genio' o 'espíritu'; de hecho, la *eudaimonía* era el 'buen espíritu', la 'felicidad', y Sócrates decía oír una 'voz interior' de su *daimonion* que le inspiraba y guiaba; pero luego se metió la religión por medio y pasó a designar a los ángeles caídos, los 'demonios', y como la medicina aún no conocía bien la epilepsia, se creía que los **endemoniados** estaban 'poseídos por el demonio', por lo que para no invocar el nombre del 'demonio' se creó el eufemismo **demontre**, como para no decir 'diablo' se creó el eufemismo **diantre**... y, para no abusar del 'por Dios', decíamos **pardiez**.)

—Como vas vestido así, yo pensé que eras un sacerdote. (El adjetivo latino *sacer*, *sacra*, *sacrum* significa **sacro**, **sagrado**, 'destinado a los dioses', y ha dado innumerables derivados: desde **sacramento** y **sagrario** hasta la **sacristía** y el **sacristán**, desde el **sacratísimo** que ha sido **consagrado** hasta el **sacrílego** al que tal vez vayan a **sacrificar**, pasando, claro, por el **sacerdote** y la **sacerdotisa** que, a lo mejor, algún día volverá a haber.)

—¡Voto a...! En absoluto. Soy **estudiante** (al principio la Universidad se solía llamar **Estudio**, por lo que quienes estudiaban en ella no eran 'universitarios', sino 'estudiantes'. El latín *universitas*, que inicialmente significaba la 'totalidad' de una cosa, en la mentalidad gremial de la Edad Media equivalía a una 'comunidad' o 'colectividad' de personas, por lo que la *Universitas magistrorum et scholarium* designaría pronto la '**Universidad** de maestros y escolares', el «Ayuntamiento de maestros et de escolares» del que hablan *Las siete partidas* de Alfonso X el Sabio). Lo que pasa es que, como la Universidad nació de la antigua Escuela Catedralicia, aún vestimos este traje que recuerda mucho el de los clérigos: sotana, manteo y

bonete.

—Sí, la verdad es que parecéis curas. (En latín, *cura* significaba 'cuidado', como se ve aún cuando hablamos de la **curación** de un enfermo, por lo que se pasó a llamar **cura** a quien se encargaba del 'cuidado' de sus fieles. Una persona **curiosa** es 'cuidadosa' y un **curandero** desearía **procurar** remedios **curativos** a quien vive en la **incuria**, apenas 'sin cuidados'; en cambio, quien recibe una **sinecura** queda ya **seguro**, sin peligro.)

—Pues no. Soy un Villena, pertenezco a una familia muy conocida en Salamanca. Me llamo Enrique. ¿Y tú? Tampoco llevas unas ropas muy de moda, que digamos.

—Bueno, pues yo... También fui estudiante en Salamanca, pero de eso hace ya muchos años. Hoy vivo en una ciudad de la Corona de Aragón... ¡Y allí, ahora, no hay Inquisición! Ahora soy aficionado a esas cosas del origen de las palabras, las **etimologías** (del griego *étymos*, 'verdadero', 'auténtico', y *logos*, 'palabra', o sea, la ciencia que estudia el 'verdadero' significado de las 'palabras'; como decían los latinos, el *veriloquium*, el 'verdadero lenguaje') y también estudio **jeroglíficos** egipcios (recordemos, 'grabados sagrados').

—¡Qué interesante! De Egipto nos vienen muchos de nuestros conocimientos.

—Has dicho «nos» y «nuestros». ¿De quién?

—Bueno, de un grupo de amigos. Si confirmo que no eres inquisidor, ya te diré algo.

—¡Qué pesado con lo de la Inquisición! ¿Y qué era lo que no te convencía de este «catecismo» que es el retablo?

—Pues, por ejemplo, mira esa tabla, la tercera en orden de lectura.

—Sí, es de gran calidad. Veo que representa la *Anunciación*. Tiene influencia claramente italiana. El autor ya domina la perspectiva, como se ve en las líneas de los edificios, que buscan un punto de fuga.

—¡Déjate ya de arte! Vete al tema.

—Bueno, voy al tema: «arte» es una extraña palabra que, en mi tierra y ahora, es masculina en singular, «el arte», pero femenina en plural, «las artes».

—No, tampoco me hables de palabras, que no son el tema. La clave de lo que te digo no es artística, ni lingüística.

—¿Entonces?

—¡El contenido! Ésa es la clave.

—¿Y?

Una clase «particular» de teología

—Mira bien la tabla. Ves una mujer en el momento en que está quedando embarazada. Pero no está su marido. Sólo hay un hombre rubio, con alas, tan guapo como un ángel, y un palomo; ¿quién de los dos será el padre? Y ella le dice que se haga su voluntad.

—Oye, a mí no me metas en compromisos. ¡A ver si donde yo vivo no hay Inquisición, pero vas tú y me creas problemas! A lo mejor, el **palomo** representa algo (al principio, el latín distinguía entre: por un lado, *columba*, 'paloma', *columbus*, 'palomo', y por otro, *palumbes*, 'paloma torcaz', que en latín vulgar cambiaría a *palumba*; luego, ambos significados se confundieron entre sí, y unas lenguas romances se formaron a partir del primer término [como el catalán ***colom*** en masculino y ***coloma*** en femenino... o como el italiano *Cristoforo* ***Colombo***] y otras del segundo, por lo que hoy llamamos 'paloma' tanto a la doméstica como a la torcaz; y de ahí deriva nuestro **palomar**... aunque todavía podemos rastrear el primer término en nuestros **columbarios**). ¿No te dice nada el palomo?

—¡Vamos anda! En el mundo griego y latino, eso de las relaciones entre dioses y hombres estaba muy difundido. Así nació el mítico **Hércules** (que en griego se llamaba ***Heraklés***, la 'gloria de Hera', por *Hera*, la diosa de la que era servidor, y *kles*, que significaba 'gloria', 'fama', como se ve en **Cleopatra**, de ese mismo *kles* y del griego *pater*, **padre**, la 'gloria de su padre', ¡y también en **Patroclo**, que, a pesar de invertir el orden de las palabras, significa exactamente lo mismo, 'gloria del padre'!): el forzudo héroe nació de la relación del padre de todos los dioses con una mujer. Y así nació también el gran **Alejandro** (del griego *aléxein*, 'defender', y el genitivo de *aner*, *andrós*, 'del hombre', o sea el 'defensor del hombre'), de la relación de su madre, una mujer, con un dios. O al menos eso creía él: cuando en Egipto fue al oráculo de Amón en el oasis de Siwa, creyó oír la voz del dios, que le llamaba: «¡Hijo mío!».

—Es que entre los egipcios —le comento— también pasaba lo mismo. Es lo que se llama **teogamia** (recordemos: de *theós*, 'dios', y *gamos*, 'apareamiento', o sea, 'coito con un dios'). Cuando una reina o un faraón habían subido al trono de una forma dudosa y querían legitimar su poder, hacían circular la leyenda de que su madre les había engendrado con un dios. Y lo hacían grabar en las paredes de sus templos, como aquí, para que todo el mundo se enterase. Era su «catecismo». Su **propaganda** (recordemos: 'lo que se debe propagar'). Así lo hizo, por ejemplo, la reina Hatshepsut, que fue uno de sus faraones más famosos.

—¡Qué listos eran los egipcios! Y mira esa otra tabla, la del *Nacimiento*.

—¿Qué pasa con esa tabla?

1. Entre la historia y la falsificación

—Mi maestro me ha dicho que lleva muchos años buscando **documentación** histórica sobre ese nacimiento... (**documento** viene de *docere*, 'enseñar', por lo que un *documentum* era un escrito que servía de prueba, pues te mostraba algo, te lo demostraba; así, un *documentum virtutis* era una 'prueba de valor'). ¡Y no ha encontrado nada! Ningún **historiador** lo menciona (en griego, *historía* era 'investigación' y, por tanto, su resultado: era la **historia** o relato de alguien que había 'investigado' un hecho importante, visitando los lugares donde sucedió e interrogando a algún posible 'testigo', que es lo que significaba *híst*or, palabra que luego pasó a designar a los historiadores como el «padre de la historia» y sus sucesores).

—¿Y Flavio Josefo? Era **judío** (Judá fue uno de los doce hijos de Jacob, y sus sucesores crearon un reino en **Judea**, cuyos habitantes pasaron a llamarse 'judíos', término que luego designaría a todos los habitantes de ese pueblo, descendiesen o no de Judá) y precisamente escribió un libro sobre la religión en su país en esa misma época. ¿No lo menciona?

—Bueno, en los libros de Flavio Josefo hay una sola frase, de apenas unas líneas, en la que menciona a Jesús. Pero todo el mundo sospecha que es una **interpolación** (el latín *interpolare* significaba 'recomponer', 'reparar' y, por tanto, **interpolar**, o sea, 'falsificar', probablemente relacionado con el verbo *polire*, **pulir**, 'allanar', 'enjalbegar', siempre con el sentido de intentar 'igualar' algo que no estaba claro).

—O sea, que lo falsificó.

—Como entonces no había imprenta y los libros se copiaban a mano, pues un **escriba** de los que copiaron a mano su texto se debió de extrañar de que no lo mencionase... ¡y lo interpoló! O sea, lo añadió de su propia cosecha. (Desde que se inventó la **escritura** [del latín *scriptura*, 'trazar caracteres o letras'] en Mesopotamia y Egipto hace algo más de cinco mil años, siempre ha habido escribas [del latín *scriba*], que eran los pocos que sabían escribir y que ponían por escrito textos para los reyes y para los sacerdotes de los templos, oficio que, dado el analfabetismo de tanta gente, ha perdurado durante siglos hasta llegar a los **escribanos** de los juzgados o los **escribientes** de las plazas públicas de no hace tanto tiempo... o hasta el **escribidor** de Vargas Llosa. Y dado que 'escribían a mano', su texto era un **manuscrito** [del latín *manu scriptus*], como ocurría con las cartas de Cicerón, que eran *manu mea scriptae litterae*, 'cartas escritas por mi propia mano'. Y lo mismo ocurría con el **amanuense** [en latín *amanuensis*], que al principio era un siervo que escribía *a manu*, 'a mano'.)

—Sí, claro —le animo yo—, los **copistas** a menudo se equivocaban... y el copista siguiente copiaba los errores del anterior, más los suyos propios, que así se multiplicaban y eternizaban (en latín, *copia* significaba 'abundancia', que es lo que resultaba al **copiar** un original: se difundían ejemplares algo más 'abundantes' de un texto que había sido escrito por otro, ya fuesen textos literarios de Grecia y Roma o textos religiosos de la Biblia en monasterios medievales).

—Pero otros copistas eran aún peores —insiste el Estudiante—: si algo no les gustaba, pues lo cambiaban o, simplemente, lo suprimían; y, si echaban en falta algo, pues lo añadían.

—Para evitar eso, precisamente ahora está empezando en Italia el estudio científico de los textos, y así esperan identificar esas alteraciones, sean involuntarias o deliberadas. Ha habido un tal Lorenzo Valla que ha avanzado ya mucho en ese campo. Es el pionero de la **crítica** de textos históricos (palabra que procede del griego *krinein*, 'juzgar', 'decidir', por eso un enfermo puede encontrarse en un momento **crítico**, 'decisivo', y una **crisis** 'decide' cuál será el resultado de una situación): juzga si un texto es **auténtico** (derivado del nombre griego *authentes*, que 'obra por sí mismo', 'autor', relacionado con *autós*, 'el mismo') o una **falsificación** (**falsificar** es un compuesto de *falsum*, 'falso', más el verbo latino *-ficare*, de la misma raíz que *facere*, 'hacer': *falsum facere*, 'cometer una falsedad').

—Sí, ya me lo ha dicho mi maestro. Ese Valla es precisamente quien ha descubierto que la famosa *Donación de Constantino*, en la que se basan los Estados **Pontificios**, es una falsificación (**pontífice** es un compuesto del latín *pons*, *pontis*, 'puente', y *facere*, 'hacer', 'el que hace puentes', pues se refería a los romanos que construyeron los primeros puentes sobre el Tíber; luego pasó a designar a un tipo de sacerdote, siendo el *pontifex maximus* el jefe de todos ellos, cargo tan importante que lo asumieron los propios emperadores desde el mismo Augusto; al llegar el cristianismo, el pontífice era el obispo de una diócesis y por eso el documento fundacional de la «*Salmantine sedis*», del año 1102, llama a su primer obispo «*pontifici et magistro nostro*», como ocurría con los obispos de otras diócesis, reservando el título de «Sumo Pontífice» al obispo máximo, que es el de Roma). La *Donación* incluye palabras que no se acuñarían hasta siglos más tarde, así que... ¡es posterior a Constantino! Por tanto, es falsa. El falsificador simuló que el Emperador le daba al **Papa** unos territorios... y así nacieron estos grandes Estados que ahora tiene (ya en latín *papas* significaba 'padre', 'amo', cariñosamente **papá**, como en griego *pappas* era 'papá' y *pappos* era

‘abuelo’, con un componente afectivo similar al que emplean los fieles al llamar a su cura cariñosamente *pater* o **padre**, reservándose también aquí «Papa» con mayúscula y sin acento para el ‘papá’ de Roma).

2. Ritos, mitos y magia

—Contra esta otra tabla no tendrás nada que objetar, ¿no?

—¡Cómo que no! Es la *Circuncisión*, siguiendo el rito judío (recordemos: **circuncisión** significa ‘corte alrededor’). Pero entonces Jesús ¿era judío, como su madre, o no? Y si lo era, ¿por qué ahora la reina Isabel ha expulsado a los judíos, si Jesús y María lo eran? ¡Pobres judíos!

—Pues algo cambiaría, digo yo.

—Por otro lado, también esos judíos eran un tanto especiales. ¡Mira que creer que un dios podía escogerles a ellos como «pueblo elegido»! ¡Y los demás pueblos que se fastidien! (**elegir** viene del latín *eligere*, que, en el campo, era ‘arrancar’ lo malo, como en *eligere herbas*, ‘arrancar hierbas’, tomando luego un sentido positivo de ‘escoger’ lo bueno, como en *eligere uvam*, ‘escoger uva’, derivado de *legere*, que inicialmente era ‘recoger’, como en *legere flores*, ‘recoger flores’ para hacer un flori**legio**). Como dice mi maestro: «si dios es bueno, no puede rechazar a todos los demás pueblos; y si es malo, para eso ya estoy yo».

—¡Vaya un maestro! ¡Esto me huele a cuerno quemado!

—¿Y quién se cree que un dios, bueno o malo, se va a preocupar por el **prepucio** de la gente? (Esa palabra se tomó del latín *praeputium*, que significaba ‘prepucio’, pero también ‘impureza’, y los primeros cristianos se pasaron décadas discutiendo encarnizadamente sobre si se debían cortar esa piel, como los judíos, o no.) ¡Como si ese dios no tuviese otros asuntos de los que ocuparse!

—Y mira esa otra tabla —corto ese tema vidrioso—, la tercera de la última fila. Es la *Resurrección*. Aquí Nicolás Florentino no se documentó mucho: los sepulcros entonces no eran así, pero él ha pintado éste como son ahora.

—Sí, es un **anacronismo** (compuesto del griego *khronos*, ‘tiempo’, como en **cronó**metro, ‘medida del tiempo’, y el adverbio *aná*, ‘hacia arriba’ o ‘hacia atrás’ en el tiempo, por lo que un anacronismo sucede antes o después de lo que debiera, lo contrario de lo que ocurre cuando hay **sincronía**, cuando un hecho narrado va ‘con su tiempo’).

—Volviendo al tiempo de Egipto, que es lo mío, eso me recuerda un **mito** egipcio (recordemos: ‘mito’ procede del griego *mythos*, ‘fábula’, ‘leyenda’): también ellos tenían un dios, Osiris, que murió y luego, por arte de **magia**, resucitó (del griego *mageia*, ‘magia’, ‘brujería’, procede esa supuesta «ciencia» oculta que pretende conseguir cosas antinaturales, como crear el mundo mediante la palabra, en distintas religiones, o modificar las cosas mediante ritos, como «hace» una ***meiga*** gallega o como querrían conseguir los **magos**, sean reyes o no). No sé qué dirá de esto tu maestro.

—Pues él me sugiere que vaya a la tabla de la *Ascensión*, que es la cuarta empezando por el final (**ascender** viene del latín *ascendere*, que deriva de *scandere*, ‘subir’ [*ad*, ‘hacia’], ‘escalar’ un muro, ‘trepar’ como quien busca un **ascenso** en una empresa, y no precisamente en **ascensor**, como cuando buscamos nuestros **ascendientes** en nuestro árbol genealógico; pero en este caso el tema de la ascensión nos **trasciende**, pues ‘asciende más allá’ de lo que nosotros querríamos). Y me dice que, si su cuerpo ascendió al cielo, entonces dónde está ahora. Si alguien sube algún día hasta las nubes como un **ave** (del latín *avis*, que también dará **avión**), ¿lo encontrará ahí arriba, parado? Y si no está parado, sino que ha seguido volando desde entonces, ¿dónde se encuentra? ¿Adónde ha llegado?

—Bueno, yo no me meto en si él está en el **cielo** o no (en latín, *caelum* era el ‘cielo’, el ‘éter’ donde vemos las nubes y los astros, pero también donde vivían Júpiter, con sus rayos y truenos, y otros dioses, por lo que luego adquirió un matiz religioso como un lugar al que, tras la muerte, van los buenos). Lo que está claro es que, con esas ideas, tú te irás de patitas al **infierno** (en latín, el adjetivo *inferus* era lo **inferior**, lo ‘que está debajo’, por lo que el sustantivo *infernum* pasó a designar un supuesto lugar inferior al que iban los malos). No me extrañaría nada, pues estás cometiendo muchos **pecados** (al principio, *peccare*, **pecar**, era ‘cometer un error’, como *peccare unam syllabam*, ‘equivocarse en una sílaba’, o cuando un caballo *peccat*, ‘tropieza’, de donde tomó luego el sentido de ‘cometer una falta’, ‘obrar mal’).

—¿Y?

—Y en las pinturas de la bóveda, por encima del retablo, puedes ver lo que te espera: Nicolás, el pintor de Florencia, te ha pintado a los buenos a la izquierda, tan felices porque van a ir al **Paraíso** (palabra que, a través del *paradisus* latino y del *parádeisos* griego, nos llega del *pardēs* de los hebreos y, antes, del *pardēsu* o ‘parque’ de los babilonios, quienes durante el dominio persa lo tomarían del iranio *pairi-daēza*, ‘jardín cercado’, ‘recinto’: durante la cautividad de Babilonia, los hebreos escribirían el relato del *Génesis* y, según el historiador proximoriental Mario Liverani, tomarían de allí esta bella y longeva palabra, de tan largo recorrido). En cambio, pinta a los malos... preparados para caer en las fauces abiertas del gran demonio que

les aguarda en el infierno. ¡Allí irás tú!

—Bueno, allí me encontraré a más de un amigo. Sobre todo a mi maestro. ¡Y también a mucha otra gente interesante! Pero ¿tú crees que puede haber infierno? Si dios es bueno, no puede haber infierno.

—Oye, ¿pero tú quién eres? ¿Y quién es ese maestro del que tanto me hablas?

—Bueno, olvídalo. Vámonos enseguida, que allí viene un grupo de clérigos a los que no quiero ver. ¡Y al frente de ellos viene el **obispo**! (del latín *episcopus*, que inicialmente era algo así como 'inspector de los mercados'; procede del griego *epíscopos*, que se compone de *skopós*, 'observador', 'vigilante' [como en micro**scopio** y tele**scopio**], más el prefijo *epí*, 'sobre': el cristianismo primitivo les dio ese nombre por la 'visita de inspección' que los obispos hacían 'sobre' su diócesis, y el 'jefe de los obispos' sería el **arzobispo**, del latín *archiepiscopus*).

—¡Qué prisa te ha entrado de repente!

—Vamos a ver el **claustro**. Te gustará. (En latín, *claudere* es 'cerrar', y *clausus*, 'cerrado', por lo que un claustro es un 'lugar cerrado', como el claustro materno en el que está 'encerrado' el niño; por eso en algunas instituciones puede haber un ***numerus clausus***, un 'número cerrado', y por eso también algunas monjas están en **clausura**, aunque a otras mujeres eso les pueda provocar **claustrofobia**.)

Cuando la Universidad estaba en el claustro

El claustro es un bello recinto románico, de cien pies de lado (unos 28 metros), con un jardín paradisíaco en el centro. Y a él se abren capillas muy interesantes.

—¿Sabes de dónde viene la palabra 'capilla'? —le digo, por cambiar de tema y por aquello del *docere delectando* (de donde nos llegan la **docencia** y el **deleite**).

—¡Veo que también a ti te gusta 'enseñar deleitando'!

—Cuentan que, en un día de gran frío de hace más de mil años, san Martín de Tours se encontró a un mendigo **tiritando** (onomatopeya, por el sonido que se produce con el castañeteo de los dientes): dividió por la mitad su **capa** (del latín *cappa*, 'tocado de la cabeza') y la compartió con él. O sea, le dio una *cappella*, una 'capita'. Y, a partir de esa palabra, a la pequeña iglesia que se alzó luego en su honor se la llamó **capilla**, por lo que al eclesiástico que atiende una capilla se le llama **capellán** y a la fundación dotada por familias ricas para que digan misas por ellos cuando mueran se la llama **capellanía**.

—Al salir te enseñaré la capilla de San Martín, bajo la torre. La gente cree que, cada vez que se corta un trozo de aquella su capa, ésta vuelve a crecer. ¡Por eso hay tantos trozos de la capa de san Martín por capillas de todo el mundo!

—Un pequeño gran **milagro** (del verbo *mirari*, **admirarse** por algo **admirable**, 'sorprenderse' por algo **maravilloso**, aunque luego pasó a significar simplemente **mirar**; un texto posterior a esta época define así milagro: «*Est aliquid mirandum*, *vel mire factum*», «Es algo admirable, o admirablemente hecho»).

—La capilla de San Martín se llama también 'del Aceite'... Y, por cierto —me añade con una sonrisa diabólica—, ¿sabes tú de dónde viene la palabra 'aceite'?

—¡No me digas que también a ti te gusta eso de las etimologías!

—En español tenemos dos palabras para el mismo líquido: 'óleo' y 'aceite'. Una es de origen latino; la otra, árabe. La primera nos viene del latín *oleum*, ese producto **oleaginoso** que se le administra a un moribundo cuando le llevan los «santos **óleos**».

—Incluso algún día se podrían construir **oleoductos**.

—Pero como luego los árabes han estado por aquí casi ocho siglos, hasta que los reyes los expulsaron a principios de este año, pues tomamos de ellos su palabra *az-záyt*, 'el **aceite**', que es el zumo que se obtiene de *az-zaytúna*, 'la **aceituna**'. ¡Qué lujo tener dos palabras para lo mismo, **oliva** y 'aceituna'!

—Si un día viajas a Túnez, podrás visitar la mezquita *Al-Zaituna*, literalmente la mezquita de 'la Aceituna'. Según me dijo una guía, la construyeron los musulmanes hace casi ocho siglos sobre una antigua iglesia de... ¡santa **Oliva**! Precisamente, a esta santa virgen siciliana la martirizaron en Túnez sumergiéndola en una caldera de 'aceite' hirviendo. O sea, que todo cuadra.

1. Entre mudéjares y mozárabes

La primera capilla del claustro es la más antigua de todas y se usa como sala **capitular** (donde se reúne **a capítulo** o 'junta' el **cabildo** o 'cuerpo de eclesiásticos' de la catedral, todas ellas palabras formadas a partir del latín *capitulum*, diminutivo de *caput*, 'cabeza', o sea, los 'cabecillas').

—Fíjate en su bóveda **ochavada** (de *octavus*, 'en octavos', 'en ocho paños'). Es de estilo románico-**mudéjar**. En árabe hispano llamamos *mudággan* a los musulmanes 'domados' (que eso significaría 'mudéjar' inicialmente) a quienes hemos 'permitido quedarse': de acuerdo, te hemos vencido, pero puedes 'permanecer' aquí e incluso conservar tu religión con tal de que pagues un tributo. Son buenos **albañiles**

(del hispanoárabe *albannî*, por el árabe *bannā* , 'construir', o sea, 'el constructor'; en la exposición «Antes del Diluvio», sobre la antigua Mesopotamia, se hacía remontar esta palabra árabe al acadio *banû*, 'construir', por lo que el albañil vendría a ser 'el que pone ladrillos'). Por eso, los albañiles mudéjares construyen templos cristianos para nosotros... con técnicas y ornamentación árabes. ¡Estos árabes nos enseñan muchas cosas —y, por tanto, muchas palabras—, sobre todo relacionadas con la agricultura y la construcción!

—Pues a mí me han dicho que, dentro de poco, el doctor Rodrigo Maldonado —abuelo de un **comunero**, que defenderá a las 'Comunidades' de Castilla— propondrá que en esta misma capilla se celebre la misa en el rito cristiano hispano-**mozárabe** ('mozárabe' sería el paralelo opuesto a 'mudéjar': un cristiano al que se permitía vivir en los territorios hispanos conquistados por los árabes, conservando su religión pero pagando tributos; vendría del hispano-árabe *musta'rabí*, 'arabizado', 'semejante a los árabes' por sus nuevas costumbres y vestimenta: una crónica antigua dice que, cuando el emperador Alfonso VI reconquistó Toledo de los árabes en 1085, «*transtulit secum multos Christianos quos vocant Muzarabes*», palabra a palabra: «trasladó consigo a muchos cristianos a quienes llaman mozárabes»). Y, como Maldonado parece ser 'de Talavera', pues la capilla se pasará a llamar «capilla de Talavera».

2. La capilla de la Universidad

La segunda capilla del claustro es la más relacionada con la Universidad. Porque la Universidad empezó aquí, en la catedral, aunque luego se separó y se estableció por los alrededores. Y la de Salamanca es la más antigua de las existentes actualmente en España.

—La Universidad de Salamanca —me cuenta el Estudiante— la fundó el rey Alfonso IX de León en 1218 en esta misma catedral, a partir de la vieja Escuela Catedralicia. La catedral proporcionaba aulas, profesores y alojamiento.

—¡Bravo por ese rey! Era de Zamora, ¿no?

—Sí, y no sólo se le debe la primera Universidad de España, sino también las primeras **Cortes** de Europa (en latín, *hortus* era **huerto** y *cohors* era 'corral', 'recinto', pasando luego a llamarse así a la **cohorte**, 'unidad militar' que vivía en el mismo recinto; y, en español, **corte** pronto designó al 'séquito del rey' y luego, ya en plural, a la 'cámara legislativa', cuyos miembros... ¡ojo, no nos vuelvan a llevar al huerto!). En 1188, Alfonso IX reunió en León la Curia Regia y, por primera vez, además de los nobles y el clero asistieron representantes de las ciudades. Ése fue el primer **Parlamento** del mundo (el griego *parabolé* y el latín *parabola* significaban **parábola**, 'comparación', y de ahí proceden nuestra **palabra** y también el término occitano *parler*, el cual daría origen a nuestro **parlar** y a los 'parlamentos' de casi todos los idiomas). Fue una institución española que pronto sería imitada por muchos países de toda Europa.

—No hemos tenido mala suerte con los Alfonso: el VI conquista Toledo, el VIII vence en las Navas de Tolosa, el IX convoca el primer Parlamento de Europa y crea la primera Universidad de España, el X es «el Sabio» y...

—¡Y para de contar!

—Bueno, la verdad es que, muy poco antes de la de Salamanca, se creó una universidad en Palencia, pero apenas duró unos años. De hecho, el Concilio de Carrión ya menciona la «*archiescola*» de Salamanca en 1130, y en 1174 tenemos el primer vestigio de la Escuela Catedralicia: había ya un tal Pedro que era el **maestrescuela** de la catedral (era un *magister scholarum* o 'maestro de las escuelas').

—Aquí sí que llegasteis a tiempo los salmantinos. Estuvisteis a la altura de Europa: la universidad de Bolonia se funda en 1088, Oxford en 1096, París en 1150...

—Luego, en 1254, Alfonso X el Sabio otorgó una carta magna «a petición de las escuelas del Estudio de la **Universidad** de Salamanca». ¡Era la primera vez que se la llamaba «Universidad»! En París el nombre aparece en 1261: «*Universitas Parisiensis*». (Ya lo sabemos: a partir del latín *universum*, **universo**, el 'conjunto de todas las cosas', se acaba formando la *Universitas* como 'conjunto de los maestros y escolares', la 'colectividad de los profesores y estudiantes', que se simplificará como 'universidad').

—Es que Salamanca reúne las condiciones que el Rey Sabio, en *Las siete partidas*, fijó para la ciudad universitaria ideal: «De buen aire e de fermosas salidas debe ser la villa [...], porque los maestros que muestran los saberes e los escolares que los aprenden vivan sanos en él e puedan folgar e recibir plazer en la tarde cuando se levanten cansados del estudio».

—¡Eso, eso! Muy bien por lo de «folgar». ¡Qué sabio era! Y sólo un año después, en 1255, el papa Alejandro IV, a petición del Rey Sabio, autorizó a la Universidad a conceder grados en cualquier **facultad** (el adverbio latino *facul* significaba **fácil**mente, por lo que una *facultas* era la 'facilidad' para hacer una cosa, la 'capacidad' para llevarla a cabo, pasándose luego a llamarse así a la institución que proporcionaba una 'aptitud' especial en alguna ciencia o arte). Y por eso sus maestros y doctores quedaban **facultados** para enseñar en toda la Cristiandad... excepto en Bolonia y París.

—Pero sé que esta restricción —le ayudo a explicar— la eliminará otro papa, Juan XXII, en el año 1334.

Así, la autoridad del maestrescuela ya no le llegaba sólo del rey, sino también del papa. Un egresado de Salamanca podía enseñar ya en todo el universo cristiano. ¡Ahora sí que la Universidad era **universal**!

—Esta capilla en la que estamos es una de las dependencias más importantes del viejo Estudio, aunque luego veremos las nuevas, ya fuera de la catedral. En esta capilla se elegía y proclamaba al **rector** (en latín, el *rex* es el **rey** y *regina* la **reina**, por lo que *regnare* es **reinar** y, de la misma raíz, *regere* es **regir**, así que *rector* será 'el que rige', quien reina en este *regnum* o **reino** cultural). (Véase Figura 6.3).



Figura 6.3. Capilla de Santa Bárbara, en el claustro de la catedral. Se ve el sepulcro de Juan Lucero, los **escaños** de los **examinadores** y el **sillón** del **examinando**.

—¿Y este sepulcro? Tiene una estatua **yacente** (del latín *jacere*, **yacer**, 'estar echado', por eso las inscripciones sobre los sepulcros suelen empezar diciendo: «*Hic jacet*», «Aquí yace») **policromada** ('de muchos colores', por el griego *polýs*, 'mucho', y *khroma*, 'color') y está rodeado por una **barandilla** (a veces hemos de reconocer que no sabemos el origen de una palabra, y éste es uno de esos casos: Corominas le dedica ocho columnas en cuatro páginas de letra pequeña, tras anunciar que es una «voz de origen incierto», así que no entraremos aquí en ese tema; simplemente recordemos que una 'veranda' o porche puede estar rodeada por una 'baranda' o balaustrada).

—Es el sepulcro del obispo Juan Lucero, que murió hace 130 años. Es el sitio más temido y más venerado de esta capilla de Santa Bárbara.

—Cuyo bárbaro nombre retumba como un trueno.

—¡Aquí se celebraban los **exámenes** de grado de la Universidad! (En latín, *examen* era la 'aguja' o 'fiel' de la balanza, por lo que *examinare* era **examinar**, 'poner en equilibrio': en un platillo de la *bilanx* o **balanza** se ponían los *pondera* o 'pesas' y en el otro el objeto que se quería pesar, y así éste se podía **ponderar** mirando el *examen*; Cicerón pretendía «*verborum omnium pondera examinare*», «ponderar todas mis palabras»; pues bien, lo mismo sucedía en los exámenes: se ponderaba si los conocimientos del **examinando** estaban equilibrados o no.)

—¡Qué miedo!

—Sobre la barandilla del sepulcro se ponían unos tableros que lo cubrían a modo de mesa, y en ella preparaba su examen el examinando. Éste venía el día antes y se encerraba aquí con todos sus **bártulos** (derivado del famoso jurista medieval Bártolo de Sassoferrato, cuyos libros se llevaban a la espalda al ir a clase ¡a pesar de lo mucho que pesaban!) y sus **mamotretos** (literalmente, 'criado por su abuela': del griego *mamme*, 'abuela', y *threptós*, 'alimentado', por exageración de los muchos años que el niño había estado mamando; se pondría tan 'gordinflón' que la palabra empezó a aplicarse a los 'libros muy abultados'). Y pasaba aquí toda la noche...

—... velando los libros, al igual que los caballeros andantes velaban las armas.

—A la mañana siguiente, el tribunal entraba en la capilla a la hora anunciada por las **campanas** de la catedral (cuando la gente no tenía móvil por el que hablar pero sí tenía móviles de los que hablar, los asuntos importantes se anunciaban mediante los *vasa campana*, grandes '**vasos**' o copas de bronce invertidos que, en esta mi visita a Salamanca, hace ya más de mil años que se inventaron en la región italiana 'de Campania').

—¡Claro, de esa noche pasada ahí procede la expresión «estar en capilla»!

—Los doctores se sentaban en esos **escaños** de madera (del latín *scamnum*, 'banco' con respaldo;

«*scannos et sellas*», «escaños y **sillas**», se lee ya en un documento del siglo x) adosados a los muros, con sepulcros a sus espaldas y el examinando delante. Éste se sentaba en ese mismo **sillón** con respaldo de cuero que ves ahí, y apoyaba los pies en la estatua yacente del obispo para que le inspirase.

—¿Y le inspiraba? ¿Funcionaba?

—A veces, sí. Y ya podía ser **licenciado** (con *licentia*, que tenía **licencia** o 'permiso' para enseñar determinadas cosas) o incluso **doctor** (*docere* es 'enseñar', *doctus* 'el que es **docto**', porque le han enseñado, y *doctor* 'el que enseña', que es aún *doctior*, 'más docto', y, por tanto, puede enseñar más cosas). Pero ya sabes que «*Quod natura non dat*...

—... *Salmantica non praestat*» —termino yo la famosa frase—, «Lo que la naturaleza no da, Salamanca no lo presta» (**prestar** viene del latín *prae-stare*, 'estar delante', 'salir fiador de uno' y 'responder de él', hasta el punto de estar dispuesto a darle un **préstamo**). O sea, que quien es un zoquete, por mucho que estudie en Salamanca, seguirá siendo un **zoquete** (en el sentido de «pedazo de madera o mendrugo de pan sobrantes» quizá provenga del hispanoárabe *çucata*, 'desecho', 'sobras'; pero, por el sentido de «persona tarda en comprender», podría venir del latín *soccus*, **zueco**, que era el calzado que llevaban los actores cómicos que representaban a personajes toscos y de cortas entendederas, por lo que también a ese actor se le llamaba *soccus*).

—Si un doctorando pasaba el examen, se le sacaba por la puerta principal de la catedral e incluso se celebraba una corrida de un toro en su honor. Y luego, con la sangre del toro y con **almagre** (del hispanoárabe *almágra*, 'la tierra roja', óxido rojo de hierro que se usa para pintar) se pintaba su **vítor** (del latín *victor*, 'vencedor') en los muros de la Universidad. Luego verás estos anagramas rojos pintados en muchas paredes.

—¿Y si no pasaba el examen?

—Pues se le sacaba por la humillante Puerta de los Carros. Como un burro.

3. Músicas celestiales...

Desde una capilla del lado sur del claustro nos llegan sones de **música** ('el arte de las musas', como **museo** es 'la casa de las musas'), y corremos a escucharla. Están ensayando para alguna celebración.

—Es la capilla de Santa Catalina —me explica el Estudiante—. Pero también se llama capilla del **Canto**, pues es aquí donde ensayan los **cantores** (en latín, *canere* era 'emitir sonidos melodiosos', de donde se forma *cantare*, **cantar**; es lo que se llama un «verbo frecuentativo», como en *dicere*, **decir** > *dictare*, **dictar**, o como en *dormire*, **dormir** > *dormitare*, **dormitar**).

El maestro de capilla dirige un pequeño grupo de cantores: la ***schola cantorum*** o 'escuela de cantores'. Leen música en un **cantoral**, un gran libro de coro que comparten, apoyado en un enorme **atril** (a partir del latín *lector*, 'el que lee', se formará *lectorile*, algo que ayudaba a leer, que en castellano antiguo dio *latril* y éste, por la dificultad de pronunciar «el *latril*», se acabó simplificando en 'atril').

—Están cantando **gregoriano**, llamado así en honor a Gregorio I, aunque no está muy claro en qué contribuyó este papa a ese canto. También se llama «canto llano», pues es música **monódica** (con 'una sola' línea melódica, 'un solo canto': del griego *monos*, 'solo', y *odé*, 'canto'), no esa **polifonía** (lo contrario, 'a varias voces': de las palabras griegas *polýs*, 'mucho', y *phoné*, 'sonido', 'voz') que tanto se lleva ahora. Interpretan una **antífona** (ese mismo *phoné*, más el prefijo *antí*, 'enfrente', componen el verbo griego *antiphonéin*, 'replicar', 'contestar', pues una antífona es un canto que va 'respondiendo' a otro a modo de estribillo).

—Veo que cantan ***a cappella*** (expresión italiana, derivada también del latín *cappella*: 'como en la capilla'). Es la pura voz humana, sin necesidad de acompañarla con instrumentos musicales.

—Sí, pero quizá luego tengamos la suerte de escucharles un **madrigal** polifónico ('madrigal' procede del italiano *madrigale*, aunque los propios italianos discuten sobre el origen de esta su palabra; una «etimología popular», pero bonita, es que venga de *carmen matricalis*, 'poesía [en lengua] materna'; quién sabe: *chi sa* en italiano, *qui sapit* en latín, **quizás** en español). Si tenemos esa suerte, verás que también se acompañan de instrumentos: por ejemplo, de ese **órgano** portátil que hay ahí (en griego, *ergon* era 'obra', 'acción', y *órganon* era el 'instrumento' o 'utensilio' con el que se obraba, pasando luego a designar también un 'órgano' musical; recordemos que en el anfiteatro romano se usaba ya un 'órgano' hidráulico para animar el combate de los gladiadores). He dicho **portátil** (del latín *portare*, **portar**, **portear**, que, con diversos prefijos, dará los compuestos **aportar**, **comportar**, **deportar**, **reportar**, **exportar** e **importar**... e incluso **soportar**, como estará haciendo quien nos siga) porque lo trans**portan** cuando salen a la calle cantando en alguna procesión o festividad. En la próxima capilla im**portante** verás el órgano más antiguo de España, que es uno de los más antiguos de Europa.

—¡Ojalá tuviéramos la suerte de escuchar a un **organista** ciego de Salamanca que se llamará Salinas! Un fraile amigo suyo, con aula propia en esta universidad, «dirá mañana» que, cuando suena la música

extremada gobernada por su sabia mano, «el aire se serena y viste de hermosura y luz no usada».

Luego ensayan un **tedeum** (del latín «*Te Deum*», «A ti, Dios», que son las palabras con las que empieza este himno de acción de gracias) y después un **kirie** o, completo, **kirieleisón** (no todo lo que se canta en gregoriano es latín; por ejemplo, este canto está en griego, como indican sus primeras palabras: *kyrie* es el vocativo de *kyrios*, 'señor', por lo que todavía en griego moderno *kyriaké* es el 'día del Señor', el 'domingo', y el verbo *eleein* significa 'apiadarse', 'compadecerse'; o sea, «Señor, apiádate»). Y luego un **Credo** (del latín *credere*, **creer**, por la primera palabra de este otro canto).
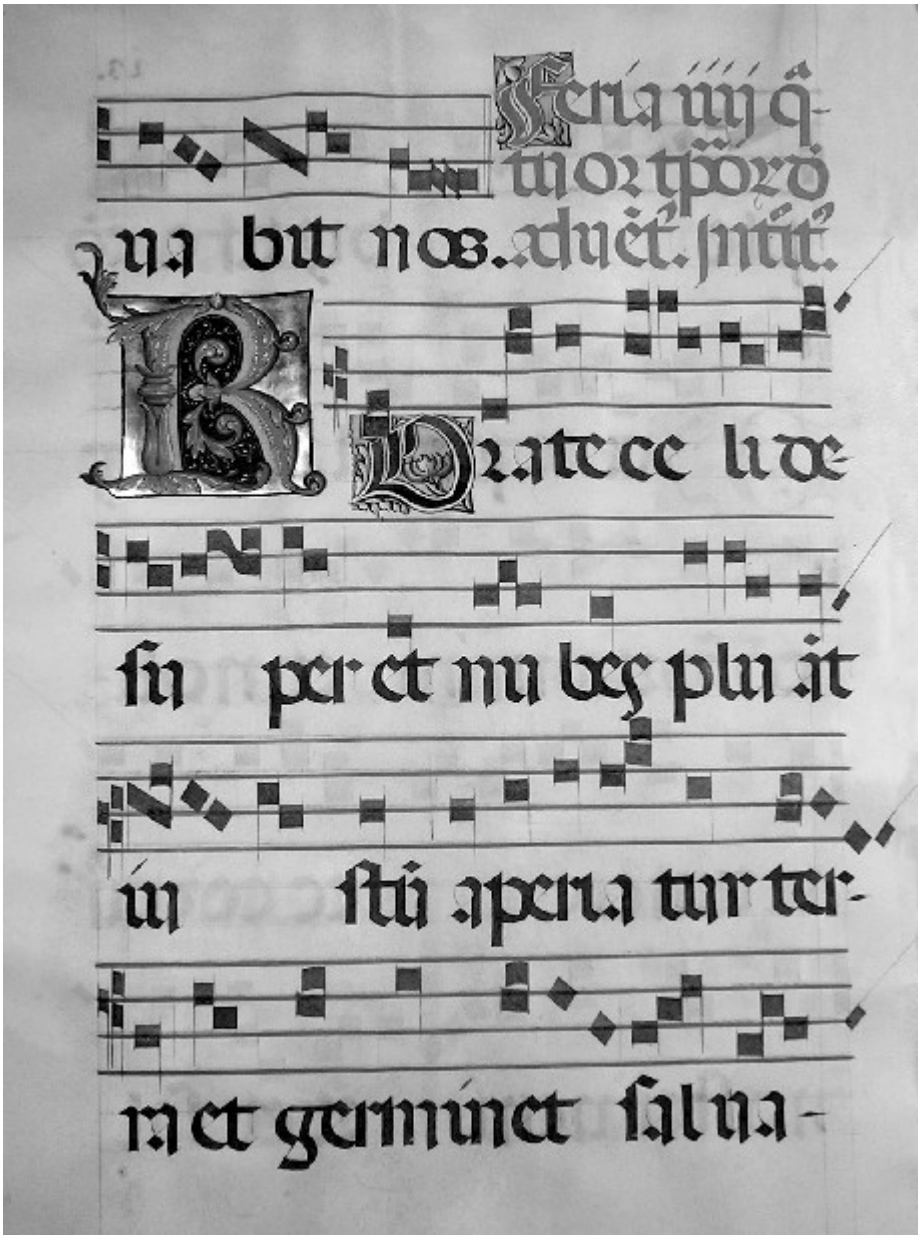


Figura 6.4. Partitura de música **gregoriana** en un manuscrito de la catedral. Las notas se escriben aún en un **tetragrama** ('cuatro líneas'), no en **pentagrama**.

—¡Ese texto, el *Credo*, sí que es antiguo! Tiene ya casi doce siglos. Los primeros **cristianos** (en griego, *khrisma* era 'ungüento', 'perfume', y *khristós* era el 'ungido', el 'perfumado', por lo que un seguidor de Cristo era *khristianós*, 'cristiano', oliese como oliese) habían estado tres siglos discutiendo si Jesús era dios o no, y cómo lo era, o si había un dios o tres... y muchas otras cosas, más o menos **bizantinas** (la ciudad de Bizancio tendrá fama de perderse en discusiones demasiado sutiles y/o inútiles). Y el emperador Constantino, que dejó de perseguir a los cristianos e incluso los legalizó, convocó un concilio y les animó a pactar un solo texto en el que creyesen todos ellos.

—Sí, eso fue en el año 325 —apunto yo—, en el Concilio de Nicea. Por eso el texto allí pactado se llama «credo **niceno**», por la ciudad de Nicea.

—Bueno, el credo se llama también «niceno-**constantinopolitano**» —¡qué puntilloso el Estudiante!— porque, a finales de ese mismo siglo, lo arreglarían un poco en **Constantinopla** ('la *polis* o ciudad de Constantino', que luego pasará a llamarse **Estambul**, nombre que proviene del griego medieval *eis ten polin*, '[voy] a la ciudad'; o sea, una sola ciudad con tres nombres sucesivos: Bizancio, Constantinopla y Estambul). Lo impulsó otro emperador, Teodosio, que no se conformó con que el cristianismo estuviese

autorizado, sino que hizo que fuese LA ÚNICA religión autorizada: lo proclamó la religión oficial. Y así pasó de religión perseguida a religión perseguidora.

—Bueno, no te compliques y no me compliques, que casi te veo los cuernos. En resumen, el credo es «el **símbolo** de la fe» (en griego, *sýmbolon* significaba 'contrato', 'contraseña': era una prenda o señal con la que se cerraba un pacto, partida en dos mitades; si, al cabo de un tiempo, se reencontraban los contratantes y las dos mitades del símbolo encajaban entre sí, es que el otro era el pactante, por mucho que hubiese cambiado, o bien su representante o su heredero).

Entre canto y canto, nos acercamos al cantoral. Y vemos que la música no está escrita en **pentagramas** (del griego *penta-*, 'cinco', como en **pentasílaba**, palabra que realmente tiene 'cinco sílabas', y *grammé*, 'línea', o sea, renglonadura de 'cinco líneas' paralelas para escribir música). Nos sorprende que a menudo abusa de los **melismas** (normalmente, a una sílaba de texto le corresponde una —y sólo una— nota musical; pero a veces la música parece regodearse en una sílaba y le dedica muchas notas seguidas, haciendo florituras sobre la misma: ya no es una escritura silábica, sino con melismas, del griego tardío *mélisma*, 'canto').

—Sí, la música gregoriana aún se escribe en **tetragramas** (renglonadura en la que sólo se usan *tetra-*, 'cuatro', *grammé*, o sea, 'cuatro líneas'; parecido al **tetramorfos** del arte medieval, en el que Cristo solía representarse entre 'cuatro figuras' [*tetra-morphé*] humanas con cabeza animal que representaban a los cuatro evangelistas). (Véase Figura 6.4). Y las notas habían empezado siendo simples **neumas** o signos curvos que se ponían por encima del texto (del griego *pneuma*, 'soplo', 'aliento', como en **neumá**tico). Pero ese sistema era muy impreciso, por lo que un monje italiano de Arezzo llamado Guido inventó, hace ya casi quinientos años, un sistema mucho más preciso y fácil de recordar.

—Sí, lo sé. Es la base del sistema musical que aún funciona en mi época. Los nombres de las notas proceden de un himno a san Juan Bautista en latín:

«***Ut*** *queant laxis* (1)
Re*sonare fibris*
Mi*ra gestorum* (3)
Fa*muli tuorum*
Sol*ve polluti* (5)
La*bii reatum*,
S*ancte* ***I****oannes*». (7)

—¡Es un acrónimo! Cogiendo las primeras sílabas de esos versos, tenemos los nombres de las notas musicales: **Ut**, **Re**, **Mi**, **Fa**, **Sol**, **La**... Menos en el último verso (7), en el que se deben coger las dos iniciales del santo: **SI**.

—Bueno —puntualizo yo—, y menos en el primer verso (1). Esa nota terminada en consonante, **Ut**, era difícil de pronunciar, por lo que un italiano apellidado Doni la sustituirá luego por la primera sílaba de su apellido: **Do**. ¡Eso sí que fue dar un «Do de pecho»!

—Así, ese Guido de Arezzo había inventado ya el **solfeo** (cuya etimología es fácil: viene de los nombres de las notas 5.ª y 4.ª: Sol-Fa, como el **alfabeto** proviene de las dos primeras letras griegas: Alfa-Beta y el **abecedario** se forma a partir de los nombres de las cuatro primeras letras del alfabeto español: A-Be-Ce-De). Ya resultaba mucho más fácil leer música, es decir, **solfear** un pasaje musical. Ese Guido había «puesto en **solfa**» todo el sistema de notación.

—¿Nos atrevemos a traducir esos versos tan **fructíferos** ('que llevan frutos')?

—Bueno, pero sólo como ejercicio de latín, sin atender al contenido.

—¡Y, sobre todo, deshaciendo ese orden tan complicado que tiene, ese **hipérbaton**! (Del griego *hyperbatón*, 'en orden invertido', 'traspuesto', que es lo que solía hacer la poesía barroca, como sucede en: «Estos, Fabio, ¡ay dolor!, que ves ahora, campos de soledad...», en vez de: «¡Fabio, ay dolor! Estos campos de soledad que ahora ves...».) El himno, sin ese hipérbaton tan enrevesado, quedaría así:

«***Sancte Ioannes*** (¡Oh, san Juan!):
Ut famuli (Para que tus fámulos, tus siervos)
queant (podamos) ***resonare*** (hacer resonar, cantar)
mira (las maravillas) ***gestorum tuorum*** (de tus gestas, de tus hazañas)
fibris laxis (con las fibras de la voz relajadas),
solve reatum (limpia el reato, perdona el pecado)
labii polluti (de un labio poluto, de nuestros manchados labios)».

—¡Cuidado que eran retorcidos los autores de estos himnos! —comenta el Estudiante—. Es el hipérbaton más **hiperbático** que he visto. ¡Con lo fácil que es ordenarlo bien! Y no tan **enrevesado** ('al revés').

—Que conste una cosa: que, para no dar pie a tus comentarios jocosos, en más de un pasaje me he

contenido. Porque ¿qué gestas hizo san Juan?

—¡Bien, veo que ya te voy ganando para mi causa!

—No te lo creas, ¿eh?

Finalmente, entra el coro al completo, con todas las voces: contralto, tenor, barítono y bajo (las cuatro palabras provienen del italiano, a partir de formas latinas similares, excepto **barítono**, que procede del griego: *barýs*, 'grave', 'pesado', y *tonos*, **tono**, o sea, 'de tono grave', la voz intermedia entre el tenor y el bajo). Dirigidos por el maestro de capilla y acompañados al órgano por el organista, cantan una pieza renacentista a cuatro voces. Un **motete** (del francés *motet*, diminutivo de *mot*, 'palabra', pues es en Francia donde más se ha desarrollado este tipo de composición musical, y de ahí nos viene también nuestro **mote**).

Veo que en esta pieza ya usan una **partitura** más parecida a la nuestra (del italiano *partitura*, que a su vez se forma del latín *pars, partis*, 'parte': cada parte o voz del coro tiene su propia copia, con los detalles de su canto, y el 'conjunto de las partes' es la partitura del director). Pero entonces me doy cuenta:

—¡Vaya una batuta que utiliza el director del coro! Casi mide dos metros.

—Sí, es que la usan para marcar el ritmo, batiéndola contra el suelo.

—Pues ¡a ver si se bate el pie! (**Batuta** proviene del latín *battuere*, **batir**, 'golpear', a través del italiano *battuta*, **batida**, 'pulsación', porque con ese largo bastón se golpeaba el suelo para marcar el compás musical. En 1687, el compositor de origen italiano Jean-Baptiste Lully dirigía un *Te Deum* en acción de gracias porque el Rey Sol se había recuperado de una enfermedad, y lo hacía con tanto entusiasmo que se golpeó un dedo del pie con esa larga batuta... y murió al gangrenársele la herida que se hizo. ¡Nada tiene, pues, de extraño que luego las batutas se acortasen considerablemente!)

4. ... y músicas terrenales

A pesar de la anécdota, parece que al Estudiante le cansa eso de las músicas celestiales y se cambia de bando:

—A mí lo que de verdad me gusta es la música de los **goliardos**, esos mangantes de vida holgazana y libre (del francés antiguo *gouliard*, 'clérigo de vida irregular': los goliardos se llamaban a sí mismos la *gens Goliae*, la 'gente del demonio', pues Golias era el nombre que daban al gigante bíblico **Goliat**, en quien ellos personificaban al demonio, quizá por cruce con el latino *gula*, 'garganta', por lo dados que eran o que deseaban ser al pecado de **gula**).

—¡Vaya, me extrañaba!

—Siempre me han caído bien esos vagabundos (en latín, *vagus* significaba **vago**, en el sentido de 'errante', por lo que *vagari* era **vagar**, 'andar errante', y *vagabundus* era **vagabundo**, 'trotamundos'; un verbo distinto pero paralelo era *vacare*, 'estar ocioso', estar **vacante**, libre). También se llaman a sí mismos *clerici vagantes*, 'clérigos errabundos'. Son clérigos y estudiantes que ahogan su pobreza en las tabernas, rindiendo culto al vino, el juego y las mujeres. Y, si para ello tienen que pactar con el diablo, pues...

—O sea, que se junta lo mejor de lo mejor: clérigos pobres, monjes ociosos y estudiantes pícaros, todos ellos pedigüeños y con una meta clara: no buscar las futuras glorias celestiales, sino los actuales placeres terrenales.

—Sí, pero algunos son buenos artistas, aunque un tanto especiales: han creado una literatura **marginal** en la que critican a quienes les han puesto al **margen** (en latín, *margo*, *marginis* era 'margen', 'borde', por lo que el verbo *marginare* significaba **marginar**, 'rodear de un borde' para que no entren los demás, que así quedan **marginados**). Sus poemas critican el poder establecido de la Iglesia y los poderosos, y sus canciones se burlan de su lujuria, glotonería y sus ansias de riqueza.

—Seguro que esa literatura **goliardesca** ha influido en escritores tan grandes como ese arcipreste de Hita que se llamaba Juan Ruiz y que cantaba a las «fermosas» pastoras o en ese poeta maldito francés François Villon al que ahorcaron hace casi treinta años, pero que antes dejó escrita esta «Balada del colgado»:

> «Y desde la cuerda de una toesa
> mi cuello sabrá que mi culo pesa».

—¡Qué humor, reírse de su propio **ahorcamiento**! (Una **toesa** era una medida francesa de longitud, la *toise*: casi dos metros. *Furca*, en latín, era la **horca** del labrador, y el diminutivo *furcilla* era una horca pequeña, una **horquilla**; pero una horca algo más grande, clavada en el suelo con la **bifurcación** hacia arriba, servía para **ahorcar** a los condenados; el *patibulum* era también una horca en la que se azotaba a los esclavos extendiéndolos sobre ella, pero luego «se perfeccionó» y se transformó en **patíbulo**. Bueno, cambiemos de tema, para no tener que pasar por las **horcas caudinas** como los romanos.)

—Pues a uno de los mayores genios del último milenio, el francés Abelardo, que además de filosofar componía canciones goliardescas, no le fue mucho mejor: le acusaron de herejía sólo por sus ideas y lo

emascularon sólo por sus amores (en latín, el sustantivo *masculus* significaba **macho** y el adjetivo *masculinus* significaba 'de sexo **masculino**', por lo que si a alguien le quitaban lo del sexo masculino lo **emasculaban**, o sea, lo **castraban**... y el verbo latino *castrare* quizá tenga el mismo origen que *castus*, **casto**).

—¡Qué horror!

—Por cierto —remata el Estudiante—, Abelardo firmaba cartas como *Golia* (ya lo sabemos: 'Goliat', 'el demonio').

—Al menos, su amor se hará inmortal. El objeto de sus amores era Eloísa, con quien forma una de esas parejas eternamente célebres: Abelardo y Eloísa.

5. Un experimento lingüístico

(**Hagamos un experimento**: ¿será cierto que aún hablamos latín... a pesar de que no hayamos estudiado latín académicamente? ¡Veamos!)

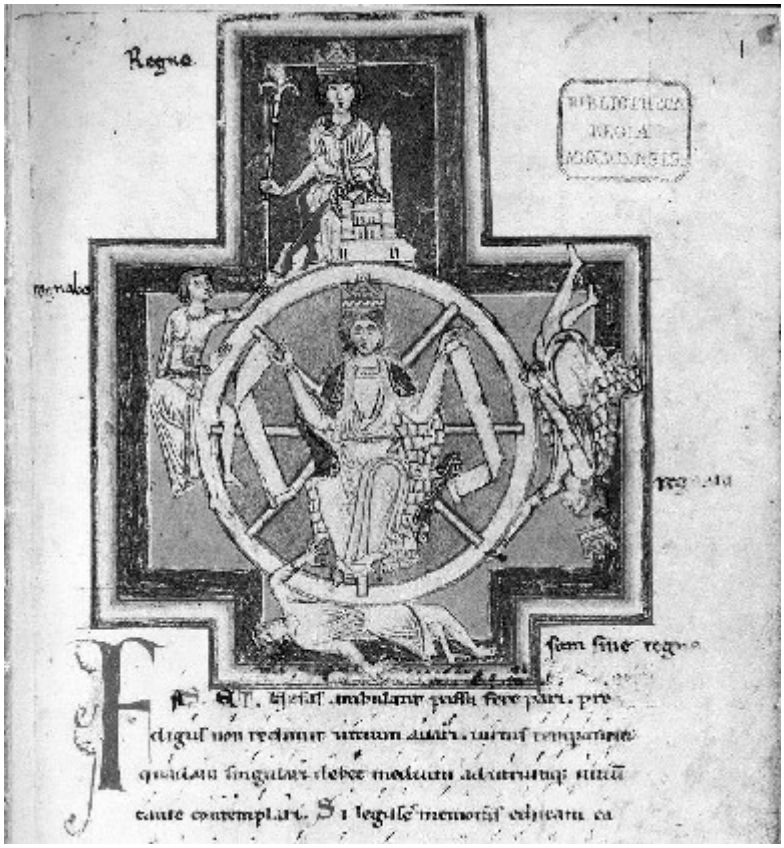


Figura 6.5. La *Rueda de la Fortuna*, en el manuscrito de los *Carmina burana*. ***Carmina*** viene del latín ('canciones'), no de los **cármenes** árabes ('jardines').

—No me digas que no son simpáticos estos *carmina* de un Archipoeta centroeuropeo goliardo (si tienen alguna amiga que se llame **Carmina** o **Carmen**, recuérdenle que está en una gozosa bifurcación, con dos posibles etimologías para su nombre, a cuál más bella: o bien su nombre procede del latín *carmen*, en plural *carmina*, 'canción', 'poema cantado', como en los ***Carmina burana*** de Carl Orff; o bien proviene del árabe *karm*, 'viñedo', 'jardín', como los **cármenes** de Granada; y, entre el poema y el jardín, ¡que escoja ella!). Estos *carmina* me los han copiado de un manuscrito del monasterio bávaro 'de Beuern' (por lo que los llamamos '*burana*', véase Figura 6.5). Los versos dicen así:

«*Meum est propositum in taberna mori*, (1)
ut sint vina proxima morientis ori.
Tunc cantabunt letius angelorum chori: (3)
"*Sit Deus propitius huic potatori*"».

—¡Es impresionante cómo todavía hoy hablamos una lengua tan próxima al latín! ¡Si casi se puede traducir el poema literalmente! En una traducción tan macarrónica como ese latín del poema, éste sería así:

«Mi propósito es en una taberna morir,
para que estén los vinos próximos a mi moribunda boca.

Entonces cantarán alegres los coros de ángeles:
"Que sea Dios propicio a este bebedor"».

(Apenas hay que hacer comentarios, de tan fácil como es. En la última palabra del verso (2) encontramos el dativo de *os*, *oris*, 'boca', por lo que un **ósculo** sería un 'besito con la boquita'. Encontramos esa palabra en frases como «*Ex abundantia cordis loquitur os*», de san Mateo: «De la abundancia del corazón habla la boca». Nuestra **boca** procede del latín *bucca*, que inicialmente significaba 'mejilla'. En (3) tenemos dos comentarios: **entonces** viene del latín vulgar *intunce*, que en latín clásico era *tunc*; y ese *letius* corresponde a *laeticia*, 'alegría', **leticia**, que ya sólo usamos en poesía o en el nombre propio de princesas y de no princesas, con mayúscula inicial y algunas con 'z'. Y en (4), sólo advertir de que, haciendo un juego de palabras, en vez del esperable *pecatori*, **pecador**, el irreverente Archipoeta ha preferido poner *potatori*, 'bebedor'; por cierto, la Academia recoge aún **potar**, remitiendo a 'beber'. Vuelvan ahora a leer el poema en latín, ¡y verán cómo lo entienden todo!)

—Y en este otro poema, otro de los goliardos autores de los *Carmina* canta a la primavera... ¡y al amor primaveral! Se llama «*Primo vere*» («En primavera»):

«*Veris leta facies* (1)
mundo propinatur,
hiemalis acies (3)
victa iam fugatur [...]
chorus promit virginum (5)
iam gaudia millena».

—Que traduzco, también literalmente, por:

«De la primavera la alegre faz
al mundo se ofrece;
la invernal crudeza,
vencida, ya se fuga [...];
un coro de vírgenes promete
ya gozos mil».

(En el verso (1) recordemos el capítulo «*Tempus fugit*»: *ver*, *veris* ya era 'primavera', pero luego los romanos le antepusieron *prima* para que quedase aún más claro que era 'la primera estación'. *Leta* lo conocemos ya del poema anterior, y de *facies* se forman **faz** y, claro está, **facies**. En (2) *propinare* es **propinar**, 'ofrecer', 'presentar'. En (3), *hiems* era 'invierno' y *hiemalis* 'invernal', como ese moribundo **hiemal** que aún recoge la Academia; y *acutus* era **agudo**, 'afilado', pues *acies* era el 'filo', tan 'cortante' como el frío invernal. El resto de las palabras son casi aburridamente paralelas: *victa*, **vencida**; *iam*, **ya**; *fugari*, ponerse en **fuga**; *promittere*, **prometer**; *gaudium*, **gozo**, y en plural *gaudia*, 'los gozos', con el verbo *gaudere*, **gozar**. ¡Y que sean miles de gozos!)

—Como ves, el latín es muy fácil. Al menos para quienes hablamos castellano, catalán, gallego o portugués. Si sabes latín, sabrás la etimología de muchas palabras.

—Hablando de gozos, con esa misma palabra, *Gaudeamus*, empieza una canción posterior que llegará a convertirse en el himno de todas las universidades del mundo. Se llama «*Gaudeamus igitur*» y es un poco goliardesca. Habla de la brevedad de la vida, por lo que hay que aprovecharla. Dice así (es tan fácil, que ponemos la traducción literal al lado, para compararla mejor):

«*Gaudeamus igitur*
iuvenes dum sumus.
Post iucundam iuventutem,
post molestam senectutem,
nos habebit humus».

«Gocemos, pues,
mientras somos jóvenes.
Tras la jocunda juventud,
tras la molesta senectud,
nos tendrá la tierra».

(Evidentemente, unas palabras de la traducción están más vivas que otras, pero todas las usadas en ella aparecen en el *Diccionario* de la Academia: incluso podríamos haber puesto '**humus**' al final en vez de 'tierra', pues también lo recoge el *Diccionario*. Sólo merecerían mencionarse las partículas: *igitur*, 'así pues'; *dum*, 'mientras'; *post*, '**después** de', 'tras'. En todas las demás palabras, las etimologías están claras, que es exactamente lo que pretendemos demostrar con este ejercicio.)

—Sí, esa canción me suena. Yo creo que se basa en un texto de hace ya más de doscientos años. Es claramente goliardesca, entre universitaria y tabernaria. Luego se pregunta: «¿Dónde están quienes estuvieron en el mundo antes que nosotros?». Y nos advierte: «*Vita nostra brevis est, breve finietur*» («Nuestra vida es breve, en breve tendrá fin»). Si no es de un goliardo, un goliardo no lo habría dicho mejor.

—Después da vivas a la Universidad, a los profesores... Y a todo **miembro** y a toda **miembra**. ¡Lo juro, lo dice así: *membrum* y *membra*! El goliardesco autor podría haber ido a las Cortes esas creadas por Alfonso IX, sin desentonar. (De nada, exministra.) Y terminamos, sin comentarios:

> «*Vivant omnes virgines,*
> *faciles, formosae.*
> *Vivant et mulieres*
> *tenerae, amabiles,*
> *bonae, laboriosae.*»
>
> «Vivan todas las vírgenes,
> fáciles, hermosas.
> Vivan también las mujeres,
> tiernas, amables,
> buenas, laboriosas.»

—Pero luego —me dice el Estudiante— hay un verso que me asusta un poco: «*Pereat Diabolus*» («¡Que perezca el Diablo!»). Esto lo han debido de incluir para engañar a la Inquisición: para que se tranquilicen y no se fijen en el resto.

—Y al final del himno desean: «*Alma Mater floreat*!» («¡Que nuestra Alma Máter florezca!»). (La expresión **alma máter** está recogida por la Academia ya castellanizada, sin cursivas y con acento, para referirse a la universidad en la que uno ha estudiado, y significa: 'madre nutricia'. Ojo al «falso amigo»: el **alma** que, según los cristianos, acompaña al cuerpo no procede del latín *alma*, a pesar de su igualdad formal, sino del latín *anima*, el 'soplo' de la vida, lo que nos 'da vida', porque es lo que nos **anima**, lo que nos hace **animales**. En cambio, el adjetivo latino *almus* y su femenino *alma* significa 'nutricio', 'que nos alimenta'.)

—Esos goliardos se parecen un poco a nuestros **manteístas**, alumnos vestidos de sotana y **manteo** (del francés *manteau*, 'capa larga', formado a partir del latín tardío *mantum*, 'capa corta'). También se les llama **sopistas**, pues son estudiantes pobres que cantan a cambio de unas monedas o que piden una 'sopa' caliente en los conventos para sobrevivir. En cambio, los privilegiados **colegiales** de los «colegios mayores» presumen llevando sobre los hombros, colgando en pico sobre el pecho y abriéndose en dos a la espalda, una **beca** de color que los distingue (la etimología de 'beca' no está clara, pero parece que hay dos posibilidades: viene del latín *vitta*, 'cinta', 'faja', que en italiano antiguo daría *bécca*, 'liga', por estar ligados quienes la llevaban a un colegio mayor que les otorgaba ciertas prebendas, o bien, como prefiere Corominas, procede del hebreo sefardí *bécah*, 'moneda de medio siclo', de donde pasaría a significar la 'cantidad concedida al estudiante para su manutención').

—Los sopistas parecen haber dado origen a nuestra **tuna**, formada por **tunos** que tienen aún un poco de esos pícaros pedigüeños y un mucho de **tunantes** (cuya etimología tampoco está clara: también según Corominas, 'tuna' procede del título '*Roi de Thunes*', 'Rey de Túnez', que se habría dado a sí mismo el jefe de los gitanos al llegar en 1427 a París, donde en argot francés antiguo habría originado *tune*, 'hospicio de mendigos', 'mendicidad', de donde procedería ese significado de 'vida holgazana, libre y vagamunda' de nuestro *Diccionario de Autoridades*).

—Bueno, vámonos con la música a otra parte, que entre las músicas celestiales y las terrenales le hemos dedicado ya mucho tiempo al tema. Pero antes de salir del claustro de la catedral para el claustro de la Universidad, demos un vistazo rápido a la última capilla, que tiene unos libros y documentos muy interesantes.

(**Fin del experimento**: está claro que hablamos algo que es muy parecido al latín, lengua que ha sido nuestra 'madre nutricia'. ¡Tantas son las palabras que nos han venido de esa lengua! Y no sólo del latín clásico de la antigua Roma, sino también del latín frailuno y goliardesco de finales del siglo XV. Evidentemente, cuanto más reciente y macarrónico sea ese latín, tanto más fácil resultará para nuestros

oídos. De todas formas, ¡no intenten, animados por la aparente facilidad de este latín, leer el latín de Horacio o Virgilio confiando en que lo entenderán! Mejor busquen una buena traducción o, mejor aún, una edición bilingüe latín-español. Si Cicerón resucitase en este año de 1492, por magia o por clonación, seguro que nosotros no le entenderíamos a él, pero quizás él sí nos entendería a nosotros... ¡y se reiría a carcajada limpia con nuestro latín!)

6. Los muertos y los quemados

Al final del lado sur del claustro, el Estudiante me muestra la última capilla. Es una capilla tan grande que parece una iglesia pequeña. Tiene planta rectangular, con cabecera cubierta por una compleja bóveda de crucería, policromada en azul y oro.

—Se llama capilla de Anaya o de San Bartolomé. De Anaya, por el personaje que la fundó hace cincuenta años. Y de San Bartolomé, por el santo al que se la dedicó. (Por cierto, **Anaya** viene del euskera, donde *anaia* significa 'hermano': cuando el Cid llama **Minaya** a Álvar Fáñez le está llamando 'mi *anaia*', 'mi hermano'; en definitiva, los vasquismos nada tienen de extraño en nuestra lengua, dada la proximidad de la zona de origen del español respecto a las zonas de habla vascuence.)

—¡Vaya un sepulcro que hay ahí, en el centro!

—Precisamente, es del fundador, don Diego de Anaya Maldonado. Fue obispo de Salamanca y, luego, arzobispo de Sevilla (ya lo sabemos: 'obispo' y 'arzobispo').

—¡Qué extraño, está muerto... pero tiene los ojos abiertos!

—Es que la estatua se la hicieron cuando aún estaba vivo. Es de **alabastro** (del griego *alábastron*, 'frasquito de ungüentos' perfumados, a menudo hecho de alabastro o piedra ónice).

—Tiene un **báculo** que me recuerda al de los faraones egipcios (el *baculum*, 'báculo' o 'cayado', parece una copia del *heqat* con el que se representaba al faraón, cruzado sobre el pecho con el flagelo o *nejaja*, como símbolo de autoridad) y una **mitra** semejante a las de los reyes persas (la palabra griega *mitra* designaba inicialmente la 'cinta' con que se ceñían las mujeres griegas la cabeza, pero luego también el 'turbante' o 'tiara' de los persas, de la misma raíz que Mitra, su dios de la luz; por cierto, la **tiara** también se llamaba así en griego, *tiara*, y con el mismo significado). ¡Cómo se nota la influencia de las culturas orientales en la imaginería cristiana!

—¿Has visto qué tiene a los lados de la cabeza? Un **profeta** (derivado del verbo griego *pro-phanai*, **profetizar**, 'pre-decir', 'manifestar por adelantado', aunque un *prophetes* es también un abogado que 'habla en favor de' alguien) y un **ángel** (ya sabemos que, en griego, *ángelos* era el 'mensajero', quien traía la *eu-angelía*, la 'buena nueva', el **evangelio**; de todas formas, conviene considerar aquí que muchos nombres propios que empiezan por *El-* o terminan por *-el* son nombres **teofóricos**, 'que llevan' el nombre de 'dios', por la raíz hebrea *El*, que significa 'Dios': así, **Daniel** es 'la justicia de Dios'; **Gabriel**, 'la fuerza de Dios'; **Emmanuel** y **Manuel**, 'Dios está con nosotros'; **Samuel**, 'su nombre es Dios'; **Isabel** y **Elisabet**, 'juramento de Dios'; y no sólo se ve en los nombres de persona, sino también en los de lugar: **Israel**, 'la lucha de Dios'; **Babel** y, por tanto, **Babilonia**, 'la puerta de Dios', quizá por influencia del acadio; o **Betel**, 'la casa de Dios', quizá por influencia del egipcio... Pero el más enigmático es **Elohim**, que es el plural hebreo de *El-*, o sea, 'los dioses', un rastro más que evidente de la época en que los hebreos aún eran **politeístas**, con 'muchos dioses', antes de que adoptasen el **monoteísmo**... ¿copiando el sistema de 'un solo dios' de los egipcios del faraón Akhenatón? Y, sin duda, el más duro de todos es cuando Jesús está agonizando crucificado y, agobiado por las dudas, pregunta a su dios por qué le ha abandonado, repitiendo unas palabras escritas mil años antes por el rey David: ***Elohi***, ***Elohi*** en arameo, o '***Eli***, '***Eli*** en hebreo, 'Dios mío, Dios mío' como se suele traducir en castellano). El profeta y el ángel son el símbolo de la verdad.

—¿Y los animales tallados a sus pies?

—Son una liebre, un león y un perro. La liebre significa la vigilancia, con sus largas orejas erguidas, atentas; el león, la fuerza y la energía; y el perro... ¿has visto algo más fiel que un perro? (Nuestra **liebre** viene del latín *lepus*, *leporis*; el **león**, de *leo*, *leonis*; pero aunque nuestro **can** procede del *can*, *canis* latino, nuestro **perro** probablemente sea una onomatopeya formada a partir del grito con que los pastores azuzaban a los perros para mover el ganado: *perrr*.)

—En los muros laterales veo **arcosolios** (compuesto de *arcus*, **arco**, y *solium*, **solio**, 'trono', como el 'solio pontificio') con **lucillos** (a partir del latín *locus*, 'lugar', se forman dos diminutivos: *loculus*, 'tumba', como aquí, y *locellus*, 'cofrecito', en el que se metían las *reliquiae*, **reliquias** o 'restos' del muerto).

—Sí, en uno enterró a su madre, y en los otros, a otros familiares. Y en el suelo verás muchas **laudas** sepulcrales (de *lapis*, *lapidis*, 'piedra', **lápida**, de donde nos llegan también desde el **lápiz** hasta el **lapislázuli**, pues en definitiva ambos son piedras).

—En el sepulcro del obispo veo esta inscripción: «Fundador del insigne Colegio de Sant Bartolomé».

—Claro, es que don Diego de Anaya no fundó sólo esta capilla, sino también el Colegio de Anaya o de

San Bartolomé, que es el más antiguo de España. Se inspiró en el famoso Colegio de los Españoles que había fundado en Bolonia en 1364 el cardenal Gil de Albornoz (ese **cardenal** —no el morado, que viene de 'cárdeno'— procede del latín *cardinalis*, 'principal', 'fundamental', en torno al cual gira todo como si fuese el *cardo*, *cardinis*, el 'quicio' o 'gozne' de la puerta, o uno de los cuatro puntos **cardinales**). Y, tomándolo como modelo, creó en Salamanca el célebre Colegio de San Bartolomé en 1401. Según un dicho célebre, «el mundo está lleno de bartolómicos», por las muchas personas importantes que han salido de este colegio camino del poder espiritual (en la catedral), temporal (en la corte) o intelectual (en la universidad).

—Fue un obispo importante ese Anaya, ¿no?

—Sí, dirigió la delegación de Castilla en el Concilio de Constanza, que en 1417 puso fin al Cisma de Occidente (**cisma** viene del griego *skhisma*, 'disensión', 'división de opiniones', derivado del verbo *skhizein*, 'dividir', 'separar'; y para resolver esas divisiones o para otros asuntos doctrinarios o disciplinarios, a veces se reúne un **concilio**, del latín *concilium*, 'junta', 'asamblea', de *cum-calare*, 'colocar con', igual que en un *concilium pastorum* o 'reunión de pastores'). En aquel momento llegó a haber tres papas al mismo tiempo: uno en Aviñón, otro en Roma y el Papa Luna en Peñíscola.

—¿Y lo resolvieron?

—Sí, se conciliaron: se decidieron todos por uno nuevo. Pero en ese concilio tan conciliador también condenaron a dos grandes reformadores, que deseaban la **reforma** de la Iglesia (del verbo *reformare*, 'restablecer su primera forma', restaurar su primitiva configuración), la cual entonces estaba muy **deformada**. A uno de ellos, Jan Hus, el creador del movimiento **husita**, que era **bohemio** (en un principio, 'natural del reino de Bohemia', adquiriendo luego el significado actual por su irregular forma de vida), lo quemaron vivo en la hoguera.

—¡Horror!

—Pues aún más patético fue lo que hicieron con el otro, el inglés John Wyclif: si a Hus lo quemaron vivo, a Wyclif ¡lo quemaron muerto! Como ya llevaba muerto varias décadas, **exhumaron** sus restos (o sea, los sacaron *ex humo*, 'de la tierra', como veíamos al final de la primera estrofa del *Gaudeamus*) y los quemaron junto con sus libros. Hablando de libros, Wyclif fue uno de los primeros en traducir la Biblia del **sacrosanto** latín (que parecía ser el colmo de lo *sacrum* y de lo *sanctum*) a una lengua **vernácula** (en latín, un *verna* era un 'esclavo nacido en casa de su amo', por lo que el adjetivo *vernaculus* pasaría a significar 'nacido en el país', 'indígena', 'nacional') para que así la pudiese leer todo el mundo, no sólo los clérigos.

—¡Ah, mira el órgano gótico que me decías antes! ¡Qué antiguo!

—Sí; pero, para antiguos, mira esos documentos guardados en esa arca grande que está abierta. Son los documentos más importantes de esta catedral; bueno, en realidad, de toda Salamanca.

—¿¡Qué!?

7. Ieronimus*, el obispo del Cid*

El Estudiante ha conseguido cautivar mi atención.

—Sí, son documentos que trajo consigo el primer obispo de Salamanca, *Ieronimus* (**Jerónimo**, del griego *hierós*, 'sagrado', como en **jero**glífico, y *ónoma*, 'nombre', como en **onomá**stica). Es un 'nombre sagrado' para nosotros: fue el restaurador de la sede salmantina y el impulsor de la construcción de esta catedral. Estos documentos habían sido otorgados por el Cid y por su esposa doña Jimena, y están firmados por ellos de su puño y letra.

—¡No me digas que ese *Ieronimus* del que hablas es el que había sido obispo del Cid! ¡Pero si es uno de los personajes principales del *Cantar de Mío Cid* (realmente, este inaugural poema épico español no estaba destinado a ser leído por uno mismo, sino a ser 'cantado' o 'recitado' por los juglares, como indica el propio verbo **cantar**, procedente del latino *cantare*, y la audiencia quedaba **encantada**) y sale frecuentemente en la obra! Primero pelea al lado de don Rodrigo, y luego acompañará a doña Jimena.

—Sí, el mismo. Primero fue capellán del **Cid** (del hispanoárabe *síd*, 'señor') y, una vez tomada Valencia, será obispo de la ciudad.

—Bueno —ahora el crítico soy yo—, era capellán-obispo... pero también **guerrero**. ¡Y no sé si era más lo primero o lo segundo! (Muchas palabras castellanas relacionadas con la guerra proceden de términos germánicos medievales, tal como indica la Academia: por ejemplo, **guerra** [del germánico **werra*], **espuela** [del gótico **spaúra*], **guante** [del franco **want*], **yelmo** [del germánico **hēlm*], **guardia** [del gótico **wardja*], **arnés** [del nórdico **herrnest*], **tregua** [del gótico *triggua*, 'tratado'], etc.) El cantar segundo del poema dice de él:

> «Bien entendido es de letras e mucho acordado,
> de pie e de cavallo mucho era arreziado».

(A pesar de estar ya en castellano primitivo, casi tenemos que dar tantas explicaciones como si fuese

latín tardío: ‘acordado’ quiere decir que era ‘cuerdo’ en todas sus cosas, ‘prudente’; ‘cavallo’ aún se escribe con ‘v’ en la Edad Media; y ‘arreziado’ indica que era ‘recio’, ‘esforzado’, tanto luchando a pie como a caballo.)

—Que conste que el maestrescuela de Salamanca desde 1191 hasta... quizá 1207, que es el año en que se copia el *Cantar*, se llama Pedro Abat. ¡No será éste el copista!

—No sé. A lo mejor es una salvajada lo que dices, pero... Mejor es que lo digas y no te lo calles. ¡A ver si has descubierto algo!

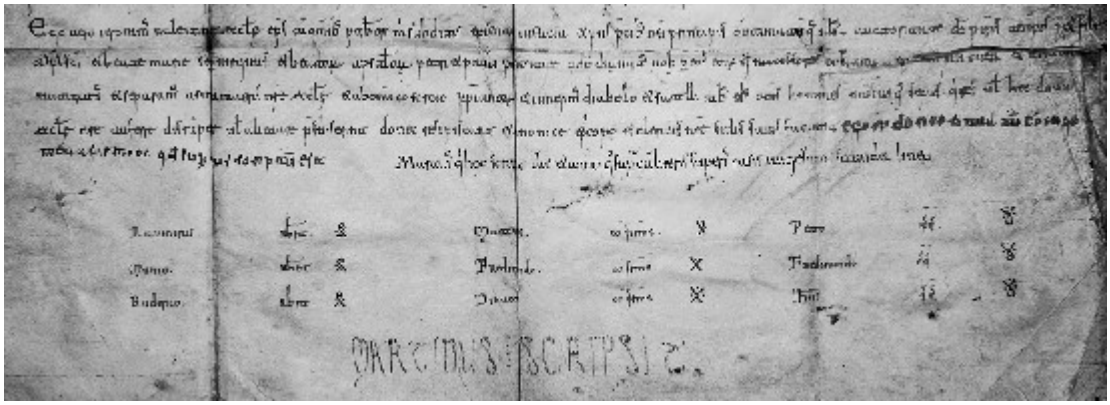


Figura 6.6. Al final de la línea 4 e inicios de la 5, el Cid escribió (¡por su mano!): «*Ego Ruderico*, *simul cum coniuge mea*, *afirmo hoc quod superius scriptum est*».

—Lo cierto es que el Cid **Campeador** quiere hacer obispado en Valencia (en latín, *campidoctor* equivalía a ‘instructor militar’, un ‘doctor’ en el ‘campo’ de batalla, pero puede ser que, referido al Cid, el sobrenombre *Campidoctor* sea una prestigiadora latinización de un término vernáculo previo ‘Campeador’, de origen visigótico o incluso árabe; lo que sí está claro es que él mismo no firmaba ni como Cid ni como Campeador, sino así: «*Ego Ruderico*», «Yo **Rodrigo**»). Y el Campeador desea otorgar el obispado «a este buen cristiano»:

«A este don Jerome
diéronle en Valençia
¡Dios, qué alegre era
que en tierras de Valençia

yal otorgan por obispo; (1)
o bien puede estar rico.
tod cristianismo, (3)
señor avie obispo!».

(En (1), ‘yal’ es una contracción de ‘ya le’; en (2), ‘o’ equivale a ‘donde’; en (3), ‘tod cristianismo’ es un colectivo, por ‘todos los cristianos’ de Valencia; y en (4), ‘avie’ es del verbo ‘haber’: ¡ya tenían señor obispo!)

—Sí —insisto yo—, es que el señor obispo siempre quiso ser el primero en la **batalla** (en tiempos del Cid se usa más la palabra **lid**, del latín *lis*, *litis*, ‘pleito’, ‘querella’ y luego ‘combate’, como en la **lidia**; pero el *Cantar* emplea ya ‘batalla’, un derivado del latín *battuere*, **batir**, a través del occitano antiguo *batalha*). En un pasaje (1709) pide al Cid que le otorgue el don de dar él los primeros golpes: «las feridas primeras que las haya yo otorgadas». Y en otro (2374) insiste en ir delante para herir al enemigo: «e a estas feridas yo quiero ir delant». Y, tras matar a dos moros con la lanza, mete mano a la espada y se supera a sí mismo:

«Ensayávas’ el obispo,
dos mató con lança

¡Dios, qué bien lidiaba!,
e çinco con el espada».

(‘Ensayávas’ equivale a ‘se esforzaba’, ‘se empleaba a fondo’. El *Cantar* usa aquí ‘lança’, **lanza**, que viene del latín *lancea*, palabra que el latín tomó, posiblemente, ¡de Celtiberia! Para una palabra que prestamos los de Iberia, es de tema bélico. Y en el verso anterior dice que el obispo ha quebrado el **astil**, que es el palo de la lanza.)

—Este documento te asombrará. Es el más antiguo de la catedral... ¡y tiene un texto escrito por el mismísimo Cid Campeador! Mira al final: ¿ves esa frase con un tipo de escritura distinto del resto? ¡El Cid sabía escribir! (Véase Figura 6.6). Dice así, en latín:

«*Ego Ruderico, simul cum coniuge mea, afirmo hoc quod superius scriptum est*».
(«Yo, Rodrigo, junto con mi cónyuge, afirmo esto que arriba está escrito.»)

(El valioso documento es de 1098, tomada ya la ciudad de Valencia cuatro años antes, pero antes de que se fundase la diócesis de Salamanca cuatro años después, y en ese momento la gente ya habla castellano; sin embargo, en los documentos jurídicos y en otros asuntos importantes se emplea aún el latín, por lo que éste sigue influyendo todavía en la evolución del idioma. Aunque el lector no haya estudiado latín, entenderá sin necesidad de explicación todas las palabras ahí usadas: de ese *ego*, 'yo', proceden, por ejemplo, **ego**ísta, **egó**latra y **ego**céntrico; de *simul* viene **simultáneo**, que sucede 'al mismo tiempo'; ese *cum*, **con**, lo volveríamos a encontrar si el Estudiante obtuviese un sobresaliente ***cum laude***, 'con alabanza'; y de hecho lo reencontramos en la palabra siguiente, **cónyuge**, de *cum*, con, y *jungo*, 'uncir', 'unir con un yugo', por lo que *conjungere* es, ¡ay!, 'uncir' a una persona 'con' otra bajo el mismo 'yugo'; finalmente, el adverbio *superius* es 'más arriba', por lo que nuestro **superior** es quien está 'más arriba' que nosotros. ¡Que está claro, que hablamos latín!)

—Sí, esa frase dice *afirmo*; luego, entre el nombre del Cid y un garabato, pone *roborat*; finalmente, hay tres nombres de personas diciendo *confirmans* y tres más diciendo *testis*. (En latín, *firmus* es **firme**, 'sólido', lo contrario de *infirmus*, **enfermo**, 'débil', por lo que *affirmare* es **afirmar** en el sentido de 'consolidar', 'fortificar', y *confirmare* es **confirmar**, 'robustecer', 'hacer firme'. En muchos contratos medievales en latín aparecen las palabras *ferme(s)* y *firma(s)* con el significado de **firmante**, 'fiador', quien pone su **firma** para asegurar o reforzar el documento; *confirmans* es quien 'firma con' otro y *testis* quien hace de **testigo**. Por otro lado, *ruber* era algo de color 'rojo', por lo que el **rubor** nos 'enrojece', una **rubia** tenía originalmente el pelo 'rojizo', como Judas que era **rubicundo**... y de qué color va a ser el **rubí** sino 'rojo'; y, como muchos documentos ponían tras la firma con el nombre un garabato o conjunto de rasgos fijos en color rojo, ese garabato pasó a ser su *rubrum*, su **rúbrica**, de donde *roborare* se convirtió en **roborar**, 'dar fuerza con su *rubrum*': en esos contratos se lee a menudo «*manu mea roborabi*», «lo roboré con mi propia mano», o, cuando son muchos los firmantes, «*de manos nostras roborabimus*», «lo corroboramos con nuestras propias manos».)

—¿Y qué dice el documento?

—Pues primero, sin venir a cuento, ataca al «*israhelico populo*» (*populus* = **pueblo**, *israhelico populo* = «pueblo de Israel») por la «*iudeorum iniquitas*» (*iniquitas* = **iniquidad**, *iniquitas iudeorum* = «iniquidad de los judíos») y la «*iudea perfidia*» (*perfidia* = **perfidia**, *iudea perfidia* = «perfidia judaica»).

—¡Pobres judíos! Pero qué fácil de traducir, más fácil casi que el español de entonces.

—Y luego ataca a los otros «malos», los moros, por el «*crudeli gladio*» (*gladius* ya lo aprendimos en el Coliseo romano: era la espada de los **gladia**dores, *crudeli glaudio* = «la espada cruel») de los «*filiorum Agar*» (*filius* = **hijo**; el patriarca Abraham tuvo un hijo con su esposa Sara, llamado Isaac, de quien procede ese «pueblo elegido» de la Biblia que fue inicialmente el pueblo judío, pero antes había tenido otro hijo con su esclava Agar, llamado Ismael, de donde procede ese pueblo no elegido, según la Biblia, que son los **agarenos** [por Agar] o **ismaelitas** [por Ismael], «los hijos de Agar»).

—Aquí sólo hay unos buenos, los cristianos.

—Sí, y por eso vino entonces ese «*invictissimum principem Rudericum Campidoctorem*» (*victus* = **vencido**, *invictus* = **invicto**, aquí en grado superlativo, pues así es ese «príncipe Rodrigo Campeador»), que además es *religionis propagatorem*, «propagador de la religión». (Los especialistas llevan más de dos mil años discutiendo sobre la etimología de la palabra latina *religio*, **religión**: unos la relacionan con el verbo *relegere*, **releer**, 'leer otra vez', escrupulosamente, como cuando Cicerón convoca a un testigo «*summa religione*», «por su suma escrupulosidad», y por eso todavía intentamos pagar una hipoteca «religiosamente», con gran escrúpulo; pero otros, como san Agustín, la relacionan con el verbo *religare*, **religar**, 'ligar de nuevo', atar con un vínculo a la divinidad, por lo que el mismo Cicerón dice que «*superstitione tollenda, religio non tollitur*», «la superstición se debe suprimir, la religión no se suprime».)

—Claro, y el Campeador conquistó Valencia («*cepit Valentiam*»: del verbo *capere*, 'tomar', como cuando alguien **capta** algo, ¿lo han 'cogido'?).

—No sólo la ciudad, también tomó «*ipsam meschitam*» que los agarenos tienen como casa de oración y que el Cid «*Deo in ecclesiam dicavit*» (**mezquita** procede del hispanoárabe *másgid*, 'oratorio', 'casa de prosternación'; **iglesia**, del griego *ekklesía*, 'asamblea', como la que en esa frase el Cid «dedicó a Dios»; y, curiosamente, **sinagoga** no viene del hebreo, sino también del griego: *synagogé*, 'acción de reunir', por *syn*, 'con', y *agein*, 'conducir', 'guiar', por lo que será también el 'lugar de la asamblea' de quienes son guiados a ella; en hebreo, sinagoga se dice *beth knéset*, 'casa de reunión' de los judíos, por *beth*, 'casa', y *knéset*,

‘reunión’, ‘asamblea’, como la del Knéset o Parlamento de Israel).

—Mediante esta donación, dota a la sede valenciana de *Ieronimus* generosamente: le da «*villis* (**villas**) *et terris* (y **tierras**) *et vineis* (y **viñas**)… *cum diversi generis arboribus* (ya lo saben ustedes: «con **árboles** de diverso género»)… *cum moliendis* (**molinos**) *et aque ductibus* (**acueductos**, ‘conductos de agua’)… *almuniam* (curiosamente, esta donación en latín introduce tres veces esa palabra hispanoárabe: **almunia**, de *almúnya*, ‘quinta’, ‘granja’)… *et duodecim pariliatas*» («y doce yugadas»; el catalán conserva aún ***parellada*** para referirse a **yugada**, esa extensión de tierra de labor que puede arar una ‘yunta’ castellana o una ‘pareja’ de bueyes catalana en una jornada).

—¡Ojo, que puede atacar! —le advierto—. Dice que, si alguien, «*diabolico instinctu*» («instigado por el diablo»: del latín *instinctus*, ‘instigación’ o ‘impulso’ interior, como en un **instinto**, sea básico o no), se opone a esta donación, lo «*excomunicamus et anathematizamus*» (en latín, *communis* es lo **común**, ‘propio de muchos’, por lo que una *communio* es una **comunión** o **comunidad**, una ‘asociación’ que participa de lo común, así que *excommunicare*, **excomulgar**, es sacar a alguien de esa comunidad, como añade metafóricamente el documento: «lo separamos del seno de nuestra madre Iglesia»; y en griego, *anatíthenai* originariamente significaba ‘colgar en alto’, como un exvoto colgado en la pared, pero finalmente *anáthema* acabó significando **anatema**, ‘maldición’, y, si a uno lo maldecía la Iglesia, lo excomulgaba).

—Pues cambia enseguida de documento. Mira ese otro: es de doña Jimena, del año 1101, sólo tres años después del anterior. El Cid ha muerto en 1099 y doña Jimena, que ha quedado al frente de Valencia, hace otra donación al obispo *Ieronimus*. Ella firma *Eximina Didez* (o sea, Jimena Díez) y le da «*non solum illis decimis*» («no sólo aquellos diezmos») que ya había entregado «*dominus et vir meus*» («mi señor y hombre»), sino también la «*decima pars*» («décima parte») de todo lo que ella consiga. (La etimología de **diezmo** está clara: viene de esos *decimis*, en singular *decimus*, que se mencionan en la primera parte de la cita; y su significado está patente en la segunda: eran la ‘décima parte’ de las riquezas, cantidad que había que pagar al rey o a la Iglesia… y que hoy pagamos a quien nos vende la lotería por **décimos**.)

—También es generosa con el obispo, ¿no?

—Mucho: le da medios para producir «*pane et vino* [**pan** y **vino**], *oleo vel ficus* [aceite o **higos**], *de ortis et arboribus* [**huertos** y **árboles**]», pero también «*molendinis et valneis* [**molinos** y **baños**], *de tendis vel tavernis* [**tiendas** y **tabernas**], *de alfondicis vel de domibus* [alhóndigas y casas], *de furnis sive de alcabalas* [**hornos** o alcabalas]». (Hay dos etimologías árabes: **alhóndiga** viene del hispanoárabe *al-fondac*, ‘la **fonda**’, casa para la compraventa de trigo, y **alcabala** de *al-qabála*, el ‘tributo’ o ‘contribución’ por la venta de una tierra; el resto es latín.)

—¡Cuánto le querían al obispo, tanto Ruderico como Eximina! Ahora entiendo por qué algunos piensan que fue el obispo *Ieronimus* quien escribió o inspiró el *Cantar de Mío Cid*: agradecido sí les debía de estar.

—¡Pues quizá lo escribiese él! Valencia cayó otra vez en poder de los moros en 1102, justo un año después de firmarse este documento: ella y el obispo llevaron el cadáver del Cid al monasterio de San Pedro de Cardeña, y el obispo trajo estas dos importantes donaciones a Salamanca, junto con el famoso Cristo de las Batallas que está en la catedral: ese **crucifijo** (de *cruci-fixus*, ‘fijado a la cruz’) lo llevaba el obispo en los combates y reconfortó al Cid en su muerte. Ese mismo año le nombraron… ¡obispo de Salamanca y administrador de Zamora y Ávila! Y lo verás en este otro documento de ese año de 1102, aún más importante que los dos anteriores.

8. Restaurar la sede, repoblar las tierras

—Esta vez te has confundido —intento corregirle—. Aquí no pone ese año, sino… MCXL, exactamente el día X de las **calendas** de julio (recordemos: de las *calendae* latinas procede nuestro **calendario**). O sea, 1140. Y el obispo había muerto ya en 1120. ¿Cómo le van a nombrar obispo si lleva veinte años muerto?

—¡No me digas que no sabes cómo funciona lo de la **Era Hispánica**! Es vital para el cómputo de los años en documentos. Cuando veas documentos de Castilla anteriores a 1384, tienes que restar 38 para saber a qué año corresponde de la **Era Cristiana**.

—¿Y eso?

—Cuando Roma «pacificó» oficialmente Hispania en el año –38, impuso la moneda romana básica de cobre o bronce (en latín, *aes*, *aeris*) para toda operación económica, ya fuese pagar soldadas o, sobre todo, recaudar impuestos. Y hacia el siglo III o el IV de nuestra era se empezó a usar esa fecha para fijar un punto de partida en el cómputo de nuestros años, tomando el plural de esa palabra, *aera*, ya con el significado de ‘años’, de **era**.

—O sea, como el inicio de los Juegos Olímpicos para los griegos o la Fundación de Roma para los romanos.

—¡Exacto! Y ese sistema duró más de mil años, hasta 1384, cuando lo sustituimos por ***Anno Domini*** (abreviado, **A. D.**), ‘en el año del Señor’, contando ya los años **después de Cristo** (después de su

nacimiento, se entiende).

—Vale, ahora ya entiendo por qué Per Abbat puso al final de su copia del *Cantar de Mío Cid* que lo 'escrivió' (lo escribe dos veces con 'v') «en **era** de mill e CCXLV años». Y resulta que 1245 – 38 = 1207, ¡que es la fecha en que Per Abbat hizo una copia a mano del original!

—Perfecto, lo has entendido. Por eso no me he equivocado: este documento es del año 1140 – 38 = 1102. Y en ese año aún vivía nuestro *Ieronimus*.

—En ese año de 1102 —leo yo el documento— le encargan que restaure la sede episcopal de Salamanca y que construya la catedral de Santa María: «*restaurationem ecclesie Sancte Marie*, *Salamantine Sedis*» (bueno, no es un latín muy clásico, pero se entiende todo; **restaurar** viene del verbo latino *restaurare*, que en la Edad Media se usaba sobre todo para 'recuperar', 'recobrar': tras la «invasión» mora del 711, la gente de estas tierras huyó hacia Asturias junto con su obispo y, tras «reconquistarlas» siglos después, las repoblaron y 'reinstauraron' en ellas su sede episcopal).

—Sí, se lo encarga Raimundo de Borgoña, un joven noble francés que había venido a Castilla atraído por esa «cruzada» que era la Reconquista... ¡y se acabó casando con la hija del rey Alfonso VI, la infanta doña Urraca! Como dote, su suegro le hizo conde de Galicia (**conde** procede del latín *comes*, que, a su vez, se compone de *cum*, 'con', y el verbo *ire*, 'ir', 'el que va con', el 'acompañante' del rey; para comprender la complejidad del tema de las etimologías, por una vez pondremos ejemplos de distintas variantes con que aparece esa misma palabra en documentos medievales en latín, «sólo» trece variantes desde el año 935 hasta 1143: *comite*, *comide*, *gomite*, *komde*, *comde*, *comito*, *cuende*, *çomide*, *comit*, *comte*, *compte*, *conde*, *conte*...). El rey encargó al conde repoblar las tierras de Salamanca y Ávila. Y él, a su vez, le encomendó esa tarea en Salamanca a nuestro estimado *Ieronimus*.

—Pero veo que, a cambio de eso, le da al obispo muchas cosas: le da la «*tertia pars*» ('tercera parte') de todo el censo de la ciudad de Salamanca, «*tam de portatico quam etiam de montatico*» (tanto el **portazgo**, que era el tributo que se pagaba al pasar por los 'puertos' de las sierras y por otros caminos, como el **montazgo**, que se pagaba al pasar el ganado por un 'monte'), le da el diezmo de sus frutos, la «*medietatem* [o sea, la **mitad**] *de illas azenias* [**aceñas**] *et de illas piscarias* [**pesquerías**]» que ha construido en el río, y la mitad de sus campos «*pro arare et pro seminare*» (para **arar**, con el famoso *aratrum* o **arado** romano, y para **sembrar**, arrojando en latín *semen*, o sea, **semilla**, **simiente**, de donde viene el **semen** de la mitad de la población).

—Sí, gracias a este gran obispo-guerrero, finalmente la sede episcopal de Salamanca se restauró y la provincia se repobló, los territorios cristianos bajaron del Duero hacia el sur, la catedral se planeó... y quién sabe si incluso el *Cantar de Mío Cid* se esbozó. El siguiente paso fue crear la Universidad.

—Hablando de la Universidad, ¡me encantaría verla!

—¡Pues allá vamos! Pero, si te parece, antes de salir de la catedral subamos a la torre a tomar un poco de aire fresco, que llevamos demasiado tiempo encerrados.

Interludio en la torre

La catedral tiene dos torres: una está mocha, sin terminar; la otra es bastante más alta, y subimos hacia ella. (Véase Figura 6.7).

—Un hijo del obispo Anaya, que está enterrado junto a su padre en la última capilla que vimos, se **encastilló** en la Torre Mocha y desde ella disparó contra el rey Juan II cuando pretendía alojarse en el palacio episcopal que está enfrente. (**Castillo** viene del latín *castellum*, diminutivo de *castrum*, **castro**: un castro era un 'campamento fortificado', y el castillo era la 'fortaleza' o 'ciudadela'. De *castrum* procede el nombre de muchas poblaciones llamadas **Castro**, donde hubo un 'campamento romano' o, incluso antes, un poblado celta de tipo **castrense**; y *castellum* da nombre a **Castilla**, que es 'tierra de castillos', y, por tanto, a su idioma, el **castellano**.)



Figura 6.7. Tras el puente romano se yerguen las dos catedrales de Salamanca: se ve la Torre del Gallo y la de las campanas (Catedral Vieja) y, detrás, la Nueva.

—Sois gente brava los de Salamanca. Como vuestros toros bravos. (La palabra **bravo** tiene una etimología discutible y muy discutida. Básicamente hay dos teorías: la preferida por Corominas es que vendría del latín *barbarus*, 'bárbaro', 'fiero', 'salvaje'; pero según Menéndez Pidal y la Academia procedería del latín *pravus*, 'malo', 'inculto', 'depravado'. ¡Bravo por los grandes maestros!)

—Sí, hay demasiadas luchas, entre linajes, contra el obispo, contra reyes... Hace casi treinta años, se produjeron enfrentamientos a muerte en la ciudad, por un juego de pelota: a dos hijos de María la Brava los mataron los hijos de una familia rival, que huyeron a Portugal temiendo su venganza; la brava María los persiguió... hasta que logró depositar sus cabezas cortadas en las tumbas de sus hijos. La ciudad se dividió entonces en dos «bandos» enfrentados (según Corominas, el gótico *bandwô*, 'signo', fue latinizado como *bandum*, 'bandera', de donde se formarían **bando**, 'facción', 'partido', y **banda**, 'grupo de gente armada'). Hoy unas calaveras decoran la fachada de la Casa de las Muertes; en cambio, en la Casa de la Concordia se puede leer esta inscripción:

> «*Ira odium generat,*
> *concordia nutrit amorem*».
>
> «La ira odio genera,
> la concordia nutre el amor».

—Es un dístico moral de Catón. (Las seis palabras latinas usadas en él se conservan hoy en español, algunas un poco modificadas, otras sin necesidad de modificar. ¡A veces parece fácil estudiar etimologías! Sólo un comentario: el latín *concordia* se compone de *cum*, 'con', y *cor*, *cordis*, 'corazón', e indica que un 'corazón' está en buena armonía 'con' otro cuando hay **concordia**, lo contrario de lo que ocurre cuando hay **discordia**.) Y Salustio decía algo parecido: «En paz y concordia, las pequeñas cosas crecen; en discordia, hasta las más grandes decrecen».

—De todas formas, si la gente no elige la concordia sino la muerte, sabe que en esta torre le espera lo que ya estás viendo: la sala de la **mazmorra** (del hispanoárabe *matmúra*, 'calabozo', cárcel subterránea), sin salida a la calle.

Encima de la mazmorra se encuentra la estancia del carcelero y, arriba del todo, una atalaya almenada que convierte esta torre en una fortaleza defensiva. Pero nosotros pasamos hacia la torre opuesta, la de las campanas, atravesando las estancias del **alcaide** (del árabe *al-qā'id*, el 'que guía' a las tropas, quien 'manda' a los demás; a pesar del parecido, no se ha de confundir con **alcalde**, procedente de *al-qādi*, 'el juez', ni con el movimiento yihadista **Al Qaeda**, 'la base'); desde esas estancias se goza de una magnífica vista superior sobre la nave central.

—Desde aquí puedes ver lo que te decía: esta catedral se nos ha quedado pequeña. Supongo que la próxima será bastante más grande. El año pasado, el Papa ha concedido ya **indulgencias** para empezar las

obras (del latín *indulgentia*, que en esta época significa ‘perdón’, ‘remisión de una pena’, a menudo a cambio de dinero, comercio que indignará a Lutero cuando visite Roma dentro de un par de décadas).

—¿Y dónde la harán?

—Han estado pensando en tirar la Vieja para hacer sitio a la Nueva, pero imagino que la construirán al lado y así tendremos dos catedrales. La empezarán dentro de poco.

Al llegar a lo alto de la torre de las campanas se disfruta de una vista espléndida, de aire claro y piedras doradas.

—Ahora entiendo —le confieso, contraviniendo las normas de los viajes al pasado— por qué un futuro rector de la Universidad, de origen vasco, llamará un día a Salamanca: «Alto soto de torres». Y un escritor gallego afincado en Salamanca, cuya Universidad le nombrará doctor ***honoris causa*** (‘por causa de honor’), dirá que es «una ciudad de catedráticos y terratenientes».

—Pues yo creo que la define mejor lo que decimos nosotros actualmente: «Salamanca, una iglesia una taberna, una iglesia una taberna».

—En cualquier caso, un escritor de nombre Miguel y cuyo apellido dirá que procede de un pueblo zamorano llamado Cervantes escribirá algo muy comprensible sobre Salamanca: «que enhechiza la voluntad de volver a ella a todos los que de la apacibilidad de su vivienda han gustado».

—Se nota que le gustaba Salamanca. ¿Dónde escribió eso?

—En una ejemplar novela sobre un estudiante que se licencia en Salamanca y que, tras tomar un hechizo mágico, cree convertirse en vidrio. Veo que esto de los hechizos y la magia os encanta a los salmantinos.

Parece como si el Estudiante se pusiera en guardia al hablarle de hechizos, magia y encantamientos. (**Hechizo** deriva del latín *facere*, 'hacer', y significa 'artificioso', hecho no de forma natural sino artificialmente por un **hechicero** que te puede **enhechizar**, como Salamanca a Cervantes. 'Magia' ya la vimos ante el retablo. Y **encantamiento** viene del latín *incantamentum*, **encanto**, derivado del verbo *cantare*, 'cantar', por las fórmulas que canturreaban los hechiceros y magos al hacer sus **sortilegios**: de *sortis* + *legere* = 'leer la suerte'.)

—¡Pues el mismo autor —insisto en esa línea— escribirá también un entremés sobre *La cueva de Salamanca*! Y la fama de la cueva llegará hasta un nuevo mundo, donde un dramaturgo de allí llamado Alarcón escribirá poco después una comedia de enredo con el mismo título.

Ahora ya las alarmas del Estudiante se disparan.

—¡Cómo! ¿Sobre la Cueva?

—Sí, sobre un antro que hay en unos jardines que deben de estar cerca de aquí.

Y, como le veo muy extraño, cambio totalmente de tema:

—A mí, esa cueva del escritor de Cervantes me recuerda el «mito de la caverna» de Platón.

—¡Ah, vale! Entonces... Pero dejémonos de cuevas, de antros y de cavernas. Mira la ciudad. (**Cueva** procede del latín *cavus*, 'hueco', que está **cavado**, por lo que forma una **cavidad** y es **cóncavo**. El español **antro** nos llega del griego *antron* a través del latín *antrum* y en los tres idiomas significa lo mismo: 'cueva', 'gruta'. Y **caverna** también viene de *cavus*, derivado del verbo *cavare*, 'cavar'. Uno se sorprende de nuestra gran cantidad de **sinónimos**, un solo concepto pero 'con' distintos 'nombres'.)

Y él también cambia de tema:

1. Salamanca: los cristianos

—Salamanca tiene dos ejes, uno horizontal y el otro vertical. El horizontal va de este a oeste y lo marca el río.

—Sí, el Tormes, y «dentro del río» nacerá el famoso lazarillo de un ciego. Perdona, te he interrumpido.

—Y el vertical sigue una orientación de norte a sur: es la romana Vía de la Plata, que iba desde *Asturica Augusta* (en alusión al pueblo prerromano de los **astures**, hoy llamada **Astorga**) hasta *Emerita Augusta* (aludiendo a los soldados romanos **eméritos**, que se habían 'jubilado' allí, en **Mérida**). (A pesar de su nombre, la **Vía de la Plata** no es una vía en el sentido actual, sino un camino, y no debe su nombre a que por ella se trasladara plata; si se llama así, es porque estaba 'empedrada', ya sea por etimología árabe, de *al-balat*, o bien latina, de *delapidata*, significando en ambos casos lo mismo: camino 'empedrado'.)

—Con esos dos ejes, parece una cruz —le digo, pero no hace caso a mi sugerencia.

—Era una vía de comunicación tan importante que el emperador de origen hispano Trajano hizo construir ese magnífico puente romano de 26 arcos hace ya catorce siglos. ¡Y ahí sigue!

—Y que siga muchos siglos más, aunque me temo que las riadas aquí son muy fuertes...

—Mira las murallas. Como otras ciudades cristianas de estos siglos (Zamora, Toro, Tordesillas...), Salamanca reúne tres características: está al norte del río, se alza sobre un risco y ha sido fortificada. Y los moros quedan al sur, más allá del río, por lo que no la pueden asaltar fácilmente. Un poeta del siglo pasado la llamó *Fortis Salmantina*.

—O sea, esas ciudades formaban la frontera. Más abajo, una tierra de nadie, despoblada, y más al sur los moros. Y así avanzaba la Reconquista, de río en río.

—Tras reconquistarse Salamanca, *Ieronimus* se encargó de repoblar estas tierras, con gallegos, toresanos, francos... Y la ciudad se fue llenando de iglesias cristianas durante casi cuatro siglos. Mira la de San Martín, el de la capa, junto a la gran plaza del mercado. Y las de los dos «bandos» enfrentados a muerte: la de San Benito y la de Santo Tomé, los **benitinos** (el nombre latino de su patrón era *Benedictus*, de *bene-dicere*, 'decir bien', de donde vienen los **benedictinos** y los **benditos**) y los tomesinos, donde estaba el palacio de doña María la Brava. Y San Julián, y Sancti Spiritus, y Santo Tomás Cantuariense (Santo Tomás Becket era arzobispo de Canterbury, que en latín se decía *Cantuaria*, por lo que en Salamanca y en Verona hay iglesias dedicadas al **Cantuariense**).

—¡Os ha marcado ese tema de los «bandos», que tanto mencionas!

—Y también hay muchos conventos, pues frailes y monjas fueron importantes en la repoblación (si, como ya vimos, un **conde** es quien 'va con' el rey, un **convento** es a donde se 'viene con' otros, de *cum-venire*, 'venir con', por lo que si se celebra una **convención** en la que se pacten condiciones **convenientes** se puede llegar a un **convenio**). Mira: San Esteban de los **dominicos** y las Dueñas de las **dominicas** (por su fundador, cuyo nombre venía de **domingo**, por *dies dominicus*, el 'día del Señor', aunque hay sitios donde ellos se han hecho representar a sí mismos como los *Domini canes*, los 'perros del señor'), San Francisco y Santa Úrsula...

—Parecen poderosos.

—Pues más lo eran los templos de órdenes militares, tan importantes para la Reconquista: aquella iglesia redonda fue de los **templarios** (orden militar fundada tras la primera Cruzada y que tomó ese nombre por el **Templo** de Salomón en Jerusalén, del *templum* latino a través del *temple* francés), y la iglesia de San Juan **Bautista** de los hospitalarios (**bautizar** viene del griego *baptizein*, 'sumergir', 'zambullir', verbo que a su vez está relacionado con *baptein*, 'hundir'; inicialmente el **bautismo** podía implicar la inmersión de la persona en un río, pero luego éste se sustituyó por la pila **bautismal** en un **baptisterio**, aunque los **anabaptistas** se 'bautizan otra vez'), y tantas otras iglesias más.

—¿Y la gente normal, que no eran ni curas, ni clérigos, ni...?

—Pues como siempre: estaban los ricos y los pobres. Los ricos vivían en palacios, como aquella Torre del Clavero (nuestra palabra **llave** procede del latín *clavis*, como se ve en este caso, pues aquí vivía el **clavero** o 'guarda de las llaves' de la orden de Alcántara, lo que hoy hace un simple **llavero**, o como se ve también en el **cónclave**, donde se encierra 'con llave' a los cardenales) y también en ese palacio que están construyendo ahí, con la fachada llena de cientos de Conchas...

—¿Y los pobres?

—Pues a los pobres los perseguían los cuatro jinetes del Apocalipsis: la guerra, la peste, el hambre y la muerte (aunque las cuatro han existido en todo tiempo y lugar, a nosotros la primera palabra nos ha llegado del germánico **werra*, como ya vimos, y las otras tres del latín: la **peste**, de *pestis*, al igual que **pestilencia** y **apestado**; el **hambre**, del latín vulgar *famen*, como también **famélico** y **hambruna**; y la **muerte**, del latín *mors*, *mortis*, que es lo que nos espera a todo **mortal**, sobre todo con las **mortíferas** armas actuales, que a tantos 'llevan la muerte' provocando esa expresión ***rigor mortis***, la 'rigidez de la muerte', que aún conservamos en latín).

—¡Qué pena para los pobres!

—Por eso también ves tantos **hospitales**: la Vera Cruz, la Santísima Trinidad... (El **huésped** español tiene un doble sentido: es tanto el que da **hospedaje** como el que lo recibe. En latín, *hospes*, *hospitis* posiblemente primero significó **hospedante**, pues *hospes* + *potis* era el 'dueño del huésped'; y luego, por reciprocidad, éste le devolvería el favor, con lo que el hospedante pasaba a ser el **hospedado**, tras haberse establecido entre ellos una ley de **hospitalidad**; con el tiempo, en las casas se reservaron *hospitalia* como 'habitaciones para huéspedes', designando después esa palabra las instalaciones para pobres de solemnidad y peregrinos y, finalmente, para enfermos; de donde además derivaron tanto el **hostal** del ramo de la **hostelería** como el *hospitium* u **hospicio** para niños expósitos que nos hace pensar que no vivimos en un mundo **inhóspito**.)

2. Salamanca: los moros

—¿Y esos otros barrios que están en la parte sur de la ciudad, entre la catedral y el río? (**Barrio** viene del hispanoárabe **barri*, 'exterior', las 'afueras' de una ciudad, los 'barrios bajos' extramuros, y allí se hablaba un lenguaje **barriobajero**.)

—Eran los barrios de las dos comunidades no cristianas: los árabes y los judíos.

—¿También en Salamanca?

—Sí, tras reconquistar los cristianos estas tierras, bastantes musulmanes se quedaron por aquí y vivían en ese **arrabal** (que, como el catalán **raval**, viene del hispanoárabe *arrabád*, 'el barrio'). Por su indumentaria diferente y sus costumbres extrañas, a los habitantes del arrabal la gente les empezó a llamar, despectivamente, **arrabaleros**. Y, como nosotros no entendíamos su idioma, decíamos que hablaban **algarabía** (del hispanoárabe *al'arabíyya*, 'el árabe', por la manía de insultar al que no habla como nosotros, en una lengua quizá bella pero distinta a la nuestra).

—¿Y se hicieron cristianos?

—Bueno, se convirtieran o no, fueron edificando iglesias cristianas, para ellos mismos o para los otros. Eran iglesias de ladrillo en estilo mudéjar, como esas que ves ahí: San Polo, Santiago... (curiosamente, el apóstol **Santiago** es el único santo al que no le anteponemos el 'san': no decimos 'san Santiago'; y es lógico, pues sería una redundancia, dado que ya lo tiene antepuesto; y es que este santo se llamaba en arameo *Yaakov* y en hebreo *Jacob*, como el patriarca de judíos, cristianos y musulmanes; pero luego este nombre se fue transformando en Yago y en Jacobo y, tras «santificarle» como Sant Yago, las dos palabras se «soldaron» en una sola, Santiago... Y los cristianos acabaron «apellidando» a Santiago como **Matamoros** [cuya etimología no necesita explicación], por su supuesta ayuda, no tan santa, en la legendaria batalla de Clavijo).

—¿Se convertían los musulmanes del arrabal al cristianismo?

—Unos sí, y otros... más o menos.

—O sea, que no hay remedio. ¡No hay **tutía**! (La 'tutía' o 'atutía' viene del hispanoárabe *attutíyya* u óxido de cinc, usado como ungüento medicinal: «no hay tutía» indica que no tenemos ese 'remedio', que se

nos ha terminado ese medicamento.)

—Pero, en enero de este mismo año —¡me informa él!—, la reina Isabel de Castilla ha tomado a los moros Granada. (El **granado**, en latín, era *malus punica*, el 'manzano cartaginés', pues fueron los fenicios y cartagineses quienes difundieron ese árbol por el Mediterráneo; y su fruto, la **granada**, se llamaba *malum granatum*, 'manzana con granos'; por tanto, ya sabemos interpretar el nombre científico actual de esta planta: *Punica granatum*, 'granado cartaginés'. En cuanto al nombre de la ciudad de **Granada**, podría venir de esa 'granada' de origen latino, siendo anterior al árabe, o bien del árabe *gar-anat*, 'colina de peregrinos'. Los árabes la llamaban *Medina Garnata*.)

—¡Pobres árabes, sin su bella Granada!

Recuerdo la canción que poco después compondrá Juan del Enzina:

> «... las mezquitas de Mahoma
> en iglesias consagrando;
> las moras lleva cativas
> con alaridos llorando».

—Así que ya no tienen ningún reino en España tras haber vivido casi ocho siglos en lo que ellos llamaban **Al-Ándalus**. (Sintetizando las principales teorías sobre el origen de la palabra **Andalucía**, podríamos decir: los **vándalos** [el término germánico *wandliaz* sólo significaba 'errante', que vaga de un sitio a otro, aunque luego ese gentilicio se cargó de connotaciones negativas] invadieron la *Hispania* romana en el siglo V, pero al poco tiempo cruzaron el Estrecho y se establecieron en el norte de África, cuyos pobladores empezaron a llamar *Al-Ándalus* a esas tierras desde las que les había llegado ese pueblo tan **vandálico**... y los árabes, tras su venida aquí en el 711, siguieron llamando así a las tierras de la Península pobladas por ellos. Los pueblos que ya vivían en la Península sólo tuvieron que «cristianizar» *Al-Ándalus* para «bautizar» Andalucía.)

—¡Qué será de los musulmanes! ¡Ojalá les vaya bien! (**Ojalá** es una antigua exclamación árabe: *wa sha' Allah*, ¡quiera Alá!, ¡quiera Dios!)

—Bueno, así se han unificado estas tierras, sobre todo teniendo en cuenta además la boda entre el rey Fernando de Aragón y la reina Isabel de Castilla. Y a lo mejor algún día, además de Granada, incorporan también el reino de Navarra y hasta se unen con Portugal. Están creando un Estado unificado y además moderno, sin el poder que habían tenido los nobles durante el **feudalismo** (según Corominas, la palabra **feudo** viene del bajo latín *feudum*, que a su vez sería una latinización de un término germánico **fëhu*, 'posesión', 'propiedad'; en ese 'sistema de clintelismo-patronaje' que fue el feudalismo en la Edad Media, el feudo era la propiedad que el señor **feudal** entregaba al vasallo **feudatario** por el *auxilium*, o **auxilio** militar, y el *consilium*, o **consejo** político-judicial, que éste le prestaba a cambio).

3. Salamanca: los judíos

—Ya, pero no es sólo la unificación política, sino también la uniformización religiosa. Así hemos pasado de la tolerancia relativa... a la intolerancia cierta. Fíjate en los pobres judíos que vivían en ese otro barrio, la **aljama** judía o **judería** (el hispanoárabe *algamáa* designaba sobre todo al 'conjunto de' los judíos; la palabra **gueto** se «inventará» en Venecia pocos años después de la llegada de numerosos judíos españoles, a quienes se confinó con otros judíos italianos en un barrio en el que había una fundición de metales: *gettare* era 'echar' el mineral para que se fundiese en la colada y luego 'echarla' en moldes, y de ahí viene la palabra italiana ***ghetto***): en abril de este año, la reina les obligó o a convertirse o a marcharse. ¡Sólo podía haber cristianos! Ni musulmanes ni judíos.

—¿Y qué han hecho los judíos?

—Pues muchos han tenido que malvender aprisa sus casas y sus cosas antes del 10 de agosto, para poder huir a Portugal. De Castilla han salido decenas de miles de judíos. Otros fingen que se han convertido... pero judaízan en secreto. Los cristianos viejos les llaman **marranos** para insultarles (del hispanoárabe *mahrán*, 'cosa prohibida'; y, como la carne de cerdo estaba prohibida tanto a los musulmanes como a los judíos, la gente empezó a vituperarles llamando así a los conversos de ambas religiones; todavía hoy queda 'marrano' como insulto a la persona sucia y desaseada).

—¿Pero no convivían bien las tres religiones? Al menos eso es lo que se dice.

—No te lo creas. Algunas veces sí, pero otras... Digamos que se toleraban. Con los árabes, los cristianos estaban en guerra frecuente. En cuanto a los judíos, los reyes los soportaban, porque les ayudaban a recaudar impuestos, pero la gente los despreciaba como «pueblo **deicida**» (pues consideraban que habían 'matado a su dios' en la cruz).

—¿Y envidiaban su riqueza?

—¡Otro tópico! Había judíos ricos, claro, pero también judíos pobres. Eso sí, los ricos prestaban dinero

con **usura** (del latín *usura*, 'uso' del dinero prestado por otro, al principio sin interés pero luego con él... como hoy hacen los banqueros, sean o no judíos). Y esto los cristianos no lo podían hacer, pues era pecado.

—Y los cristianos estarían celosos de su ascenso social, ¿no?

—Sí, los judíos siempre «tenían la culpa» de todo: de las pestes, de la pobreza, de los años de malas cosechas. En 1391 los cristianos asaltaron la judería y masacraron a los judíos, incendiaron sus casas, arrasaron sus sinagogas... (**arrasar** procede del latín *radere*, 'afeitar', 'rasurar', después 'dejar algo **raso**', 'a **ras** de suelo') y luego enviaron a sus predicadores para convertirlos.

—Eran su «chivo expiatorio». (**Chivo** es una onomatopeya creada a partir de *chiv* o de *chib*, la voz con que se llama a la 'cría macho de la **cabra**' [del latín *capra*], o sea, el **cabrito** [por el diminutivo de *capra*] que aún no ha crecido hasta convertirse en **cabrón** [el aumentativo correspondiente], como el niño que se **chivaba** de ti al maestro para fastidiarte. El «chivo expiatorio» o *caper emissarius* era el chivo o, más bien, el cabrón de un antiguo rito judío que se celebraba el «día de la expiación»: se elegían dos machos **cabríos** y, por sorteo, a uno se le destinaba a ser degollado en ofrenda a Yahveh, mientras que al otro se le cargaba simbólicamente con todas las faltas confesadas por el pueblo de Israel y lo abandonaban en el desierto; el pobre cabrito moriría de hambre y sed, pero los judíos quedarían libres de sus pecados. Luego, entre los cristianos, Jesús se ofrecería a sí mismo en sacrificio como «cordero de Dios».)

—El problema se agravó hace catorce años, cuando la reina Isabel instauró la Inquisición en Castilla. Tan sólo dos años después ordenó que los judíos viviesen en barrios cercados. Y este mismo año los ha expulsado definitivamente de su **Sefarad**, que es como ellos se refieren ahora a 'España' (por lo que el dialecto judeoespañol se llama hoy **sefardí**... aunque los judíos realmente lo llamaban **ladino**, pues solían traducir sus escritos del hebreo al castellano medieval, que para ellos era 'ladino' o 'latino'). Hace tan sólo tres meses, la reina Isabel ha concedido al obispo la sinagoga judía.



Figura 6.8. Colón expuso su plan (¡con sus errores!) a los sabios de Salamanca. Allí estaría el judío Abraham Zacuto, profesor de **astronomía** en la Universidad**.**

—¡Hemos sido crueles con ellos!

—Sobre la puerta de la Sinagoga Vieja de Salamanca pone esta inscripción, sacada de un **salmo** (canto de 'alabanza') de la Biblia: «Esta es la puerta de Yahveh, sólo los justos entrarán por ella». Está claro que muchos cristianos no entrarán por ella. (**Yahveh** o **Jehovah** es el nombre que Dios se da a sí mismo en la Biblia. Pero como en hebreo no se escriben las vocales, sólo se ponen esas cuatro consonantes: Y H V H, a las que se llama el **tetragrámaton**, las 'cuatro letras'. Y, para poder pronunciarlas, se le añaden vocales que dan Yahveh, con su variante Jehovah. El conjunto de las letras hebreas no se llama 'abecedario' como las del español ni 'alfabeto' como las del griego, sino **alefato**, por el nombre de su primera letra, el *álef*, que se formó a partir de un signo egipcio... y que, milenios después, Borges inmortalizaría en *El Aleph*.)

—¿Conocías a alguno de los judíos que se han ido?

—Sí, claro, a unos cuantos. Pero quien me ha dado más pena que se haya ido ha sido Abraham Zacuto, que era un rabino de 40 años profesor de astronomía en la Universidad. Había publicado un *Almanaque perpetuo* y había perfeccionado el astrolabio. (**Almanaque** viene del hispanoárabe *almanáh*, 'calendario', procedente del árabe clásico *manāh*, 'parada' o 'alto' de caravanas, en alusión a las 'mansiones' o 'estancias'

del sol en los distintos signos del zodíaco a lo largo del año. Y **astrolabio** nos llega del griego *astrolabion*, compuesto de *astron*, 'astro', y el verbo *lambanein*, 'tomar', 'estimar': era el instrumento que utilizaban los astrónomos para 'tomar' la altura de los 'astros' y así determinar su posición.)

—O sea, que Zacuto era un buen **astrónomo**, ¿no? (Del griego *astron*, **astro**, 'estrella', y *nomos*, 'uso', 'ley': el científico que busca conocer 'las leyes' por las que se rigen 'los astros'. También procede del griego **astrólogo**, por *logos*, 'palabra', 'razón', aunque su significado ha degenerado en un sentido mucho menos científico.) ¡Qué desastre que se haya ido! (Un **desastre** se produce cuando, según los astrólogos, los 'astros' 'no' nos son propicios.)

—¡Los astros eran su obsesión! Parecía un **sonámbulo** andante, pero en verdad era un **noctámbulo** a la caza de estrellas. (En ambas palabras aparece el verbo latino *ambulare*, 'andar', 'caminar', aunque una **ambulancia** que traslada un enfermo a un **ambulatorio** más bien corre. Pero la primera palabra se aplica mientras la persona está dormida, en pleno *somnus*, **sueño**, mientras que la segunda lo hace totalmente despierta y vigilante en plena *nox*, *noctis*, **noche**.)

—¡Claro, como un libro inglés de mi época que llama metafóricamente a los astrónomos *The sleepwalkers*, 'los caminantes dormidos', 'los sonámbulos'!

—¿Te suena un tal Cristóbal Colón?

4. Un 12 de octubre

—¿¡Me lo preguntas tú a mí!? —me quedo con ganas de informarle de que, precisamente en este día de hoy, 12 de octubre de 1492, Colón está descubriendo un Nuevo Mundo... pero que, como no hay móviles para telefonear desde allí (**teléfono**, 'sonido de lejos') ni cadenas de **televisión** ('visión de lejos') para transmitirlo en directo, pues aquí nadie se está enterando. (Por cierto, **América** debería haberse llamado **Colombia** en honor a Colón, pero éste no acabó de entender que el sitio adonde había llegado no eran las Indias, por lo que llamó **indios** a sus habitantes, sin darse cuenta de que era un «mundo nuevo»; por eso el cartógrafo alemán Waldseemüller le puso el nombre del navegante italiano Americo Vespuccio, su teórico «descubridor intelectual», en un mapa que publicó en 1507.) Sí, claro que «me suena» Colón.

—Pues Cristóbal Colón (él firmaba *Xro*. *Ferens*, o sea, ***Cristoforo*** o **Cristóbal**, el 'que lleva a Cristo', por lo que san Cristóbal es el patrono de los conductores 'que nos llevan' a nosotros), a petición de la reina Isabel, vino a Salamanca hace seis años para exponer su plan a los científicos de la Universidad. (Véase Figura 6.8).

—Muy prudente, la reina: si Salamanca decía que no, es que era que no.

—Y con Colón venía su amigo fray Diego de Deza, que había sido catedrático de esta Universidad y que tenía toda la confianza de la reina. Hasta el punto de que ésta le ha confiado la educación del príncipe Juan, que está destinado a ser el heredero de ambos reinos. Ahora es obispo de Zamora y el Príncipe de Asturias vive allí con él.



Figura 6.9. Descubierto un mundo nuevo, Colón debió «bautizarlo»: llamó Ysabella, Fernanda, Hyspana, Salvatoris... a sus islas y llamó **indios** a sus habitantes.

(Dentro de unas semanas, Colón descubrirá la isla de Cuba y la llamará **Juana** en honor al príncipe Juan; pero el heredero morirá en brazos de fray Diego en Salamanca dentro de cinco años, con gran dolor de todos: «De tan penosa tristura / no te esperes consolar», escribirá Juan del Enzina.)

—Pues bien —prosigue el Estudiante—, Abraham Zacuto se reunió con Colón, y le señaló los dos grandes errores que tenía: Colón reducía demasiado las dimensiones de la Tierra y exageraba demasiado las de Europa-Asia, y esos dos errores juntos le hacían pensar que sería muy fácil llegar a Oriente navegando hacia Occidente.

—¡Qué bruto!

—Pero luego fray Diego de Deza convenció a la reina del proyecto de Colón y éste se embarcó en agosto de este año, poco antes de que acabase el plazo dado a los judíos para salir de España —¿sería Colón judío? —. ¡Vete tú a saber dónde está ahora! (Véase Figura 6.9).

—Quizá por esos dos errores tuvo la osadía de emprender su viaje. Si llega a saber la verdadera distancia entre España y las Indias, no sé si se habría atrevido.

—¿Sabes cómo se despidió de mí Abraham Zacuto? Pues me dijo en ladino: «*La ida esta en mi mano, la vinida no se kuando*».

Estoy mirando **embelesado** al Estudiante (la **belesa** es una planta de efectos narcotizantes, cuyos jugos nos pueden dejar 'embelesados', como los peces a los que se la echaban los pescadores para adormecerlos y pescarlos mejor) mientras me cuenta todo esto, en lo alto de la torre de las campanas. Y, de repente, me doy cuenta de algo que me deja **estupefacto** (**estúpido** viene del latín *stupidus*, 'aturdido', 'pasmado', por lo que *stupefacere* es 'causar **estupor**' y *stupefactus* es el resultado): ¡El Estudiante no tiene sombra! Yo sí, pero él no.

—¡Qué raro! Tu cuerpo no proyecta sombra, y el mío sí. (**Sombra** viene del latín *umbra*, por lo que estar *sub umbra* es estar 'bajo la sombra' y el verbo *subumbrare* significa 'hacer sombra' o 'poner a la sombra'. En español, aún conservamos palabras sin la 's' inicial, como **umbría** o las ya vistas **umbráculo** y **penumbra**.

Pero la oposición frecuente entre ‘sol’ y ‘ombra’ hizo que se acabase añadiendo la ‘s’ al principio, ‘sol’ y ‘**s**ombra’, como vemos en **sombrío** y **sombrear**, en **sombrero** y **sombrilla**, o en **asombrarse** y **ensombrecer**.)

Al verse descubierto en algo que aún no acabo de entender, el Estudiante intenta esquivar la conversación:

—No te preocupes. Como decía Píndaro, el hombre sólo es «el sueño de una sombra». O «sombra de un sueño», como quieras.

—Sí, pero los egipcios le daban mucha importancia a la sombra: tu sombra va siempre contigo, como tu cuerpo y tu nombre, como tu alma y tu espíritu. Adonde tú vayas, ella te acompañará. ¡Siempre!

—¡Menos cuando está nublado! No te pongas trágico. Si te portas bien, a lo mejor al final del día te lo cuento.

—¡Hala, vamos a bajar! ¡Que aún no hemos visto la Universidad! —y que pronto cumplirá ocho siglos, digo yo para mí mismo.

En la Universidad

Del templo de la fe al templo del saber no hay ni siquiera cien pasos. La Universidad de Salamanca es el centro cultural más importante de España en este momento. Sin embargo, nos parece un edificio bastante modesto, de una sola planta de altura y aún en obras. Nada de fachadas plateresca ni de ranas en calaveras. Todavía.

—La terminaron hace menos de sesenta años. Pero también se nos quedó pequeña, como la catedral, y ahora están dándole una planta más, sobre la planta baja. (Véase Figura 6.10).

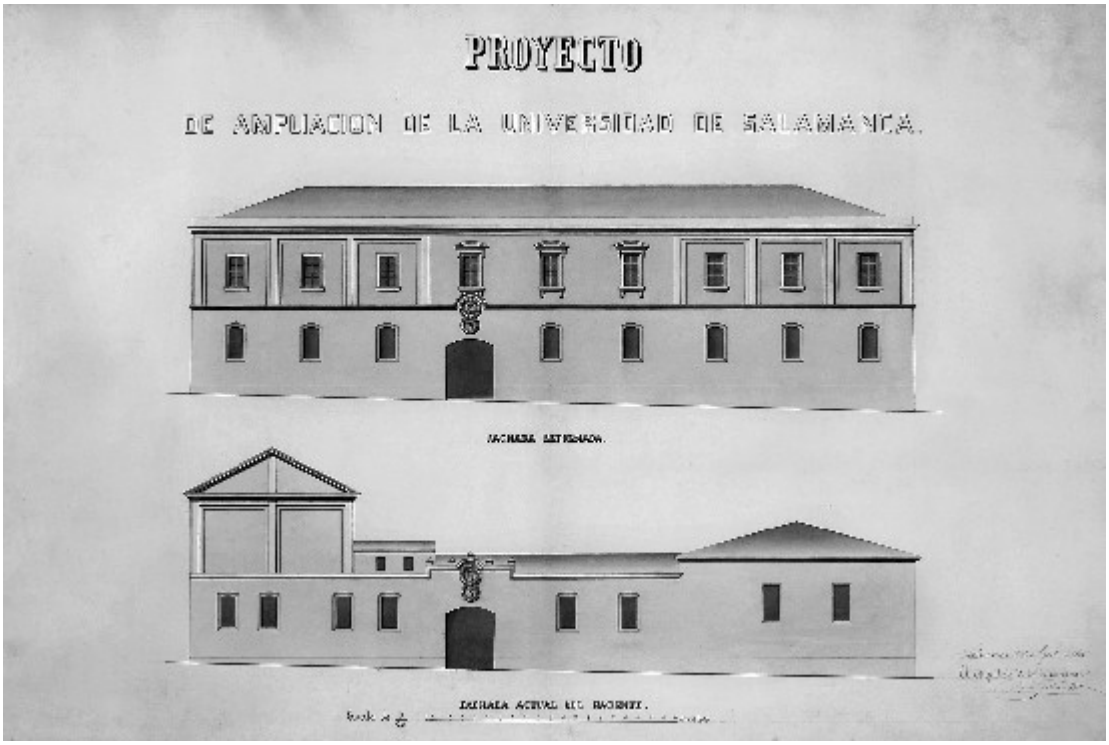


Figura 6.10. El edificio original de la Universidad tenía sólo una planta, que luego recibió una más. Sobre la puerta, el escudo de Castilla y León y el del Papa Luna.

—Veo que está rodeada por un muro almenado. (Una **almena** es un prisma que sobresale de la muralla y las **almenas** son el conjunto de esos prismas. Se compone del artículo árabe *al-* y del latín *mina*, ‘que sobresale’, que es ‘pro**min**ente’, una ‘e**min**encia’.)

—Sí, es que la Universidad tiene jurisdicción propia, dentro de esa muralla. Tanto el muro como la planta superior fueron impulsados hace unos cuarenta años por El Tostado, un maestrescuela muy sabio: en Salamanca, para decir de alguien que es muy culto, se dice: «Sabe más que El Tostado». Mira, ahí tienes su **escudo** —me dice antes de entrar.

—¿Y esos otros dos escudos? (El *scutum* romano era un arma defensiva, generalmente en forma de teja, que se llevaba embrazado para protegerse contra las armas ofensivas del enemigo; los *scutarii* o **escuderos** eran los ‘soldados armados de escudo’ o, ya en la Edad Media, los pajes que llevaban el escudo al caballero. En los torneos medievales, los caballeros empezaron a usar un **escudo de armas** que representaba su linaje mediante figuras y señales propias de su casa, como el castillo y el león de Castilla y León.)

—El escudo de arriba es el de Castilla y León, los dos reinos solos; por lo tanto, es anterior a la boda de

Isabel y Fernando. Y el de abajo, ¿no ves una tiara pontificia con las llaves de san Pedro, sobre un cuarto de Luna? ¿De qué papa será?

—¡Ah, claro, del Papa Luna! Benedicto XIII. ¿Y qué tuvo que ver con Salamanca?

—Pues que fue un gran protector de la Universidad. Creó y dotó tres cátedras de Teología, pero sobre todo dio a la Universidad sus primeras Constituciones.

Dentro de un par de años, el humanista alemán Hieronymus Münzer visitará Salamanca y escribirá en su *Itinerarium*: «Hay además un Colegio de bella apariencia recientemente construido a expensas del rey, todo de piedra de sillería, con disposición semejante a la de un monasterio y con catedráticos grandemente famosos. Tiene amplia biblioteca...». Esa semejanza de la Universidad con un monasterio la vemos nada más entrar: hay un patio central cuadrado, cercado por un claustro al cual se abren ocho o nueve aulas y una capilla. Eso es todo. (Del «claustro» hemos hablado bastante en la catedral. En cuanto al **monasterio**, ya sabemos que las palabras terminadas en '-terio' suelen indicar 'lugar en el que' y el 'monas-' inicial viene del latín tardío *monachus*, **monje**, 'anacoreta' [o sea, un monasterio es un 'lugar en el que' viven los 'monjes']; y monje, a su vez, procede del griego *monakhós*, 'solitario', 'persona apartada', pues deriva de *monos*, 'uno', 'único': los primeros monjes aparecieron en la Tebas de Egipto en el siglo III y solían ser **anacoretas** solitarios [por el verbo *anakhoréin*, 'retirarse'], olvidados del mundo y por el mundo, **ermitaños** que se habían retirado a vivir apartados en un lugar *éremos*, **yermo**, 'despoblado', 'desértico'... Hasta que descubrieron que era mejor la 'vida en común' en un **cenobio** [de *koinós* + *bíos*, 'vida en común'], ya fuese en un **convento** al que 'se viene a vivir con' los demás o bien en un monasterio.)

1. En las viejas aulas

—¿Qué materias se estudian aquí?

—Pues al principio, cuando la carta magna de Alfonso X el Sabio, los estudios más importantes eran: Leyes, Decretos, Decretales, Lógica, Griego, Música, **Física**... o sea, **Medicina**. (La palabra habitual para referirse al médico era 'el **físico**', pues él es quien se ocupa de nuestra *physis*, de nuestra 'naturaleza', de nuestra **fisio**logía, y la Academia recoge aún la palabra 'físico' en ese sentido. Pero progresivamente se fue imponiendo la palabra 'médico', derivada del verbo latino *mederi*, 'cuidar', 'curar', que es lo que hacen un **médico**, un **medicamento** o un re**medio**.)

—¿Me has dicho que ya se enseñaba música?

—Sí, ya había un maestro de órgano. Aquí ha sido catedrático de música Bartolomé Ramos de Pareja, que ahora lleva diez años enseñando en Roma o en Bolonia, donde ha publicado un célebre tratado sobre *Música práctica*.

—Creo que ha sido uno de los principales teóricos de la música de este siglo. Un gran innovador.

—Además, en este mismo siglo se han creado cátedras nuevas. Ahora hay varias cátedras de Cánones, de Leyes, de Teología, de Medicina, de Lógica, de Gramática... y una de Astronomía (la que ocupaba Abraham Zacuto), de Música, Retórica, Hebreo, Caldeo, Árabe...

—Veo que el Derecho siempre ha sido muy importante.

—Sí, quienes lo estudian están muy solicitados. Cuando veas que una lápida sepulcral en un claustro pone D. U. J. es que el muerto era ***Doctor Utriusque Juris***, 'doctor en ambos Derechos', en Derecho Civil y en Derecho Canónico. ¡Y estaba orgulloso de ello!

La primera aula que me enseña es, precisamente, la de Medicina, que está nada más cruzar el zaguán a la derecha.

—Veo que hay muchos libros, pero pocos instrumentos médicos.

—¡Claro, para estudiar qué decían los antiguos! Piensa que lo que está de moda en estos momentos es volver al mundo clásico: nos basta con saber lo que decía Hipócrates en el mundo griego (todavía hoy los 'físicos' prestan el juramento **hipocrático**) y Galeno en el mundo romano (a los médicos se les llama también **galenos**).

—¿Y no se estudia el cuerpo humano?

—Sí, en los libros de Aristóteles.

—Pero si Aristóteles se confundía en algo... ¿No hay un «teatro anatómico» o algo parecido donde se hagan disecciones de cadáveres para enseñar el cuerpo a los alumnos? (**Disección**: la partícula latina *di-* o *dis* suele indicar 'división', y el verbo *secare* es **seccionar**, 'cortar', 'hacer pedazos', por lo que *dissecare* es 'dividir en pedazos', 'cortar separando'; por eso en el siglo XVI, con el desarrollo de la anatomía, se creó el neologismo latino *dissectio*, 'disección', en un calco paralelo del griego 'anatomía', que en definitiva significa lo mismo.) En la antigua Alejandría —le comento al Estudiante— se llegó a practicar la **vivisección** (de *vivi-sectio*, 'disección de un vivo', para ver no sólo cómo era el cuerpo humano sino también cómo funcionaba, eso sí, procurando que fuese *hominum nocentium*, 'de **hombres nocivos**' condenados a muerte, ¡qué considerados! En el siglo XVI se permitió la «*incisio mortuorum*», la '**incisión** de los **muertos**', con lo que

la anatomía avanzó mucho como ciencia, pero en las guerras del siglo XX se volvió a practicar la vivisección, con lo que retrocedimos mucho en cuanto a moral).

—¡No, qué **horror**! No hacemos disecciones. La Iglesia tiene *horror sanguinis*, 'horror de la sangre', y no permite las disecciones, ni siquiera de cadáveres. (El latín *horror* era el 'erizamiento' del cabello, cuando los pelos se te ponían de punta, por lo que pronto significó también 'escalofrío' causado por el frío o 'estremecimiento' por el miedo. **Sangre** viene del latín *sanguis*, por lo que una persona **consanguínea** tiene tu misma sangre, y una **sanguijuela**, en latín *sanguisuga*, es quien te 'chupa la sangre'. **Cadáver** se decía ya igual en latín: *cadaver*, 'cuerpo muerto'.)



Figura 6.11. Aula de Teología (hoy, de Fray Luis de León). Por sus antiguos bancos y «mesas» **monóxilos** ('de un solo tronco') pasarán con el tiempo infinitos sabios.

(En este momento, aún faltan 51 años para que Vesalio publique su gran obra de anatomía, el *De humani corporis fabrica*, sobre la **fábrica** o 'estructura' del cuerpo humano, y casi cien años para que la Universidad de Padua abra el primer «teatro anatómico», en el que se harán disecciones ante estudiantes de anatomía. **Anatomía** viene del griego *aná*, 'hacia arriba', y *temnein*, 'cortar', o sea, 'cortar de abajo arriba' para ver cómo es el cuerpo humano.)

—Esta otra aula es la de Derecho Canónico, que es la mayor de todas, y al otro lado del claustro verás luego la de Derecho Civil. (En latín, *canon* significaba **canon**, 'precepto', y en temas eclesiásticos era lo establecido por la Iglesia: así, los libros **canónicos** de la Biblia son los reconocidos por la Iglesia como de inspiración divina y el Derecho **Canónico** es el conjunto de 'cánones' o 'normas' establecidos por la Iglesia para regular la vida de sus fieles. En cambio, el Derecho **Civil** es el Derecho no establecido por la Iglesia, sino el que los ciudadanos [*civis*] se dan a sí mismos.)

—¿Y el aula siguiente? (Véase Figura 6.11).

—Es la de Teología, que aún se enseña en esta Universidad.

—Sí, aquí es donde dará clase aquel amigo del organista ciego, como «decíamos hoy» por la mañana. Tus «amigos» de la Inquisición no le dejaron en paz.

—¡Entonces era bueno!

—Pues le metieron en la cárcel. Y escribió en sus paredes: «Aquí la envidia y mentira / me tuvieron encerrado». Total porque tradujo algún libro de la Biblia al castellano para que la gente lo pudiera leer por sí misma, sin necesidad de intermediarios.

—¡Y eso que dicen que es palabra de Dios!

Es una sala espaciosa, iluminada por amplias ventanas góticas y con dos grandes arcos de sillería que soportan un techo plano de madera. Tanto el banco en el que se sientan los alumnos como la mesa en la que escriben son largas vigas de madera poco desbastadas, toscas y apenas escuadradas. Adosado a la pared, un escaño corrido permite asistir a las clases a doctores e invitados importantes —como el emperador Carlos en el futuro—. Y enfrente, en el testero, alzándose sobre el asiento del repetidor, la cátedra o asiento desde la que el maestro imparte su **lección** (del latín *legere*, **leer**, pero inicialmente 'recoger', 'escoger', pues el

maestro ha ‘recogido’ unos conocimientos y luego los ‘lee’ en clase; y de ahí vendrá **leyenda**, ‘lo que se debe leer’, pero también **legión**, que son los soldados ‘escogidos’, ‘reclutados’).

—¡Cuántas generaciones de estudiantes habrán pasado por aquí! —exclamo.

—¡Y cuántos sabios! Aquí, y en Roma, estudió Cisneros, a quien la reina Isabel acaba de nombrar su **confesor** (muchas palabras latinas tenían ya un significado determinado y, al aparecer el cristianismo, la nueva religión las adaptó a sus necesidades; en este caso, *confiteri* era ‘**confesar** un delito’, ‘reconocer’ que lo habías cometido, por lo que a la Iglesia no le costó mucho adaptar la palabra para referirse a la ‘confesión de los pecados’): Cisneros tiene un gran ascendiente sobre ella, pues parece un auténtico hombre de Estado.

—Además, ya aquí era muy culto.

—Y también Beatriz Galindo, a quien llaman «la Latina» porque hablaba perfectamente latín desde los quince años. Era tan buena, que le permitieron ser la primera alumna mujer en la Universidad. Hace seis años iba a entrar en un convento, pero la reina Isabel se la llevó como preceptora suya y de sus hijas.

—Veo que formáis a muchos sabios, pero que luego os los llevan.

—Sí, o se van. Este mismo año, el gran matemático Pedro Ciruelo se nos ha ido a París para enseñar en la Sorbona: es enemigo de brujas y astrólogos, y creo que prepara un libro contra hechicerías y supersticiones (en latín, *super-stare* era ‘estar sobre’, ‘mantenerse sobre’, por lo que el *superstes* era el **superviviente**, el que se ‘mantiene sobre’ lo razonable, quizás a base de alguna *superstitio*, **superstición** o ‘creencia por encima de la razón’; pues, como decía Séneca, «*superstitio error insanus*», «la superstición es un error insensato»).

—Bien, la razón sobre la superstición.

—Y el magnífico helenista Hernán Núñez de Toledo se nos ha ido al Colegio Español de Bolonia, donde está recopilando miles de refranes para publicarlos algún día.

—¿Conoces —ahora le pregunto yo— a una chica de unos 18 años que se llama Lucía de Medrano?

—No, aún no.

—¡Pues a lo mejor algún día llega a ser la primera profesora de Universidad del mundo! Aquí, en Salamanca.

—A quien sí conozco es al poeta-músico Juan del Enzina, o de Fermoselle. Tras graduarse aquí en Derecho se fue a Italia, donde ha visto el nuevo teatro que se hace por allí. Ha vuelto a Salamanca y trabaja aquí para el Duque de Alba: ahora mismo le está preparando, para estas Navidades, una obra teatral en la que mezcla música y églogas, ambas compuestas por él (la **égloga** es un poema bucólico breve que idealiza la vida pastoril y su nombre viene del griego *eklogé*, ‘extracto’, ‘pieza escogida’, del verbo *eklegein*, **elegir**, se**leccionar**).

—Se podría considerar que es el inicio del teatro en España. Y también de las «canciones de poeta», como en esta égloga goliardesca para tenor y contratenor de la que selecciono los tres versos iniciales y los tres finales:

> «Hoy comamos y bevamos,
> y cantemos y holguemos,
> que mañana ayunaremos. [...]
> No perderemos bocado,
> que comiendo nos iremos,
> y mañana ayunaremos».

(*Carpe diem*: hoy no ayunaremos, mañana sí... pero mañana diremos lo mismo. **Ayuno** viene del latín *jejunare*, ‘abstenerse de comer’, y **desayuno** es lo contrario: terminado el ayuno nocturno, desayunaremos, comeremos. En Roma, *follis* era **fuelle**, por lo que *follicare* era... una palabra soez, pero también dará origen a nuestro **holgar**; esa palabra soez que me callo implica ‘soplar’ y ‘resoplar’ mucho, mientras que el holgar supone no trabajar ni siquiera en eso.)

Nos asomamos también al aula de Gramática, Retórica, a un aula en la que enseñan Hebreo, Caldeo y Árabe, y a la de Astronomía.

—Ésta fue la cátedra de Abraham Zacuto, el judío.

—¿Y qué enseñan aquí?

—¡Pues qué va a ser! Lo que ya escribieron hace muchos siglos Aristóteles y Ptolomeo. Sólo que mejorado con las *Tablas alfonsíes*, que el Rey Sabio ha escrito con la ayuda de astrónomos árabes y judíos. Lo que pasa es que hay problemas: lo que decían esos sabios antiguos y lo que hoy observan en los cielos los sabios modernos no les acaba de cuadrar; hay algún planeta que avanza, luego retrocede y después vuelve a avanzar. ¡Y eso es imposible!

—*Sapere aude!* Olvídate de los antiguos y «atrévete a saber», como decía precisamente un antiguo. Pero a saber de verdad, mirando la naturaleza, no mirando los libros. (**Saber** viene del latín *sapere*, tanto en el

sentido de ‘tener **sabor**’ como en el de ‘conocer’ algo; aunque alcanzar la verdadera **sabiduría** te pueda causar algún **sinsabor** por lo duro que resulta. Y ese *aude* es el imperativo del verbo latino *audere*, ‘tener **audacia**’, ‘atreverse’; ¡pero hay que ser muy **audaz** para contradecir la opinión de los antiguos!)

(En este momento, aún faltan 51 años para que, así como empezó una nueva anatomía con Vesalio, empiece una nueva astronomía con el *De revolutionibus orbium coelestium*, el libro que Copérnico escribió sobre las **revoluciones** o ‘giros’ de los **orbes** o ‘mundos’ **celestes** y que sirvió para cambiar de **paradigma** [del griego *parádeigma*, ‘modelo’] a la astronomía. Rompió el paradigma **geocéntrico**, con ‘centro en *Ge*’, o sea, en **Gea** o **Gaia**, la Tierra, y adoptó el modelo **heliocéntrico**, con ‘centro en *Helios*’, el Sol.)

Tras asomarnos a otras cuantas aulas o «generales» como las llaman aquí, entramos en la capilla de la Universidad.

—Ésta es la capilla nueva. Antes estaba en el zaguán por el que hemos entrado, que se quedó pequeño. Es que todo en Salamanca crece, por lo que todo se va teniendo que ampliar. Piensa que a principios de este siglo XV había en Salamanca unos 600 estudiantes y ahora hay más de 2.500, más de cuatro veces más.

—Veo que la capilla tiene una planta mucho mayor que la del zaguán, pero que no es muy alta.

—Sí, es que encima tiene la librería o biblioteca, en el piso añadido arriba. Están hablando de tirar esa techumbre que ves, de madera policromada, y dar toda la altura a la nueva capilla, que así será el doble de alta.

—¿Y qué harán con los libros? ¡Vamos a verlos enseguida antes de que desaparezcan!

—¡No, hombre! ¡Cómo van a desaparecer esos libros tan valiosos! Harán otra biblioteca más grande, en otro lugar del mismo piso.

2. Bajo el Cielo de Salamanca

Una escalera no muy amplia nos lleva hasta una pequeña gran joya: la librería o biblioteca de Salamanca. (**Biblioteca** se compone de dos palabras griegas: *biblíon*, ‘libro’, por lo que la **Biblia** son ‘los libros’, y *theke*, ‘caja’, ‘lugar en que se guarda algo’, como en una hemero**teca** que ‘guarda diarios’ o en una disco**teca** que ‘guarda discos’. **Libro** viene del latín *liber*, que era la ‘corteza’ de un árbol... material que empezó a usarse para escribir antes de que se inventase el papel, por lo que se pasó a llamar ‘libro’ a lo escrito en esa corteza. En el siglo XV se llamaba **librería**, no al sitio donde se vendían libros, pues aún no existía ese tipo de tiendas, sino al ‘lugar donde se guardaban libros’; por eso la actual calle Libreros de la fachada famosa de la Universidad es donde había estado la antigua ‘librería’ o biblioteca, aunque no vendiese libros, a cargo del **bibliotecario**, que simplemente era el encargado de disponer libros para cada asignatura, y por eso aún llamamos «librería» a la estantería donde colocamos nuestros libros; los ingleses llaman *library* a la «biblioteca» y *bookshop* a la ‘librería’ o ‘tienda de libros’.)

—Encargaron la obra por 20.000 maravedíes a tres arquitectos moros, que la iniciaron hace veinte años y la terminaron en sólo seis años.

—¡Qué pinturas! ¡Cubren toda la bóveda! Impresionantes —calculo que hay unas cincuenta figuras en una superficie de 400 metros cuadrados.

—Sí, son el famoso «Cielo de Salamanca». Lo acaba de pintar hace seis años el gran artista salmantino Fernando Gallego, el autor del magnífico retablo hispano-flamenco de la catedral de Zamora. ¡Quizá fuese aquí donde Abraham Zacuto y otros científicos salmantinos se entrevistaron con Colón a petición de la reina Isabel! (Véase Figura 6.12).



Figura 6.12. El famoso «Cielo de Salamanca», con los cuatro vientos (abajo), una inscripción latina (en el borde) y varias **constelaciones** y signos del **zodíaco**.

Ya veo lo que Münzer escribió sobre las pinturas en su *Itinerarium*: «Representan los signos del zodíaco y los emblemas de las artes liberales». (**Zodíaco**: en griego, *zoon* es 'animal', como saben muchos que van al **zoo**, y su diminutivo *zodion* es 'figuritas de animal', como las que los antiguos creían ver en el cielo asociando estrellas, por lo que el adjetivo *zodiakós* es lo 'relativo a esas figuritas de animales'.)

—Esas cuatro cabezas humanas representan los cuatro vientos de los griegos y romanos: Bóreas, el viento del norte (por lo que lo relativo al norte se llama **boreal**) y Austro, del sur (lo relativo al sur es **austral**); Euro, el funesto viento del este, y el suave Céfiro, del oeste.

—Sí, y el Sol no está inmóvil en el centro del sistema, sino que surca veloz los cielos en una carroza que arroja sus rayos dorados arrastrada por cuatro corceles blancos. Y al lado, Mercurio en un carro tirado por dos águilas negras.

—Sobre el cielo azul, tachonado de estrellas doradas, puedes ver todos los signos del zodíaco: *Leo* (el **león**), *Virgo* (la **virgen**), *Libra* (la 'balanza', cuyos dos platos están en **equilibrio**, de *aequus* + *libra*, en 'igual peso', a la 'misma altura'), *Scorpio* (el **escorpión**), *Saggittarius* (**sagitario**, el que lanza *sagittas*, **saetas**)...

—¡Me gusta la figura de *Virgo*, alada y con túnica blanca! ¡Qué gran maestro!

—Y las principales **constelaciones**: la Hidra, el Centauro, el Boyero, Serpentario... (la *constellatio* latina se componía de *cum*, **con**, y *stella*, **estrella**, 'astro': los astrólogos pretendían predecir tu destino estudiando la posición relativa de unos 'astros' conjuntados 'con' otros).

—Es un compendio de lo que se sabe hoy de astronomía y astrología, que no es poco... Pero que ¡tampoco es mucho!

—Con todo esto, los astrólogos elaboran tu **horóscopo** (del griego *hora*, **hora**, y *skopéin*, 'mirar'; si un **reloj** u *horologion* griego [o un *horologium* latino] te 'cuenta las horas', un *horoscopos* griego 'mira la hora' de tu nacimiento para predecir tu futuro).

—¡No me digas que tú crees en esos charlatanes! —le espeto.

—Hay muchos grandes astrónomos que también han sido astrólogos.

—Sí, y los seguirá habiendo —pienso en los grandes: Copérnico, Kepler, Bruno, Galileo, Newton, todos ellos creían en la astrología... o al menos vivían de ella, a cuenta de la creencia de los demás—. Pero ya te he dicho «atrévete a saber». Sólo te comento una cosa: las estrellas están tan lejanas que la luz que nos llega de miles de ellas pertenece a estrellas que hace ya mucho tiempo que dejaron de existir; y, al revés, hay estrellas que ya existen desde hace mucho tiempo y, sin embargo, aún no nos ha llegado su **luz** (del latín *lux*, *lucis*, como en la **luciérnaga**; en latín, la *lucerna* era ya la **lucerna** o 'lámpara de aceite' y *lucifer* era el '**lucero** de la mañana', o sea Venus, porque 'lleva la luz', como luego hará **Lucifer**). ¡Cómo van a influir en nosotros si están tan lejos!

—No te acabo de entender. Pero me da la impresión de que, siendo tan racional, no le gustarás mucho a mi maestro.

—Ni él a mí, me empiezo a imaginar. Pero lo importante eres tú, no tu maestro.

Y, claro, con la astronomía y la astrología, se mezcla la **teología** (que es el 'estudio de dios', en griego *theós*, 'ser supremo', del cual los poli**teístas** tienen muchos, los mono**teístas** sólo uno, los pan**teístas** los ven en todas partes y los a**teos** en ninguna; a veces los dioses se nos ocultan, porque están en**tusi**asmados en

plena apo**teosis**, pero tal vez se produzca una **teo**gonía o 'nacimiento de los dioses' y entonces llegará su 'manifestación' o **teo**fanía... aunque esperemos que nunca nos llegue su 'gobierno' o **teo**cracia; los romanos lo llamaban *deus*, **dios**, y ambos nombres, *deus* y *theós*, pueden venir de la misma raíz indoeuropea, pues en sánscrito se llama muy parecido, *deva*; pero todos ellos nos parecen un tanto en**dios**ados, así que a**diós**). Referida a Dios, leo una inscripción que enmarca el Cielo de Salamanca, sacada de un salmo de la Biblia pero con un latín que ya no es muy correcto —tiene al menos dos «erratas»— y que se parece más aún al castellano:

«*Videbo celos tuos,*
opera digitorum tuorum,
Lunam et stellas
que tu fundasti».

«Veré tus cielos,
obra de tus dedos,
la Luna y las estrellas
que tú fundaste».

(¡Estupendo! Ya conocemos TODAS las palabras... menos la última: **fundar** viene del verbo latino *fundare*, que procede de *fundus*, el **fondo**, lo **hondo**, en lo pro**fundo**, por lo que significa 'establecer', 'echar los cimientos', por ejemplo de una ciudad, 'poner sus **fundamentos**'.)

3. Y en el cielo de los libros

Con tanto observar el «Cielo de Salamanca», casi se nos olvida mirar el cielo que está directamente sobre el suelo de la «librería», la antigua biblioteca de la Universidad. (Véase Figura 6.13).

—Es la biblioteca universitaria más antigua de Europa —me comenta el Estudiante, todo orgulloso—. La fundó Alfonso X el Sabio en 1254.

—¡Dos siglos y medio de antigüedad!

—Tiene varios miles de **manuscritos** (como ya hemos visto, viene de *manu* + *scriptus*, 'escrito a mano', pero en realidad es un neologismo creado tras la invención de la imprenta: antes no hacía falta especificarlo, todos los libros eran manuscritos), entre legajos y **códices** (del latín *codex*, que inicialmente era un tronco de árbol desprovisto de ramas y de corteza, pero que luego pasó a designar al libro que ya no estaba compuesto por unas tabletas de arcilla o unos rollos de papiro, sino por hojas de pergamino cosidas por un costado, en los que ya se escribieron los grandes **códigos** legales).

—¡Es impresionante!

—Algunos son auténticas joyas bibliográficas. Mira este manuscrito mozárabe del siglo XI: es el *Liber mozarabicus hymnorum* (*Libro mozárabe de himnos*), que era el oracional de la reina doña Sancha. Y este *Codex Sancti Iacobi* (recordemos: *Códice de* ***Santiago***) es del XIII, como esta Biblia manuscrita, también del mismo siglo.

—Pero, si escribían a mano toda la Biblia, de vez en cuando meterían erratas, ¿no?

—¡Supongo! Cada libro es único. Fíjate qué **miniaturas** más buenas tiene esta traducción castellana de obras de Séneca (el latín *minium*, **minio**, 'bermellón', procede probablemente de Hispania, donde dio nombre al río **Miño**; con ese pigmento rojo vivo se empezaron a pintar en Italia, en los manuscritos más preciados, unas primorosas pinturas de pequeño tamaño que pronto recibieron el nombre italiano de *miniatura*, el cual luego pasaría a otros idiomas, a veces designando simplemente una 'obra de arte pequeña').

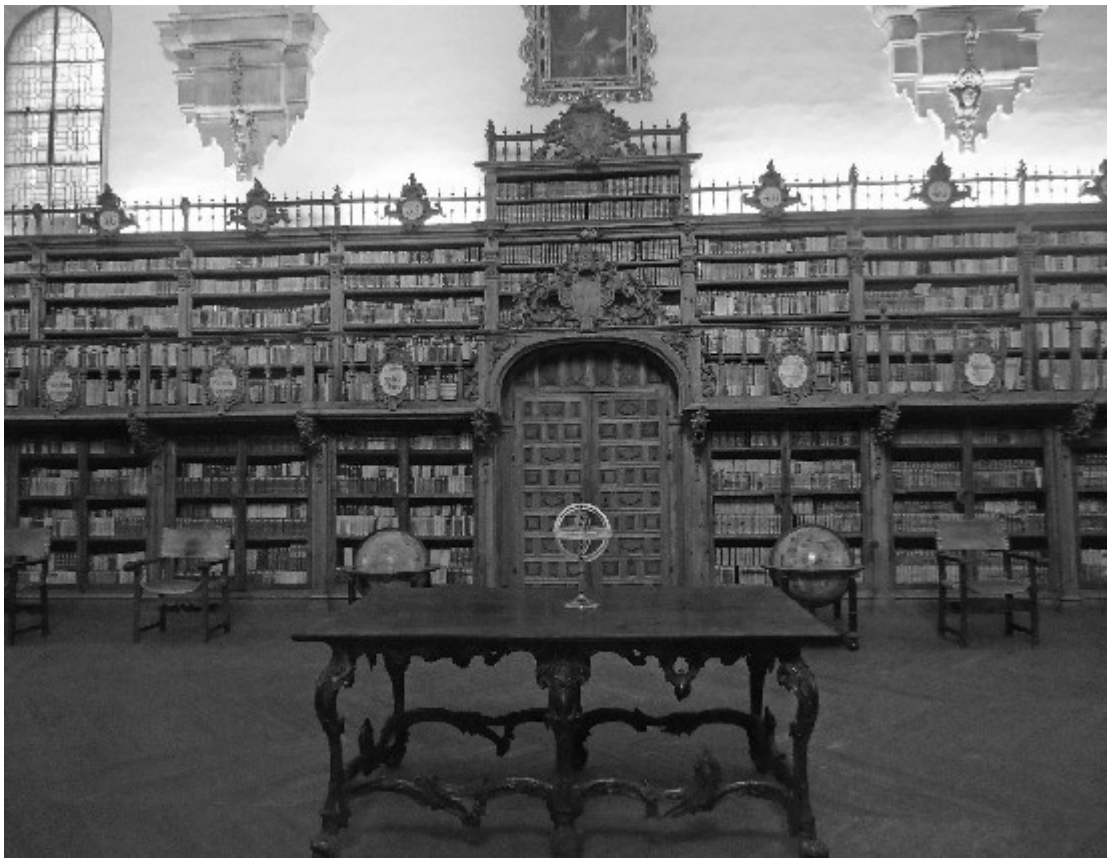


Figura 6.13. La antigua **librería** de la Universidad guarda unos miles de **manuscritos** (‘escritos a mano’) e **incunables** (de cuando la imprenta estaba ‘en la cuna’), así como varios de esos «libros redondos» que son las esferas del mundo.

—Precioso.

—Y éste es el famoso *Epítome* de Pablo de Egina, el gran médico alejandrino del siglo VII (**epítome** procede del griego *epitomé*, ‘compendio’ de un libro extenso, como esa obra en siete volúmenes, que así queda *epítomos*, ‘abreviado’). Este otro es la *Glosa del* «*Levítico*» que escribió Nicolás de Lyra, judío converso francés que acabó enviando a la hoguera a una gran poetisa en 1310 (**glosa** viene del griego *glossa*, ‘lengua’, ‘habla’, pero en latín *glossa* ya significa ‘palabra rara’, que necesita explicación, o la ‘explicación’ misma; un ‘conjunto de glosas’ es un **glosario**).

—A veces, los conversos son los más fanáticos.

—Este bello libro es de Giovanni d'Andrea, uno de los grandes profesores de Derecho Canónico en Bolonia, donde murió el año de la peste negra.

—Sí, yo he visto su arca fúnebre, que le muestra en un bello relieve: él imparte la lección en el centro, mientras sus alumnos, a ambos lados, siguen atentos su *lectio* y toman apuntes. Entre sus alumnos, en cuarenta y cinco años de magisterio, estuvo Petrarca.

—Sus colegas lo llamaban «*iuris canonici fons et tuba*» (*iuris canonici* ya lo imaginamos, ‘de derecho **canónico**’; de *fons* viene nuestra **fuente**; y de esa *tuba* procede nuestra **tuba**, un instrumento en forma de *tubus*, **tubo**, que sonaba como una **trompeta**, diminutivo del latín *trompa*, **trompa**, así llamada en imitación del sonido que hacía), o sea, «fuente y tuba del derecho canónico».

—¿Has visto cómo se llama el libro? *Novella super decretalibus*.

—Sí, las **decretales** eran epístolas del Papa que incluían disposiciones jurídicas. En este caso son cartas del papa Gregorio IX. Y *novella* indica que D'Andrea hacía ‘comentarios’ sobre ellas.

—Pues de esa palabra nos llegará el nombre de un género literario que tendrá mucho éxito en el futuro: la **novela**. En el ***Decamerón*** de Boccaccio (de *deka*, ‘diez’, y *hemerai*, ‘días’), la peste negra de 1348 hace que diez jóvenes huyan de Florencia durante ‘diez días’ para refugiarse en una villa campestre, donde cada uno de ellos contará cada día una *novella* o ‘relato breve’. Diez jóvenes por diez días, cien ‘novelas’.

—Aquí tienes otro libro muy interesante. Al autor lo decapitaron hace casi cincuenta años en Valladolid, por rencillas. Se sospecha que mantenía relaciones homosexuales con el rey Juan II. ¡Y eso que era sobrino-nieto del Papa Luna! Es el libro de Álvaro de Luna sobre las *Virtuosas e claras mugeres*, en el que se atrevió a defender a las mujeres frente a la **misoginia** entonces reinante (**misógino** es quien ‘odia a las mujeres’; ¡podría existir la palabra **filógino**, que ‘ama a las mujeres’, como existe la palabra **filántropo**, que ‘ama al hombre’!).

—Sí, muy adelantado para su época —le comento—. Fíjate qué misógino sería un poeta catalán que acaba de morir: decía que las mujeres «Son todas naturalmente / malignas e sospechosas».

—¡Que te olvidas el libro más interesante! ¡Es una copia manuscrita del *Libro de buen amor*, del Arcipreste de Hita! (Véase Figura 6.14).

Y no puedo por menos que recitar de memoria:

> «¡Ay Dios, e quán fermosa viene doña Endrina por la plaça!
> ¡Qué talle, qué donayre, qué alto cuello de garça!
> ¡Qué cabellos, qué boquilla, qué color, qué buenandança!
> Con saetas de amor fiere quando los sus ojos alça».

(Únicamente dos comentarios sobre la escritura: 1) El alfabeto latino, que sólo tenía inicialmente veintiuna letras, no incluía 'w', 'x', 'y', 'z'; si buscan en un diccionario latino actual palabras que empiecen por esas letras, apenas encontrarán alguna... y todas ellas son posteriores y de origen extranjero; por eso, durante siglos hubo en español una babélica mezcolanza entre la 'ç', la 'z', la 'c', la 's' o la 'ss', como adivinamos en las cuatro palabras finales de esos cuatro versos. 2) Esta innecesaria *hache* que tenemos en español apenas sirve para recordarnos la presencia de una *f-* inicial de origen latino, como vemos en esa 'fermosa' del primer verso, que terminará en '**hermosa**' [del latín *formosa*, como la isla **Formosa** que descubrieron los portugueses], y ese 'fiere' del último, que acabará en 'hiere' [del latín *ferire*, **herir**], pero eso ocurre de forma un tanto incongruente, pues decimos **hierro** [del latín *ferrum*] pero también **férreo** y decimos **hervir** [del latín *fervere*] pero también **ferviente**. Se dice que el **hinojo** [en latín, *feniculum*] simbolizaba el matrimonio de Isabel y Fernando, pues el nombre castellano de esa planta tenía la inicial de Ysabel y su nombre aragonés el de Fernando, como se ve en una canción compuesta en este año de 1492 por el poeta aragonés Pedro Marcuello: «Llámala Castilla *ynojo*, / ques su letra de Ysabel / y de Ihesús Hemanuel. / Llámala Aragón *ffenojo*, / ques su letra de Fernando / y de ffe las dos de un vando».)

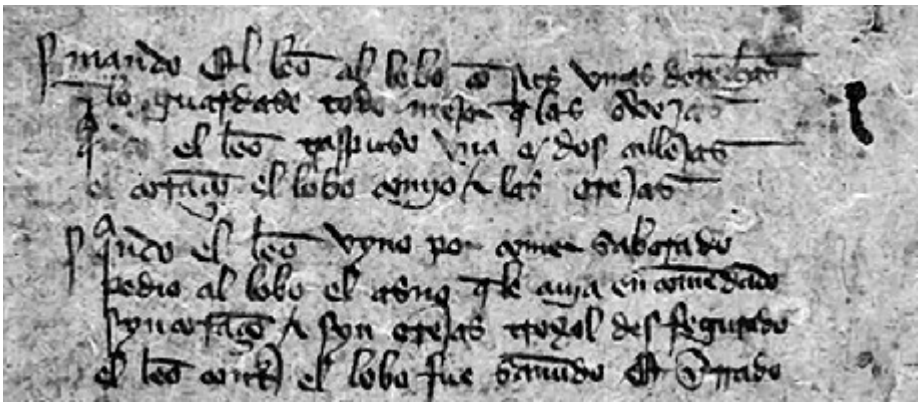


Figura 6.14. El Arcipreste de Hita es, a la vez, autor y protagonista del *Libro de buen amor* (Biblioteca Nacional), con **trotaconventos** precediendo a futuras **celestinas**.

—Te gusta el Arcipreste, ¿eh? Veo que te lo sabes de memoria.

—Bueno, sólo algunos trozos. ¡Ese Arcipreste sí que era un buen goliardo que sabía practicar el *Carpe diem* con sus serranas y pastoras! Defendía que los curas pudiesen tener barraganas, o sea, mancebas (recordemos: **mancebo** viene del bajo latín *mancipus*, compuesto de *manus*, 'mano', y *capere*, 'coger', criado que aún se hallaba sometido a la tutela del señor, por lo que no estaba e**mancipado** y se podía a**mancebar** con él). Lo metieron en la cárcel, y quizá fue allí donde escribió el libro.

—Al final tienes la firma del copista en tinta roja, en el **colofón** (del griego *kolophón*, 'remate', 'fin', 'coronamiento' de algo; los escribas antiguos solían poner 'al final' de sus copias algunos datos referentes a ellas, como título, nombre del amanuense, lugar y fecha, y luego este sistema fue popularizado por los primeros impresores, que ponían como 'remate' del libro su propio logotipo, así como la ciudad y año de impresión, más otros datos técnicos). El arcipreste Juan Ruiz vivió en el siglo pasado, pero esta copia, que es la más antigua que se conoce, es de este siglo: la escribió a mano un estudiante de Salamanca llamado Alfonso de Paradinas, que luego fue obispo y un gran defensor de la arquitectura renacentista.

—De todos los personajes de la obra, el que más me gusta es el de la alcahueta Trotaconventos, tan astuta hoy como puta debió de ser ayer. (La etimología del compuesto **trota-conventos** aparece bastante clara; y que la palabra **al-cahueta** es de origen hispanoárabe también: vendría de *al-qawwád*, 'el intermediario', 'el mensajero' que mediaba entre una mujer casada y su amante intercambiando mensajes secretos de amor, como nuestro **corre-ve-i-dile**; algunos lo relacionan con el verbo *qade*, 'llevar' un mensaje, y el *Diccionario de autoridades* con *cagüit*, «que vale atizador, inflamador», de pasiones, por supuesto.)

—¡Eso me recuerda a Celestina, el personaje principal de una comedia sobre los amores trágicos de dos jóvenes de Salamanca! Es igual: vieja puta, puta vieja, que vive de sus **tercerías** (persona 'tercera' que media amores entre otras dos). He visto ya unos papeles «en reprensión de unos locos enamorados», Calisto y Melibea, y «en aviso de los engaños de las alcahuetas», como esa nueva Trotaconventos que es Celestina. Me los ha enseñado un bachiller en leyes por Salamanca, Fernando de Rojas, descendiente de judíos, que los quiere ampliar y mejorar, esperando verlos pronto impresos.

—¡Una obra inaugural!

—Luego te enseñaré los jardines en los que vivían sus amores esos dos «locos enamorados».

(Tanto **celestina** como **trotaconventos** son ya nombres comunes, sancionados por la Academia tras haber saltado de la literatura al lenguaje coloquial, al igual que el **lazarillo** de un ciego, tan vinculados todos ellos a Salamanca. Y lo mismo ocurrirá después con quien es un **quijote** o quien seduce como un **donjuán**, por sus respectivas obras literarias.)

—¿Y qué hay en ese arcón?

—Es el «arca boba», donde se guardan los caudales de la Universidad y libros de garantía de préstamos (la palabra **bobo** viene del latín *balbus*, **balbu**ciente, 'tartamudo', 'gangoso'). Tiene cinco cerraduras y cada una de las cinco llaves la guarda un alto cargo de la Universidad. ¡Es un buen seguro contra la tentación de robar su contenido!

5. El arte de la imprenta

—¿Y estos libros? ¡Recién salidos de la imprenta! (El verbo latino *premere* significa 'apretar', 'presionar', y de él proceden todos los verbos españoles terminados en -primir, como **comprimir**, **deprimir**, **exprimir**, **reprimir**, **oprimir**, **suprimir**... e **imprimir**, que viene de *imprimere*, 'hacer presión en algo', 'marcar una huella', 'dejar una señal', por lo que una **imprenta** es la 'marca de un sello', una 'huella', y también el 'lugar donde se imprime' un libro, que queda así **impreso** y que en algunos casos puede resultar **impresionante** porque nos causa una gran **impresión**, efecto que rara vez nos puede causar la **impresora** de nuestro ordenador.)

—Sí, ya tenemos en la Biblioteca varias decenas de libros impresos. En esto sí estamos al día. Sólo hace cincuenta años que Gutenberg inventó la imprenta en Maguncia y ya hay varios talleres tipográficos funcionando en Salamanca. ¿Has visto alguna imprenta?

—Bueno, sí, alguna. Pero, a ver, prefiero que me lo expliques tú.

—Pues te lo explico. Antes de Gutenberg, ya se imprimían imágenes acompañadas de textos, mediante la **xilografía** (del griego *xylon*, 'madera', y *graphé*, 'dibujo', 'escritura', 'inscripción'): se rebajaba una plancha de madera hasta que sólo sobresaliesen los dibujos o los escritos que se quisieran reproducir; entonces se **entintaban** y se presionaban sobre el papel (en latín, *tingere* era **teñir**, 'empapar' una tela en un líquido de color, por lo que *tinctus* era el **tinte**, la **tinta**, de donde nos viene desde el **tintero** hasta el vino **tinto**).

—¡Pues vaya una mala jugada que les hicieron a los amanuenses con esa mecanización! Un amanuense, una copia; una xilografía, muchas copias. ¡Se quedaron sin trabajo en su *scriptorium* (**escritorio**, 'lugar donde se escribe')!

—No creas, las planchas de xilografía no duraban mucho. Por eso precisamente apareció Gutenberg y triunfó con su **tipografía** (en griego, *typos* era un 'golpe' y la 'señal' que dejaba ese golpe, por lo que pasó a significar también 'modelo' que imitar, por ser **típico**, como en un **prototipo** o 'primer tipo'). Gutenberg hacía un molde para cada letra y vertía en ellos plomo fundido, con lo que podía obtener muchos **tipos** de cada una: ya no tenía que hacer la misma letra cada vez que la necesitaba, sino que un solo molde le permitía producir muchos «tipos móviles».

—¡Claro! Juntando en un soporte diferentes tipos —le explico, sin contarle que he visto el taller de Gutenberg reconstruido en Maguncia—, componía un texto... y luego procedía ya como en la xilografía: los entintaba, los presionaba sobre papel y obtenía una hoja impresa; hacía lo mismo con las otras páginas, las dejaba secar, las encuadernaba ¡y tenía un libro!

—¡Qué fácil te parece! Lo difícil es ser el primero.

—Pero tampoco pienses que Gutenberg fue el primero. He visto un disco de la ciudad cretense de Festo impreso tres milenios antes de Gutenberg: es del año 1500 antes de Cristo. Sobre una **tableta** redonda de arcilla blanda iban presionando unos sellos móviles, escribiendo líneas en espiral, y luego cocían la tableta impresa para que se endureciese ('tableta' es un diminutivo del latín *tabula*, **tabla**, de donde vienen también **tablilla**, **tablero** y hasta **entablar**; ¿alguien cree de verdad que las actuales tabletas electrónicas durarán al menos la mitad que aquellas antiguas tabletas impresas en arcilla?).

—Pero el invento de Gutenberg ha sido revolucionario: al pasar de la xilografía, con imágenes fijas, a la tipografía, con tipos móviles, tarda menos que un amanuense en hacer el primer ejemplar, pero sobre todo puede obtener muchas copias, no sólo una, por lo que producir libros resulta mucho más barato. ¡Y, encima,

sus libros son de una calidad «impresionante»! O sea, que, esta vez sí, ¡adiós amanuenses!

—¡A cuántas personas podrá llegar ahora el libro! Seguro que impulsará la alfabetización de la gente. Por cierto, ¿qué clase de libros impresos tenéis ya en Salamanca?

—Un poco de todo. En especial, libros clásicos de Grecia y Roma, como estas *Metamorfosis* de Ovidio (**metamorfosis** procede del griego *metá*, 'más allá', 'trans-', y *morphé*, 'forma', 'figura', o sea, 'transformación'; si va usted a Atenas y se encuentra con la pequeña iglesia de la Metamorfosis, no piense que se refiere a las de Ovidio, ni a la de Kafka, sino a la **transfiguración** de Jesús). Pero también tenemos libros eclesiásticos y escolásticos (la **escolástica** era la filosofía que se solía enseñar en las 'escuelas' o universidades medievales), libros de derecho y de medicina, de gramática y retórica...

—Sí —le comento—, ya veo las *Flores rhetorici*, sobre la elegancia en el hablar y la corrección en el escribir. Está impreso en Salamanca en 1485. Y también aquí, en ese mismo año, están impresas estas *Constituciones de la Universidad de Salamanca*.

—Pues este libro es anterior: está impreso en Zamora en 1483 y es de un Villena antepasado mío, que era astrólogo. Se titula *Los doce trabajos de Hércules*.

—¡Qué ilustraciones más buenas tiene éste!

—Es el famoso *Ortus sanitatis*, de Johann von Caub, un médico de Fráncfort (el latín *ortus* dará nuestro **huerto**, y *sanitas* nuestra **sanidad**).

—¡Ah, sí, el naturalista que luego latinizará su nombre como Johannes de Cuba! (Me recuerda a un próximo catedrático de lógica en Salamanca, formado en París, cuyo apellido Guijarro le debió de parecer demasiado 'pétreo' y lo latinizó como ***Siliceus***, que daba mejor tono.)

—Se imprimió en Alemania el año pasado y lo ha traído aquí un profesor de la Universidad interesado en la Historia Natural y en el uso medicinal de las plantas.

—¿Sabes cómo llamaremos luego a todos estos libros impresos en los casi sesenta últimos años del siglo XV? **Incunables**, porque se han publicado cuando la imprenta está aún 'en pañales', 'en la cuna' (en latín, *cuna* o *cunae* era la **cuna** y *cunabula* era una **cunita**; la *cunaria* era la niñera que **acunaba** al niño y le cambiaba los *incunabula*, los 'pañales'; en el siglo XVII se recuperó esta palabra, ya perdida, para llamar 'incunables' a los libros impresos en esas primeras décadas tras la invención de la imprenta).

—¡Buena metáfora! Es «la infancia» de la imprenta. Pues, hasta hoy, en Salamanca hemos impreso ya un centenar de libros. Las primeras imprentas se establecieron hace casi veinte años y han progresado mucho, porque entre la Universidad y la catedral tienen buenos clientes. Además venden libros a otras ciudades e incluso al extranjero.

6. La lengua y el imperio

—¿Y quién ha impulsado ese negocio?

—Han venido un par de alemanes, Hutz y Gysser, pero también hay españoles, como Juan de Porres y Lope Sanz. La verdad es que hacen de todo: editan los libros, los imprimen, los **encuadernan** y los venden, incluso son gerentes de casas extranjeras (en latín, *quattuor* vale por **cuatro**; el adjetivo distributivo *quatterni* significa 'de cuatro en cuatro', y con cuatro pliegos se forma un **cuaderno**, así que 'encuadernar' es coser varios cuadernos para formar con ellos un libro, que luego 'se cubrirá' con unas **cubiertas**). Al principio usaban tipografías góticas de letra pequeña, y ahora ya utilizan tipos romanos mayores. Pero ¿sabes quién es el verdadero promotor del arte tipográfico salmantino?

—No, ¿quién?

—Nebrija. Antonio de Lebrixa, como se le nombra en las actas de los claustros, por haber nacido en esa localidad sevillana. Se formó en el Colegio Español de Bolonia y ahora es uno de los principales profesores de esta Universidad salmantina, donde se dice de él que «es tan suficiente Maestro y de tan notoria utilidad para regir su cátedra como no lo ay en toda España, y que tal como él no lo ay agora en toda la Tierra». (Véase Figura 6.15).



Figura 6.15. Nebrija impartiendo clases. Escribió la primera gramática de una lengua romance.

—¿Y qué tiene que ver Nebrija o Lebrixa con la imprenta?

—Pues que él es el verdadero impulsor de varias imprentas que funcionan en Salamanca desde 1480. Lo que pasa es que ese trabajo «artesano» es incompatible con su cargo en la Universidad, por lo que no figura su nombre en los libros impresos en ellas. En 1481 estampó ya sus *Introductiones latinae* en un taller dirigido por él, siendo el primer libro impreso en Salamanca en el que figura ya la fecha de impresión.

—¡No lo sabía!

—Este mismo año ha publicado dos grandes obras: un impresionante *Diccionario latino-español*, con más de 28.000 entradas, ... y —señalándome teatralmente el libro— la gran novedad: ¡su *Gramática*!

—¡No me digas que ya la tenéis! ¡Si hace sólo dos meses que se la dedicó a la reina Isabel, «cuando en Salamanca di la muestra de aquesta obra a vuestra real Majestad»! (Véase Figura 6.16).

—Ya se había escrito alguna gramática latina buena, pero nadie se había atrevido a escribir la gramática de una «lengua vulgar».

(Si Nebrija publicó la primera gramática europea de una lengua romance o «vulgar», el primer diccionario europeo monolingüe de una «lengua vulgar» lo publicará dentro de 119 años un enorme lexicógrafo formado también en Salamanca: Sebastián de Covarrubias: el *Tesoro de la lengua castellana o española*, que realmente constituye un tesoro para todo aficionado a las etimologías.)

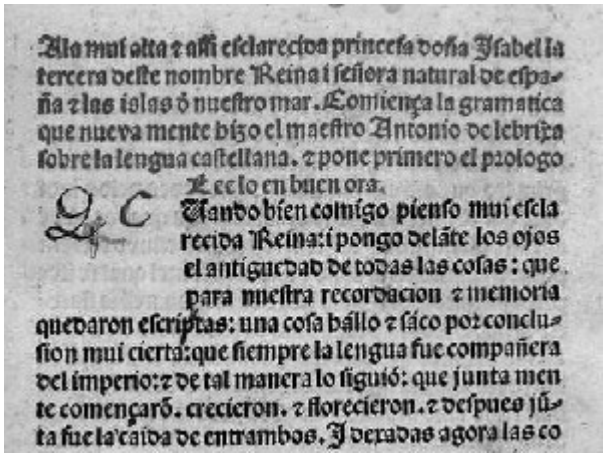

A la mui alta y assi esclarecida princesa doña Isabel la
tercera deste nombre Reina i señora natural de espa-
ña y las islas ó nuestro mar. Comiença la gramatica
que nueva mente hizo el maestro Antonio de lebrixa
sobre la lengua castellana. y pone primero el prologo
Leelo en buen ora.
Quando bien comigo pienso mui escla
recida Reina: i pongo delãte los ojos
el antiguedad de todas las cosas: que
para nuestra recordacion y memoria
quedaron escriptas: una cosa hallo y saco por conclu-
sion mui cierta: que siempre la lengua fue compañera
del imperio: y de tal manera lo siguió: que junta men
te començarõ. crecieron. y florecieron. y despues jũ-
ta fue la caida de entrambos. Y verdadas agora las co

Figura 6.16. Dedicatoria y prólogo de la *Gramática* de Nebrija. En las líneas 12-13 se lee la famosa frase: «Que siempre la lengua fue compañera del imperio».

—¡Vaya un año para la Reina! Conquista Granada en enero, hace dos meses le dedican la gramática inaugural del español... y hoy Colón a lo mejor está llegando a las Indias. ¡Lástima que haya expulsado a los judíos!

Y leo, emocionado: «A la mui alta y assí esclarecida princesa doña Isabel, la tercera deste nombre, Reina i señora natural de España y las islas de nuestro mar. Comiença la Gramática que nueva mente hizo el maestro Antonio de Lebrixa sobre la lengua castellana». (Sí, de acuerdo, junta 'de este' en una sola palabra y separa 'nuevamente' en dos, usa la 'i' y la 'y' de modo distinto a nosotros, utiliza la 'ç' y la 'ss' como veíamos en el Arcipreste... ¡pero ya es nuestro español, perfectamente identificable!)

Y, sólo unas líneas después, Nebrija saca una «conclusión mui cierta: que siempre la lengua fue compañera del imperio». Leer esto en un día como hoy... Pero no puedo explicar al Estudiante mi emoción.

Nebrija tiene muy claro su propósito, unificar la gramática para que perdure siglos: «Acordé ante todas las otras cosas reduzir en artificio este nuestro lenguaje castellano, para que lo que agora y de aquí adelante en él se escriviere pueda quedar en un tenor, y estender se en toda la duración de los tiempos que están por venir». ¡Pues su trabajo perdurará muchos siglos!

A las puertas del infierno

Salimos de la Universidad por el zaguán opuesto a aquel por el que entramos. Está cubierto por dos bóvedas góticas y en la dovela central de la primera vemos el sello universitario, con esta leyenda: *Sigilvm universitatis stvdii salamantini* («sello de la Universidad del estudio salmantino»; la palabra **sello** viene del *sigillum* latino, que aludía a la 'señal impresa' con el anillo o el sello; era un *signum*, o sea, un **signo** o 'marca', con el cual se **sellaban** ciertos documentos, que así pasaban a ser tan **sigilosos** o 'secretos' como el **sigilo** confesional... pero no es exactamente lo mismo que **silencioso**, que procede del *silentium* o **silencio** en el que estamos cuando nos callamos; 'sigilo' y 'silencio' no es lo mismo: hay secretos a voces).

Al salir a la Rúa Nueva (hoy calle Libreros), tras cruzar el umbral del muro almenado que circunda la Universidad, no me resisto a la tentación de volver la vista atrás. No, la fachada bonita aún no está. El Estudiante, que ignora lo que busco, me comenta:

—Las calles de la ciudad están aún sin empedrar, lo que provoca «los muchos e grandes lodos que en ella hay de contino». Lo cual causa una mala impresión a los familiares de los estudiantes que vienen a visitarles y a «otras gentes estrangeras que a la dicha çiudad vienen». Creo que el príncipe Juan quiere que se empiedren, «asi por el ornato della como por la salud de los que en ella viven».

Pero yo le doy una pista:

—Podríais construir aquí una bonita fachada en honor a los padres del príncipe, Isabel y Fernando. En torno a su imagen os sugiero que pongáis esta inscripción en griego: «*Oi Basileis te Enkyklopaideia, auté tois Basileusi*» (*basiléus* es 'rey', por lo que una **basílica** es una iglesia 'regia' y un **basilisco** era el 'reyezuelo' de las serpientes, un animal mitológico que te mataba con sólo mirarte; y de esa misma *enkyklopaideia* procede nuestra **enciclopedia**, que es una 'enseñanza' [*paideia*] 'en círculo' [*en kyklos*], pues el **círculo** era la figura completa, perfecta, que incluía todos los saberes, como en la popular avenida Panepistimiou o 'de todos los saberes' de la moderna Atenas, que reúne la Universidad, la Academia y la Biblioteca... y como en ese epíteto que esta inscripción atribuye hoy a la Universidad por reunir todos los saberes: 'enciclopedia'). O sea, te traduzco: «Los Reyes para la Universidad, ésta para los Reyes».

—No está mal la idea, la propondré. Pero es que ya hay escudos de los Reyes en muchos sitios. Como se está construyendo tanto por aquí, se pone su escudo por todas partes. Ven hacia las Escuelas Menores y te enseñaré un escudo suyo interesante.

1. En las Escuelas Menores

Aún no existe el Patio de Escuelas (ni, por supuesto, la estatua de Fray Luis), por lo que me lleva por un callejón enlodado que bordea el Rectorado actual. (Véase Figura 6.17).

—Es el Hospital del Estudio, como una hospedería de estudiantes. Hace casi ochenta años que el rey Juan II lo donó a la Universidad, y un documento algo posterior habla de «la casa que es en la rúa nueva, en una calleja, que fue *midrás* e casa de oración de judíos que es agora de dicha universidad e poseyda por ella, de la cual le fiço merced nuestro señor el Rey pa que fuese hospital» (***midrash***, en hebreo, significa 'explicación', 'investigación', por lo que pasó a designar también a las escuelas donde se estudiaba exégesis bíblica, como en este caso).

—¿Es ése el escudo? —le pregunto señalando uno que se eleva sobre el dintel de una ventana de ese edificio.

—No, ése es otro sello de la Universidad, con la imagen del maestro en la cátedra impartiendo la lección a sus alumnos. Mira la inscripción: «*Omnium scientiarum princeps Salmantica docet*».

—No sé cómo traducirlo (*princeps* significa 'el primero', 'el principal', y de ahí viene **príncipe**, y del verbo *docere* proceden el **docente** y la **docencia**). Literalmente (*verbatim*, 'palabra por palabra'), «De todas las ciencias (es), la primera, Salamanca (quien) enseña». Libremente, «De todas las ciencias la insigne Salamanca enseña».

—Me gusta más la segunda.

Y, al cabo de veinte pasos, sobre la puerta del Rectorado moderno, me señala tres escudos:

—¿Ves? En el centro, el escudo de Castilla y León, y a los dos lados, abrazados por una triple arquivolta, dos escudos de España.

—¡Perfecto! Tienes lo que los historiadores llaman *terminus post quem* y *terminus ante quem*.

—¿Qué?

—Sí, mira, es fácil de entender. Un ***terminus post quem*** es un **término** o fecha 'después del cual' debió de ocurrir algo: si en los dos escudos de España aparecen ya tanto el castillo y el león como las armas de la Corona de Aragón, es que Isabel y Fernando ya estaban casados cuando los escudos se esculpieron; por lo tanto se hicieron 'después de' 1469, que fue el año de la boda.

—¡Bien!



Figura 6.17. El antiguo Hospital del Estudio, de entre 1469 y 1492.

—¿Y ves que los escudos aún no tienen debajo la granada? Pues eso significa que los esculpieron 'antes del' 2 de enero de 1492, la fecha en que tomaron Granada: si los hubieran hecho después, la habrían incluido; como no está, pues los hicieron antes. Ése es el ***terminus ante quem***, el término 'antes del cual' se produjo. En resumen, que los escudos se hicieron 'después de' 1469 y 'antes de' enero de 1492.

—¡Muy bueno!

—Déjame asomar un momento al patio de las Escuelas Menores. Si no lo hago, reviento; pero si lo hago demasiado rato, me vencerá la **melancolía** (del griego *melankholía*, que es cuando tu cuerpo está impregnado de 'bilis negra'. Según la antigua teoría hipocrática, el organismo estaba regido por cuatro 'humores' o líquidos corporales y podías tener un carácter u otro según el humor que predominase en tu cuerpo: si predominaba la 'sangre', eras **sanguíneo**, impulsivo; si la *phlegma* o **flema** ['mucosidad'], eras **flemático**, o sea, apático y racional; si te dominaba la *kholé* ['bilis amarilla', 'hiel'], eras **colérico**; y si lo hacía la 'bilis negra' o *mélaina kholé*, eras **melancólico**, o quizás **atrabiliario** [del latín *atra-bilis*, 'bilis negra']. ¡Qué **humor** tan **húmedo** me causa esta teoría, pues ambas palabras proceden del verbo latino *humere*, 'estar húmedo', 'mojado' por un líquido!).

Es un patio amplio, con galerías porticadas a donde dan las aulas. Aún no está terminado del todo, pero ya hay construidas varias aulas grandes.

—Mira, en esta gran aula del siglo XV, nada más entrar a la derecha, estudié yo, hace ya...

—¡Qué privilegio! Aquí los jóvenes cursan los estudios de bachiller preparatorios para acceder a la Universidad; por eso éstas se llaman Escuelas Menores, y las otras, Escuelas Mayores. Por aquí estaba antes la vieja judería.

—Pues sí, me ataca la melancolía. Así que vámonos.

Caminamos unos cien pasos por la calle de las antiguas librerías y, tras doblar a la izquierda, llegamos a un patio chico que forman la puerta sur de la catedral y su claustro.

—Tenías razón —le comento—. Vista por fuera, la Torre del Gallo recuerda a un guerrero medieval: la cúpula sería su casco, y las escamas que la cubren, su loriga. Parece un homenaje al Cid, diseñado por su obispo *Ieronimus*.

—Ven, que nos acercamos ya al punto clave de nuestro encuentro. Caliente, caliente. (Véase Figura 6.18).

—¿Te refieres a estos jardines, tan **románticos**? (Sí, esa palabra no existía entonces, incurrimos en un anacronismo deliberado; es sólo un ejemplo de cómo las antiguas palabras cobran a veces nuevas vidas: resumiendo tres milenios en tres líneas, el *romanus* latino, del que procede todo lo **romano** desde la Edad Antigua, da las lenguas **romances** en la Edad Media, el ***roman*** francés o 'novela' en la Edad Moderna y los decimonónicos amores de las novelas **románticas** en la Edad Contemporánea.)

—No, éste es el huerto de **Calisto** y **Melibea**, el escenario donde Calisto «se la llevó al huerto»: el «huerto» de Melibea era su espacio cerrado más íntimo, y Calisto se las arregló para entrar en él (por cierto, ambos nombres significan algo: en griego, *kállistos* es el superlativo de *kalós*, 'el más bello'; y si *meli* era 'miel', *meliedés* era tan 'dulce como la miel', o sea, que Melibea debía de ser tan **melosa** como el 'dulce canto' de una suave **melodía**... también podría ser una dulce pastora que 'cuida los bueyes', pero no quedaría tan «romántico»). Calisto siente aquí un «deshordenado apetito» por Melibea, quien le promete un galardón si persevera; y al final, claro, confiesa: «quebrose mi honestidad».



Figura 6.18. Entrada al **huerto** (la palabra 'jardín' aún no se usaba en 1492) de **Calisto** (en griego, 'el más

bello') y **Melibea** (que es tan 'dulce como la miel').

—O sea, que era un *locus amoenus* (de *locus* derivarán **lugar** y **localidad**; y *amoenus* es un lugar **ameno**, 'delicioso', que **ameniza** nuestra existencia). ¡Adiós al «amor cortés» de la Edad Media! ¡Bienvenido el amor físico de la Edad Moderna!

—Melibea era una «mujer moza muy generosa», y Calisto «a su amiga llama y dize ser su dios».

—Claro, por eso Rojas le hará pronunciar aquella gloriosa exclamación: «Melibeo só y a Melibea adoro y en Melibea creo y a Melibea amo». El enamorado ama a la amada (frase 4) hasta el punto de transformarse en ella (1), por lo que ya no necesita ningún otro dios en el que creer (3) ni al que adorar (2).

—Y todo ello, gracias a las artes e ingenio de Celestina, «mala y astuta mujer», que, si quisiere, «a las duras peñas promoverá y provocará a lujuria» (en latín, *luxus* significaba **lujo**, 'superabundancia', 'exceso', por lo que *luxuria* era inicialmente una 'abundancia excesiva', como cuando decimos que la selva posee una «vegetación **lujuriosa**»; pero, claro, a menudo el lujo excesivo lleva a la 'molicie', el 'desenfreno' y la 'lascivia', que es lo que acabará significando **lujuria**). «Pasan de cinco mil virgos los que se han hecho y deshecho por su autoridad en esta ciudad.» Tiene seis oficios, alguno como cobertura de los otros, pero en especial es «alcahueta y un poquito hechicera».

El Estudiante me indica la casa de Celestina y sus pupilas, señalando unas curtidurías fuera ya de la muralla:

—'Solía bibir aquí en las tenerías a la cuesta del río'. (La prostitución se regulará en Salamanca dentro de cinco años, en 1497.)

—Aprovecho que te tengo a ti para preguntarte una cosa que siempre me llamó la atención: ¿«aquel rascuño que tiene por las narices» lo tiene la Celestina por puta, causado por alguna enfermedad de Venus, o es un signo diabólico, por haberlo impreso el diablo a quienes asisten al aquelarre? (Es otra palabra que nos viene del euskera: **aquelarre**, del vasco *aker*, 'cabrón', 'macho cabrío', y *larre*, 'prado', o sea, el 'prado del macho cabrío', que era el lugar donde se reunían las brujas, pasando luego a designar el supuesto conciliábulo de las brujas con el diablo. La palabra no aparece hasta una carta de 1609 entre inquisidores, pero nos entendemos.)

—No, yo no lo tengo...

El Estudiante se ha retratado, aun sin terminar la frase; pero yo cambio de tercio enseguida contándole el final añadido por Rojas, que él no ha visto en los famosos «papeles»:

—Al final de la obra terminada por Rojas, el *locus amoenus* se convertirá en un *locus terribilis* (**terrible**, por el *terror* o 'miedo espantoso' que nos puede **aterrar**, como Viriato, que era *terror romanorum*, el '**terror** de los romanos', porque no tenía *terror belli*, 'miedo a la guerra'). La muerte de Calisto, «muriendo él despeñado», convida a Melibea, que ha «de ser despeñada por seguirle en todo». Y como acaba en tristeza, algunos lectores litigaron sobre el nombre, «diciendo que no se había de llamar comedia», «sino que se llamase tragedia», así que Rojas «partió por medio la porfía y llamola **tragicomedia**».

—Eso lo hacía por despistar a la Inquisición. Para que no lo quemasen vivo. Es que se acaba de publicar en Alemania el *Malleus malleficarum* (*Martillo de brujas*) y este libro ha desatado una auténtica caza de brujas. (En latín, *malleus* era 'martillo', 'mazo' de **majar** la mies, y el diminutivo *malleolus* era un 'martillito', como los dos **martillejos** de nuestro tobillo. *Maleficus* se compone de *male* y *facere*, por lo que **maléfico** era quien 'obra mal', un **mal-hechor**; pero si en la Edad Media no se ponía en masculino, sino en femenino, como sucede aquí, que termina en *-arum*, entonces estaba claro: significaba 'brujas', pues ellas eran las grandes malhechoras.)

—Sí, porque Celestina no es sólo una hechicera que prepara toda clase de ungüentos y pociones mágicas en su famoso **laboratorio** (el 'lugar donde se trabaja'; en latín, *labor* significaba **labor**, 'trabajo', y *laborare* era '**labrar** la tierra', 'trabajarla', por lo que **laboral** es todo lo 'relacionado con el trabajo' y **colaborar** es 'trabajar con' otra persona). También es bruja y nigromante, que practica la diabólica magia negra. En un capítulo llama al diablo «buen amigo», y luego le invoca: «¡Cé, hermano, que se va todo a perder!». ¡Le llama «hermano»!

—El *Malleus* defiende que las «maléficas» brujas sí existen. Que, aunque también hay brujos, son sobre todo mujeres. Y que, a unos y sobre todo a otras, hay que perseguirlos.

—Pero ¿tú crees en las brujas? Si creer en Dios ya es problemático para mucha gente, creer en el Diablo aún lo es más. Así que creer en tratos de una mujer con el Diablo... ¡eso ya no hay quien se lo pueda creer! Los burros son los inquisidores, que creen que eso es posible.

—¡Chisss! Habla en voz baja, no siendo que nos oigan. El uno o los otros.

—¡Cómo! ¿Quién es «el uno» y quién «los otros»?

—«Los otros» son los inquisidores, claro. Y «el uno»... Ven aquí y te lo cuento.

3. En la Cueva de Salamanca

—¿Recuerdas que esta mañana, en la torre de las campanas, hubo un momento en el que no veías mi sombra? Pues te lo explico. Te llevo.

—¡Uy! Esto me recuerda la *Eneida* de Virgilio, cuando Eneas llega al lago Averno y la sibila de Cumas le conduce al inframundo, hasta la cueva del can Cerbero (todo está ya incorporado a nuestro lenguaje común: **averno** es el 'infierno'; **sibila** es una 'profetisa', a veces muy **sibilina**; y al **cancerbero** lo conocen hasta los aficionados al fútbol). O también cuando Virgilio acompañó a Dante al Infierno en su *Commedia*, que ahora empiezan a llamar «divina». Virgilio, Infierno... ¡a ver si voy a ser yo el tercero!

—No, no tengas miedo. Sólo te voy a enseñar una cueva y a contarte una historia.

—¡No será la historia de **Teófilo** (el que 'ama a Dios' o el 'amado por Dios') que cuenta Berceo en los *Milagros de Nuestra Señora*! La historia «De cómo Teófilo fizo carta con el diablo de su ánima et después fue convertido e salvo». (Véase Figura 6.19).

—No, ésa no la conozco —me dice—. Cuéntamela.

—Teófilo era bueno, pero se vuelve malo y es «engannado por un falso judío», que lo lleva ante el diablo. Éste le pide que reniegue y le firme una carta:

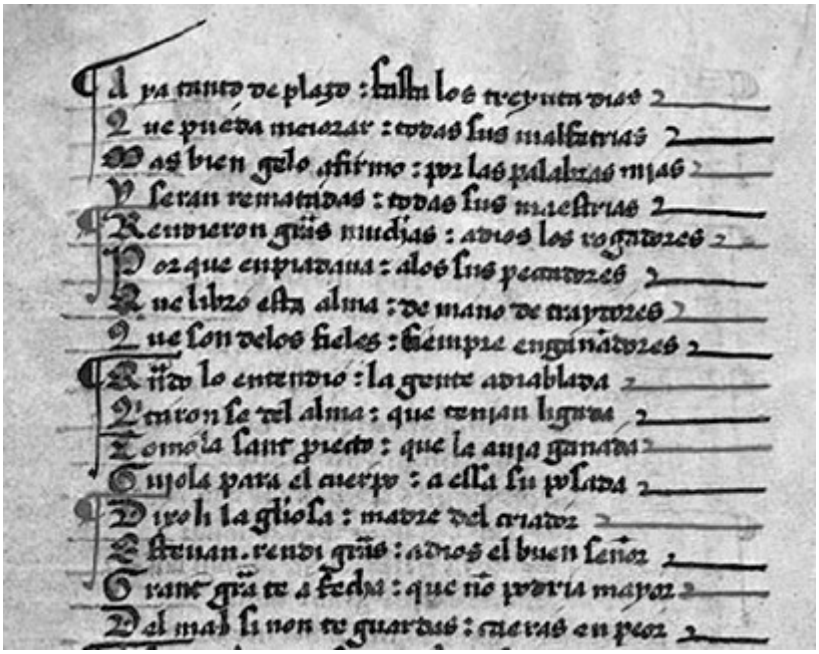


Figura 6.19. Ya los *Milagros de Nuestra Señora*, de Berceo, narran la historia de un clérigo que pacta con el diablo pero pierde su **sombra**: queda «dessombrado».

«Deniegue al so Christo e a Sancta María,
fágame carta firme a mi placentería».

Teófilo consiente: firma la carta y vuelve a ser bueno.

«Pero perdió la sombra, siempre fo dessombrado».

Finalmente, tras mucho insistir a la Virgen para que recupere su carta firmada, ella le dice:

«Non querrié el mi Fijo por la tu pleitesía
descender al infierno prender tal romería».

¡No va a mandar a su Hijo al infierno a buscar la carta! Así que le dice:

«Iré yo si pudiero recabdar el mandado».


OCHO
COMEDIAS, Y OCHO
ENTREMESES NVEVOS,
Nunca representados.
COMPUESTAS POR MIGVEL
de Cervantes Saauedra.
DIRIGIDAS A DON PEDRO FERnandez de Castro, Conde de Lemos, de Andrade,
y de Villalua, Marques de Sarria, Gentilhombre
de la Camara de su Magestad, Comendador de
la Encomienda de Peñafiel, y la Zarça, de la Orden de Alcantara, Virrey, Gouernador, y Capitan general del Reyno de Napoles, y Presidente del supremo Consejo
de Italia.
LOS TITVLOS DESTAS OCHO COMEDIAS
Y sus entremeses van en la quarta hoja.
Año 1615.
CON PRIVILEGIO.
EN MADRID, Por la Viuda de Alonso Martin.
A costa de Iuan de Villarroel, mercader de libros, vendese en su casa
a la plaçuela del Angel.

Figura 6.20. De los entremeses de Cervantes destaca *La cueva de Salamanca*: el estudiante listo engaña al marido cornudo haciendo aparecer dos «demonios».

Y, no sabemos cómo, pero finalmente la Virgen consigue recuperar su carta. (La **carta** española nos viene, a través del latín *charta*, del griego *khartes*, 'hoja' de papiro o papel en la que se escribe una carta, o también la propia 'misiva'. De 'carta' derivan la **cartera** donde metemos las cartas y otros documentos y el **cartero** que las lleva, el **cartón** grueso y la **cartilla** de los pequeños, el **cartel** de los anuncios y los verbos **encartar** y **descartar**. Y con 'carta' se componen la **carto**grafía de los geógrafos y la **carto**mancia de las 'adivinas' de 'cartas' e incluso las pan**cartas** de las «manis» donde escribimos 'de todo'.) Si Teófilo perdió su sombra y quedó «dessombrado» como tú, a lo mejor también tú puedes buscar el mismo remedio.

—No, no es ésa la historia que quería contarte.

—¿No será entonces la historia del entremés de Cervantes que te mencioné esta mañana? El de *La cueva de Salamanca*. (Véase Figura 6.20).

—No, pero ya siento curiosidad por saber qué decía ese escritor procedente de la sanabresa aldea de Cervantes.

—Pues un marido se va de viaje y su mujer finge pena... mientras ella y su criada han organizado ya una comilona con un sacristán y un barbero, a quienes se suma un estudiante salmantino/salamanqueso que busca albergue. En plena cena regresa el marido, pero el ingenioso estudiante, formado en la Cueva de Salamanca, resuelve la situación: oculta a los dos juerguistas en la carbonera de la casa y, para demostrar sus saberes mágicos al marido, hace salir de la carbonera a ¡dos «demonios» negruzcos disfrazados de sacristán y barbero!, que cantan a la Cueva:

> «En ella estudian los ricos
> y los que no tienen blanca [...]
> Y el estudiante más burdo
> ciencias de su pecho arranca [...]
> Y al diablo que le acusare,
> que le den con una tranca,
> y para el tal jamás sirva
> la Cueva de Salamanca».

(Cervantes usa en esta obra ambas palabras: **salmantino** y **salamanqueso**. Para los alquimistas y magos de la Edad Media, la **salamandra** [del griego *salámandra*] era un animal fabuloso que supuestamente vivía en el fuego sin quemarse: viviría entre leña húmeda y, al echarle una tea ardiendo, saldría corriendo, lógicamente, pero ellos la convirtieron en el «espíritu del fuego». Con el tiempo, la palabra 'salamandra' fue sufriendo alteraciones para relacionarla con Salamanca, cuya universidad la gente vinculaba con actividades nigrománticas, y así pasó a llamarse 'salamántica', 'salamanquina', 'salamantega'... y **salamanquesa**, palabra cuya etimología copio de la Academia: «alteración de *salamandra*, a la que el vulgo atribuía poderes maléficos, por influencia de la Universidad de *Salamanca*, que, según la creencia popular, era sede principal de actividades nigrománticas». Curiosamente, según Corominas, **salamanca** llegó a significar en la zona chileno-rioplatense 'cueva de hechiceros' o 'hechicería', «por alusión a la creencia popular de que se enseñaba magia en esta famosa universidad». Al natural de Salamanca se le llama hoy **salamanquino** y, preferentemente, **salmantino**. Hasta aquí el mito y la lengua, pero ¿qué nos dice la

Biología? Pues que no se deben confundir ambos animales: la **salamadra** es un anfibio [vive en el agua y en tierra, ¡pero no en el fuego!] con cola, de la familia Salamandridae; y la **salamanquesa** es ese simpático e inofensivo reptil de la familia Gekkonidae o **gecos** que gatean por las paredes de nuestras casas en las noches de verano. Para recuperar el mito, en catalán se llama... ***dragó***, por el fantástico *drakon* de los griegos.)

—¡Pero ese entremés cervantino es sólo una broma divertida! ¡Reírse de un cornudo haciendo pasar a los burladores por demonios tiznados! ¿Conoces más historias sobre la Cueva? (En griego, *bibroskein* es 'devorar', 'tragar con avidez', de donde deriva *broma*, que en **broma**tología significa 'comida', pero que también designa a un 'molusco que carcome la madera hundida de los buques' y los hace 'pesados', de donde procede nuestra palabra **broma**, con la que también nosotros designamos a ese molusco marino, la 'broma', pero que hoy sobre todo significa 'chanza' pesada, 'burla' a cuenta de otros. Y las **burlas** nos llegan probablemente del latín *burrae*, 'necedades', 'patrañas', que servirán a un torero para **burlarse** de un toro en un **burladero** y al **burlesco** donjuán de Sevilla para ser un **burlador** de las damas. En cuanto a **diversión**, si ya hemos visto que **verso** originariamente era la tierra que el arado ha **vertido** al otro lado, **diverso** es lo que va 'por otro lado' y **divertido** lo que tiene 'otro sentido', 'separado' de lo habitual, un 'sentido doble' que lo hace gracioso, por lo que puede resultar divertido hasta un **divorcio** bien llevado.)

—Sí, conozco varias historias más, pero sólo te diré otra, que ya tengo ganas de que me cuentes tu versión. Es de un dramaturgo llamado Juan Ruiz de Alarcón, que nace en un nuevo mundo pero por cuyas venas corre sangre judía, mora y cristiana. Viene a España, estudia «ambos derechos» en Salamanca y, sólo trece años después del entremés de Cervantes, publica una comedia con el mismo título: *La cueva de Salamanca*. Habla de un mago que se llama Enrico y de un Marqués de Villena.

—¡El primero se llama como yo! ¡Y el segundo es antepasado mío! ¿Y qué dice de ellos?

—Pues Enrico había estudiado con el mago Merlín astrología, quiromancia y nigromancia «en esta Universidad» que es la Cueva (en griego, *manteía* era 'adivinación' (1), *kheír*, *kheirós* significaba 'mano' (2) y *nekrós* 'muerto' (3); así que la composición de 2+1 dio **quiromancia**, 'adivinación por las manos', y la de 3+1 dio **necromancia**, 'adivinación' del futuro invocando a los 'muertos', la cual por la creencia popular en que los **nigromantes** usaban 'magia negra' [en latín, *nigrum* es 'negro'] cambió a **nigromancia**). Y ahora, ya como «maestro», Enrico las enseña a otros: «Mi ciencia a todos comunico», dice.

—Unos cuantos estudiantes quieren aprender con él encantamientos y pociones mágicas (en latín, *potare* es **potar**, 'beber', y *potio* es la 'acción de beber' o la '**poción** que se bebe', por lo que agua **potable** es la 'que se puede beber'). Pero son unos juerguistas: gastan bromas pesadas a varios representantes de la autoridad, y se tienen que refugiar donde Enrico...

—... que hace desaparecer cosas y personas. Y los oculta a su vista.

—Sí, «con encanto de sus ojos Enrico nos desvía». Pero las bromas de los estudiantes se complican, pues parece que incluso «el demonio anduvo suelto». «Muertos hubo.» Hasta el punto de que mandan llamar a «un pesquisidor», para que investigue sus travesuras. (Un inquisidor, que ya vimos, y un **pesquisidor** vienen a ser lo mismo: ambos vienen del latín *quaerere*, 'buscar', in**quirir** [y, sólo más tarde, 'desear', **querer**], por lo que *perquirere* es 'buscar intensamente', **perquerir**, y el resultado es una **pesquisa** o 'indagación'.)

—Oye, pero ¿no me dijiste que esa comedia la escribió un autor nacido «en un nuevo mundo»? ¿Cómo es que esos personajes hablan en español?

—Sí, pero esta mañana Nebrija te dijo también que «la lengua fue compañera del imperio». Bueno, sigamos con la historia. Entonces aparece tu antepasado el Marqués de Villena, que también estudió en esta gran Universidad, «de que está zelosa Atenas», y luego asistió a clases con el «monstro en ciencias Merlín» (**monstruo** viene del latín *monstrum*, 'prodigio', hecho que excede a lo natural, derivado de *monere*, 'advertir', 'avisar'), a quien «lo concibió de un demonio / una engañada donzella».

—¡Es un «hijo del diablo»!

—El Marqués reconoce que «enseñóme... los cursos de las estrellas», «las chirománticas líneas», «y por remate de todo / la Arte Mágica me enseña». Y luego se entera de que hay una cueva «encantada en Salamanca / que mil prodigios enseña»:

> «Que una cabeça de bronze,
> sobre una Cátedra puesta,
> la Mágica sobre humana
> en humana voz enseña.
> Que entran algunos a oírla,
> pero que de siete que entran,
> los seis buelven a salir,
> y el uno dentro se queda».

—No sigas —me corta el Estudiante—. Yo te contaré el resto, pero a mi manera: mi verdad, no lo que digan los libros.

—Hablad, pues,

«que sois quien del gran Maestre
el valor y sangre hereda».

—También a mí me ocurrió lo mismo:

«Yo, desta ciencia curioso,
incitado destas nuevas,
supe de la cueva el sitio,
y partíme sólo a verla».

—¿Y qué ocurrió? ¡Intrigado me tienes!

—La clave está en eso que acabas de decir sobre los siete que entran y los seis que salen:

«de siete que entran, que uno pague el censo».

Y, por fin, el estudiante Enrico, marqués de Villena, me lo explica todo:

—La cripta de esta iglesia de San Cebrián que ves junto a estos jardines de Calisto y Melibea era un antro donde se celebraban aquelarres entre brujas y demonios, en torno a un fuego en el que sobrevivían las salamancas, adonde acudían más de una trotaconventos y no pocas celestinas. En la sacristía, un diablo cojuelo llamado Asmodeo, rey del infierno y príncipe de la lujuria, daba clases de nigromancia a siete alumnos durante siete años. Las clases eran gratis, aunque tenían un precio: al cabo de los siete años, seis estudiantes salían libres, pero uno debía quedarse con él.

—En pago. ¿Y cómo acabó?

—El primero le dijo al demonio que le pagaría el siguiente, y él salió. El segundo le dijo que le pagaría el siguiente, y también salió. Y también el tercero, y el cuarto... Y, al llegar a mí, que era el último, le dije lo mismo: que le pagaría el siguiente; pues, a la luz del fuego, mi sombra proyectada en la pared parecía ser otro estudiante, ¡y, tranquilamente, empecé a salir!

—Y el demonio...

—Cuando se quiso dar cuenta, se lanzó sobre mi sombra para atraparme. Pero yo ya estaba fuera, ¡y me libré!

—¡Y él se apoderó de tu sombra! Tan «dessombrado» quedaste como el Teófilo de Berceo. Al menos está claro que un estudiante de Salamanca es tan listo que puede engañar al propio diablo.

Y así podré terminar como sugiere Alarcón, por que tampoco a nosotros nos pille la Inquisición:

«Mas murió tan santamente,
que engañó al demonio, y essa
es la causa porque dizen
que con la sombra le dexa. [...]
Y con esto demos fin
a la historia verdadera
del principio y fin que tuvo
en Salamanca la cueva».

NOMBRES ANTIGUOS PARA TEMAS MODERNOS

(Upsala, 1753)

Las lenguas vivas están vivas, y por eso cambian. Las únicas que no cambian son las lenguas muertas. Y nuestra querida lengua está bien viva, por lo que sigue cambiando todavía hoy, como ha cambiado también en los últimos siglos.

El castellano o español no se formó en un instante, sino en un proceso. No hubo nadie que dijese «*Fiat!*» («¡Hágase!») y quedase ya creado para siempre, fijo e inmutable, completo y perfecto. Se ha ido desarrollando durante más de mil años, con algunas estructuras propias pero a partir de numerosas lenguas anteriores: del griego y, sobre todo, del latín; y, a través de ellas, recibiendo nombres incluso de lenguas previas como el egipcio; y, después de ellas, incorporando palabras del árabe y del hebreo, usadas por los musulmanes y judíos que vivían entre nosotros, o del catalán y del vasco, tomándolas prestadas de nuestras lenguas vecinas; y, por último, dado que «siempre la lengua fue compañera del imperio», no sólo exportamos nuestra lengua a nuevos mundos sino que importamos también de ellos numerosas palabras suyas, como también lo hicimos del italiano, el francés o el inglés, según la hegemonía cultural o imperial de sus respectivos países.

En el capítulo anterior llegamos con nuestro idioma hasta Salamanca en 1492, y lo dejamos allí bien formado, incluso con gramática propia, la primera de una lengua romance. Pero ¿qué ha pasado luego? ¿Quedó ya entonces cerrado el castellano, perfecto y, por tanto, inmutable? ¿O, más bien, ha seguido modificándose y enriqueciéndose, respondiendo a los cambios de este mundo en constante evolución?

Neologismos, 'palabras nuevas'

En los cinco últimos siglos se ha producido un espectacular estallido de la tecnología. Cuando Colón llegó a América en 1492, no disponía de un móvil para darle la primicia a la reina Isabel, ni estaban esperándole los muchachos de la prensa, la radio o la televisión para transmitir la gran noticia al resto del mundo. Ni tampoco el resto del mundo habría podido acudir allí en veloces aviones, simplemente porque no se habían inventado, como tampoco se habían inventado los coches ni los trenes. Sin embargo, hoy, miles de millones de personas usan esos siete inventos cada día. ¿Y cómo los llamamos?

Lo mismo que con la tecnología ha ocurrido también con la ciencia. En 1492, aún faltaban cincuenta años para que empezase la ciencia de la Anatomía con Vesalio, más de cien para que se desarrollase la ciencia de la Fisiología con Harvey... y casi cuatrocientos para que diera sus primeros pasos la Genética con Mendel. En 1492, aún faltaban cincuenta años para que Copérnico iniciase la gran «revolución científica» de la Astronomía, más de cien para que Galileo hiciese lo mismo con la Física... y casi trescientos para que Lavoisier fundase la Química. ¿Y cómo llamamos hoy a los objetos de los que hablan esas ciencias?

A nuevos conocimientos, nuevas palabras. Los técnicos inventaban máquinas y los científicos descubrían realidades, y a esas nuevas máquinas y a esas nuevas realidades había que «bautizarlas»: teníamos que imaginar nombres con los que llamarlas. Según el bello relato de la Creación en el *Génesis*, Dios no sólo creó el mundo mediante el poder mágico de la palabra, sino que además él mismo iba necesitando palabras para poder designar las cosas a medida que las iba creando: «Y llamó Dios a la luz **día**, y a las tinieblas llamó **noche**... Y llamó Dios a esa bóveda **cielos**... y llamó Dios a lo seco **tierra**, y a la reunión de las aguas **mares**...». Nosotros, que no somos dioses, hemos tenido, sin embargo, la misma necesidad: crear palabras para designar las cosas. ¿Y cómo hemos «bautizado» aquellas nuevas máquinas inventadas por los técnicos y aquellas nuevas realidades descubiertas por los científicos en los últimos siglos? ¿Cómo hemos respondido a esa necesidad que tenemos de designar a las cosas con un nombre, de llamarlas «por su nombre»? Pues creando **neologismos**, palabra que, a su vez, es un neologismo creado por los franceses hace casi trescientos años, a partir de dos términos griegos: *neos*, 'nuevo', y *logos*, 'palabra' (más el sufijo *-ismós*, que permite formar ciertos sustantivos); en resumen, creando 'palabras nuevas'.

Y eso lo hemos hecho de varias maneras. En primer lugar, como es lógico, recurriendo a nuestras dos lenguas madre, el griego y el latín. Si nuestros técnicos inventaban el coche, pues tomaban una palabra griega, *autós*, 'por sí mismo', y una latina, *mobilis*, **móvil**, 'que se mueve', y creaban **automóvil**, 'que se mueve por sí mismo', sin que lo arrastre un caballo. Y si nuestros científicos descubrían un antepasado nuestro situado a medio camino entre el hombre y el mono, acudían al griego y le llamaban **pitecántropo**,

'hombre mono', de *píthekos*, 'mono', y *ánthropos*, 'hombre'. Los griegos nunca usaron esa palabra: jamás hablaron de «pitecántropos». ¿Hablaron de *píthekos*? Sí, claro, esa palabra es suya. ¿Hablaron de *ánthropos*? Sí, por supuesto, muchas veces. Pero jamás usaron ese palabro que nosotros hemos creado uniendo dos palabras suyas en una nuestra. Y lo mismo ocurrió con los romanos: ellos jamás hablaron de los ***Homo sapiens***. Claro que hablaron de los *Homo*, claro que discutieron de si eran *sapiens*... ¡Pero nunca usaron esa expresión en el mismo sentido que nosotros, uniendo esas dos palabras en un solo significante para referirse a una especie humana! ¡Ni siquiera tenían ese concepto de **especie**, aunque tuvieran esa palabra: *species*! Hemos sido nosotros quienes les hemos robado a ellos su palabra para nombrar un nuevo concepto nuestro. Hemos creado un neologismo.

Otro modo de crear nuevas palabras ha sido recurriendo a varias palabras que ya existían antes y componiendo con ellas una nueva. Si ya teníamos 'limpiar', 'parar' y 'brisa', tras la invención del automóvil uníamos las dos últimas y así creábamos una palabra nueva con la que nombrar esa luna que 'para las brisas' al avanzar nuestro coche: el **parabrisas**; y bastaría unirle la primera de las tres para designar ese mecanismo que limpia el parabrisas de la lluvia que cae: el **limpiaparabrisas**. Y lo mismo se podía conseguir uniendo palabras del latín o el griego: un griego jamás miró por un **caleidoscopio**, pues ese mágico tubo no fue patentado por un inventor escocés hasta hace casi doscientos años; sin embargo, el griego nos prestó tres palabras que, en composición, nos permitían designarlo: *kalós*, 'bello', *eidos*, 'forma', y *skopéin*, 'mirar', o sea, 'mirar formas bellas', que es lo que nos permite un caleidoscopio.

Un tercer sistema ha sido el unamuniano «¡que inventen ellos!». Cuando los ingleses reinventaron el balompié y crearon la Football Association hace 150 años, crearon también una palabra de ámbito universal, nuestro **fútbol**, hoy usada en todo el mundo... excepto en otro país de habla inglesa, Estados Unidos, donde se llama *soccer*. ¡Y eso que los ingleses simplemente habían compuesto su 'pie', *foot*, y su 'balón', *ball*, para formarla! ¡Como si nosotros no hubiéramos podido difundir más nuestro **balompié**! Cuando finalmente se inventaron esas máquinas de volar más pesadas que el aire con las que ya soñaba Leonardo, el pionero de la aviación Clément Ader creó la palabra francesa *avion* para llamarlas, sobre la raíz del latín *avis*, 'ave', y de ahí la tomamos nosotros a principios del siglo pasado castellanizándola en **avión**. En ambos casos, 'fútbol' y 'avión', simplemente hemos cogido palabras prestadas de otras lenguas, compañeras de otros imperios, como antes las habíamos tomado del imperio cultural griego o del imperio militar romano. ¿Tomaremos algún día palabras del futuro imperio económico chino?

Por último, hemos usado un cuarto sistema, mucho más atractivo aún: recuperar palabras moribundas, o incluso muertas, y darles una nueva vida. Tal es el caso de la palabra **azafata**. ¿Qué ocurrió al inventarse el avión y tener que llamar a la señorita que nos atendía en él? Pues que los ingleses inventaron una expresión un tanto simplista, *air hostess*... pero nosotros demostramos mucha más originalidad: volvimos a los orígenes. En árabe se llamaba *safat* a un 'canastillo' o 'bandeja' de fondo plano y bordes bajos, generalmente hecho de mimbre o de hojas de palma, de donde proceden la palabra castellana moribunda **azafate** y la palabra catalana totalmente viva ***safata***, 'bandeja'; y, por metonimia, a la 'camarera de la reina' que le llevaba la ropa en uno de esos cestos se la empezó a llamar **azafata**, de la que el *Diccionario de Autoridades* dice: «Llámase Azafáta por el azafáte que lleva». Posteriormente la palabra se perdió... hasta que alguien tuvo la feliz idea de recuperarla para poder llamar a la 'camarera de los aviones', aunque nosotros no seamos reyes ni reinas... y aunque esa persona pueda ser ya un **azafato**.

Palabras clásicas
que no conocían los clásicos

Si los romanos no tenían patatas, ¿cómo es que la planta que da las patatas tiene un nombre científico en latín? Y si los griegos no conocían el chocolate, ¿cómo es que el árbol del que se obtiene el cacao tiene un nombre científico griego?

La **patata** fue domesticada en la zona de los Andes hace varios miles de años, pero los europeos no la descubrieron hasta el siglo XVI... y hoy es el cuarto producto alimenticio mundial, sólo superado por el arroz, el trigo y el maíz. Esa palabra es el resultado de una confusión: en quechua se llama **papa**, y así se llamó también en español durante mucho tiempo... hasta que algún ignorante la confundió con la **batata**, que era como en el taíno de Haití se llamaba a otra planta de una familia totalmente distinta; y así la 'papa', por influencia de la 'batata', empezó a llamarse 'patata', error que «exportamos» al inglés *potato* o al italiano *patata*. Todavía hoy, si buscan en un diccionario latino la palabra 'patata', no encontrarán nada. Y, sin embargo, Linneo, al darle un nombre científico, la bautizó en latín: *Solanum tuberosum* (*Solanum* estaría relacionado con el latín *sol*, *solis*, **sol**; y *tuberosum* en latín significa 'lleno de prominencias', aludiendo a los *tubercula* o **tubérculos** de los que se alimenta la planta y con los que la planta nos alimenta a nosotros).

En cuanto al **chocolate**, era la bebida preferida de los aztecas... pero su etimología no está nada clara para los lingüistas. Simplificando las muchas teorías propuestas, podría ser que viniera del náhuatl *xocoatl*,

‘bebida agria’ (de *xococ*, ‘agrio’, y *atl*, ‘bebida’, ‘agua’); en cambio, Corominas defiende que procede de *pochótl*, ‘bebida de ceiba’, y *kakáwatl*, ‘bebida de cacao’, pues se haría mezclando en partes iguales ambas bebidas, y luego los españoles simplificarían esa larga palabra resultante, *pochó-kakáwaatl*, en algo mucho más sencillo: *chocohuatl*. Pero Linneo simplificó aún más y mejor este tema: bautizó a la planta del cacao, de la que hoy se obtienen los granos con los que se elabora el delicioso chocolate, con el poético nombre de *Theobroma cacao*: el cacao que es un ‘alimento de dioses’ (del griego *theós*, ‘dios’, y *broma*, ‘alimento’). ¡Pues va a ser que los botánicos lo tienen más claro que los lingüistas!



Figura 7.1. **Linneo** (‘el del tilo’), genial creador de la nomenclatura binomial.

Pero ¿quién es ese Linneo a quien acabamos de mencionar dos veces? ¿Y qué tiene que ver él con el origen de las palabras? Pues tiene que ver, y mucho, por lo menos con los nombres científicos de las plantas y los animales.

El latín, *lingua franca* (Upsala, 1753)

Hemos escrito a Linneo solicitándole una breve entrevista, y nos responde aceptando nuestra petición en una amable carta fechada en la primavera de 1753. ¡Ojalá estuviese hoy entre esas seis mil cartas que se conservan de él! (Véase Figura 7.1). Habíamos pensado presentarnos siendo un periodista de la prensa que tanto se está expandiendo en el siglo XVIII, como ese periódico sueco de 1645 que es el más antiguo aún vivo en el siglo XXI, fundado por la culta reina Cristina de Suecia, o como el *Mercurio* que se acaba de fundar en nuestro país hace quince años, en 1738. Pero al final decidimos sincerarnos diciéndole que estamos escribiendo un libro sobre etimologías, pues queremos conocer el sistema que él ha propuesto para nombrar a los animales y las plantas.

Como aún no se han inventado los aviones y los coches, ni siquiera el ferrocarril, viajamos en barco. Lo encuentro en el edificio del Jardín Botánico perteneciente a la Universidad de Upsala. Linneo no ha cumplido aún los cincuenta años, pero lo veo ya un poco avejentado, con escasos dientes sanos y con ciertas dificultades para caminar. Sé que estudió latín, griego y hebreo, por lo que le propongo que hablemos en **latín** (idioma que, en latín, se llamaba *latinum*, ‘lengua latina’, por ser la lengua que se hablaba en el *Latium*, el **Lacio**, la región italiana donde se encontraba Roma y que, a diferencia de las zonas montañosas vecinas, era *lata*, ‘ancha’, **dilatada**).

—Sí, es mi lengua preferida. Cuando viví en Holanda entre 1735 y 1738, viajé a París y a Londres y en

todos los sitios me entendí en latín con los principales botánicos de entonces. Todavía me escribo con cientos de naturalistas y coleccionistas de todos los continentes y me comunico con ellos en latín: ¡no les voy a escribir en sueco! Y mis principales libros los he publicado en latín. Sin embargo, mis libros de viajes por Suecia los publico en sueco, por supuesto. Cuando fundamos la Real Academia de las Ciencias de Suecia hace catorce años, aconsejamos que los libros de nuestros científicos se publicasen en sueco. Pero en sueco no llegan a otros países.

—Claro, ya entiendo por qué hoy todos los nombres científicos están en latín, o en formas latinizadas del griego.

—Bueno, el latín que yo uso es un poco coloquial, nada clásico, simplificado por mí para que pueda ser utilizado en todo el mundo y por cualquier científico, hable el idioma que hable. ¿No tienen los matemáticos y los músicos un idioma universal, convencional, en el que se pueden entender perfectamente un matemático de Suecia con uno de España, o un músico de Italia con uno de Londres? Les basta salir a un encerado y «hablar» entre ellos escribiendo sus signos propios: fórmulas matemáticas o notas en un pentagrama. Pues bien, el latín es el idioma universal de los naturalistas, la ***lingua franca*** de las ciencias de la vida: su 'lengua franca' o vehicular. (Su **esperanto**, pienso yo para mí. El nombre de esta lengua artificial creada en 1887 por el médico polaco de origen judío Dr. Zamenhof procede de que él firmaba *Doktoro Esperanto*, pues 'esperaba' convertirlo en una lengua internacional.)

Nomenclatura binomial

—Por cierto, ¿cómo prefiere que le llame: Carl von Linné, como le llamará una enciclopedia sueca; Carolus Linnaeus, como firma usted sus libros; o Carlos Linneo, como le menciona mucha gente en español?

—Como prefiera; me hace gracia en español: **Linneo**. De hecho, lo de ***Linnaeus*** fue un invento de mi padre: se llamaba Nils, por lo que yo me podría haber llamado Nilsson, 'el hijo de Nils'.

—Sí, como entre nosotros: **Fernández** es 'el hijo de Fernando' y **González** es 'el hijo de Gonzalo'. Ustedes añaden '-son' al nombre del padre, como nosotros añadimos '-ez' en muchos casos.

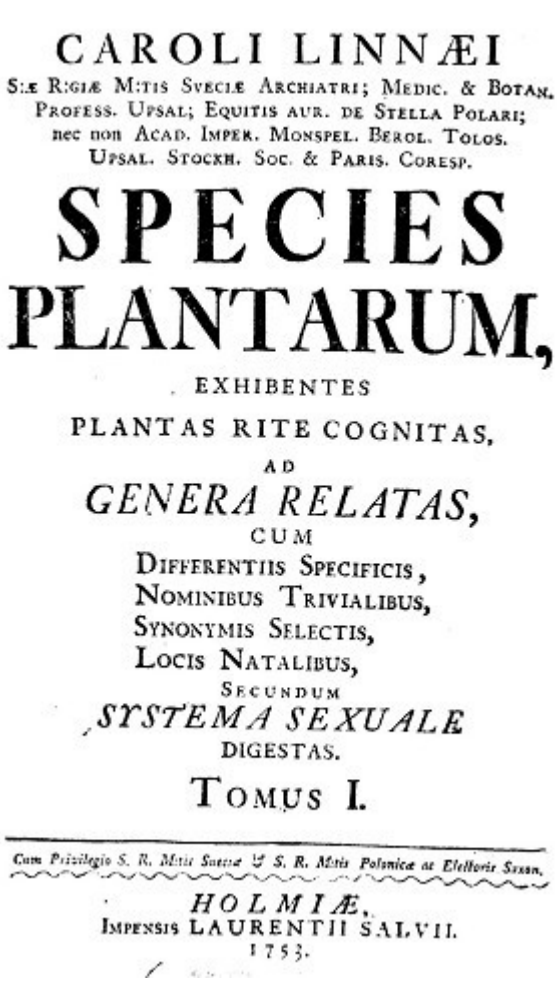
—El caso es que, al entrar en la universidad, mi padre tenía que registrarse añadiendo a su nombre un **patronímico** y, como en las tierras de la familia había un gran *linn* o 'tilo', pues lo asumió y lo latinizó como *Linnaeus*, Nils Linnaeus, Nils 'el del tilo', y así heredé yo su **apellido**... aunque yo beba mucho más café que **tila**, ese brebaje que se obtiene de las hojas de los árboles del género *Tilia*. (En latín, *appellare* era 'llamar', de donde procede *appellitare*, 'llamar repetidamente', y de ahí nuestra palabra **apellidar** y nuestro **apellido**. Y **patronímico** es una palabra compuesta de dos términos griegos: *ónoma*, 'nombre', y *patrós*, 'del padre', por lo que *patronymikós* es el apellido formado a partir del 'nombre del padre', como Nilsson en sueco o Fernández en español.)

—¿Y el **von**? ¿Carl von Linné?

—El 'Carl' por el nombre del rey de entonces, el gran Carlos XII, rey del Imperio sueco. Y el 'von' lo tengo porque el rey actual, Adolfo Federico, me ha nombrado este mismo año caballero de la Nordstjärneorden (Nord-stjärne-orden, ¡cómo se parecen los idiomas cuando nos fijamos!, 'Orden de la Estrella del Norte', o sea, Orden de la Estrella Polar). He sido el primer civil sueco en conseguirlo.

—Veo que le aprecia el rey.

—Sí, es que acabo de terminar un libro sobre su magnífico gabinete de historia natural, que guarda más de mil frascos de especímenes exóticos conservados en alcohol, de los que tanto he aprendido. Se titulará *Museum Adolphi Friderici* (*Museo de Adolfo Federico*) y se publicará el próximo año; ahora están haciendo unas bellas ilustraciones a mi texto, que será bilingüe latín-sueco. Pero lo más importante es que en él aplico ya mi sistema de 'nomenclatura binomial' a los animales. (En latín, *nomen* es **nombre** y *calare* es **llamar**, por lo que el *nomenclator* era el esclavo que 'llamaba' por su 'nombre' a los numerosos clientes para que el señor pudiese recordarlos cuando les saludaba cada mañana; consecuentemente, la **nomenclatura** es hoy una 'lista de nombres' y, si van 'dos nombres' juntos, la nomenclatura es **bi-nomial**.)


CAROLI LINNÆI
S:æ R:giæ M:tis Sveciæ Archiatri; Medic. & Botan.
Profess. Upsal; Equitis aur. de Stella Polari;
nec non Acad. Imper. Monspel. Berol. Tolos.
Upsal. Stockh. Soc. & Paris. Coresp.

SPECIES
PLANTARUM,

EXHIBENTES
PLANTAS RITE COGNITAS,
AD
GENERA RELATAS,
CUM
Differentiis Specificis,
Nominibus Trivialibus,
Synonymis Selectis,
Locis Natalibus,
Secundum
SYSTEMA SEXUALE
DIGESTAS.

Tomus I.

Cum Privilegio S. R. Mtis Sueciæ & S. R. Mtis Polonicæ ac Electoris Saxon.

HOLMIÆ,
Impensis LAURENTII SALVII.
1753.

Figura 7.2. Portada de la gran obra *Species plantarum* (1753), un hito en la historia de la ciencia y una joya para la lexicología: es la base de los nombres científicos.

—¿Por ejemplo?

—Pues a una **culebra**, en latín *coluber*, la llamaré *Coluber annulatus*, pues ya sabe usted que en latín *anus* es un 'aro' o un 'ano' y el diminutivo *annulus* es un **anillo**; o sea, *Coluber annulatus* es una 'culebra anillada'.

—¡Qué fácil!

—Y, de igual modo, si en latín *vipera* significa **víbora**, pues *Coluber vipera* será una 'culebra' de la especie 'víbora', la víbora de la arena. Y, si en latín *constringere* es **constreñir**, 'apretar', una *Boa constrictor* será una 'boa constrictora', porque constriñe a su presa.

(No puedo por menos que pensar en las 44 palabras que usa el *Diccionario* de nuestra Academia para definir la «boa», y me pregunto: ¿por qué nuestro diccionario no usará sólo esas dos palabras, *Boa constrictor*, como hacen los científicos? O al menos esas dos... más las otras 44; total por dos más... ¡Se ganaría en precisión, en rigor, en exactitud! Hagan ustedes una prueba: lean a un amigo las 45 palabras con que la Academia describe al «león», pero sin decirle que es el león: ¡creerá que es un acertijo! O que es la información para hacer un crucigrama. Y quizá su amigo les dirá dos o tres animales distintos que responden a esas 45 palabras. ¡Con lo fácil que sería poner *Panthera leo*... o, al menos, añadirlo! Señores académicos: les convendría leer a Linneo.)

—Si sabes latín, es más fácil todavía. De todos modos, a usted se le conoce aún más como **botánico** que como zoólogo. (En griego, *botane* es 'hierba', 'planta', por lo que *botanikós* es lo 'relativo a las plantas' o 'quien las estudia'; y *zoon* es 'animal', por lo que un **zoólogo** es el 'científico de los animales'.)

—Sí, tiene razón. Mire, le voy a enseñar una primicia. Me acaban de llegar de Estocolmo los dos tomos de mi *Species plantarum*, mi obra más ambiciosa. ¡Son más de 1.200 páginas! (Véase Figura 7.2).

—¿¡Sí!? ¡*Las especies de plantas*! ¿Me permite tocarla? (No puedo reprimir la emoción: es el monumento fundacional de la Botánica, el punto de arranque de la nomenclatura actual de las plantas; se considera uno de los libros más importantes de la historia de la Botánica. E incluso de la **Biología**, del griego *biós*, 'vida', la 'ciencia de la vida'.)

—Calculo que, si hay en el mundo unas 10.000 especies de plantas, aquí clasifico y doy nombre a casi 6.000, prácticamente todas las conocidas. ¿Ve lo que digo bajo el título? «*Exhibentes plantas rite cognitas*».

—O sea, traduzco yo: que su obra 'exhibe' o muestra 'las plantas conocidas', pero ¿*rite*?

—Sí, 'por los **ritos**', 'según las reglas', las plantas conocidas 'adecuadamente'. Se lo explico en lo que pongo luego: «*Ad genera relatas*».

—«Relacionadas con los **géneros**.» La base de su clasificación.

—Sí, pero «*Cum differentiis specificis*».

—«Con las diferencias específicas», o sea, propias de cada **especie**. (Una curiosidad: Linneo ha sido nombrado «lectotipo» de la especie ***Homo sapiens*** [‘Hombre sabio’], el ejemplar sobre el que se ha realizado posteriormente la descripción de nuestra especie, cuyo nombre él inventó.)

—¿Me puede poner un ejemplo de su famoso sistema binomial en las plantas?

—Sí, claro. Lo importante es que sepa que cada planta recibe un nombre con sólo dos palabras: la primera indica su género y la segunda su especie, la primera empieza con mayúscula y la segunda no, y ambas están en latín. Así de sencillo. Mire, antes de mí, una planta tenía este nombre tan largo: *Plantago foliis ovato-lanceolatis pubescentibus*, *spica cylindrica*, *scapo tereti*.

—¿Así de largo? ¡Nadie recordaría su nombre! Lo traduzco palabra a palabra: «llantén con hojas pubescentes ovado-lanceoladas, de espiga cilíndrica y bohordo circular». ¡Qué complicado!

—Pues con mi sistema se llamará, simplemente, *Plantago media*.

—El ‘llantén mediano’. (No me resisto a buscarlo en el *Diccionario* de la Academia: 80 palabras, y entre ellas no está *Plantago media*.)

—Así habremos pasado del **poli-nomio** (‘muchos nombres’) al **binomio** (‘dos nombres’).

Y sigo yo traduciendo la portada del *Species plantarum* directamente del latín:

—«Con los nombres comunes» (o «triviales», como dice él), «los sinónimos principales» y «sus lugares de origen» (o «natalicios», según la portada). Y luego añade: «*Secundum sistema sexuale digestas*». Sé traducir *secundum*, **según**, e incluso *digestas*, ‘distribuidas’ (del verbo *digerere*, **digerir**, o sea, ‘distribuir’, ‘clasificar’, que es precisamente lo que hace nuestra **digestión**: ‘distribuir’ los alimentos por nuestro cuerpo). Pero lo del «sistema sexual»... ¿me lo puede explicar?

Amor entre las flores

—Por supuesto. Lo vengo explicando desde 1729, cuando a mis veintidós años escribí mi primer trabajo botánico: *Sponsalia plantarum* (*Los esponsales de las plantas*). La clave de todo está en los órganos de reproducción. También las plantas, como los animales, tienen órganos para reproducirse: los **estambres** de las flores son los órganos masculinos y los **pistilos** los femeninos, los **pétalos** no son más que el lecho nupcial, bello y fragante, donde se celebran esos esponsales; y el fruto de esas nupcias... es el **fruto**. (Véase Figura 7.3).



Figura 7.3. Portada autógrafa de los *Sponsalia plantarum* (1729). Linneo, con sólo 22 años, expone ya el «modo de generación» de las plantas, según su «sexo».

—Muy original. (**Estambre** llegó al mundo de la sexualidad de las plantas a partir del textil: en griego, *stemon* era la ‘urdimbre’; y en latín, *stamen* era ‘hebra larga’ o ‘hilo de una rueca’, por lo que una *staminaria* era una ‘hilandera’ y aún llamamos **estameña** a un tipo de ‘tejido de lana’; luego *stamen* pasó a designar el **estambre** de las flores por su forma ‘filamentosa’, rematada en una antera. El **pistilo** recibió este nombre por su parecido con el *pistillum* o ‘mano de mortero’ de los latinos. El *pétalon* griego era ya una ‘hoja de planta’ o un ‘**pétalo** de una flor’, designando hoy a esas bellas hojas transformadas que dan color a la

corola. Y el **fruto** está relacionado con el verbo latino *frui*, 'disfrutar', 'gozar', por lo que *fructus* era el usu**fructo** o dis**frute** de un derecho y, consecuentemente, el 'producto del que se disfrutaba', el 'fruto'.)

—Puede haber cuatro maridos en el mismo himeneo, con la novia, unos más altos y otros más bajos, o tres o seis... y a veces veinte maridos o más en el mismo tálamo. Pero hombres y mujeres también pueden regocijarse en camas distintas. (Véase Figura 7.4).

—¡A ver si le critican por un lenguaje tan «obsceno» para esta época!

Pero él no parece preocuparse por si algún día le acusan de ofender el «pudor femenino» o por si comparan su propuesta con una «repugnante prostitución».

—Pues bien, según el número y la situación de esas estructuras florales, los vegetales pueden clasificarse fácilmente dentro de mi 'sistema de la naturaleza'. Basta con observarlos y contarlas.

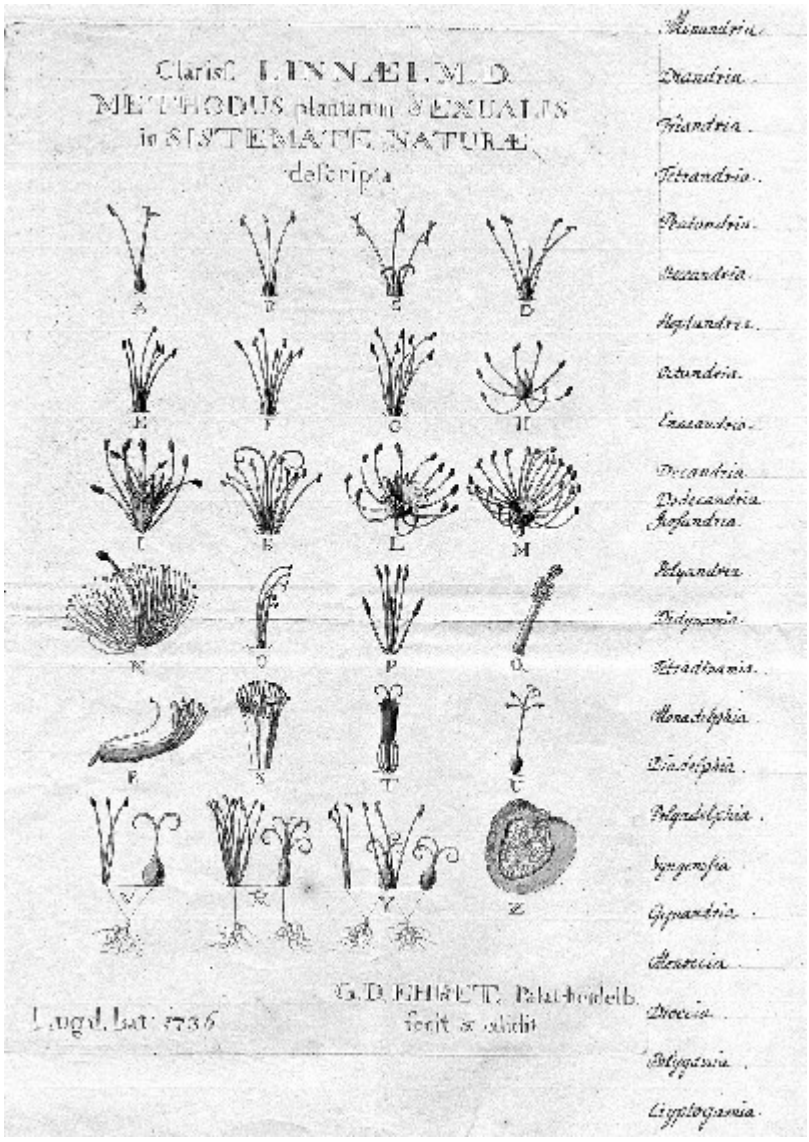


Figura 7.4. Las 24 clases de plantas de Linneo, según el sistema sexual: van desde la **monandria** ('un varón') hasta la **poliandria** ('muchos') y la **poligamia**.

—Sí, claro: lo explica en su libro *Systema naturae* (véase Figura 7.5), que ya va por la edición...

—Mire, se lo enseño: este año acaba de salir la octava edición, que continúa creciendo. Empezó con once folios en 1735 y terminará en...

—(Unas tres mil páginas en la decimotercera y última edición, digo yo para mí. Y leo traduciendo): «En el cual se proponen sistemáticamente los tres reinos de la naturaleza».

—Me refiero al *Regnum animale*.

—'Reino animal', traduzco yo. (**Animal** viene del latín *anima*, el 'aire' que respiramos, el 'aliento', que a su vez procede del griego *ánemos*, 'aire', 'viento', tal como medimos en nuestros **anemó**metros; por eso hablamos del 'soplo vital', que nos **anima**, que nos 'da vida', y cuya ausencia indicará que nos hemos muerto.)

—*Regum vegetabile*.

—'Reino vegetal'. (**Vegetal** es un neologismo; por ejemplo, nuestro Nebrija aún no usa nunca esa palabra. Es un derivado culto del latín *vegetare*, 'vivificar', 'estar vivo'.)

—Y *Regnum lapideum*.

—'Reino mineral', 'de piedra' (que viene del latín *lapis*, *lapidis*, 'piedra', por lo que lo escrito sobre una

lápida suele ser **lapidario**).

—Los minerales crecen; los vegetales crecen y viven; los animales crecen, viven y sienten.

—Muy lapidario. Pero ¿cómo los organiza?

—Pues aquí viene mi sistema de clasificación de la naturaleza: «*Secundum classes*, *ordines*, *genera*, *species*».

—'Según las clases, órdenes, géneros y especies'. Sí, ya lo he dicho: ¡seguimos hablando en latín! (Aunque Linneo les diese a estas cuatro palabras latinas un significado convencional para el campo de la Biología, su sentido latino nos ilustra: *species* está relacionado con el verbo *specere*, 'mirar', por lo que una **especie** agrupa individuos con el mismo 'aspecto' o 'apariencia'; *genus* está emparentado con el verbo *gignere*, 'engendrar', por lo que un **género** agrupa especies con el mismo origen 'genealógico'; *ordo* era **orden** y el verbo *ordinare* significaba 'poner en orden', que es lo que hacía Linneo, 'coordinar' unas especies con otras, 'subordinando' los distintos grupos entre sí; y *classis* era una **clase** o 'rango', por lo que el verbo culto *classi-ficare* sería 'hacer clases', 'establecer clases' que agrupasen órdenes parecidos.)

—Las tres primeras categorías son convenciones útiles que yo he establecido. Pero las especies realmente existen.

—¿Cómo?

—Sí, siempre que pueda, estudie los mecanismos de reproducción sexual: analice si, al cruzarse individuos de la misma especie, tienen descendencia fértil o no. Si cruza un macho del grupo de animales A con una hembra del grupo B y tienen un hijo fértil, entonces A y B son de la misma especie; si no, no lo son: pertenecerían a especies diferentes. Por ejemplo, si cruza un toro con una vaca, les puede nacer una ternera; pues bien, si al crecer la ternera la cruza con otro toro y tienen hijos, entonces toro, vaca y ternera son de la misma especie: la especie *Bos taurus*. (De *bos* procede nuestra palabra **buey**, y de *taurus* nuestro **toro**. O sea, que no se preocupen los aficionados a los toros, que, aunque se supriman las corridas, la especie de los toros no se extinguirá.)

—¡Clarísimo! Y si cruzo —me aventuro yo— un **tigre** (*Panthera tigris*) con una **leona** (*Panthera leo*), les nace un **tigrón**... Pero si, pasados unos años, intento cruzar ese tigrón con otra leona, no tendrán hijos. O sea, ¡el tigre y el león son especies distintas! Los dos pertenecen al género *Panthera*, pero el primero es de la especie *P. tigris* y el segundo de la especie *P. leo*. ¡Genial!

—Lo vengo haciendo desde que, en 1737, publiqué mi libro sobre el jardín del financiero holandés y protector mío George Clifford.

—¡Aquel famoso año en el que escribió 1.850 páginas en doce meses!

—En aquel libro ya reducía las plantas «*varietatibus ad species*, *speciebus ad genera*, *generibus ad classes*».

—Las reducía 'de las variedades a las especies, de especies a géneros, de géneros a clases'.

—¡Ahí, y así, puedo incluir y clasificar toda la naturaleza!

—Tiene mucha obsesión por clasificar. Se le nota su formación aristotélica, ¿no?

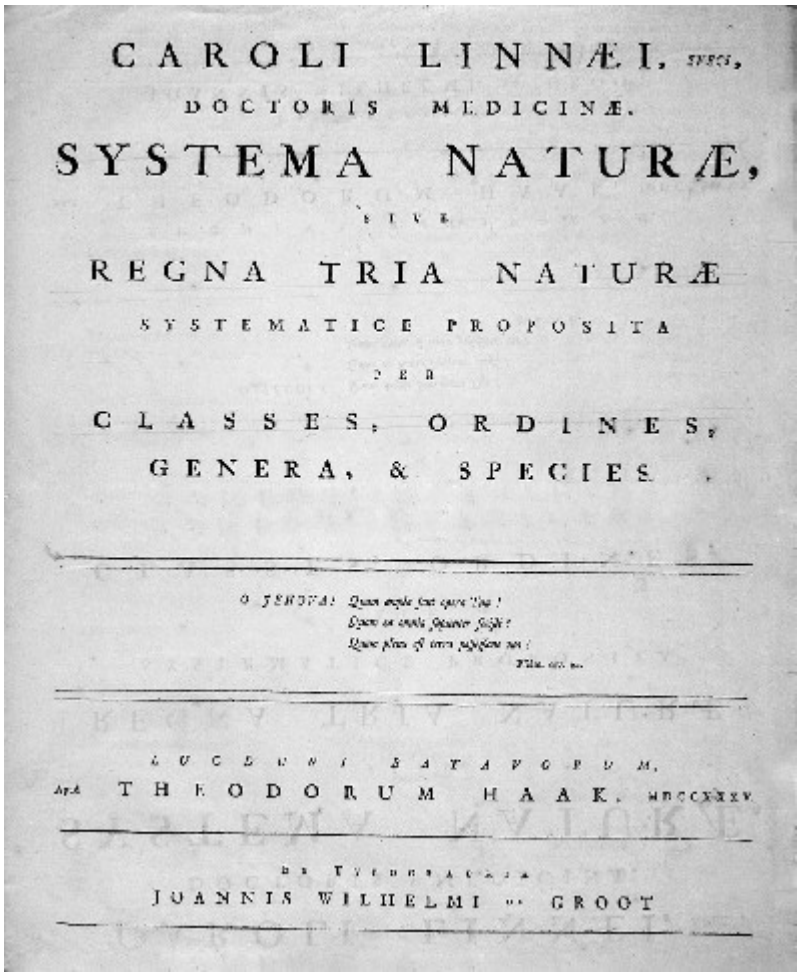

CAROLI LINNÆI, SVECI,
DOCTORIS MEDICINÆ.
SYSTEMA NATURÆ,
SIVE
REGNA TRIA NATURÆ
SYSTEMATICE PROPOSITA
PER
CLASSES, ORDINES,
GENERA, & SPECIES.
O JEHOVA! Quam ampla sunt opera Tua!
Quam ea omnia Sapientia fecisti!
Implet terra divitiis possessionis tuæ!
Psalm. civ. v.
LUGDUNI BATAVORUM,
Apud THEODORUM HAAK, MDCCXXXV.
JOANNIS WILHELMI DE GROOT

Figura 7.5. Portada del *Systema naturæ* en una edición histórica: la de 1735. Establece los tres reinos y los divide en **clases**, **órdenes**, **géneros** y **especies**.

Un hombre del pasado
en el siglo del futuro

—Pues sí, tiene toda la razón: me han influido las categorías de Aristóteles (en griego, *agorá* era el **ágora**, la 'plaza' pública, donde los atenienses pasaban el día hablando; si en el ágora hablaban *katá-* ['contra'] alguien, lo estaban 'acusando', le estaban asignando unas **categorías** o 'cualidades' determinadas, que es lo que hace Linneo con las plantas). De hecho, el título me lo ha inspirado la principal obra de Teofrasto, el «padre de la Botánica», sucesor de Aristóteles en el Liceo de Atenas. ¿Sabe usted que Aristóteles, a quien se considera sobre todo filósofo, escribió más páginas de Historia Natural que de lógica, metafísica, ética y política juntas?

—No, no lo sabía, muy curioso.

—Hasta las enfermedades se podrían clasificar en clases, órdenes, géneros y especies, según sus síntomas. A lo mejor lo intento algún día.

—Hablando de enfermedades, ¿y qué pasa con los microorganismos? ¿Dónde quedan en su sistema? (En griego, *mikrós* significa 'pequeño', por lo que un **micro**organismo es un 'organismo pequeño', un **micro**bio un 'ser vivo pequeño' y un **micro**scopio un instrumento óptico que permite 'mirar lo pequeño', como los microbios y otros microorganismos.)

—¡Uy! Eso es más complicado. Ya hace ochenta años que un científico aficionado holandés, Van Leeuwenhoek, observó bacterias y otros microorganismos con los microscopios que él mismo construía. Pero cuando yo fui a Holanda, ya hacía doce años que él había muerto. Habrá que seguir profundizando en ese mundo de la vida microscópica. Yo propondré llamarle *Chaos*. (Para los griegos, el *khaos* era el **caos** o 'abismo' desordenado en que se encontraba el universo primitivo, antes de que se transformase en un *kosmos*, el **cosmos** ya ordenado. A partir de ese *khaos*, a principios del siglo XVII el químico flamenco Van Helmont creó el neologismo **gas**, por ser la estructura interna de los gases mucho más inestable y caótica que la de los sólidos y los líquidos.)

—Observo en su libro que ha suprimido unos versos del *Salmo* 104 que incluía en la portada de la primera edición, la de 1735:

«*O Jehova!*

Quam ampla sunt opera tua!
Quam ea omnia sapienter fecisti!
Quam plena est Terra possessione tua!».

(Que traduzco literalmente):

«¡Oh, Yahveh!
¡Qué amplias son tus obras!
¡Cuán sabiamente hiciste todas ellas!
¡Qué plena está la Tierra con tu posesión!».

(La primera palabra tras la exclamación inicial nos viene del hebreo, como ya hemos visto en Salamanca. Del resto, no hay ni una sola palabra que no proceda del latín, fácil y claramente: *quam* > **cuán**, *ampla* > **amplias**, *sunt* > **son**, *opera* > **obras**, *tua* > **tuyas**, y así hasta el final, una a una.)

—Sí, lo he suprimido; pero está claro: todo lo hago para ordenar y clasificar la obra de Dios. Piense que tanto mi padre como mi abuelo materno eran pastores de la iglesia luterana. Y yo parecía destinado a la misma tarea.

—Pero en Europa se respiran ya otros aires. Hace dos años, los filósofos franceses han empezado a publicar en París la gran *Enciclopedia*, que subtitulan «diccionario razonado», o sea, basado en la razón, no en la Biblia ni en Aristóteles. Son los filósofos ilustrados (**filósofos** son los *filo* o 'amantes' de la *sofía* o 'sabiduría', y eran **ilustrados** porque querían *lustrare*, 'iluminar', dar *lux* o **luz**. Varios filósofos del Siglo de las Luces escribieron grandes frases sobre Linneo: Rousseau le escribirá en una carta «os leo, os estudio, os medito, os respeto y os aprecio de todo corazón»; morirán el mismo año).

—No me importa lo que digan esos **iluminados**. Las verdades de Dios son eternas. Y las especies son inmutables, ya no pueden aparecer especies nuevas. Aunque la hibridación...

Se queda pensando. Como faltan cien años para Darwin, decido cambiar de tema:

Primero disposición,
luego denominación

—Veo que, en cambio, va añadiendo cada vez más títulos honoríficos suyos en las portadas de sus obras: «arquiatra», *Doctoris medicinae*, médico y botánico, profesor de Upsala, caballero de la Estrella Polar, académico, *Princeps Botanicorum* («Príncipe de los botánicos»), el segundo Dioscórides...

—Sí, es que la botánica es mi pasión, pero la medicina es mi profesión. Recuerde que me doctoré en medicina en la universidad holandesa de Haderwijk, en muy pocos días, y que me establecí como médico en Estocolmo en 1738. «Arquiatra» es un título que me dio el rey anterior, Federico I (si **arquitecto** es 'el jefe de los obreros', **arquiatra** sería 'el jefe de los médicos', del griego *arkhós*, 'el jefe', *iatrós*, 'médico'). Pero a mí personalmente me gusta lo que he puesto tras mi nombre en esta misma obra: «*Naturae curiosorum*», soy 'de la naturaleza de los curiosos' o 'de los curiosos de la naturaleza'. Ésa es la clave de la ciencia: la **curiosidad** (en latín, *cura* es 'cuidado', 'inquietud', 'preocupación', por lo que *curiositas* es el 'deseo de saber', la 'inquietud por aprender').

—Pues a mí lo que más me gusta es esa gran frase sobre usted: «*Deus creavit, Lynnaeus disposuit*». «Dios creó el mundo, Linneo lo dispuso», usted lo clasificó.

—No está mal. Yo sólo he sido un estudioso de la obra de Dios, soy quien le ha aplicado una taxonomía (en griego, *taxis* es 'ordenación', 'arreglo', por lo que **taxonomía** son las 'leyes' o *nomos* de la 'ordenación' del mundo natural, como **sintaxis** es la 'ordenación' de unas palabras 'con' otras y **taxidermia** es una 'ordenación' o 'arreglo' de la 'piel' o *derma* de un animal).

—Pues yo pienso que el autor de esa frase se quedó corto. Porque usted no sólo organizó y clasificó el mundo natural, sino que además creó su nomenclatura: lo bautizó.

—Sí, yo he sido el «segundo Adán». Él fue el primero en poner nombres a los animales y las plantas, los nombres comunes. Yo he sido el segundo, quien ha dado a los seres vivos sus nombres científicos.

—¿Qué verbo le gustaría más para calificar su tarea: *denominavit* o *baptizavit*? ¿**Denominó** los animales y plantas, les dio un *nomen*, o prefiere los **bautizó**, metafóricamente, por supuesto?

—Los dos me gustan, pero el segundo cuadra aún mejor con mis creencias.

—O sea: «*Deus creavit, Lynnaeus baptizavit*» —concluyo yo.

—La frase inicial mejora así, porque esta última expresión implica ya previamente una clasificación. De los dos pilares de mi sistema, primero viene la *dispositio*, la **disposición**, y luego la *denominatio*, la **denominación**. Como escribí hace un par de años en mi *Philosophia botanica*, «la denominación, que es el segundo fundamento de la Botánica, impondrá los nombres después de hecha la clasificación». Sólo cuando

ya he clasificado a un animal o una planta le puedo poner nombre. O sea, que lo segundo presupone lo primero.

—A mí, como aficionado a las etimologías, la frase que más me gusta de ese libro que acaba de mencionar es una sobre la importancia de conocer el sentido de las palabras: «*Nomina si nescis, perit et cognitio rerum*». En mi idioma: «Si ignoras los nombres, perece también tu conocimiento de las cosas». (*Nomina* es el plural de *nomen*, que ya conocemos: 'nombre'. El verbo *scire* significa 'saber' y *nescire* 'no saber', 'ignorar', por lo que *nescius* es un **necio**, un 'ignorante'. Las demás palabras ya las sabemos o las imaginamos: *perire* > **perecer**, *cognitio* > **conocimiento** y *rerum* es el genitivo plural de *res*, 'cosa', como en *res publica*, la 'cosa pública', la **república**.)

—Veo que conoce mis libros.

—Bueno, me gusta la naturaleza... Pero me gustan aún más los nombres de los seres que habitan la naturaleza.

—O sea, le gusta la *denominatio*. Claro, usted sería un «tercer Adán», que va detrás de Adán y de mí husmeando el sentido de las palabras.

Para evitar sonrojarme, paso a otro asunto:

—Observo que este libro tiene, según la portada, «*adjectis figuris aeneis*» (las tres palabras son ablativos, de: *adjectus*, 'añadido', como un **adjetivo** que se 'añade' a un nombre; *figura*, que ya nos podemos **figurar** lo que significa; en cambio, *aenus* lo tenemos que buscar en el diccionario latino: 'de cobre', lo que los griegos llamaban *khalkós*... ¡claro, ha añadido al libro **calcografías**!, figuras o ilustraciones 'grabadas' mediante una plancha 'de cobre'). ¡Qué calidad en los dibujos! Pero ¿cuántos libros lleva usted escritos? Con razón le llaman «el Plinio del Norte»: si él escribió 37 libros de su *Historiae naturalis*, usted...

—Nadie ha escrito más libros, más correcta y más metódicamente, a partir de su propia experiencia. Nadie ha cambiado una ciencia más completamente e iniciado una nueva época. (Sí, lo sé: se está citando a sí mismo. Es una frase de su autobiografía, nada humilde, por cierto.)

—En la segunda frase me imagino que se refiere a la Botánica. Pero, en la primera, ¿a qué alude cuando dice «a partir de mi propia experiencia»?

—Sí, tiene usted razón. Dejemos los libros y vamos a ver cosas.

Todo el mundo en un herbario

Me resisto a hojear y ojear los más de 1.600 libros de su magnífica biblioteca, incluidas las primeras ediciones de todas sus obras (del singular *folium* viene **folio**, y del plural *folia* viene **hoja**, tanto de una planta como de un libro, por lo que 'pasar hojas' es **hojear**; por supuesto, **ojear** sin 'h' tiene que ver con **ojo**, que procede del latín *oculus* como bien saben los **oculistas**). Me resisto también a curiosear entre sus miles de cartas con más de 600 corresponsales diferentes, muchos de ellos famosos. Pero no me puedo resistir a admirar sus impresionantes colecciones naturales, con más de 20.000 ejemplares en total. ¡Lástima que no pueda tomar fotos!

—En mi colección caben piezas de los tres Reinos. Por ejemplo, del *Regnum lapideum* tengo más de 2.500 minerales. Y del *Regnum animale* cuento con bastantes especímenes (en latín, *species* es **especie**, como ya sabemos; pero *specimen* es una 'muestra' o 'ejemplo', un **espécimen**): tengo al menos 168 peces, secos o disecados por mí, así como numerosos restos de animales marinos: más de 700 trozos de coral y 1.564 conchas; pero, por supuesto, tengo sobre todo insectos: 3.198 —me dice, orgulloso, mientras va sacando de su gabinete de insectos una bandeja tras otra—. (Hoy sabemos que la Clase insectos es la mayor del Reino animal, con un millón de especies: tres de cada cuatro especies de animales son insectos. En griego, *éntomos* significaba 'de interior cortado', aludiendo a que el cuerpo de los insectos está segmentado en cabeza, tórax y abdomen. Y cuando Plinio quiso traducir esa palabra griega al latín, la calcó: *in-sectus*, pues tanto el *tomos* griego como el *sectus* latino significan 'corte'. Pues bien, el latín nos dio la palabra **insecto** y el griego **entomología**, la 'ciencia de los insectos'.)

—¿Y del *Regnum vegetabile*?

—Ésa es mi mejor colección, como usted ya debe de saber: mi colección de plantas secas prensadas. Mi *herbarium* incluye más de 15.000 pliegos con hojas y flores. Sin contar con el *herbarium parvum* que ya ha iniciado mi hijo Carl, con sólo doce años. (El latín *herba* dio **yerba** y **hierba**, que es lo que comen los animales **herbí**voros y que forma otros muchos compuestos, como la **hierba**buena y la **hierba**luisa; del diminutivo *herbula* procede **herbolario**, el 'conocedor de hierbas', y del derivado *herbarius* nos llega nuestro **herbario** o 'colección de plantas' secas y clasificadas. El herbario de su hijo era *parvum*, **parvo**, 'pequeño', por lo que el diminutivo *parvulus* es aún más pequeño, como nuestros **párvulos** que llevamos al **parvulario**.)

—¡Tiene usted un auténtico museo de Historia Natural!

—Como me escribo con tantos cientos de amigos de todo el mundo, muchos me envían los ejemplares

más exóticos e interesantes que encuentran. Eso me ha permitido clasificar y denominar muchísimas especies. Y, además, están mis «apóstoles».

—¿Sus qué? (En griego, *apóstolos* significa 'enviado', 'embajador', **apóstol**.)

—Sí, igual que Jesucristo envió a sus discípulos por todo el mundo a predicar el **evangelio**, así yo envío a los míos a predicar mi 'buena nueva'. En definitiva, yo sólo estudio la obra de Dios, que se manifiesta en la naturaleza, y ellos divulgan mis teorías.

—A mí lo que me recuerda es a su estimado Aristóteles. Como sabe, Aristóteles fue preceptor del joven Alejandro Magno. Y cuando éste marchó a conquistar el mundo por tres continentes, le enviaba regularmente a su maestro toda planta nueva o todo bicho raro que encontraba.

—Y así también Aristóteles pudo escribir tantos libros de Historia Natural, como yo. Buena comparación. Desde 1745, ya he enviado a siete apóstoles: les digo qué quiero que busquen y ellos me van escribiendo y enviando muestras. Pero es peligroso: dos de ellos ya han muerto en los viajes. (Linneo no sabe aún que, de esos siete, dos más morirán, como morirán también tres más de los diez apóstoles futuros. En total, siete muertos de diecisiete apóstoles.)

—Unos **mártires** de la ciencia. (En griego, *mártys* es 'testigo' y *martyrion* significa 'testimonio', **martirio**.)

—Pero todos ellos pasarán a la historia; pondré sus nombres a varias especies y se les recordará siempre: por ejemplo, en honor a Pehr Kalm, que me envió decenas de especies nuevas desde Norteamérica, acabo de bautizar a un género de arbustos, ***Kalmia*** —por cierto, Kalm ha descubierto unas cataratas espectaculares en Niágara—; en honor a Olof Torén, que ha viajado a India y China con la Compañía Sueca de las Indias Orientales (y, pienso para mí, que morirá dentro de un par de meses), llamaré ***Torenia*** a un género de plantas; y en honor a Fredrik Hasselquist, que murió el año pasado en su viaje por el Mediterráneo oriental, un género de plantas llevará ***Hasselquistia*** como **epónimo** (en griego, *epí* + *ónoma*, 'sobre-nombre', nombre de una persona que se da a un lugar o cosa, en este caso a una planta).

—Al menos, se merecen un homenaje. Y los epónimos son otra forma de denominar las especies: con el nombre de alguien relacionado con ellas.

Linneo en España

—El último apóstol lo he enviado precisamente a España. Es un joven discípulo mío, Pehr Löfling, cuya colaboración me ha solicitado la Corte española: le quieren enviar a Sudamérica para que les ayude a fijar allí los límites entre España y Portugal. Ya me ha mandado desde España colecciones que me han permitido describir varias especies nuevas. En mi gran *Species plantarum*, que le enseñé antes, acabo de bautizar un género en su honor: ***Loeflingia***, cuya especie tipo es la *Loeflingia hispanica*.

(Lo que no sabe Linneo es que Löfling morirá dentro de tres años en Venezuela, con sólo veintisiete de edad. Pero Linneo hará que se publiquen los dos manuscritos que dejó con el nombre de *Iter hispanicum*. [En latín, *iter*, *itineris*, es 'camino', como en **itinerario**, e *hispanicum* es el adjetivo de *Hispania*, que en latín designaba a la península Ibérica y de donde procede el nombre de **España**; o sea, *Viaje por España*.])

—Un tipo brillante, ese joven Löfling. Ha estado dos años en Madrid, divulgando sus enseñanzas entre los botánicos de España, y ya se va a ir a Cádiz para embarcar rumbo a la América hispana.

—¿Y cómo está la Botánica en España? Ya tengo noticias por él, pero ¿usted qué cree?

—Como nuestros reyes Borbones son de origen francés, las ideas de la Ilustración francesa están penetrando en algunos círculos cultos. Pero también se difunden las teorías de usted, gracias a sus libros y a la acción de Löfling.

—Dígame algún nombre. Puede que algún día me cartee con algún sabio nuevo.

—Por ejemplo, Don José Hortega, **boticario** mayor de los ejércitos (del griego *apotheke*, que significaba 'almacén' o 'depósito', proceden tanto nuestras **boticas** como nuestras **bodegas**, en las que almacenamos respectivamente nuestros medicamentos y nuestros vinos, aunque los primeros se pueden depositar también en un **botiquín**; y la pieza que se halla 'tras la botica' es la **rebotica**, como el **retablo** de Salamanca estaba 'tras la tabla' del altar). En la rebotica de su farmacia se celebraba una tertulia a partir de la cual se ha creado la Real Academia de Medicina, que precisamente le ha encargado a él la enseñanza de la Botánica. Ahora está viajando por Europa para inspirarse en la fundación de una futura Real Academia de Ciencias nuestra. Y además ha enviado un escrito al Secretario de Estado aconsejándole crear un Real Jardín Botánico; a propósito, en ese escrito elogia al «botanista sueco Pedro Loeflingio» por «las grandes cosas que ofrece».

—Me ha convencido. Le dedicaré un género de plantas, el género ***Ortega***.

—También citaría al cirujano militar José Quer y al farmacéutico militar Joan Minuart, que en sus viajes y campañas han reunido un gran herbario. Ambos se interesan por la Botánica, pero están anclados aún en los tradicionales principios del francés Tournefort. De todas maneras, los dos impulsan la creación del Real

Jardín Botánico en los antiguos jardines particulares de un francés que era jefe de la farmacia militar.

—Sí, ya me había informado Löfling. Y por eso les acabo de dedicar, en mi *Species plantarum*, un género de plantas a cada uno: ***Queria*** y ***Minuartia***.

—Quien sí sigue su sistema es el boticario y botánico Cristóbal Vélez, en cuya casa se aloja Löfling. Da clases de Botánica siguiendo el sistema de usted, que intenta difundir en España. (Pero no le puedo decir que morirá este mismo año.)

—Sí, me he escrito con él. He dado ya su nombre a un género de plantas herbáceas: el género ***Velezia***.

—Por otro lado, el nuevo espíritu ilustrado está haciendo que se sienta la necesidad de organizar expediciones científicas a nuestros virreinatos de América, de una enorme riqueza botánica y faunística. Hay un joven médico y botánico llamado José Celestino Mutis con el que convendría que usted se cartease en el futuro.



Figura 7.6. Billete sueco de 100 coronas con imagen de Linneo y billete español de 2.000 pesetas con la de Mutis. Carl Linneo llamó *Mutisia* a un género de plantas.

—Si él me envía desde América plantas y aves, o al menos buenos dibujos de su flora, podría dedicarle otro género. Se lo diré a mi hijo Carl. ¿Le suena bien el género ***Mutisia***? (Véase Figura 7.6).

—¡Me suena perfecto! A lo mejor él sale un día en los billetes de España, como quizá salga usted algún día en los de Suecia.

En el jardín de Linneo

Tras salir del edificio del invernadero, ante nosotros se extiende un gran espacio rectangular, con parterres simétricos a ambos lados. Su geometría ortogonal y especular recuerda un jardín francés al estilo de Versalles en pequeño, no un jardín inglés que imitase la naturaleza. (**Jardín** es un galicismo: tomamos esa palabra del francés *jardin*, que era un diminutivo de su antiguo *jart*, 'huerto'; de hecho, como vimos en el Huerto de Calisto y Melibea en Salamanca, en español también hemos usado la palabra 'huerto' en el sentido de 'jardín' hasta muy tarde. Lo llamamos **galicismo** porque Francia se decía en latín *Gallia*; si hubiese sido un préstamo del inglés lo habríamos llamado **anglicismo**, por los *angli* que se establecieron en **Ingla**terra a la caída del Imperio romano.)



Figura 7.7. El jardín botánico de la Universidad de Upsala. Linneo lo restauró y le dedicó un libro: el *Hortus Upsaliensis* (el ***hortus*** latino es nuestro 'jardín').

—Cuando la Universidad de Upsala me pidió que me hiciese cargo de él hace doce años, el jardín que fundara hace un siglo el gran Olof Rudbeck el Viejo llevaba varias décadas semiabandonado. (Véase Figura 7.7).

—Sí, estaba así desde el «*funesto incendio Upsaliensi 1702*» (por supuesto, «*funesto incendio*» lo ha escrito en latín... aunque parezca español), que destruyó la ciudad de Upsala hace ya más de cincuenta años. Lo menciona usted en el Prefacio de su *Hortus Upsaliensis*, la obra que publicó hace cinco años describiendo el **huerto** o 'jardín' de Upsala y narrando su trabajo en él «*ab anno 1742*, *in annum 1748*» (otra fecha *post quem*, como en la Universidad de Salamanca: «desde el año 1742», y otra *ante quem*: «hasta el año 1748»; evidentemente, nuestro **año** procede de ese mismo *annus* que usa Linneo).

Linneo me mira con una sonrisa cómplice, un tanto sardónica, al ver que he ojeado su catálogo del jardín de Upsala. (La sonrisa **sardónica** recibe ese nombre de la hierba **sardonia**, originaria tal vez de **Cerdeña**, en latín *Sardinia*, que era el 'país de los **sardos**': al masticarla produce una contracción de los músculos de la cara similar a una sonrisa. Linneo la acaba de denominar este mismo año *Ranunculus sceleratus*, el '**ranúnculo** malvado': el nombre genérico, porque la planta vive en zonas húmedas, como las **ranitas**, y el específico *sceleratus* por ser 'nociva'.)

—En esos seis años, he multiplicado por diez el número de plantas: he logrado que pasasen de 300 a 3.000. Pero sobre todo lo he convertido en uno de los mejores jardines de Europa. (En latín, *planta* ya significaba tanto la 'planta del pie' como una **planta** vegetal o incluso un **plantón**, esa 'estaca' que sirve para **plantar** un árbol. Y de ella derivan muchas palabras castellanas, como **planteamiento**, **plantilla** o **implantar**.)

—¿Y cómo tiene «dispuestas» todas esas plantas?

—Según mi sistema, evidentemente. Ordenadas de acuerdo con las 24 clases de plantas existentes, clasificadas atendiendo a su propio «sistema sexual» y denominadas según mi «nomenclatura binomial», como puede leer en los cartelitos que hay junto a cada una de ellas.

—Leo varios: *Cupressus sempervirens* (del latín *cupressus* viene nuestro **ciprés**, de *semper* nos llega **siempre** y *virens* indica 'que está **verde**'; o sea, *sempervirens* es 'que está siempre verde', pues el ciprés es 'de hoja perenne'), *Thymus vulgaris* (el *thymum* clásico dio *tumum* en latín vulgar y **tomillo** en castellano, con *vulgaris* indicando que es **vulgar**, 'común'), *Melissa officinalis* (la *melissa* es nuestra **melisa** y *officinalis* indica que era una hierba que se guardaba en la *officina* [**oficina**] de los monasterios para preparar medicamentos y condimentos **culinarios**, que pudieran usarse en la *culina* o **cocina**).

—Le gusta, ¿eh?

—No me cansaría de leer: *Daucus carota*, la zanahoria (tan rica en **carotenos**), *Triticum aestivum*, el trigo (del latín *triticum* nos llega nuestra palabra **trigo**, y *aestivum* indica que se cosecha en el **estío**, en el 'verano'), *Alium sativum* (con el latín *alium* se forma nuestro **ajo**, y *sativum* quiere decir que no es silvestre sino 'sembrado', 'cultivado').

—Sí, todas esas plantas son cultivadas. Lo cual demuestra la importancia de la agricultura para la alimentación humana desde hace miles de años.

—Este árbol lo conozco bien: *Quercus ilex*, la encina (a veces las palabras siguen caminos más complicados, no pensemos que esto de las etimologías es siempre tan fácil: del *ilex*, *ilicis*, latino se deriva en latín vulgar el adjetivo *ilicina*, con la que se forma nuestra palabra **encina**).

—Ustedes han hecho una labor muy importante: han traído de América muchas plantas, algunas básicas en alimentación. Aquí tiene otra especie del género *Solanum*, como la patata: la *S. lycopersicum*, el **tomate**, que ya he introducido en mi *Species plantarum*. Los españoles no sólo han importado a Europa la planta, sino también su nombre, pues hoy se llama *tomate* en alemán y francés, *tomato* en inglés... y *tomat* en sueco.

(Nosotros, los españoles, lo tomamos del náuatl *tómatl* desde poco después del descubrimiento de América.)

—Y también —¡me atrevo yo a explicarle a él!— el girasol, *Helianthus annuus*, cuyo nombre acaba de incluir en su obra: *annuus* porque es una planta **anual**, que germina, florece y muere cada año, como el trigo; y *Helianthus* procede del griego *Helios*, el 'sol', y *anthos*, 'flor', 'la flor del sol', como en inglés *sunflower*. (El nombre español **girasol** procede de un error popular, bello pero falso: la planta adulta no es **heliotrópica**, pues no sigue la 'dirección del sol', sino que siempre mira hacia el este.)

—Y éste es uno de los muchos cactus traídos de América, que me ha servido para crear un género nuevo: *Agave*, nombre que tomé del griego *agavé*, 'noble', 'admirable'. (En español tiene muchos nombres comunes, como ese **agave** procedente del griego o muchos que nos llegaron de América: **pita**, que se refiere a la fibra vegetal con que se hacía una especie de papel; **mezcal**, del náhuatl *mexcalli*, que designa sobre todo ese aguardiente que se obtiene por fermentación de partes de la planta; y **maguey**, nombre que ya mencionaba Hernán Cortés en 1520.)

—¡Cuánto hemos hecho los españoles por la difusión de las plantas! ¿Y tiene plantas de otros lugares?

—¿Ve ésta? Es una *Tulipa gesneriana*. La acabo de incluir en la última edición de mi *Species plantarum*.

—Sí, un bello **tulipán**, del género *Tulipa*. Ya supongo que le habrá dado ese nombre específico ***gesneriana*** en honor a su amigo el naturalista suizo Johannes Gessner.

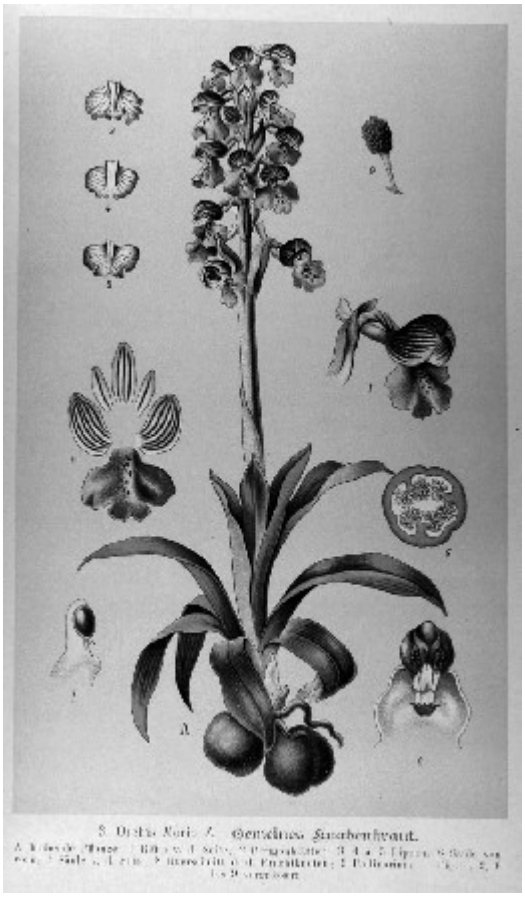


Figura 7.8. La **orquídea** se llama así por sus tubérculos: parecen *orkhis*.

—Pues cuando estuve viviendo en Holanda observé una gran obsesión por esta planta, aunque ya no tanta como en el siglo pasado: en Haarlem se llegaron a pagar 6.000 florines por un bulbo, una locura. ¡Tanto como una casa!

—En Al-Ándalus se cultivaba ya en la Edad Media. La introdujeron los árabes, que la importaron del Imperio bizantino en Anatolia.

—Cuando estuve en Leiden, allí decían que se había introducido en Europa a través de Viena, pero importándola del posterior Imperio otomano en Anatolia. (Lo que sí parece claro es que el nombre castellano procede, a través del italiano o el francés, del turco otomano *tülbant*, con la forma vulgar *tulipant*, y que el turco lo había tomado del persa *dulband*, donde designaba esa 'banda plegada' que rodea la cabeza; y ésa es la etimología tanto de nuestro **turbante** como del **tulipán**, así llamado por la forma que adopta la flor cuando está cerrada.)

—Mire ésta, otra manía por las plantas. Es una *Orchis mascula*, una de esas orquídeas que ahora están tan de moda. ¡Se han llegado a pagar dos o tres mil libras actuales por una sola **orquídea**! Estamos viviendo una auténtica **orquideo**manía. Para mí, sólo es un homenaje a Teofrasto, que fue quien les puso ese nombre, e indirectamente a su maestro Aristóteles.

—¡Claro! Ya lo entiendo. Lo de *mascula* es latín: significa **macho**. Pero el latín *orchis* procede del griego

orkhis, 'testículo', porque sus tubérculos recuerdan los 'testículos' de los 'machos'. Por eso quien sufre **orquitis** tiene una 'inflamación de los testículos'. (Véase Figura 7.8).

—Oiga, pero usted ¿está estudiando botánica o está repasando el latín y el griego?

—Las dos cosas a la vez. Y usted... veo que siempre ha sentido pasión por los jardines. En todo tiempo y lugar. Primero cuidó el huerto/jardín que su padre Nils tenía junto a la iglesia de la que era pastor...

—... y que despertó en mí esa pasión por las plantas ya desde niño.

—Luego, el jardín de Clifford en Holanda, del que en 1737 publicó (véase Figura 7.9) su *Hortus Cliffortianus*...



Figura 7.9. Frontispicio del *Hortus Cliffortianus*. Linneo, cual «segundo Adán», está coronando a Flora delante de un **plátano** y al lado de una **hidra**.

—... donde catalogaba sus «*plantas... tam vivis quam siccis*» («tanto las **vivas** cuanto las **secas**»). Y donde mostraba también el sistema sexual de las plantas en las bellísimas láminas de Ehret...

—... a quien usted ni siquiera menciona en la portada del libro, ¡a pesar de ser ya el modelo para los dibujantes de plantas y flores! (¡Menos mal que P. Browne le dedicará pronto el género ***Ehretia***!)

—Después este jardín, sobre el que escribí el *Hortus Upsaliensis*, que usted ya ha ojeado...

—Y además, cuando estuvo en Holanda, visitó los mejores jardines botánicos del mundo, con los mejores acompañantes posibles. El de la Universidad de Leiden con Boerhaave, que ya comparaba la reproducción de las plantas con la de los animales...

—... a quien le dediqué el género ***Boerhavia***.

—En Londres el de Chelsea con Philip Miller, que incorporará la nomenclatura binomial en la octava edición de su famoso *Gardeners Dictionary*. En París el Jardin du Roi (Jardín del Rey) con los hermanos Antoine y Bernard Jussieu, que ya habían herborizado en España.

—Pero este jardín de Upsala es mérito también de mis «apóstoles» y de mis corresponsales, que junto con sus cartas me envían semillas de todo el mundo.

—¡Así cualquiera!

—Y también han colaborado mis discípulos de la Universidad, que me acompañan en mis excursiones

por los alrededores de Upsala para herborizar por el campo, recolectando flores y recogiendo semillas. (Del latín *flos*, *floris*, proceden nuestra **flor** y sus numerosos derivados, como **flora** o **aflorar**, y sus compuestos, como **flori**cultura o **flori**pondio. En latín, *semen* significaba **simiente** y *seminare* **sembrar**; por eso, a la palabra *semen* se le acabó dando metafóricamente la acepción de **semen**, pues es la 'simiente' que nos permite 'sembrar' hijos; pero siglos después aquella 'simiente' se fue sustituyendo cada vez más por **semilla**, que procede del plural latino *seminia*, las 'cosas que se siembran', de donde se forma también el **seminario**, que, curiosamente, es un 'semillero' de curas. Y aprovecho la idea, diciéndole:)

—Esas excursiones con sus discípulos serán un **semillero** de futuros naturalistas.

—Así empezó mi propia formación: no sólo cuidando jardines, sino viajando por la naturaleza. Es la mejor escuela. Como me gusta decir, «gana fama por tus obras».

Expediciones de un naturalista

—Su primer gran viaje de naturalista fue por Laponia, en el norte de Noruega y Suecia. Entonces era una región casi desconocida.

—Sí, la gente aún pensaba que los **lemming** llovían del cielo (la especie tipo de este simpático roedor con forma de ratón fue bautizada por Linneo en 1758 como *Mus lemmus*, por el nórdico antiguo *lomundr*, 'lemming', y por el latín *mus*, 'ratón'; esta palabra la reencontramos en nuestra **mus**araña, un 'ratón' tan pequeño como una 'araña', y en ese 'ratón ciego' que es el **mur**ciélago, por no hablar de nuestros **mús**culos, pues en latín *musculus* significaba tanto 'ratoncillo' como 'músculo'). Laponia era una gran desconocida, hasta el punto de que los renos resultaban exóticos en el sur de Suecia. Era nuestro «nuevo mundo».

—Fue la principal expedición científica realizada hasta entonces en Suecia. (Véase Figura 7.10).

—Cuando sólo tenía 25 años, la Real Academia de Ciencias me financió un viaje de cinco meses para explorar las riquezas naturales de Laponia, que recorrí a caballo, a pie, en barca, pasando hambre y frío, hasta arriesgando mi vida. Compartí vida con los lapones, admiré el sol de medianoche, dibujé cuanto veía. Y entonces poblé mi habitación estudiantil con casi mil minerales, más de mil insectos y un herbario de más de tres mil plantas. (Los **lapones** o habitantes 'indígenas de Laponia' consideran peyorativa esa palabra, que muchas lenguas hemos heredado del sueco; en su lengua, no indoeuropea, ellos prefieren llamarse los *sami*, los de la 'tierra'.)

—Y regresó también con un tambor mágico y un traje de los *sami*, con el que aparece vestido en el retrato que le pintó Martin Hoffman en 1737. En el pecho del traje aparece una *Linnaea borealis*, esa flor gemela que parece ser su favorita y una de las pocas plantas que llevan su nombre, ***Linnaea***, y además ***borealis*** por ser 'del norte'. (Véase Figura 7.1).


VIRO NOBILISSIMO ET CONSULTISSIMO
D. GEORGIO CLIFFORTIO J. V. D.

CAROLI LINNÆI
Doct. Med. & Acad. Imp. Nat. Cur. Soc.
FLORA
LAPPONICA
Exhibens
PLANTAS
Per
LAPPONIAM
Crescentes, secundum Systema Sexuale
Collectas in Itinere
Impensis
SOC. REG. LITTER. ET SCIENT. SVECIÆ
A. CIↃ IↃ CC XXXII.
Instituto.
Additis
Synonymis, & Locis Natalibus Omnium,
Descriptionibus & Figuris Rariorum,
Viribus Medicatis & Oeconomicis
Plurimarum.

AMSTELÆDAMI,
Apud SALOMONEM SCHOUTEN,
CIↃ IↃ CC XXXVII.

Figura 7.10. Portada de la *Flora lapponica*. Linneo recibió muestras de sus 17 «apóstoles» y de sus 600 corresponsales, pero se pateó numerosas regiones.

—Una planta de Laponia, pequeña e insignificante, así llamada por el famoso Gronovio en honor a un tal Linneo, «que se parece a ella». Y yo le he dedicado a mi amigo y maestro holandés el género ***Gronovia***. Con esa información publiqué en Ámsterdam en 1737 mi *Flora lapponica*, que muestra las plantas que crecen por Laponia...

—... *secundum Systema Sexuale* —le gusta que le interrumpa para decirle un dato importante de su portada: que ya utilizaba aquí su método de clasificación 'según el sistema sexual' de las plantas—. Y que son *collectas in itinere* (lo de *collectas* es porque las re**colectó** él mismo, no se las envió nadie, y ese *in itinere* ya lo conoce el lector: 'en su **itinerario**', durante su viaje).

—Dos años después, en el verano de 1734, el gobernador de Dalarna le encargó una expedición parecida por esa pobre región...

—... donde la gente vivía tan miserablemente como los lapones. Les recomendé (tras haber recorrido a caballo 800 km en 45 días, pienso yo para mí) dos cosas: que explotaran la madera de sus bosques, vendiéndola para construir barcos, y que plantaran patatas, para no verse obligados a comer líquenes en tiempos de escasez. (**Liquen** procede del griego *leikhen*, donde significaba 'lepra' pero también 'liquen', por parecer éste una lepra de rocas y troncos; hoy sabemos que un liquen es una **simbiosis** en la que un hongo y un alga 'viven' [*bíos*] 'juntos' [*syn*] para beneficiarse mutuamente.)

—Y allí conoció a su esposa Sara Elisabeth, hija de un médico...

—... que me dijo que, para poder casarme con ella, antes tenía que terminar mis estudios de medicina. Y por eso me fui a Holanda, pues en Suecia uno no se podía doctorar.

—Así que ganó una profesión y, tras regresar, ganó una esposa. Y luego realizó tres viajes exploratorios más por las regiones suecas, cinco en total.

—Sí, el tercero en 1741 por el sudeste: las islas de Öland y Gotland y por el Götaland oriental (de esta 'tierra de los godos' fueron originarios nuestros **godos**). Ese mismo año pronuncié la *Oratio* inaugural del año académico (si *os*, *oris*, es 'boca', *orare* será 'hablar' y *oratio* serán las 'palabras' que se dicen, que podrán ser un 'discurso' si nos referimos a temas de **oratoria** o bien una **oración** si hablamos de temas gramaticales o si lo hacemos con Dios) y el discurso trató *De necessitate peregrinationum intra patriam* (que ya casi no necesitamos traducir, sólo una aclaración: en latín, la *peregrinatio* solía ser un 'viaje por países extranjeros', por lo que Linneo remarca ese *intra*, **dentro**, *patriam*, 'de la **patria**', o sea, «Sobre la necesidad de los viajes dentro de la patria»).

—¡Usted sí que peregrinó por su patria!

—En 1746 viajé por el Västergötland (con ese *väster* tan parecido al *west* inglés, es decir, el 'Götaland Occidental'), el mismo año en que publiqué mi *Fauna suecica* y un año después de mi *Flora suecica*, sobre la fauna y la flora suecas, respectivamente. (En la portada del primero aún habla de *Quadrupedia*, **cuadrúpedos**, animales 'con cuatro patas', en vez de *Mammalia*, 'animales con mamas', como ya dirá en 1758.)

—De sabios será corregir.

—Y el quinto y último lo hice hace cuatro años, pero en carro, porque ya no aguanto cuatro meses de viaje a caballo. Fue por el sur del país, donde pude visitar de nuevo a mi familia, pues mi padre Nils había muerto el año anterior. Como siempre, aproveché para estudiar la flora y la fauna de la zona a pesar de que el encargo tenía motivos económicos: difundir el cultivo de nogales a fin de usar su madera para fabricar rifles. (Linneo dio al nogal un curioso nombre latino: *Juglans regia*; lo de *regia* alude a su porte **regio**, pero *juglans*, que ya significaba 'nogal' en latín, es una contracción de *Jovis* y *glans*, o sea el '**glande** de **Júpiter**', por el parecido de algunos de sus frutos con el glande... de los mortales. El fruto del nogal era la *nux*, *nucis*, la **nuez**, pero no sólo en la acepción 1 del *Diccionario* de la Academia, «fruto del nogal», sino también en la 2, pues significaba «todo fruto protegido por una cáscara dura», como la nuez, la almendra, la avellana o la castaña, muy parecido a como se usa hoy la palabra 'nuez' en Botánica o como se debería traducir la palabra *nut* de los libros de Botánica ingleses.)

Despedida anecdótica

—Le estoy muy agradecido, doctor Linneo, pero ya le he robado mucho tiempo. Hoy escribirá un par de cartas menos. Para terminar, le propongo esta despedida: yo le cuento una etimología más a mis colegas españoles... y usted me cuenta a mí la anécdota de Hamburgo.

—¡Perfecto! Buena idea.

—Puede escuchar. Le gustará ver que le defiendo a usted.

1. Un consejo a la Academia

Si yo le digo a usted, querido lector, que «en este momento estoy viendo un plátano en el jardín de Linneo»,

usted no sabrá —por muy culto que sea— qué planta estoy viendo: ni siquiera sabrá si es un árbol, una hierba... o incluso un fruto de la segunda. Pero si el *Diccionario* de la Academia hubiese añadido a las definiciones de los seres vivos su nombre científico según el sistema binomial de Linneo —y yo lo hubiese usado—, entonces usted no tendría ninguna duda. Me explico:

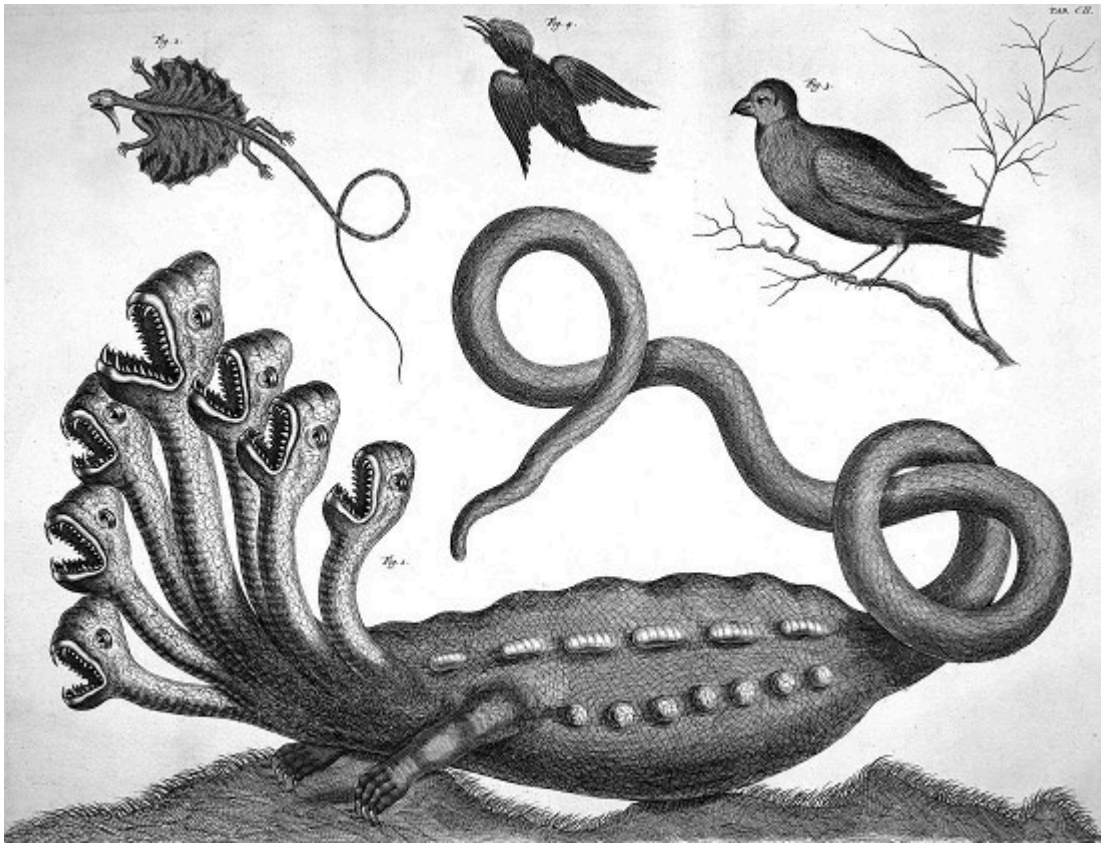


Figura 7.11. Linneo desveló el embuste de la famosa «**hidra** de siete cabezas» con la que esperaba enriquecerse el **burgomaestre** de la ciudad de Hamburgo.

A. El **plátano** es un árbol (no una hierba) que 'da sombra' y decora muchísimas calles de nuestras ciudades. Se llama 'plátano' porque tiene las hojas 'anchas', que es lo que en griego significa *platýs*, de donde procede nuestra palabra **plátano**, pero también esos peces anchos que son las **platijas**, y esos monos 'de nariz ancha' que son los **plati**rrinos, y esos 'gusanos anchos' que son los **platel**mintos, e incluso esos huesos llamados omo**platos** que nos hacen tener 'hombros anchos'.
B. En cambio, el **banano** es una planta herbácea (o sea, una hierba gigante, no un árbol) que produce las ricas **bananas**, cuyo nombre debieron de escuchar los marineros españoles y portugueses que bordeaban las costas africanas del Congo y que incorporaron a nuestra lengua.

A la Academia no le costaría tanto hacer, en nuestro *Diccionario*, dos cosas que le darían mucha mayor claridad y precisión:

A'. Añadir a la primera acepción —la de 'plátano de sombra'— su nombre binomial, siguiendo el criterio de Linneo: *Platanus hispanica* (incluso interponiendo entre los dos nombres una '*x*' para indicar que es un híbrido de *Platanus orientalis* y *Platanus occidentalis*, hibridación que se produjo en España, por lo que este *Platanus* se llama *hispanica*).
B'. Añadir a la segunda acepción —la de hierba gigante que produce ese rico fruto comestible— el nombre científico que le dio Linneo en 1753: *Musa paradisiaca* (incluso interponiendo otra '*x*' pues hoy se sabe que es el producto de otra hibridación). Lo de *Musa* como latinización del árabe *mauz* que ya le dio Avicena en la Edad Media en su *Canon de la medicina*. Y lo de *paradisiaca* porque Linneo pensaba que la fruta que Eva le dio a Adán en el 'Paraíso' no fue una manzana... ¡sino una banana! (Que conste que no es una broma, ni un chiste fácil, sino verdad. ¡No siempre los genios van a tener razón!)

Por supuesto, señores académicos, podríamos admitir que, atendiendo a lo muy extendido que están los dos nombres comunes del fruto, éste se pudiese seguir llamando indistintamente con ambos: **banana** y **plátano**. Pero, por favor, añadan los nombres científicos a sus definiciones de los seres vivos; y no sólo del 'plátano de sombra' y del 'banano', sino de todos los seres vivos. Así sabríamos siempre de qué estamos hablando cuando hablamos de estos temas. Sólo son dos palabras más, tal como propuso Linneo, pero ganaríamos mucho en claridad y precisión.

2. Un monstruo en Hamburgo

—Yo seré más breve que usted, que se alarga demasiado. En 1735, mi amigo Claes Sohlberg y yo nos dirigíamos a Holanda para estudiar allí y, en el camino, nos paramos en Hamburgo, donde nos recibió el **burgomaestre** (del alemán *Bürgermeister*, compuesto de *Bürger*, 'ciudadano', y *Meister*, 'maestro', que juntos significan 'alcalde'). Y éste, todo orgulloso, nos enseñó un animal monstruoso disecado: una hidra de siete cabezas. (Véase Figura 7.11).

—¡Como la famosa Hidra de Lerna de la mitología griega! (En griego, *hydra* significaba 'serpiente de agua' y de ahí viene nuestra palabra **hidra**.) Tenía un aspecto parecido a una serpiente de agua pero con un aliento mortífero y numerosas cabezas, que renacían cuando alguien las cortaba. La Hidra guardaba la entrada al inframundo. Pero el gran Hércules la mató, en el segundo de sus doce trabajos, y hoy es una constelación cercana a Cáncer.

—Sin embargo, yo enseguida lo descubrí: un taxidermista había cosido las pieles de siete serpientes y les había pegado siete cabezas y varias patas de *Mustela* (este género será definido por Linneo en 1758, estableciendo cuatro de sus especies: el visón, el armiño, la comadreja y el turón). Y, huyendo enseguida de la ciudad, hice público que era un fraude, una falsificación.

—O sea, una **quimera**, irreal e imaginaria (la Quimera, *Khímaira* en griego, madre de la Hidra, era un animal fabuloso con cabeza de león, cuerpo de cabra y cola de dragón, que, por si fuera poco, vomitaba llamas). Y usted fue el Hércules que acabó con ella. Como ha sido el gran Hércules que ha hecho los «doce trabajos» de nombrar el mundo animal.

Tras este elogio, nos despedimos con gran afecto. Sobre todo por mi parte, claro.

También nos habría gustado estudiar física y astronomía con Galileo, en los días en que le juzgaba la Inquisición en Roma. O química con Lavoisier en París, poco antes de que le guillotinasen los revolucionarios franceses. Pero la verdad es que ningún científico ha influido tanto y tan acertadamente en la formación de palabras como lo hizo Linneo. Este capítulo es un homenaje que los aficionados a las etimologías estábamos moralmente obligados a rendirle, pues no sólo 'organizó' el mundo de la naturaleza sino que además lo 'nombró', le puso nombre. No sabemos si Dios creó el mundo o no, lo que sí sabemos es que Linneo lo 'dispuso' y lo 'bautizó', como un «segundo Adán». Y, aunque estuvo anclado en el pasado, tiñó con su sabiduría el futuro: su sistema de nombrar a los seres vivos ha permitido, durante veintiséis décadas más, seguir nombrando a miles y miles de especies descubiertas después de su muerte. Y seguirá haciéndolo en los próximos siglos.

La palabra griega *poietés* significaba 'creador', 'hacedor', **poeta**. Y eso fue Linneo: un hacedor de palabras, un creador de todo un sistema de denominación dentro de ese vastísimo campo semántico que es la naturaleza; en definitiva, un poeta. El dramaturgo sueco August Strindberg, gran admirador de su compatriota, llegó a decir que «Linneo era un poeta que acabó convirtiéndose en naturalista».

Bibliografía

Lecturas recomendadas

El aficionado a las etimologías de la lengua española puede consultar también estos libros:

Albaigès, Josep Maria, *Enciclopedia de los topónimos españoles*, Planeta, 1998.
Amiano, Víctor, *Peccata minuta (Expresiones y frases latinas para el siglo XXI)*, Ariel, 2012.
Asimov, Isaac, *Las palabras y la historia*, Editorial Laia, 1974.
Bergua Cavero, Jorge, *Los helenismos del español*, Gredos, 2004.
Buitrago, Alberto y Torijano, J. Agustín, *Diccionario del origen de las palabras*, Espasa, 1998.
Celdrán Gomariz, Pancracio, *Hablar bien no cuesta tanto (Dudas, etimologías y curiosidades de la lengua española)*, Temas de Hoy, 2009.
Del Hoyo, Javier, *Etimologicón (El sorprendente origen de nuestras palabras y sus extrañas conexiones,* Ariel, 2013.
García Mouton, Pilar y Grijelmo, Álex, *Palabras moribundas*, Taurus, 2011.
Moliner, María, *Etimologías esenciales de la lengua española*, Gredos, 2013.
Pascual, José Antonio, *No es lo mismo ostentoso que ostentóreo (La azarosa vida de las palabras)*, Espasa, 2013.

Créditos de las imágenes

p. 37, cortesía de © Fernando Estrada Laza
p. 44, cortesía de © Fernando Estrada Laza
p. 54, cortesía de © Fernando Estrada Laza
p. 114, © G. Dagli Orti/ DEA / Getty Images
p. 126, © G. Dagli Orti/ DEA / Getty Images
p. 130, © Superstock
p. 145, © G. Nimatallah/ DEA / Getty Images
p. 145, © G. Dagli Orti/ DEA / Getty Images
p. 150, © Roger Viollet/ Getty Images

El editor hace constar que se han realizado todos los esfuerzos para localizar y recabar la autorización de todos los propietarios de los copyrights de las imágenes que ilustran esta obra, manifiesta la reserva de derechos de las mismas y expresa su disposición a rectificar cualquier error u omisión en futuras ediciones.

Notas

* Texto de Heródoto, *Historia*, VIII-26, puesto en diálogo por nosotros.

* Traducción de Emilio Lledó, con selección y montaje de fragmentos nuestro.

Palabralogía
Virgilio Ortega

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Virgilio Ortega, 2014

© Editorial Planeta S. A., 2014
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

© del diseño de la portada, Compañía, 2014

www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2014

ISBN: 978-84-9892-708-5

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.
www.newcomlab.com